Orsai

NADIE EN EL MEDIO | JULIO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE DE 2011 | NÚMERO TRES

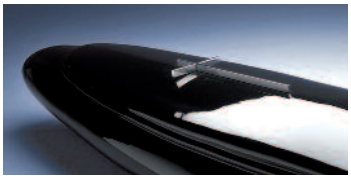
Orsai
Cristin
FLEUVE

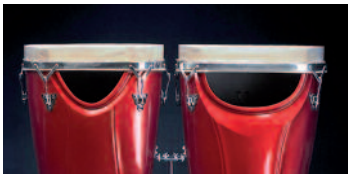
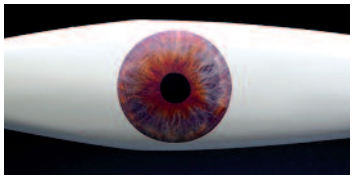
Cuando hay cuatro oportunidades, la tercera es siempre la más relajada y melancólica. ¿Cuatro días en la playa? Solo se disfruta el tercero. El primero es llegar, el segundo instalarse y el cuarto volver. Únicamente el tercer día nos sentimos cómodos, nos metemos al agua sin pensar en nada y ganamos en el casino. Un matrimonio tiene cuatro hijos: el tercero es el que logra hacer lo que se le antoja; los demás cargan con sus traumas. Dice la experiencia que la primera ocasión es inexperta, la segunda es caos y la cuarta es definitiva y, por tanto, crucial. En cambio la tercera oportunidad es la más rica en distensión, la menos controlada. Digo esto porque la edición que ustedes tienen en sus manos es la tercera revista Orsai. La tres de cuatro. La penúltima. Y durante su concepción nos pasó lo que indica el tópico: por una parte notamos que ya aprendimos a hacerla, y por otra parte sabemos que estamos llegando al final. Serenidad y melancolía. Así estuvimos estos dos meses, entre la educación y lo efímero. Y por eso los textos de este número transitan ambos caminos. Nos dio por conversar sobre la enseñanza, los cambios, la vejez y la muerte. Nos pareció muy conveniente enfocar los sucesos que están ocurriendo en España (y en otros países europeos) al cierre de esta edición. Escribo estas líneas el 19 de junio de 2011, domingo; miles y miles de jóvenes han tomado las calles para pedir la muerte de una democracia caduca y el inicio de una revolución limpia, en donde cada cual haga lo que mejor sabe hacer, sin molestar a nadie. En este número, un profesor universitario intenta explicar por qué se suicidan sus alumnos y, en la búsqueda, siente deseos suicidas. Una periodista encuentra, en su interior, la fuerza necesaria para asumirse efímera. Un titiritero cuenta nueve historias de su vejez optimista. Un humorista italiano explica la dignidad democrática de los campos de exterminio. Un profesor de química descubre que tiene cáncer y, recién entonces, se decide a vivir una aventura. Una escritora desempleada, durante un viaje en tren, imagina la saga de siete libros que la convertirán en un clásico. Un grupo de músicos, sin estar de acuerdo, le pone ritmo a una época. Un joven lector de blogonovelas muere de un ataque al corazón para que el autor escriba su historia. Un dibujante se sienta cada mañana e ilustra la política de un país envuelto en el caos. Y detrás de esas historias, unos cuarentones sueñan con una revista, aprenden a hacerla, se relajan, y descubren que están llegando al final. Mientras componíamos esta edición, la número tres, mucha gente en las calles pedía, con las manos en alto, que de una vez por todas cada quien haga lo que más le gusta y lo que mejor sabe hacer. Nosotros sabemos hacer esto, ojalá lo disfruten.

Hernán Casciari

KAYART

Los dieciséis textos que publicamos en esta edición se presentan junto a dieciséis kayaks intervenidos. Cada símbolo fue, antes de la mirada del artista, una canoa. Después serían un martillo, un pan, una flauta, un pez. Nuestro director de arte, Ermengol Tolsà, construyó estas obras de arte para proponernos “una profunda reflexión sobre el mundo, que tanta importancia le da a las apariencias”. Nada es lo que parece ser.



Martillazos

Mientras hacíamos Orsai empezamos a oír martillazos. Crecía en España un movimiento de jóvenes que, hasta entonces, parecían clavados a la madera del sistema. El movimiento no tiene un nombre único, ni tampoco líderes. No contempla ideologías políticas hijas del siglo veinte. Propone volver a la simplicidad y a la honestidad. A que la política vuelva a ser un lugar transitable, sin imbéciles de corbata y doble moral. A que los representantes velen por las personas, y no por los banqueros. El quince de mayo de 2011 muchos ciudadanos salieron a las calles sin banderas, y los días posteriores se generaron acampadas en diversas ciudades, primero de España, y después de Europa. Latinoamérica mira de cerca estos martillazos pacíficos, y cruza los dedos para que se mantengan a buen ritmo. En las siguientes páginas Ricardo Galli Granada, uno de los autores del primer #Manifiesto, cuenta la epopeya en primera persona.

PIENSO, LUEGO ESTORBO

Escribe **Ricardo Galli**

Fotos de **Eduard Bayer**

El lluvioso siete de junio de 2011, aniversario del suicidio de Alan Turing con una manzana envenenada, nos citamos los siete redactores del #Manifiesto. Fue en un restaurante de Madrid; nos veíamos las caras por primera vez desde que todo comenzó: quedaban atrás el ninguneo de la prensa, la gente en las calles, las acampadas espontáneas en España y muchas otras ciudades de Europa. Solo faltó a esa cita David Bravo, al que llamamos *Mocoso*. Nos debíamos una comida y unas copas de vino y allí estábamos, cuarentones todos, comentando y discutiendo lo que había pasado. Habían pasado muchas cosas. Esa cena fue un acontecimiento catártico muy necesario para nosotros. También etílico. Estuvimos de acuerdo en algunas cuestiones y en otras no, pero ya entrada la tarde Javier de la Cueva dijo una frase y todos asentimos: "Esto que ha ocurrido no puede ser cortoplacista, esto tiene que ser para toda una generación. La nuestra tuvo un problema: no hicimos nada".

Pero mejor empezar por el principio. Contaré las cosas como las recuerdo y pido disculpas si me olvido de eventos o personas importantes; el tiempo para redactar estas líneas y mi memoria son limitados. No pondré demasiados nombres; varias de las personas que mencionaré prefieren el anonimato o un perfil bajo; a otras, ni siquiera las conozco.

La noche del uno de febrero de 2011 Carlos Almeida, mi abogado y mi amigo, envió un correo electrónico destinado a Julio Alonso, Enrique Dans y al que escribe esta historia. El correo solo tenía un enlace a una página web creada esa misma noche (nolesvotes.com) y una frase misteriosa: "Las fuerzas armadas respaldarán la voluntad popular, y cuidarán del tráfico para que fluya libremente". En el sitio enlazado solo había un página en negro con un contador que decía esto: *Faltan 109 días*.

Mi amigo Carlos es un lector tan ávido de epopeyas que su lenguaje parece el de un histriónico relator de las aventuras del fusilero Sharpe en la Extremadura invadida por las tropas de Napoleón. Para quien no lo conoce, Carlos parece un abogado que perdió la chaveta. Yo lo conozco, pero ese correo trasnochado hizo que me preocupara por su salud mental.

Respondí inmediatamente pensando "¿qué coño es esto?". Era de madrugada; por la mañana me llamó y me contó la idea. El Partido Popular (la derecha española) y Convergencia i Unió (la democracia cristiana catalana) le iban a dar el apoyo necesario al gobierno socialista para aprobar la espantosa Ley Sinde. A poco más de cien días para las elecciones municipales, Carlos me dijo que había que hacer algo, y que la única opción era la de apelar al voto reflexivo: no podíamos seguir votando a esos partidos políticos. Pocos días después se añadieron al grupo Javier de la Cueva, David Bravo y Javier Maestre. Así comenzó la historia del #NoLesVotes, una iniciativa que enseguida, según el periodista Bernardo Gutiérrez, "dinamitó el ciberespacio español".

La historia de este monumental cabreo colectivo comenzó el uno de diciembre de 2009, cuando el gobierno presentó la Ley Sinde, empotrada dentro de una serie de propuestas más generales llamada Ley de Economía Sostenible.

El ciberactivismo hispano es tan antiguo como las frustraciones por la sordera, las manipulaciones y las promesas políticas no cumplidas. Los partidos mayoritarios, desde siempre, tomaron decisiones antípodas a las necesidades de los ciudadanos en temas claves para el futuro: la tarifa plana, el software libre, la cultura *copyleft*, el canon digital, la neutralidad de la red, las patentes de software, etcétera. La Ley de Servicios de la Sociedad de la Información y el Comercio Electrónico, aprobada durante la segunda legislatura de Aznar, fue muy criticada incluso por el socialismo, que fue muy duro: "la ley no debería aprobarse porque pretende regular los contenidos y, en definitiva, controlar el flujo de información en la Red", aseguró el entonces opositor Rubalcaba. Sin embargo, cinco años después, el PSOE no solo incumplió su promesa de derogarla, sino que le introdujo modificaciones todavía peores.

La Ley Sinde generó en internet diversas protestas y reacciones. El dos de diciembre de 2009 se reprodujo en miles de blogs el "Manifiesto por los derechos en internet" (o #Manifiesto). Hubo reuniones con partidos políticos, juristas y asociaciones. Se organizaron manifestaciones y cierres de webs los días que se

votó la ley en el Congreso y Senado. Las acciones provenían de todo el arco ideológico; era una pésima ley desde cualquier punto de vista. Las sociedades gestoras y del negocio de la cultura, con la ayuda de periodistas y personas cercanas al PSOE, crearon grupos de presión y se organizaron campañas de manipulación contra la "piratería" en escuelas, cines y medios (lo cuenta muy bien David Bravo en el número dos de esta revista).

El diecinueve de marzo de 2010 se aprobó la ley en el Parlamento y las protestas aumentaron. En diciembre nos enteramos —a través de los cables de Wikileaks— de que el gobierno norteamericano había presionado para que el trabajo sucio se hiciera pronto. Aunque esto era un rumor ya muy extendido, finalmente pudimos verlo reflejado en documentos oficiales. El presidente de la Academia del Cine, Álex de la Iglesia, decidió reunirse con algunos *internautas*, cambió de opinión después de conversar con ellos, se puso del lado de los buenos y fue prácticamente echado a patadas de la Academia. Se unieron los Anonymous, se crearon webs con iniciativas diversas, se produjeron protestas en la entrega de los premios Goya.

La respuesta de los políticos, y de ciertas personalidades artísticas, fue la manipulación y el insulto. Intentaron desacreditar las protestas con el mensaje de siempre: "Son cuatro gatos piratas". Finalmente el Partido Popular, que había criticado la Ley Sinde, y Covergencia i Unió, que acababa de acceder al ejecutivo catalán, aprobaron el rescate de la ley.

Los partidos, aislados en sus cámaras de eco, dejaron a la ciudadanía sin capacidad de participación, salvo en las elecciones. Cada cuatro años se recurría al mismo mensaje:

—Cuidado —dicen siempre los unos— que si no me votas a mí se vienen los otros.

Nuestra única opción era atacar al núcleo del problema, castigar a los tres partidos. Esa fue la propuesta de #NoLesVotes. No debía centrarse únicamente como un repudio a la censura en internet, sino como representación de la peor corrupción política: ignorar a los ciudadanos, manipular la historia, legislar a favor de minorías y en contra de los intereses y los deseos de la sociedad. Teníamos que estructurar la propuesta para dotarla de un discurso convincente, que interpretase a un consenso mayoritario. Teníamos que fundar una propuesta ideológicamente inclusiva, sencilla de comunicar y que evitara los errores cometidos en experiencias pasadas.

No fue una decisión fácil. Las probabilidades de fracaso eran altas y pesaba el problema intrínseco de la propuesta: la mayoría de los medios y los periodistas —incluso los que promocionaron el #Manifiesto— no iban a sumarse. Los medios de comunicación en España (y en el mundo entero) son redes clientelares muy fuertes; los directivos tienen intereses económicos, y los empleados luchan por la supervivencia en medio de una profunda crisis de la prensa. Criticar al *otro* es parte del juego, pero ser autocríticos les resulta inadmisible, es ir contra el sistema. Yo tenía mis dudas. No volvimos a discutir seriamente hasta el trece de febrero. Ese día, y el siguiente, nos intercambiamos varios correos y llamadas telefónicas para debatir las ideas fundamentales.

Durante los últimos años habíamos aprendido muchas cosas, por ejemplo: los manifiestos sin acción pueden ser llamativos, pero al final lo único que cuenta son los votos. No podíamos asumir un liderazgo que sería rechazado. El eslogan "solo me represento a mí mismo" no es positivo, ni creíble. Las manifestaciones callejeras son complicadas de organizar, y no pueden ser la única forma de alzar la voz en un país con más del cincuenta por ciento de la población conectada a la red. Éramos conscientes de que la Ley Sinde no era el problema español más grave, pero sí era un punto de encuentro, un consenso importante, un globo con demasiada presión que explotaría en cualquier momento.

El catorce de febrero, por la noche, nos sentamos delante del ordenador —cada uno en su casa— a editar el texto en un Google Docs compartido. El primer manifiesto quedó redactado después de una ardua sesión de más de dos horas. Las primeras palabras estaban dedicadas a la corrupción política; luego expusimos una interpretación básica del problema de fondo de la Ley Sinde; finalmente pedimos que no se vote a los tres partidos mayoritarios. Propusimos romper con el *voto útil* que nos instaló en esta partitocracia sorda. El mensaje era simple: es nuestro derecho, y es nuestra responsabilidad.

La intención fue que cualquiera se apropiase de la idea; no queríamos, ni podíamos, dirigir ni representar a nadie. Se propuso que se trabajara en grupos pequeños, remotos, distribuidos, sin un nodo centralizado, sin coordinadores centrales y sin asambleas. Pero no podíamos ocultar —a la vez— que éramos los autores; era un tema a resolver. Sin estar seguros de cómo lo haríamos, decidimos publicar el manifiesto en la página nolesvotes.com. Lo hicimos el quince de febrero, el mismo día que se aprobó la Ley Sinde en el Congreso de los Diputados.

Al día siguiente ya se había recibido un aluvión de propuestas y preguntas sobre el origen del texto. Javier de la Cueva publicó dos artículos en su blog: el primero con detalles sobre el objetivo de #NoLesVotes; el segundo con el eslogan que adoptamos inmediatamente: "No propongas, haz". El primer artículo apareció publicado en Menéame y se ubicó rápidamente entre las noticias más votadas. Ese mismo día se publicó en una muy concurrida web de una plataforma de la SGAE y otras gestoras —dirigida por Arcadi Espada— un artículo con teorías conspiratorias que elaboraba la supuesta vinculación de #NoLesVotes con el sitio de enlaces y descargas SeriesYonkis. A la noche nos llamó un periodista de *El Confidencial* y publicó la noticia con todos nuestros nombres. Para evitar más teorías conspiratorias y confusiones, horas después publiqué en mi blog la confirmación de nuestra participación en el manifiesto.

El diecisiete de febrero #NoLesVotes ya era trending topic en Twitter; se mantuvo así durante dos o tres días, y entre los cinco primeros hashtag durante dos meses. Otras personas pusieron en marcha el wiki: el contenido aumentó considerablemente en pocas horas, se subieron vídeos y material gráfico de muy buena calidad. Se crearon más de cincuenta listas de correo de grupos locales. Se empezaba a notar que mucha gente tenía la emergencia, la necesidad de expresarse y decir basta. A los pocos días había tanta información de casos de corrupción de partidos políticos, que una ingeniera extremeña los representó sobre Google Maps. Tuvo un éxito inmediato, fue bautizado como *El Corruptódromo*.

La repercusión en las redes fue enorme, el wiki crecía muy rápidamente, había listas de correo muy activas, páginas en Facebook, carteles en las calles, debates en multitud de blogs. En pocas semanas el interés y el consenso

ya se habían ampliado más allá de la Ley Sinde, se identificaban claramente a la partitocracia y al *turnismo* (derecha, izquierda, derecha...) como las causas principales de la corrupción y la sordera política.

Actualizamos el manifiesto y lo publicamos el treinta de marzo.

Como no podía ser de otra manera, las difamaciones comenzaron temprano, precedidas por las burlas. Nos acusaron de ser del Partido Popular, de estar a sueldo de Unión Progreso y Democracia (un nuevo partido político), de ser un grupo que pretendía "favorecer a los fascistas", y de otros inconfesables intereses ocultos. Un afiliado del PSOE en Cataluña, además de las acostumbradas calumnias, acusó que en mi empresa no se respetaban las leyes laborales. En algunos círculos "conspiranoicos" nos acusaron de pertenecer al club Bilderberg, y de estar experimentando en España un nuevo ejercicio hacia el Nuevo Orden Mundial. Manos anónimas modificaron el wiki para poner que pedíamos dinero y cargos en partidos políticos; a los pocos minutos un activista del PSOE divulgó capturas de pantalla con ese texto, como si fuesen ciertas. Perdíamos mucho tiempo aclarando y desmintiendo esas acusaciones; era abrumador. Mi tensión y mal humor permanente empezó a causarme problemas de familia, problemas que todavía no he recompuesto del todo. Otros amigos pasaron por crisis de ansiedad, o de pareja.

Salvo un par de excepciones, la repercusión del #NoLesVotes en los grandes medios, especialmente la prensa escrita y la televisión, fue inexistente. En la prensa cualquier trending topic se convertía en noticia, menos el nuestro. El cantante Bisbal decía una frase desafortunada en la red social y la prensa escrita hablaba de ello horas y horas. Pero #NoLesVotes era ninguneado, a pesar del centenar de mensajes enviados a conocidos periodistas teóricamente independientes y críticos.

Comenzaron a surgir diversos grupos en internet. El diecisiete de febrero nació "Estado del Malestar" (malestar.org). Este movimiento convocaba manifestaciones cada viernes a las siete de la tarde en diferentes ciudades españolas. El siete de abril "Juventud sin futuro" convocó a

manifestaciones en varias ciudades con el lema "Sin casa, sin curro, sin pensión, sin miedo", siguiendo el ejemplo de las manifestaciones estudiantiles portuguesas. La más concurrida fue la de Madrid, con unos tres mil manifestantes, según la policía. Este primer ensayo tomó por sorpresa a los medios, aunque se encargaron de divulgar únicamente los disturbios provocados por una minoría.

El dos de marzo surgió "Democracia Real Ya", responsable de la convocatoria y de la organización de las manifestaciones del quince de mayo, llamadas #15M. Algunos de sus fundadores eran participantes activos de #NoLesVotes. Ese día se publicó su documento fundacional en juventudenaccion.info. El informe decía que "activistas de varios grupos, blogs y plataformas, entre los que se destacan Anonymous, ADESORG, Estado del Malestar, Ponte en Pie, Juventud en Acción y No les Votes, unidos bajo la denominación común de 'Plataforma de coordinación de grupos pro-movilización ciudadana' (...) fijan como fecha para la movilización el quince de mayo, y bajo el lema 'Democracia real YA, Somos mercancía en manos de políticos y banqueros' (...)".

El seis de marzo se puso en marcha el sitio democraciarealya.es con la convocatoria inicial. Apareció publicado en Menéame y rápidamente se posicionó entre las noticias más populares. Dos días después se dio a conocer la convocatoria completa. El nueve de marzo se subió a YouTube el vídeo promocional: "Porque somos más, toma la calle". Los demás grupos, entre ellos #NoLesVotes, apoyamos y divulgamos la iniciativa con los hashtags #democraciarealya y #15M, que rápidamente se convirtieron en trending topics y se replicaron en multitud de blogs y páginas de Facebook.

A pesar del impacto que estaba teniendo en internet, los grandes medios no publicaron (salvo las contadas excepciones, como *20 Minutos*) absolutamente nada hasta el quince de mayo entrada la noche. Le pregunté a un periodista por qué no publicaban nada del #15M.

—No es noticia hasta que ocurra —me respondió.

¿No era noticia que por primera vez, y desde internet, se convocaran las primeras manifestaciones simultáneas en más de cincuenta ciudades, sin que las liderasen sindicatos o partidos? Según la prensa tradicional, no. No era noticia. Sin embargo, el treinta de abril un grupo de periodistas propuso el hashtag #SinPreguntasNoCobertura (como queja por las conferencias de prensa de políticos que no admiten preguntas). En pocas horas esa noticia sí apareció en todos los medios, incluso antes de que se hubiera convocado una conferencia de prensa. Supongo que el protagonismo, además de la cercanía de intercambiar mensajitos de texto con los poderosos, atrae al periodismo actual más que la miel a las moscas.

A solo dos días del #15M se publicitó la iniciativa "Encuentros Piensa Opina Reacciona" (o #EncuentrosPOR) del periodista *progresista* Iñaki Gabilondo. En un alarde de perspicacia y capacidad de análisis social, la iniciativa se presentó con la frase: "Todos debemos contribuir a despertar una sociedad que parece dormida, y para eso queremos tu colaboración". Ni siquiera mencionaban al #15M o #DemocraciaRealYa. Como el lector puede imaginar, las iniciativas propulsadas por periodistas se convierten rápidamente en noticias periodísticas.

Así, en esa situación de ninguneo absoluto por parte de los medios de prensa tradicionales, y a veces con sospechas que querían instrumentalizar el *malestar* para monopolizarlo, se llegó a la hora del día clave: las seis de la tarde del quince de mayo, con las plazas de decenas de ciudades atiborradas de parejas, padres con sus niños, jubilados, jóvenes y viejos. El lunes por la mañana ya se hablaba en todo el mundo del exagerado pero simpático #SpanishRevolution (quizás inspirados por las pancartas *Nobody expects the Spanish revolution*). Se hablaba de ello en todo el globo, menos en España. Los medios nacionales tardaron días en reaccionar e

informar del asunto con una mínima objetividad. El dieciséis de mayo fue una jornada de noticias confusas y de muchas especulaciones. Ese mismo día surgió un nuevo movimiento espontáneo: las acampadas en las plazas de diferentes ciudades.

Los medios más conservadores inmediatamente lanzaron una campaña para desprestigiar al #15M y a #DemocraciaRealYa. Dijeron muchas barbaridades, desde que era una maniobra del ministro de Interior, hasta que había miembros de ETA en la organización. En la manifestación —lógicamente— habían aparecido carteles del #NoLesVotes. Esto le llamó la atención a algunos periodistas, y no tardaron nada en tergiversar la frase y decir que pedíamos la abstención al voto, "una iniciativa tan peligrosa como antidemocrática". Era tan elevado el nivel de desinformación que el diecisiete de mayo debimos escribir de urgencia que #NoLesVotes abogaba por un voto responsable, y no era en absoluto un llamado a la abstención. Lo publicamos simultáneamente en nuestros blogs e inmediatamente fue replicado en miles de sitios —al día de hoy Google indica que hay más de cuatrocientos mil resultados—, pero fue ignorado por la mayoría de los medios. Pedro J. Ramírez, el director del diario de derechas *El Mund*o, por ejemplo, estuvo muy activo en Twitter con este tema que no comprendía en absoluto (o no quería comprender), a pesar de las explicaciones y los enlaces.

La manipulación no provino solo de la derecha: los medios y periodistas más progresistas también se apuntaron. Iñaki Gabilondo, en su videoblog del diario *El País* fechado el dieciocho de mayo, en un mensaje contra la propuesta de #NoLesVotes, recurrió anacrónicamente a pedir el *voto útil*: "Tened cuidado, porque cuando uno decide no votar a dos, está votando siempre a uno de los dos y en este caso es muy difícil saber por quién". Una periodista del diario *Público* dijo en Twitter que "#NoLesVotes es terrorífico", que "usa métodos fascistas" y que "no entiende de democracia". Otro conocido periodista de la Cadena SER, Rodolfo Irago, acusó a Julio Alonso de estar dando órdenes a las ya establecidas acampadas. En España tenemos algunos escritores e intelectuales que consideran que la ignorancia es una virtud: es muy habitual la frase "de internet no sé nada" justo antes de opinar sobre internet.

Llegó entonces la noche del veintidós de mayo. Elecciones. Subió la participación tres puntos porcentuales sobre las elecciones municipales del 2007. El PSOE perdió más de siete puntos, el Partido Popular subió casi dos, Convergencia i Unió repitió su porcentaje. Más de un millón de votos se desplazaron a partidos minoritarios. Los votos nulos y en blanco marcaron un récord histórico y sumaron casi un millón: la cuarta fuerza política española.

Ahora regresa la calma y hay que pensar en el futuro. Después de las urnas ya hay un "consenso de mínimos" circulando en internet. ¿Qué se pide en ese consenso? Lo de siempre, pero con más fuerza que nunca: reforma de la ley electoral, ley de transparencia, separación de los tres poderes, control y consulta pública sobre la ayuda a los bancos.

Los gobernantes siguen sin dar respuestas a lo que pasó desde el #15M. El Partido Popular se cree triunfador, aunque no llegaron a subir dos puntos a pesar de la tremenda crisis y el desgaste del gobierno del PSOE. El presidente del Parlamento afirma a la prensa que "los #15M no le han hecho llegar ninguna propuesta, que está esperando". Algunos intelectuales, políticos y tertulianos —que se enteraron del #15M solo cuando vieron las acampadas por la tele— hacen ahora pedagogía de cómo interpretar el movimiento. Desde la derecha más conservadora insisten en que se trata de jóvenes antidemocráticos y escogen cualquier panfleto trasnochado para ponerlo en enormes titulares, como si fuesen reclamos del movimiento #15M. La mayoría de los informadores y políticos es incapaz de reconocer la diferencia entre el todo y las partes, entre los movimientos que generaron el #15M y las posteriores acampadas. Felip Puig —consejero de Interior de Cataluña— ordena a su policía desalojar a los acampados. La policía se encuentra con una resistencia pacífica, pero de todas formas se da el gran gusto de atacar a los manifestantes con porras y balas de goma. Las declaraciones posteriores de Puig provocan más indignación que los golpes de la policía. Y en medio de todo el caos, casi el ochenta por ciento de la población, según el Centro de

Investigaciones Sociológicas de España, afirma apoyar a los “indignados”.

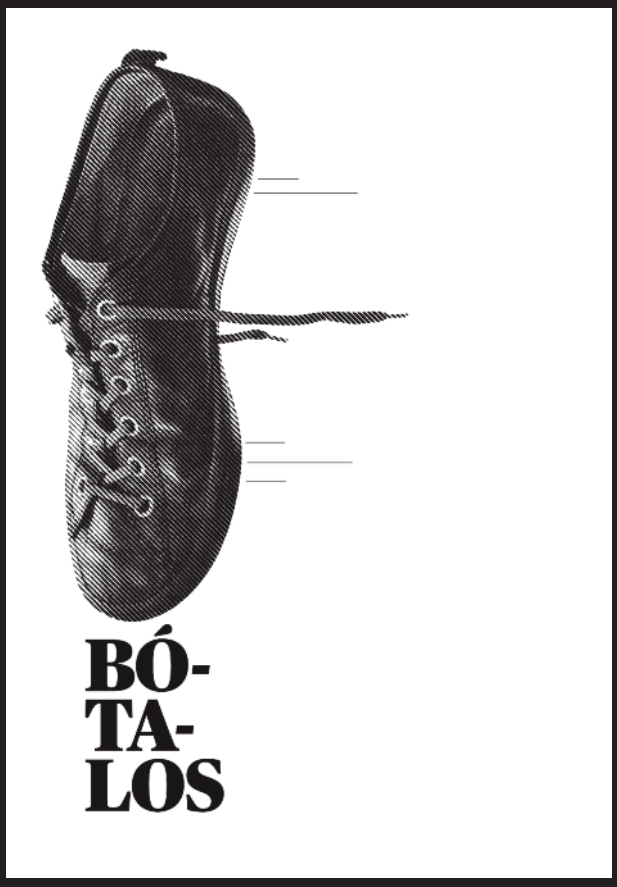
Mientras escribo estas líneas finales es la madrugada del nueve de junio. Hay más de dos mil personas cantando frente al Congreso, con muchas ganas de acampar. También están en Grecia, en Francia, en Alemania. El #15M otra vez está mutando. Del abusado estereotipo mediático de la *generación Ni-Ni* (ni estudia, ni trabaja), hemos pasado a tener las plazas llenas de jóvenes indignados, sin miedo, y arrinconando poco a poco a los que les han ignorado y ahora golpeado. Son tiempos únicos para una generación que recupera por fin la indignación, el interés y el gusto por la política. Además, parece ser peligrosamente extremista: exige más y mejor democracia.

Vaya pretensión.

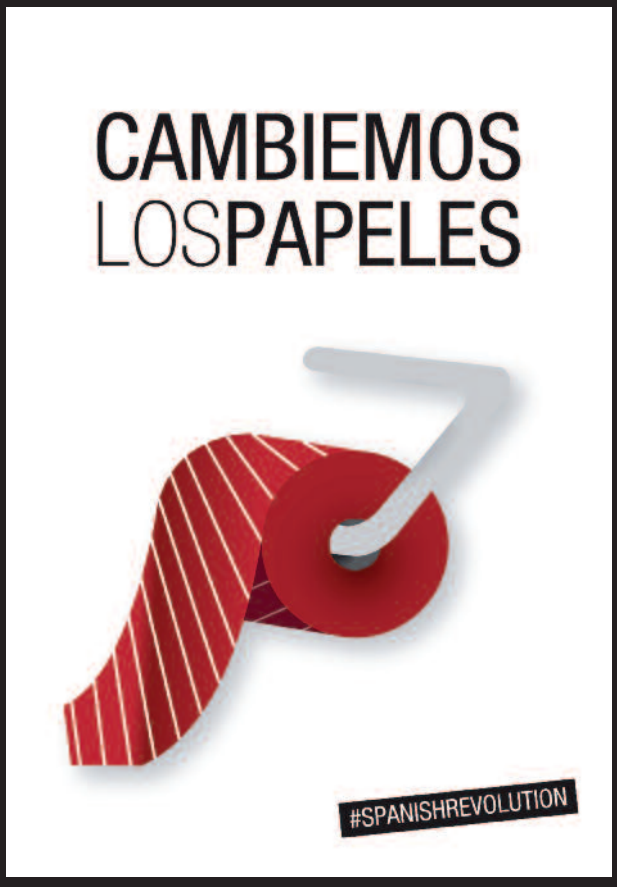
Carteles y pancartas

Las siguientes diez páginas son una recopilación de carteles y pancartas que decenas de diseñadores gráficos propusieron en la web *Voces con futura*. Los carteles se basan en eslóganes que ganaron la calle en el 15M español. La convocatoria sigue abierta y sus propulsores son claros: "La misión es crear y recopilar el mayor número posible de carteles y pancartas anónimas que sumen a este bendito cambio social."

no es una crisis, es una estafa
#spanishrevolution


BÓ-
TA-
LOS

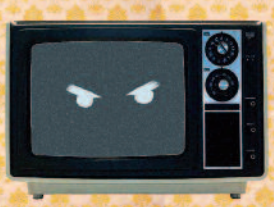
LOS POLITICO$
NOS MEAN.
LOS MEDIOS
DICEN QUE LLUEVE.


CAMBIEMOS
LOSPAPELES
#SPANISHREVOLUTION

SAQUEMOS LA BASURA

#spanishrevolution

El terrorista está en el salón de casa..



#worldrevolution

SOMOS MARTILLOS NO CLAVOS

NO SE PUEDE PROHIBIR AMANECER EN LA PUERTA DEL SOL

#SPANISHREVOLUTION

POCO PAN Y PÉSIMO CIRCO

#SPANISHREVOLUTION

mejor flores que porras

#acampadabcn

#bcnsinmiedo

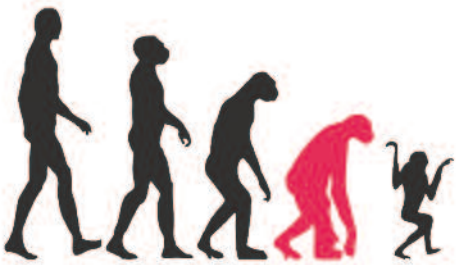
HEMOS SIDO

HIJOS de la COMODIDAD

PERO NO SEREMOS

PADRES del CONFORMISMO

NO A LA MEMO-CRACIA

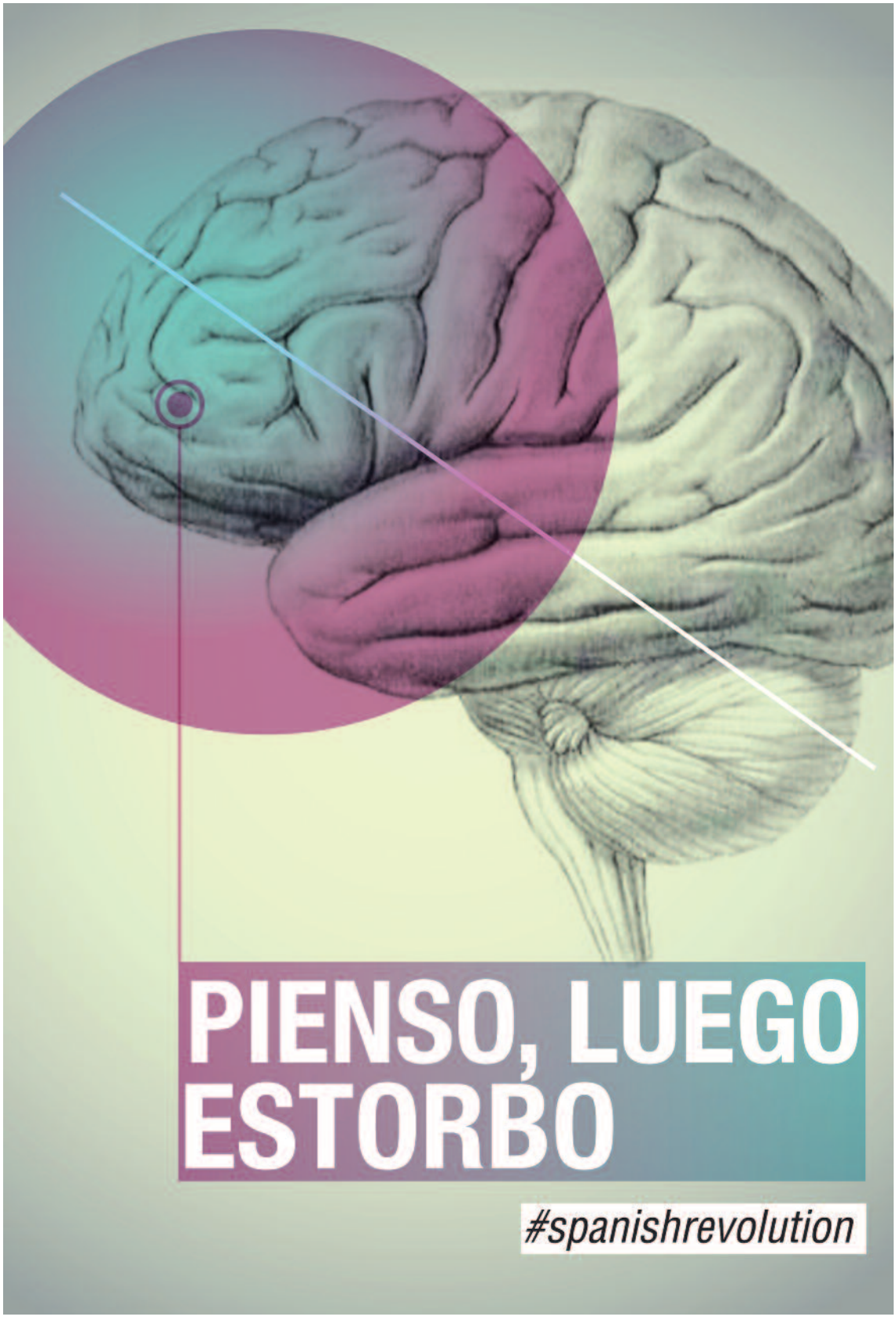


#SPANISHREVOLUTION

ERROR DEL SISTEMA

CONTROL ALT SUPR

#SPANISHREVOLUTION


PIENSO, LUEGO
ESTORBO
#spanishrevolution

Pienso, luego estorbo

MÚSICA PORTUGUESA

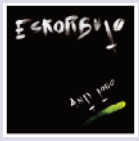
Al cierre de esta edición, los indignados elaboraban encuestas y confeccionaban listas en busca de la banda sonora del movimiento 15M. Las canciones candidatas a ocupar el primer puesto se multiplican hasta el cansancio en blogs, Facebook y Twitter. Pero las encuestas no se limitan a internet: los indignados también se ocupan de entrevistar a sus pares en las acampadas con preguntas del tipo "¿qué estás escuchando en tu MP3 en este momento?". De este modo pretenden encontrar a la candidata ideal, como si estas cuestiones no se resolvieran de manera espontánea. El ejemplo a seguir está a la vuelta de la esquina, en Portugal. La canción "Parva que sou", de la banda Deolinda, no tuvo que hacer fuerza para convertirse en el himno de la revuelta, ni imponerse sobre la base de consensos. Solo se limitó a reflejar la frustración de la generación "á rasca".

LAS REDES ÁRABES

Los dictadores empezaron a volverse locos hace ya tiempo, cuando internet empezó a tener presencia en los hogares de medio occidente. El caso chino siempre fue paradigmático: cada vez que el presidente Hu Jintao cerraba una web, aparecía un chico, en cualquier parte del mundo, que encontraba una grieta para voltear las cerraduras. Hackers, crackers, geeks, nerds. Ya no valen estas palabras. Se trata de personas intentando ayudar, desde donde sea, a que los dinosaurios dejen de hacer a su antojo. Ahora las cosas son todavía más veloces. Twitter, Facebook y compañía sirvieron a los tunecinos para esquivar la censura oficial. Encontramos ejemplos similares en los últimos levantamientos populares de Egipto, Moldavia e Irán. ¿Estamos en presencia de una nueva revolución? ¿Internet cambiará el mundo? ¿O es una herramienta que también aprenderán a usar los malos?

UNA WEB
Menéame es el sitio natural para seguir todas las novedades del 15M. Se trata de una web basada en la participación comunitaria, en la que los mismos usuarios administran el contenido. Muy conocida en España y todavía por conocer en Latinoamérica, Menéame está inspirada en el modelo anglosajón Digg. Uno de sus fundadores es el autor de este artículo, Ricardo Galli Granada, desarrollador y acérrimo defensor del software libre.
Menéame. meneame.net

UN LIBRO
Apenas treinta páginas escritas por un señor de noventa y tres años y musa inspiradora del 15M. *Indignaos* se propagó como pólvora a través de las redes sociales. En sus páginas, Stéphane Hessel, excombatiente de la resistencia francesa y prisionero de un campo de concentración, elabora un conmovedor alegato de movilización destinado a la juventud.
Indignaos, de Stéphane Hessel. Editorial Destino, 2011



UN DISCO
Una de las canciones omnipresentes en las listas para dar con la música del 15M se llama "Es un crimen". Pertenece a una de las bandas emblemáticas del punk-rock español de los ochenta, Eskorbuto, y fue incluida en el disco *Anti-Todo*. Otras candidatas: "La poesía es un arma cargada de futuro", de Paco ibáñez y Gabriel Celaya; y "The Times They Are-A-Changing", de Bob Dylan.
Anti-Todo, de Eskorbuto. Discos Suicidas, 1986

Botella al mar

Había una vez un libro que amábamos. Se llamaba *Diario clandestino* y lo había publicado la editorial Fides-Criterio en 1953. El volumen estaba descascarado y sus hojas amarillas olían a humedad. El autor del libro murió en 1968. La editorial ya no existe. La obra no está digitalizada ni se puede descargar en pdf. Sin embargo, ese libro es fundamental para leer en estas épocas de democracia falsa. Giovanni Guareschi era un humorista italiano que sobrevivió a un campo de exterminio (o *Lager)*. Allí escribió, pensando que moriría, para sus compañeros. Les leía en voz alta cada capítulo a la luz de las velas. Guareschi pudo escapar del *Lager* y publicó el libro. Nosotros queremos reeditarlo (es una obra imprescindible) pero no sabemos quién tiene los derechos. Si alguien lo sabe, que nos avise. Publicamos a continuación el prólogo, el maravilloso prólogo, como quien lanza una botella al mar.

6865
333

PRÓLOGO A UN DIARIO **CLANDESTINO**

Escribe Giovanni Guareschi

Ilustra Carlos Junowicz

Este diario clandestino es tan clandestino que no es ni siquiera un diario. Y esto se dice como rectificación parcial del título y para confortar a quien, leyendo la palabra *diario*, para receloso la oreja. No es un diario, uno de los habituales diarios donde se puede leer que tal día el protagonista hizo tal cosa, tal día pensó tal otra y así sucesivamente; uno de los habituales diarios en los que el autor se pone en el centro del universo, como si fuera su eje.

En realidad tenía la intención de escribir un verdadero diario y, durante dos años, anoté diligentísimamente todo lo que hacía o no hacía, todo lo que veía y todo lo que pensaba. Y hasta fui más prudente: y anoté también lo que debería haber pensado, y de este modo me llevé a casa tres libretas que contenían suficiente material como para escribir un volumen de dos mil páginas. Y apenas estuve en casa puse una cinta nueva a la máquina de escribir y comencé a descifrar y a desarrollar mis apuntes, y no olvidé un solo día de los dos años cuya historia pretendía hacer.

Fue un trabajo febril y muy fatigoso; pero al fin tenía completo el diario. Entonces lo releí atentamente, lo limé, me esforcé por darle un ritmo agradable, inmediatamente lo hice pasar a máquina en doble ejemplar, y luego arrojé todo a la estufa: original y copia.

Creo que esto es lo mejor que he hecho en mi carrera de escritor: como que es la única cosa de que nunca me he arrepentido.

Y —dirán ustedes— ¿de dónde salieron las páginas de este libro?

Pues ocurrió que yo, lo mismo que millones y millones de otras personas, me vi enredado en el último lío importante que ha entristecido a nuestro desgraciadísimo mundo.

Ahora no me acuerdo bien cómo fueron las cosas; generalmente el que toma parte en una guerra tiene tal fárrago de cosas que hacer en el pequeñísimo sector que se le ha confiado, que ello lo priva de toda posibilidad de estar al día acerca de la marcha general del asunto. Por eso es que no sabe si está ganando o perdiendo y, al final, si ha ganado o perdido la guerra.

Además el lío resultó tan grande y complicado que hoy, a casi cinco años de su terminación, la gente todavía está discutiendo para ponerse de acuerdo sobre quién ganó y sobre quién perdió, sobre quién estaba equivocado y sobre quién tenía razón. Sobre quiénes eran los aliados y quiénes eran en cambio los enemigos.

En efecto, hubo enemigos que de improviso resultaron aliados, aliados que resultaron enemigos. Y, a la parte exterior, se agregó la parte política interior y la correspondiente guerra civil que hizo alinear a los padres contra los hijos, las mujeres contra los maridos, el norte contra el sur, el este contra el oeste, hasta el punto que el historiador objetivo que desee realmente hacer una historia tendría que limitarse a escribir: "en un mundo de locos, los más locos fueron derrotados por los más locos".

Justamente porque los unos eran más locos que los otros, y los otros eran más locos que los unos.

En resumen, yo, como millones y millones de personas como yo, mejores que yo y peores que yo, me vi enredado en esta guerra en calidad de italiano aliado de los alemanes al principio, y en calidad de italiano prisionero de los alemanes al final. En 1943 los anglo-americanos bombardearon mi casa, y en 1945 me vinieron a librar de la prisión y me regalaron leche condensada y latitas de sopa.

En cuanto a mí, esa es toda la historia.

Una historia vulgarísima en la que he tenido la misma importancia que una cáscara de nuez en el océano durante una tempestad, y de la que salgo sin cintas ni medallas pero victorioso porque, a pesar de todo y de todos, he conseguido pasar a través de este cataclismo sin odiar a nadie.

Antes bien, he conseguido recuperar un valioso amigo: yo mismo.

Cuando uno comprende las cosas como yo, una vez escrito el diario, tenía que quemarlo: nombres, hechos, responsabilidades, consideraciones de carácter histórico y político. Todo fue quemado y tuvo que arder junto con las hojas del diario.

Para volver a mi historia diré que junto con un grupo de otros oficiales como yo, me encontré un día de septiembre de 1943 en un campo de concentración en Polonia, después fui trasladado a otros campos, pero en todas partes era igual la cuestión de los campos de prisioneros, y no vale la pena insistir porque quien no ha estado prisionero en esta guerra lo ha estado en la anterior o lo estará en la próxima. Y si él no ha estado ni estará, habrán estado o estarán su hijo, o su padre, o su hermano, o algún amigo suyo.

La única cosa que interesa para los fines de nuestra historia es que yo, aún en la prisión, conservé mi tozudez de emiliano de la Baja Italia y entonces apreté los dientes y dije: "¡No me muero ni aunque me maten!".

Y no morí.

Probablemente no morí porque no me mataron, pero el hecho es que no morí.

Continué vivo aún en la parte interior y continué trabajando. Y, además de los apuntes del diario que debían ser desarrollados después en casa, escribí un montón de cosas para uso inmediato.

Y así transcurrió buena parte de mi tiempo pasando de barraca en barraca donde leía las cosas de las cuales este libro proporciona un muestrario. Las cosas que, según mis intenciones de entonces, debían ser escritas y servir exclusivamente para el *Lager* y que nunca debería publicar fuera del *Lager*.

Y en cambio, pasados algunos años, justamente fueron estas las únicas cosas que me parecieron tener valor todavía. Y dispersadas al viento las cenizas del Gran Diario, he elegido algunas hojas del paquete de papeles sucios y grasientos, y aquí está el Diario Clandestino.

Cuyo diario, como decíamos, es tan clandestino que no es ni siquiera un diario, pero en mi opinión podrá ser más sutil, en ciertos aspectos, que un verdadero diario y podrá dar una

idea de aquellos días, aquellos pensamientos y aquellos sufrimientos.

Porque es la única cosa válida, seguramente válida, que pueda ser publicada hoy.

Es el único material autorizado, en el sentido de que no solo lo he pensado y escrito dentro del *Lager*, sino que también lo he leído dentro del *Lager*. Lo he leído públicamente una, dos, veinte veces, y todos lo han aprobado.

En este libro la única parte arbitraria, la única no aprobada por la asamblea de mis compañeros de *Lager*, es el apéndice, que fue publicado en un semanario después de nuestro regreso.

El resto está aprobado.

Ante mis compañeros de *Lager* sigo siendo siempre el número 6865, y sin embargo cuento exclusivamente como uno. Allí, entre aquella arena y aquella melancolía, todos se despojaron de sus ropas y de su caparazón y quedaron desnudos. Y quedó a la vista lo que verdaderamente eran.

Y no importaba el hecho de que Ticio tuviese un gran nombre o un importante grado: cada uno contaba por lo que valía.

Es decir, contaba por una unidad.

Y cada uno era considerado y estimado por lo que hacía.

Todos teníamos los pies sólidamente asentados en la realidad.

Durante casi dos años hemos vivido en la verdadera democracia de los hombres de bien; hoy muchos de estos compañeros nuestros ocupan puestos importantes en la vida pública y privada de esta falsa democracia de falsos hombres de bien.

Y quizás, desdichadamente, algunos de ellos ya no sean más los hombres de bien de entonces, porque el hombre es siempre el producto del ambiente en que vive. Para ellos es principalmente este pequeño libro. Para que puedan respirar un poco del aire de entonces.

No hemos vivido como animales.

No nos hemos encerrado en nuestro egoísmo. El hambre, la mugre, el frío, las enfermedades, la desesperada nostalgia de nuestras madres y de nuestros hijos, el profundo dolor por la infelicidad de nuestra tierra no nos han vencido.

Nunca nos hemos olvidado de que éramos hombres civiles, hombres con un pasado y con un futuro.

Nos apiñaron en vagones para ganado y nos descargaron, después de habernos despojado de todo, entre los piojos y las chinches de lúgubres campos, junto a cada uno de los cuales se pondrían, en el frío de las fosas comunes, decenas de millares de otros hombres que antes de nosotros fueron lanzados por la guerra detrás de estos alambrados de púa.

El mundo nos olvidó.

La Cruz Roja Internacional no pudo ocuparse de nosotros porque nuestra denominación de Internados Militares era nueva y no estaba prevista.

De los dos generales, igualmente nefastos para la historia de Italia, que —alineados en campos adversarios— podían hacer o decir algo

por nosotros los militares, uno era públicamente enemigo nuestro por razones políticas, y el otro nos ignoraba de la manera más absoluta porque estaba ocupado haciendo política.

No pretendíamos ayuda material; habría bastado una palabra. Quien hubiera podido decirnos esa palabra o la decía desagradable o no la decía.

Habíamos construido aparatos de radio que no titubeo en llamar milagrosos, y que bastarían para demostrar qué formidable ingenio saben desarrollar los italianos cuando tienen que luchar contra la adversidad. Escuchamos millones de palabras en todos los idiomas, pero nunca sentimos una palabra para nosotros en nuestro propio idioma.

Las viejas momias de la política cotorreaban sobre política en el sur, mientras que en el norte los jóvenes envenenados por la política se degollaban entre ellos en las llanuras y en la montañas.

La Patria se hacía presente de cuando en cuando ante los cercados de alambre de púa, y estaba vestida de general; pero siempre venía a decirnos las cosas acostumbradas: que el deber y el honor y la verdad y la justicia no estaban en la prisión voluntaria, sino en Italia, donde pechos de italianos esperaban las descargas de nuestros fusiles.

Estuvimos peor que abandonados, pero esto no bastó para convertirnos en animales: con nada reconstruimos nuestra civilidad.

Surgieron los periódicos orales, las conferencias, la iglesia, la universidad, el teatro, los conciertos, las exposiciones artísticas, el deporte, el artesanado, las asambleas regionales, los servicios, la bolsa, los avisos económicos, la biblioteca, el centro radiotelefónico, el comercio, la industria.

Todos se encontraron súbitamente desnudos; todo fue dejado del otro lado del alambrado: la fama y el grado, bien o mal ganados. Y todos se encontraron tan solo con las cosas que tenían dentro. Con su verdadera riqueza o con su verdadera pobreza.

Y cada uno dio lo que tenía adentro y podía dar, y así nació un mundo donde cada uno era estimado por lo que valía y donde cada uno contaba por uno.

Nada cambió en el *Lager*; siempre la misma arena, siempre las mismas barracas, siempre la misma miseria. Pero eso era todo lo que necesita un hombre civil para vivir con civilidad en un mundo civil. Todo. Aún la canción de moda que se escuchaba silbar y canturrear por todas partes era una canción civil, porque, palabras y música, eran la fiel expresión del sentimiento de todos. Un noble sentimiento.

No hemos vivido como animales: nosotros hemos construido con nada la Ciudad Democrática. Y si, todavía hoy, muchos de los que han regresado siguen mirando con temor la vida de todos los días y se mantienen al margen de ella, es porque la imagen que se habían hecho en el *Lager* de la Democracia, resulta terriblemente diferente de esta falsa democracia que tiene siempre por centro la misma capital de las intrigas y que tiene viejos y nuevos filibusteros al timón de las diversas naves corsarias.

Son los desilusionados: quizás los más honestos de todos nosotros los voluntarios del *Lager*.

A los desilusionados y a los que se han consolado son dedicadas estas páginas.

Es la voz del número 6865 la que habla. Es la misma voz de entonces. Son los mismos bigotes de entonces.

No he agregado nada; he quemado el famoso diario porque no tenía el derecho de decir sobre nuestro *Lager* cosas que no hubieran sido aprobadas por mis compañeros de *Lager*.

Sigo siendo el demócrata de entonces. Ya sin chinches ni piojos ni pulgas; ya sin ratones que me caminen por la cara; ya sin hambre y hasta sin apetito y con mucho tabaco, pero sigo siendo el demócrata de entonces, y no diré sobre nuestro *Lager* ninguna palabra que no esté aprobada por los del *Lager*. Por los vivos y por los muertos. Porque en la verdadera democracia es necesario tener en cuenta también a los Muertos.

A los otros, a quienes no han vivido nuestra humilde aventura, no sé qué efectos les harán estas páginas. Quizás los aburran. Por otra parte yo me he aburrido tantas veces allá abajo...

Ojalá les pueda interesar el libro en sí: es decir la prisión vista por un humorista.

Como quiera que sea aquí está el libro. Que se entiendan con él mis veintitrés lectores. Si no está bien, eso significa que para la próxima prisión haré algo mejor.

Diciembre de 1949
El autor

Prólogo a un Diario clandestino

CHISTE DEL DESTINO

En 1943, durante la Segunda Guerra, Giovanni Guareschi parte hacia el frente. Aunque espera su segundo hijo y hace tiempo que ha cumplido con el servicio militar obligatorio, prefiere ir a la guerra antes que lidiar con las autoridades fascistas, a las que viene criticando en la prensa sin pelos en la lengua. Pero poco después ocurrirá un chiste muy malo del destino dedicado al mayor humorista italiano de la época. Cae Mussolini, el nuevo gobierno firma un armisticio con los Aliados, y Guareschi queda atrapado en un campo de prisioneros polaco, primero, y alemán después, junto a otros soldados italianos. Pese a vivir acosado por el hambre, el frío y las pulgas, nunca deja de escribir ni de dibujar para sus compañeros de *Lager*, como cuenta en su *Diario Clandestino*. En aquellos días, también, se jura a sí mismo una de sus frases más célebres: "No moriré ni aunque me maten". Y no muere.

LA RABIA

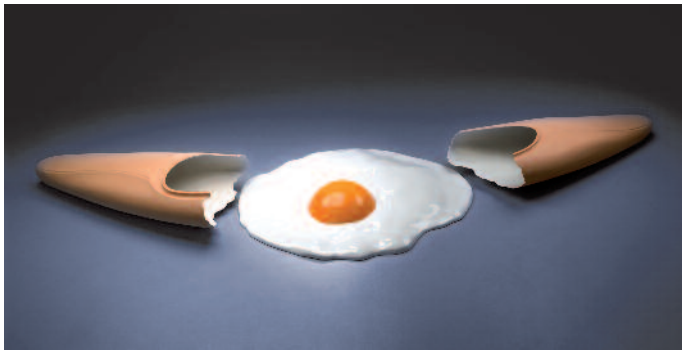
La rabbia es un documental que en 1963 rodaron Pier Paolo Pasolini y Giovanni Guareschi, a partir de noventa mil metros de películas de la época, y al que acompaña una historia polémica. Pasolini, de comprometida militancia de izquierda, había sido el primer convocado para realizar el film. Ya en pleno montaje, el productor del proyecto (para que nadie lo tildara de dogmático) quiso sumarle a las imágenes el contrapunto de una mirada de derechas, y le encargó otra versión a Guareschi. La idea no le gustó nada al célebre Pier Paolo y retiró su firma del proyecto. La versión de Pasolini, considerada una obra maestra del cine de ensayo, fue reconstruida en 2008 por Giovanni Bertolucci, el hermano de Bernardo. La versión de Guareschi sigue tal cual. Lo bueno es que ambas cintas se pueden ver en el omnipresente YouTube, para que la posteridad las juzgue.

UNA PELI
Una obra maestra de Billy Wilder sobre el nazismo y los campos de concentración, narrada en tono de comedia, drama y suspense. Fue la penúltima película del director para la Paramount (antes de *Sabrina*), debido a que los productores americanos quisieron cambiar algunas partes para que el film pudiera verse en Alemania sin ofender a nadie, pero Wilder se negó. ¡Bien por Billy, siempre fiel a sus principios!
Stalag 17 (1953)
de Billy Wilder.

OTRA PELI
¿Hay alguna otra película que aborde mejor la comedia en un campo de exterminio? Las peripecias de Guido Orefice (Roberto Benigni) para que su pequeño vástago de cinco años viva el holocausto como un juego de rol son tan conmovedoras que dañan. La escena del padre desfilando como un pato cuando lo trasladan a la cámara de gas sigue siendo uno de los mejores momentos del cine.
La vita è bella (1997)
de Roberto Benigni.

UN LIBRO
El niño con el pijama de rayas es, primero, una novela de John Boyne, y luego una película de Mark Herman. Igual que *Stalag 17* y *La vita è bella*, narra la historia del holocausto y los campos de concentración desde un punto de vista peculiar: en este caso, a partir de la inocente mirada del pequeño hijo de un oficial nazi, en Auschwitz, que siente curiosidad por saber qué pasa más allá del patio de su casa.
El niño con el pijama de rayas,
de John Boyne. Salamandra, 2008

Huevos fritos



Se acaba de hacer muy famoso un libro (*Superficiales*, de Nicholas Carr) que postula esta teoría: internet está convirtiendo al hombre en imbécil; le está friendo las neuronas con hipertextos, fragmentación y frivolidad; la red es la abolición de la profundidad y el reinado de lo superfluo; con los viejos libros de siempre, el cerebro del hombre se había convertido en un nutritivo huevo duro; con internet, lo estamos transformando en un huevo frito grasiento. Fin de la teoría. A nosotros nos pareció una hipótesis aberrante y tuvimos miedo de que fuese cierta, entonces le preguntamos sobre el asunto a José Cervera, uno de los estudiosos que más sabe sobre el cerebro, internet y las metáforas gastronómicas. Nos dijo que los huevos fritos son tan nutritivos como los duros y, según con qué aceite se frían, pueden serlo todavía más. Además, nos propuso responderle a Nicholas Carr, para dejarnos tranquilos.

REIVINDICACIÓN

DE LOS **BAJÍOS**

CÓMO LA WEB NOS ESTÁ PROPORCIONANDO UNA MEJOR INTELIGENCIA PARA EL SIGLO XXI

Escribe **José Cervera**

Ilustra **María Corte**

Los humanos tenemos una relación complicada con nuestra inteligencia. También con la tecnología que creamos a partir de ella. Estamos orgullosos de nuestra sabiduría, que nos permite comprender el universo y crear herramientas para controlarlo, pero desconfiamos de ese saber y tememos que nuestro poder nos aleje de la naturaleza y nos haga daño. Amamos y odiamos nuestras creaciones, de las que nos gusta desconfiar. Hay todo un género intelectual —milenario— que se dedica a analizar, criticar y rechazar la tecnología. Y si se critican los efectos de las máquinas sobre la humanidad, esta crítica es aun más feroz cuando se trata de juzgar las herramientas de la mente. La desconfianza de Platón hacia la escritura, por ejemplo, o la de Erasmo de Rotterdam sobre los problemas que causaría la imprenta en la vida intelectual, son clásicos de un género al que muchos autores recientes se han incorporado para denunciar nuevos males. ¿Cuáles? Los que, según ellos, provoca internet en la cultura. El reciente libro *Superficiales,* de Nicholas Carr, es heredero legítimo de una tradición intelectual que se remonta a las hogueras de nuestros antepasados paleolíticos. Siempre, en cualquier época, habrá alguien que anuncie el inminente *fin de los tiempos* a causa de nuestra arrogancia.

En su libro, Carr postula y defiende que algunas características de internet, como el hipertexto o la multiplicidad de fuentes de información, nos hacen menos inteligentes, ya que favorecen un modo de pensar *superficial* basado en la relación entre datos, en detrimento de una inteligencia basada en la introspección y el análisis *profundo* de una fuente única de información. Por ejemplo, un libro.

Para colmo, la forma de aprender que tiene el sistema nervioso hace que los cambios en el modo de pensar modifiquen permanentemente la estructura del cerebro. Según Carr, la red rebaja la calidad de nuestra mente y —además— modifica su asiento físico, haciendo que esta disminución sea irreversible. Internet nos estaría convirtiendo, entonces, en compulsivos devoradores de información de distracción fácil, incapaces de concentrar nuestra atención y de pensar *en profundidad*, es decir, de pensar correctamente. La web (siempre según Carr) se habría convertido en una amenaza para el conocimiento, e incluso para el futuro de la humanidad, al transformarnos en pensadores superficiales, y por tanto menores. Internet, señores, como heraldo del *fin de los tiempos*.

La riqueza de los bajíos

El autor ha estado particularmente desacertado con la metáfora al titular "The Shallows" ("los superficiales", pero también "los bajíos") a su libro. Y explicaré por qué.

En el mar, los bajíos son esas zonas de menor profundidad, más cercanas a la superficie, muy temidas por los marineros, porque son un peligro para los barcos que pueden embarrancar en ellas. Para Carr, el único conocimiento real es el *profundo*, y cualquier saber *superficial* es de inferior calidad, de modo que juega con la imagen de unos bajíos pobres y yermos, en contraste con la riqueza y la complejidad del conocimiento basado en lo hondo. Pero la metáfora se rompe, porque en los océanos las profundidades abisales están lejos de ser las más ricas y fértiles; de hecho, solo están habitadas por carroñeros que sobreviven devorándose unos a otros, dependientes de la lluvia de desechos que cae desde las áreas más superficiales. En el mar, los bajíos son las zonas más fértiles, pobladas e interesantes; las fosas oceánicas solo llaman la atención por sus grotescos monstruos. La

variedad, el color, la multiplicidad de formas de vida están, siempre, cerca de la superficie.

Esto mismo ocurre en el área de las ideas. El mayor riesgo intelectual para el siglo XXI no proviene del pensamiento superficial y su facilidad para la conexión, sino del exceso de especialización de las distintas disciplinas de la ciencia y la cultura. En su cada vez mayor profundidad, las especialidades intelectuales pueden acabar aislándose en fosas incomunicadas y pobladas por monstruos intelectuales estériles. Internet y su *superficialidad* es justo la salvación que necesita una cultura aquejada de aislamiento y de la esterilidad que provoca. Los bajíos y su riqueza de cruce, hibridación y mezcolanza, son la metáfora perfecta para el intelecto necesario en el siglo XXI y sucesivos.

A lo largo de lo que, en esencia, es una bien escrita y documentada diatriba sobre los peligros de la red, Nicholas Carr demuestra que el uso de distintas tecnologías del conocimiento tiene un efecto sobre la estructura y el modo de funcionamiento del cerebro. La capacidad plástica del tejido nervioso refuerza las conexiones entre las neuronas que son utilizadas con más frecuencia, lo que a su vez facilita la conexión. El efecto es que, durante el aprendizaje, las tareas que se llevan a cabo más a menudo se vuelven más sencillas. El cerebro aprende mediante la modificación de su propio cableado en respuesta a tareas intelectuales: el entrenamiento en una determinada disciplina, o técnica mental, aumenta su potencia y reduce su dificultad. En la práctica, nuestras neuronas actúan como los músculos: se fortalecen con el ejercicio.

Lo que los neurofisiólogos están descubriendo es que los sistemas de aprendizaje basados en la meditación en profundidad, la repetición y la memorización, no solo funcionan, sino que se perpetúan modificando la estructura misma del cerebro. El libro, sumado a esa *lectura silenciosa* que tanto desconcertaba a Agustín de Hipona cuando veía a San Ambrosio practicarla, favorece la concentración profunda y da lugar a una especie de rumia intelectual que ha sido la marca del pensamiento durante los últimos siglos de la cultura. Carr se sumerge en la literatura y llega a la conclusión de que una mente entrenada en la profundidad de análisis y pensamiento es una mente mejorada, una mente capaz de más profundidad de pensamiento. El cerebro que se aísla de los estímulos exteriores amplía su capacidad de introspección, es decir, de aislamiento del exterior. Esta es, en el fondo, una tautología poco interesante.

La clave del libro *Superficiales* consiste en dar como *buena* esta capacidad de aislamiento, introspección y pensamiento reiterado sobre una estrecha área de conocimiento: la única forma de pensamiento verdadera y útil. Por consiguiente, cualquier otro tipo de pensamiento, carente de esa introspección característica de la cultura libresca, es *mala*, es inferior, es una forma devaluada de intelecto.

LOS BAJÍOS Y SU RIQUEZA DE CRUCE, HIBRIDACIÓN Y MEZCOLANZA, SON LA METÁFORA PERFECTA PARA EL INTELECTO NECESARIO EN EL SIGLO XXI.

Partiendo de anécdotas personales, Carr transforma en categoría la afirmación de que internet favorece la distracción, entendida como la dispersión del foco de la mente, que se concentra no en un único sujeto, sino en varios a la vez. La inteligencia pierde así la capacidad de analizar internamente y *en profundidad* y se vuelve *superficial*, extrovertida y por tanto inconstante y carente de propósito o utilidad. La neuroplasticidad asegura que este estado se haga cada vez más sencillo de alcanzar hasta hacerse permanente, de tal modo que la otra forma de pensamiento tendería a desaparecer, volviéndose imposible.

En suma, con el advenimiento de internet, la humanidad corre el riesgo de perder sus mejores técnicas de investigación y análisis, y de abandonar para siempre —y de modo irreversible— aquello que ha hecho grande a la cultura y poderosa a nuestra especie. Según Carr, estaríamos evolucionando hacia una cultura de lo efímero, lo sorprendente y lo grotesco, nos estaríamos volviendo seres incapaces de llegar a los hondos qués y porqués de las cosas; una cultura de la apariencia (de la superficie); humanos nuevos sin la posibilidad de aprehender las esencias. En suma: la web como un disparador del apocalipsis cultural e intelectual.

Todos estos son argumentos con claros ecos de terror al monstruo de Frankenstein, o a la máquina creada por la humanidad que se rebela contra su creador. Una versión de la expulsión del Jardín del Edén en la que la gente *natural* se ve desterrada por la tentación del poder que le ofrece la tecnología, para descubrir demasiado tarde que el precio es mayor que el beneficio. Carr desconfía y teme a las creaciones técnicas porque sospecha que su poder debe estar acompañado de un lado oscuro, que sus evidentes ventajas han de estar kármicamente compensadas por alguna desventaja, aunque esta no sea evidente. Para colmo, la tecnología deshumaniza al hacer a las personas más semejantes a las máquinas, y por tanto inferiores, dado que los mecanismos carecen de alma. Donde Alessandro Baricco, en *Los Bárbaros,* reconoce la existencia de un *otro* incomprensible (pero dotado de su propia lógica), *Superficiales* rechaza que pueda existir otra forma de intelecto distinta de la suya. Internet no reemplaza una forma de pensar por otra, dice Carr, sino que destruye la inteligencia para poner en su lugar ignorancia. Los superficiales, los bajíos, son malos por definición; porque no son profundos.

EL PROBLEMA NO ES LA FALTA DE PROFUNDIDAD DEL PENSAMIENTO, SINO LA CRECIENTE ESTERILIDAD DE LOS ABISMOS DEL SABER.

Esta afirmación de calidad moral está en la esencia del argumento: internet es mala porque el tipo de pensamiento que favorece está devaluado, es inferior. Lo que en ningún momento considera Carr es que si la web favorece la superficialidad, la interconexión de ideas y la relación entre campos diversos, no es por un defecto, sino porque es un rasgo fundamental de su diseño. La web es superficial porque se construyó para serlo; porque se hizo para resolver uno de los mayores problemas intelectuales del hombre. Y este problema no es la falta de profundidad, sino la creciente esterilidad de los abismos del saber. Internet fomenta los bajíos, porque los bajíos son más fértiles. Baricco tiene razón: los bárbaros tienen un plan, una cultura y una inteligencia. Una cultura para los próximos siglos.

Prótesis para la mente

La web que hoy conocemos, miles de millones de ordenadores personales conectados a servidores que proporcionan información en un formato de hipertexto, desciende intelectualmente del artículo "As We May Think" ("Cómo podríamos pensar"), publicado en julio de 1945 por el ingeniero y administrador estadounidense Vannevar Bush (ningún parentesco con los presidentes de los Estados Unidos de igual apellido) en la revista *The Atlantic Monthly*. Ese artículo definió la informática moderna. Y también planteó un programa de desarrollo de herramientas para la mente, diseñadas específicamente para resolver el estancamiento en que estaba entrando el intelecto humano por exceso de profundidad.

Existen dos tendencias históricas en el desarrollo de la ciencia informática en lo que se refiere a la Inteligencia Artificial (IA). Por un lado, los partidarios de la IA "dura" intentan crear un cerebro no humano capaz de pensamiento creativo e independiente. Esta idea aparece en conceptos como la Singularidad Tecnológica definida por Vernor Vinge, o en mitos como el ordenador omnisciente que se rebela (otra vez Frankenstein) para acabar dañando a su creador.

Si una vez creada inteligencia en una máquina es posible ampliar su *cerebro* (su capacidad) de forma infinita, del mismo modo se puede temer que la IA "dura" acabe creando una inteligencia superior de origen artificial que, o bien salvará a la humanidad, como el Eschaton de Charles Stross en *Singularity Sky*, o bien acabará con ella, como el SkyNet de la saga *Terminator*, el WORP de *WarGames* o el HAL 9000 de *2001: A Space Odyssey*. La humanidad crearía así su propia divinidad, o demonio.

Hay una segunda tendencia que no intenta construir un cerebro artificial que nos reemplace, sino herramientas que aumenten la capacidad de los cerebros naturales: prótesis para la mente que potencien el pensamiento. A esta segunda tendencia pertenecía Vannevar Bush. A través de un tortuoso camino histórico e intelectual que pasa por (la lista es larga, pero fascinante) Douglas Engelbart y *La Madre de Todas las Demos*, Ted Nelson y su proyecto Xanadu y el

Hipertexto, Stewart Brand y el *Whole Earth Catalog*, el Homebrew Computer Club, el Xerox PARC, Apple Computer, IBM, Microsoft, Tim Berners-Lee y la World Wide Web, acaba por culminar en la actual era del ordenador personal e internet.

La esencia del problema consiste en definir qué es la inteligencia. Si la sabiduría consiste en almacenar grandes cantidades de información en el cerebro, para después realizar complejas operaciones de realineamiento y reconexión profunda, entonces Carr tiene razón: la red que hoy conocemos nos está haciendo menos inteligentes. Al reducir la cantidad de datos que albergamos en nuestra memoria y al favorecer el salto entre diferentes informaciones y el mantenimiento de múltiples ideas simultáneamente en el foco de nuestra atención, sin duda almacenamos y rumiamos menos. Pero esa es únicamente *una* definición posible de inteligencia. Hay otra que se basa más en la conexión y en la capacidad de combinación de ideas que en la mera acumulación y reelaboración de información aislada, o de narrativas lineales. Si la inteligencia se define en función de la capacidad de relacionar diferentes ideas, y no por su simple posesión, entonces los cambios que describe Carr pueden ser ciertos, pero no negativos. Porque si la red fomenta este otro tipo de inteligencia y al extenderlo modifica el cerebro para hacerlo cada vez más sencillo de usar, estaremos cambiando un intelecto por otro. ¿Pero por cuál? Quizá, por una forma de inteligencia más necesaria para resolver los retos del futuro.

Desde luego así pensaba Vannevar Bush, que en el artículo citado describía una máquina conceptual —llamada Memex— como un aparato para favorecer la inteligencia humana, ayudando a establecer conexiones entre ideas diferentes y separadas. Para Bush, el principal problema intelectual del siglo XX no estaba en la falta de concentración, sino en el exceso de profundidad de los estudios y la paralizante imposibilidad de dominar campos diferentes; eso es lo que estaba aislando a las diferentes disciplinas.

Al hacerse cada campo de estudio más profundo, la especialización tiende a extenderse más tiempo hasta que el especialista se hace incapaz de entender y de interactuar con los campos ajenos, incluso los cercanos. La hiperespecialización desarrolla sus propios lenguajes, sus propias historias intelectuales, sus propias estructuras sociales, de modo que quien no pertenece a la reducida hermandad de los expertos ya no puede entender siquiera de qué hablan. El exceso de profundidad intelectual no ha dejado de crecer desde 1945, dando lugar a un chiste amargo: un especialista es aquella persona que sabe cada vez más sobre cada vez menos hasta que lo sabe todo sobre nada.

Tan recientemente como en 1968, John Brunner, en su novela *Todos sobre Zanzíbar*, inventó para el personaje Donald Hogan un nuevo trabajo de inteligencia militar ("sintetista"): alguien dedicado a conectar ideas, dado que el aislamiento de las distintas disciplinas estaba dañando el avance científico e industrial de la nación. El problema no ha dejado de empeorar; estamos en la *era de la abundancia informativa*, en la que hay muchos datos y faltan filtros, y el efecto en las ciencias y las disciplinas de la cultura está resultando paralizante por falta de capacidad de conexión y análisis multidisciplinar. La carencia de relaciones entre datos impide comprender su significado: un hecho aislado, sin contexto, puede perder todo su valor. A veces, el dato o la interpretación clave para desbloquear un problema no llega a los especialistas adecuados porque se origina fuera de la *burbuja* de esa disciplina. Vannevar Bush quería evitar que se repitieran situaciones como que las leyes de Mendel se perdieran durante más de una generación, simplemente porque los trabajos de un desconocido monje checo no alcanzaron en todo ese tiempo las esferas de quienes podían comprender su significado. Las profundidades abisales de la especialización retrasaron cincuenta años un conocimiento vital por falta de conexión, un fenómeno que durante el siglo XX se hizo cada vez mas común. Y que supone una verdadera amenaza intelectual en el siglo XXI.

Bush quería crear una máquina, pero no para reemplazar al cerebro, sino para aumentar su memoria y complementar sus capacidades. Parte del Memex era un dispositivo de acceso a los depósitos externos de memoria que ha construido nuestra civilización: bibliotecas, bases de datos técnicos, resultados de laboratorio. Al tener a su inmediato alcance cualquier libro, cualquier dato, cualquier imagen o ecuación que pudiese necesitar, el usuario del Memex no necesitaba

almacenar toda esta información en su propio cerebro. Esto le permitiría usar muchos más datos de los que el propio cerebro tiene capacidad de asimilar, aumentando el alcance de su mente. Como los libros, el Memex serviría como un depósito externo de datos, liberado de las limitaciones de la memoria orgánica, y por tanto capaz de ampliar su alcance. Una especie de superbiblioteca universal optimizada.

Para poner en perspectiva cuál podría ser el efecto de esta multiplicación del almacenamiento externo (sobre la capacidad del cerebro y sobre la inteligencia humana), conviene contemplar el efecto que los libros han tenido en nuestra historia. A muchos de los primeros pensadores y filósofos, aquellos que por primera vez se vieron expuestos a la escritura, les parecía que *el libro* iba a causar un pernicioso efecto en la humanidad. En el diálogo *Fedro,* de Platón, el filósofo hace que Sócrates relate la leyenda del rey egipcio Thamus, que recibió con escepticismo el regalo de la escritura por parte del dios Theuth. Thamus, relata Platón, consideraba que la escritura destruye la memoria, reemplazando la verdadera sabiduría (que solo puede ser viva y expresarse en forma dialéctica) por una forma inferior de recuerdo inerte, por una falsa sabiduría basada en poder invocar el contenido de lo escrito. Con el agravante de que ese recuerdo pueda ser considerado engañosamente igual al verdadero conocimiento. Y con la consecuencia, paralela al argumento de Carr, de que la humanidad perderá la memoria por falta de ejercicio y se hará estúpida. La escritura, concluye Thamus, no hará más sabios a los hombres, sino menos. Qué interesante: Platón consideraba *inhumana* la escritura, y desconfiaba de que sirviese para aumentar el conocimiento.

Sin embargo, desde su nacimiento, la escritura es sin duda el factor más importante en el crecimiento y desarrollo de la sabiduría humana. Durante cientos de miles o millones de años, la única forma de conservar información fue la memoria, y la única manera de hacerla sobrevivir en el tiempo fue traspasarla a las memorias de las siguientes generaciones. En la época de Homero todos los mensajes importantes tenían que conservarse mediante memorización. Por eso los relatos y las canciones eran en verso: para facilitar su almacenamiento en las memorias de las personas, y de esta forma su supervivencia. Por eso la Biblia y la Odisea sobrevivieron. Cabe preguntarse qué otras obras desaparecieron, cuando murieron las últimas personas que se las sabían de memoria.

Pero a pesar de que Carr lo afirma en su libro, Sócrates no tenía razón. Es cierto que los libros hicieron a las personas menos dependientes de su memoria, y que esa concreta capacidad humana ha disminuido. Pero poca duda puede caber de que los libros han hecho a la humanidad, en su conjunto, mucho más sabia, permitiendo una expansión de la cultura inimaginable en tiempos de Platón.

ESTAMOS EN LA ERA DE LA ABUNDANCIA INFORMATIVA, EN LA QUE HAY MUCHOS DATOS Y FALTAN FILTROS.

La Historia se ha visto acompañada, desde la invención de la escritura, por un continuo aumento de la cantidad de información disponible para las personas. La escritura permite la continua acumulación de nuevos rasgos culturales sobre los antiguos, acelerando así no solo el almacenamiento, sino la creación de ideas. Las diversas tecnologías que han facilitado la extensión de los materiales escritos también han contribuido a esta explosión, como lo han hecho las políticas que han proporcionado a miles de millones de personas la capacidad de leer. Estos desarrollos, la explosión del número de los libros y la multiplicación de los lectores, coinciden con las etapas más brillantes, dinámicas e intensas desde el punto de vista cultural de la Historia.

Se dice que una edición dominical del venerable *The New York Times* contiene más información de la que estaba a disposición de un inglés ilustrado a lo largo de toda su vida antes del siglo XIX. Existen bibliotecas con decenas de millones de volúmenes, como la del Congreso de los Estados Unidos o la Biblioteca Nacional española. Se publican centenares de miles de nuevos libros cada año, y se venden muchos millones de ejemplares. La extensión de la escritura hasta extremos que hubiesen resultado inconcebibles en la Grecia clásica no ha hecho más estúpida a la humanidad. Al contrario: la ha hecho muchísimo más inteligente. Almacenar parte de nuestra memoria en los libros, liberando

las neuronas para que no se vean sobrecargadas por el exceso de información, ha multiplicado el poder de la inteligencia humana. Relojes, mapas, libros y otros instrumentos no han dañado la mente al modificar nuestra percepción del espacio, del tiempo o de la memoria. Puede que hayan hecho nuestros cerebros menos interesantes desde el punto de vista anatómico, pero también los han hecho más poderosos.

La otra forma de inteligencia

Para Vannevar Bush, facilitar el acceso a la información escrita por medios tecnológicos era solo una parte de su idea. La más importante era la capacidad del Memex para establecer conexiones, vínculos entre diferentes ideas, diferentes libros, distintos depósitos de información. Bush denominó a estas relaciones "senderos", y los imaginaba como recorridos anotados de un párrafo en un libro a una foto en otro; de una ecuación aquí al plano de un puente allá. Los senderos reproducirían las relaciones y vínculos de una mente real reflexionando sobre un problema o idea concreta y las asociaciones que le pudieran sugerir a esa mente los depósitos externos de memoria. Lo más importante es que los senderos podrían grabarse, distribuirse y compartirse; de modo que el camino trazado por la reflexión de una persona (a través del mundo de las ideas) lograría compartirse con otras personas, que podrían reproducir ese camino intelectual. Los alumnos encontrarían la forma de seguir el sendero trazado por un profesor; los colaboradores de un ingeniero podrían reproducir su línea de pensamiento sobre un diseño. "As We May Think" incluso imaginaba el nacimiento de una profesión, de personas dedicadas a tiempo completo a crear nuevos senderos intelectuales para que otras personas pudiesen después seguirlos y aprovecharlos.

La idea no es original: consiste en replicar, por medios artificiales y en nuestros almacenes externos de información, el mismo proceso que ocurre dentro de nuestras cabezas y que llamamos *pensar*. Los practicantes de la Cábala lo llevan haciendo siglos, y para este tipo de relaciones se inventaron las notas a pie de página

y las referencias cruzadas en los libros. En el siglo XIV Ramon Lull quiso crear un instrumento para conectar ideas con el fin de generar ideas nuevas. Vannevar Bush quería una máquina capaz de relacionar ideas del mismo modo que lo hace dentro de su cerebro una persona que está pensando. Este sistema de interconexión de ideas no solo se ha demostrado enormemente rico (a la hora de generar nuevos conceptos), sino que es la esencia de nuestra inteligencia y nuestra memoria, como explica el propio Carr en su libro. Lo que llamamos sabiduría surge cuando se establecen nuevas conexiones entre neuronas, conexiones que la experiencia refuerza hasta convertir en memorias. El Memex pretendía ampliar a los libros un procedimiento análogo al que hace surgir inteligencia en nuestros cerebros por la interacción de las neuronas: extender nuestra mente más allá de los confines de nuestra cabeza. Incluso llegó a especular con la posibilidad de que algún día esta vinculación entre cerebro y almacenes de información externos pudiese realizarse de modo directo, sin intermediación de pantallas, teclados u otros dispositivos de traducción.

Las herramientas que uno tiene a su disposición no solo cambian la sensación subjetiva al enfrentarse a los problemas y modifican a quienes las usan. También cambian la escala de los problemas que se pueden resolver. El Canal de Suez, o el de Panamá, no podían construirse con picos y palas: hacían falta otros niveles de tecnología quizá mas alienantes con respecto al hecho físico de cavar, pero más potentes. Colocar un hombre en la Luna es imposible usando técnicas medievales, como hubiese sido imposible construir una catedral gótica en la era romana. La capacidad de los instrumentos a nuestro alcance modifica nuestro uso y altera nuestra percepción del mundo. Pero, ante todo, nos abre nuevas posibilidades antes imposibles: proyectos de tamaño inconcebible antes de la existencia de estas nuevas herramientas. La tecnología nos cambia, y nos hace capaces de enfrentar desafíos nuevos.

Hoy vivimos en un universo en el que la información es cada día más abundante, hasta el punto de que satura los anticuados sistemas de filtro que conocíamos y acaba provocando problemas por acumulación. La enorme cantidad de datos disponibles imposibilita la formación interdisciplinar, ya que hace falta toda una vida para alcanzar el nivel suficiente de conocimientos de una única disciplina. Aisladas, diferentes áreas del saber repiten trabajos, no reciben información vital de áreas vecinas y dejan de desarrollar conocimientos en las zonas de jerarquía dudosa. Los descubrimientos más prometedores y las ideas más audaces surgen en los márgenes de las disciplinas convencionales, donde priman las conexiones y la fertilización cruzada. Para poder aprovechar la abundancia de información son necesarias nuevas y mejores herramientas, técnicas y habilidades de análisis y conexión de referencias.

LAS IDEAS MÁS AUDACES SURGEN EN LOS MÁRGENES DE LAS DISCIPLINAS CONVENCIONALES.

Los datos aislados nada significan. Hace falta contexto para poder comprender cualquier fragmento de información: o dicho de otro modo, hacen falta enlaces. La selección y la valoración de ideas dependen de las relaciones entre datos, no de su almacenamiento. Los problemas del futuro precisan de mayor capacidad de comparación, relación y enlace de datos, para poder evaluar rápidamente grandes cantidades de información; la capacidad de seguir y establecer conexiones, de mantener múltiples vías de análisis abiertas a la vez. Los desafíos que nos impone la actual situación de la cultura necesitan herramientas para la navegación entre informaciones diversas, con capacidad multitarea, que coloquen las tareas de almacenamiento en manos de máquinas auxiliares y aprovechen al máximo la capacidad única del cerebro humano de establecer relaciones entre datos. La tecnología de internet es justo lo que necesitamos. Y las modificaciones que esa tecnología provocará en el modo de trabajar del cerebro son exactamente las que nos permitirán crear una nueva cultura de la *abundancia de información*.

Las profundidades de la contemplación introvertida ya han dado todo lo que podían dar. Es el momento de los bajíos en el mundo de la mente: de la riqueza de las conexiones, de la explosión de variedad y novedades que surgen

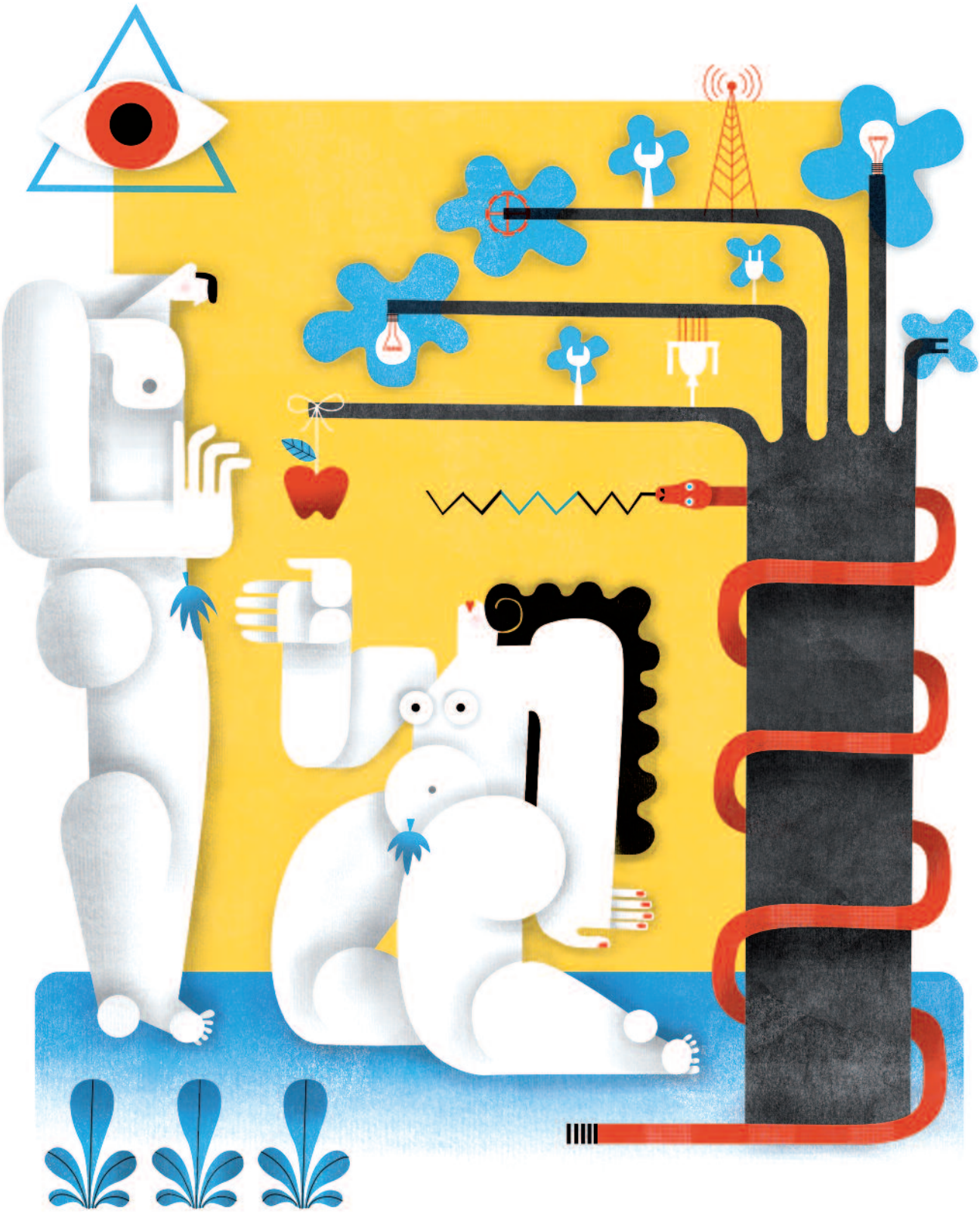
del pensamiento interconectado. Es el momento del cruce de ideas, del contexto, del análisis de grandes cantidades de datos, de la mezcolanza y la fusión. Necesitamos recuperar conocimientos y formas de pensar que quedaron abandonadas en la carrera hacia las profundidades; tenemos que aprender a explotar la conexión, la relación, el vínculo para generar nuevas ideas. Porque la riqueza de ideas surge de la mezcla, no de la separación. Es el momento de abandonar para siempre las herramientas, los hábitos mentales y las consecuencias del pensamiento abisal. Es el momento de reivindicar y abrazar los bajíos de la mente.

El paraíso que nunca existió

En el fondo, el mito que defiende Nicholas Carr es conocido: la existencia y evidente superioridad de una *humanidad natural* primigenia anterior al desarrollo tecnológico, de un *ser humano* no contaminado por la máquina, y la melancolía ante su pérdida. De ahí las comparaciones entre comportamientos maquinales y la esencia de la máquina, el miedo a la transformación del ser humano en tecnología, la desconfianza y el rechazo a cualquier ayuda externa que pueda aumentar la potencia del pensamiento humano. En las poéticas loas a Hawthorne meditando en Sleepy Hollow y en los ataques al efecto del tren que rompe su concentración hay mucha nostalgia romántica por un mundo perdido más sencillo, menos mecanizado y por tanto más humano. Lo que se evoca es el *paraíso perdido*: la *era dorada de la humanidad* anterior al *pecado original*, antes de que la máquina contaminase la inocencia.

Para un ingeniero, o un arquitecto, este tipo de argumento es casi insultante, porque opone la humanidad a sus obras y al hacerlo niega el valor de las creaciones de la técnica. Cuando Deep Blue derrota a Garry Kasparov, esta corriente de pensamiento considera que la humanidad ha sido vencida. Y sin embargo Deep Blue es una obra humana, creada por programadores y diseñadores de hardware y técnicos electrónicos y maestros de ajedrez. Su triunfo no es un triunfo del *otro* sobre el ser humano, sino un triunfo de la humanidad a través de sus fabricantes humanos. La herramienta no puede existir sin el creador de la herramienta. El ingeniero, el herrero, el fabricante de tecnología es tan creativo como puede serlo el artista o el científico: la erección de un puente o una bóveda, el tendido de un cable submarino o la creación de Deep Blue pueden ser consideradas obras que demuestran el talento del ser humano a la par de un cuadro de Velázquez, una obra de Shakespeare o una cantata de Bach. Considerar a la tecnología enemiga de la verdadera humanidad es rechazar la creatividad, la pasión, la inteligencia y el esfuerzo de quienes la hacen nacer, humanos en fin. Es distinguir entre una creatividad noble y otra innoble, entre obras de sublime inutilidad y obras útiles que nos hacen poderosos como personas y como sociedades pero que de alguna manera son inferiores moralmente, quizá por esa misma utilidad. Es rechazar el sudor y el talento de quienes realizan prodigios de genio e inteligencia al menos tan brillantes como las más sublimes obras del arte, pero en el campo de la maquinaria, de la ingeniería, de la construcción. Es no reconocer a Deep Blue como lo que es: un gran triunfo de la mente humana, la de sus creadores, sobre otra mente humana, la de Kasparov: una verdadera fiesta de nuestro intelecto.

Aunque lo peor de esta visión de la humanidad no contaminada con la tecnología no es que sea ofensiva para los tecnólogos, sino que es rotundamente falsa. No existe y jamás existió ese supuesto estado de adánica inocencia previo a la venta de nuestra alma por un puñado de máquinas. La arqueología nos confirma que el *Homo sapiens sapiens* viene de una rama de simios que desde hace casi tres millones de años coevolucionan con la tecnología. Nuestros antepasados utilizaban herramientas cuando no eran más que monos bípedos, mucho antes de desarrollar sociedades, o inteligencia. Somos animales dependientes de la tecnología desde mucho antes de ser siquiera humanos; o dicho de otra forma, somos humanos a causa de nuestra tecnología, una especie simbiótica con nuestras herramientas. No hay un paraíso pretecnológico al que regresar: jamás lo hubo. Solo estamos nosotros: un mono que lleva tanto tiempo haciendo máquinas que ya no puede separarse de ellas. El ser humano, el mono ciborg.



Reivindicación de los bajíos

ASIMOV DIXIT

"Una vez que tengamos sistemas de computadoras en cada hogar, cada una de ellas conectadas a enormes bibliotecas en donde cualquiera pueda realizar cualquier pregunta y que se le den respuestas, que se le brinde material de referencia, que sea algo en lo que tú estás interesado en saber desde una temprana edad, más allá de cuán tonto le pueda sonar a otro, pero sea algo que a ti te interese y preguntes, puedas averiguar y hacer un seguimiento y lo puedas hacer en tu propia casa, a tu velocidad, en tu dirección a tu propio tiempo, entonces todo el mundo disfrutará aprender. Pero démosle una chance, como complemento de la escuela. Yo no hablo de abolir la escuela, pero sí como un complemento de ella, para seguir su propia veta desde el principio." Lo dijo Isaac Asimov en una entrevista de 1988, con sus largas patillas blancas. Y dijo mucho más, todo está en YouTube.

PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

El 19 de abril de 2011, exactamente a las 20:11, de tardecita, miles de frikis de todo el mundo se reunieron en pequeños cónclaves para esperar el fin de los tiempos. Según los pronósticos de *Terminator: The Sarah Connor Chronicles*, aquel era el día en el que la resentida Skynet (el sistema artificial diseñado por la inteligencia militar americana) se hacía consciente de sí misma y arrasaba con todos nosotros. Por suerte el Armagedón androide no llegó, aunque el mono que desde tiempos inmemoriales viene construyendo máquinas, el ser humano-ciborg, no se detiene. Lo que sí ocurrió ese día fue la compra de la compañía de teléfono gratuita Skype por parte de Microsoft, una noticia igual o todavía más terrible que el fin de los tiempos. Para peor, alguien descubrió que con un collage de logos (como se ve en la imagen de arriba) queda compuesta la palabra maldita: *Skynet*.

UN LIBRO
Este es (no podía faltar en la reseña) el famoso libro con el que polemiza José Cervera. En sus páginas, Carr sostiene que el uso constante de la web nos está afectando de forma profunda, y augura que en pocos años veremos los resultados del desastre: el triunfo de la superficialidad y la distracción. ¡Adiós pensamiento crítico y profundo! ¡Arrivederci libros gordos y pesados! Una nueva era comienza.
Superficiales, de Nicholas Carr
Taurus Pensamiento, 2010.

OTRO LIBRO
Para matizar el volumen anterior, un luminoso cruce de ideas entre el periodista y escritor italiano Pino Aprile y el Premio Nobel Konrad Lorenz acerca de la imbecilidad humana. Para Aprile, la cuestión es irreversible: la inteligencia del hombre terminará por desaparecer a manos de la estupidez. Si no ¿a qué responde que el primero en ascender sea, siempre, el más idiota de la oficina?
Elogio del imbécil, de Pino Aprile
Temas de hoy, 2006

UNA SERIE
Remake de la serie creada por el mítico Glen A. Larson. Cuatro temporadas magistrales en las que escapamos junto a los pocos sobrevivientes de "Las doce colonias de Kobol" de la furia Cylon, androides que se revelan contra sus creadores. La humanidad surca el universo a bordo de la nave Galactica en busca de una leyenda, la 13ª colonia, llamada Tierra.
Battlestar Galactica (2004)
Sci-Fi

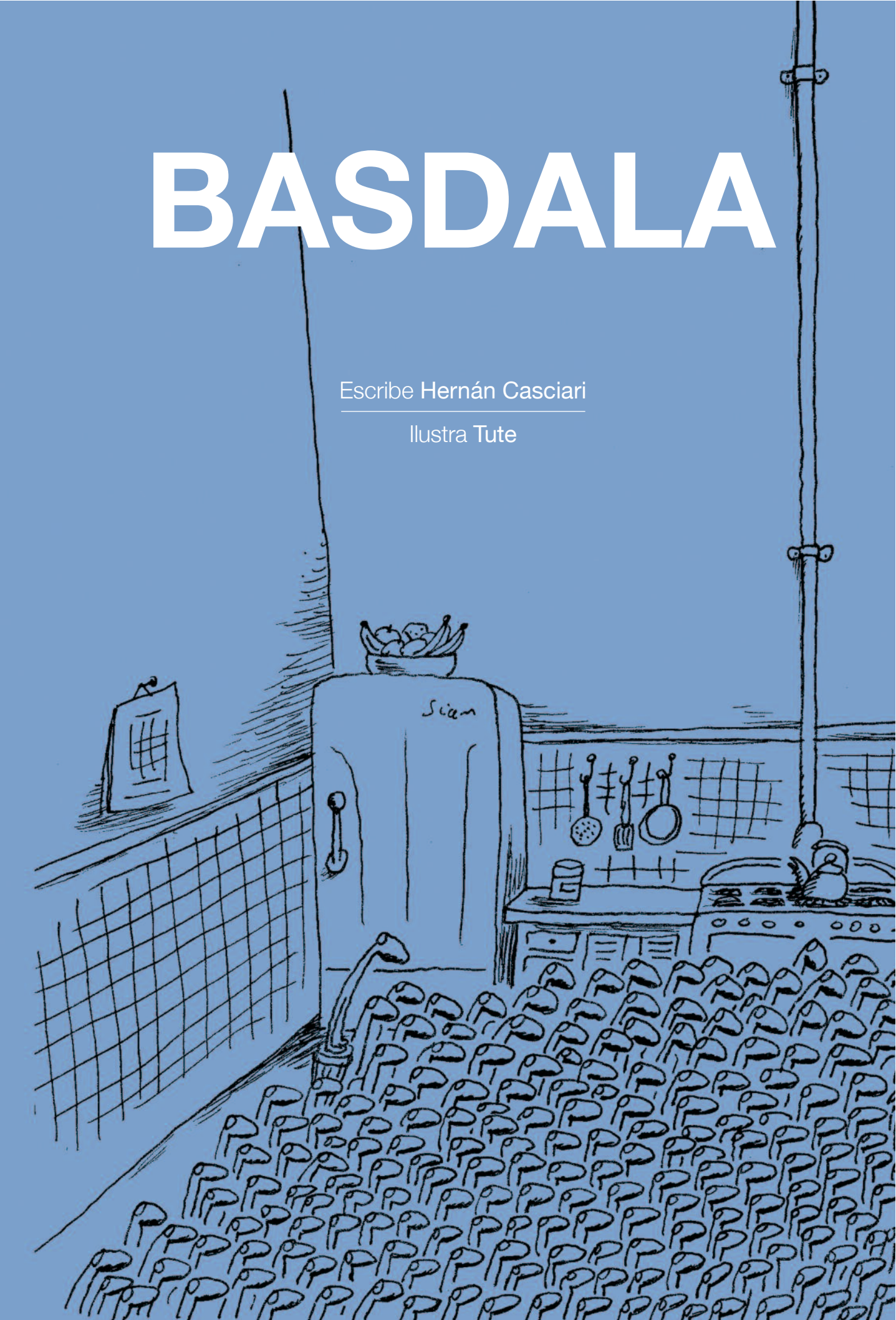
Ferrari

Internet le dio una herramienta nueva a la literatura: la velocidad. A principios del siglo veinte, los folletines por entregas llegaban por barco. Los lectores, ansiosos por la continuación de la trama, se acercaban al puerto. Cuando divisaban al buque que traía los libros en los bodegones oscuros, le gritaban desde tierra a los marineros, que ya habían leído la obra en altamar: "¿Ha muerto Estela?", "¿Ya le han propuesto matrimonio a la señorita Kinderman?". Aquella hermosa fascinación por la lectura, generadora de impaciencias y angustias, hoy se convirtió en un nuevo gesto: pulsar frenéticamente la tecla F5. Actualizar una página hasta que aparezca el cuento que nos tranquilice. Aquellos viejos barcos son ahora Ferraris con historias que van y vienen a la velocidad de la luz. Algunas veces —incluso— es el lector quien escribe el cuento, y el autor el que se queda pasmado y pregunta: "¿Ha muerto Estela?".

BASDALA

Escribe **Hernán Casciari**

Ilustra **Tute**



En algún momento de este siglo descubrí que ya no quería escribir más como antes. Quiero decir: nunca más a solas, con la Olivetti en la cocina, viendo crecer las páginas sin mostrarle a nadie cada capítulo o cada cuento, sin la invasión permanente de los lectores, sin la adrenalina del borrador a la vista. Supe que ya no podría sentarme, durante meses, a construir una trama sin que otras miradas me devolvieran, de inmediato, sus comentarios veloces, sus correos instantáneos, sus críticas, e incluso, con suerte, nuevas tramas mejores que las mías. Sobre esto último, sobre la magia de las devoluciones literarias, tengo una anécdota para contar.

Estoy en medio de un dilema: me propongo contar esta historia en una revista impresa, no en un blog. Y no importa que la revista y el blog se llamen igual: no tengo el ritmo ni la mano suelta. Hace mil años que no escribo una anécdota con destino final en papel. Desde 2003 todo lo que conté, real o imaginario, acabó siempre con el gesto de hacer clic en el botón enviar. Ese gesto ya es, en mí, una especie de automatismo. Me acostumbré al tic de la publicación inmediata, a que no haya nada entre los actos puros de escribir y de leer. Desde hace mucho tiempo me despreocupo después de ponerle el punto final a una historia, y me encanta saber que los lectores verán los resultados dos segundos más tarde, con los errores de tipeo incluidos, es verdad, pero también con las palabras y las ideas todavía calientes. Si narrar en directo fuese un ejercicio de tiro al blanco, la flecha estaría todavía en el aire cuando le llega al lector. La audiencia virtual parece levantar vuelo e ir en busca del dardo; no se queda en el suelo esperando el impacto: de algún modo el lector pega un salto y dirige su corazón a la trayectoria de la flecha. La audiencia virtual es, además, muy veloz: me corrige la ortografía en menos de una hora, debate la gramática, y después todos empiezan a conversar entre ellos sobre lo que han leído. Es muy gratificante ese murmullo de voces cuando la trama todavía está humeante, cuando ni yo mismo sé si lo que acabo de echar a la parrilla es carne buena. Hay una sensación de veredicto en ese barullo de voces y conversaciones. Me gusta espiar los comentarios y charlas ajenas; es como hacer realidad el sueño de convertirse en mosca y escuchar lo que se dice de un cuento propio, en el exacto momento en que a uno ese cuento le importa más, porque lo acaba de parir.

En realidad, no sé si la práctica de la literatura en directo es buena o mala, si es mejor o peor que otros sistemas. En todo caso siempre habrá veintisiete letras y un teclado, nada más que eso. Pero estoy seguro de que a mí me resulta más divertida la inmediatez que la espera. Por ejemplo ahora: escribo esto a finales de mayo. Ustedes están leyendo este párrafo en julio, en agosto, en septiembre. ¿Quién sabe si en medio no se acabó el mundo?

La historia que voy a contar explica, mejor que cualquier charla literaria o debate de blogueros, por qué me gusta más escribir en directo y no en papeles impresos. Es una anécdota en la que la inmediatez propició el mejor cuento posible, uno que nunca se me habría ocurrido inventar. Pasó muy al principio, cuando nadie todavía era consciente de las ventajas de narrar ficción en la red, cuando nadie sospechaba que del otro lado de los monitores había lectores ávidos, y que esos lectores eran reales, que tenían un nombre y un apellido, que no eran solamente un seudónimo. En el preciso momento en que ocurrió esta anécdota supe que escribir en directo me iba a resultar vital y necesario.

SI NARRAR EN DIRECTO FUESE UN EJERCICIO DE TIRO AL BLANCO, LA FLECHA ESTARÍA TODAVÍA EN EL AIRE CUANDO LE LLEGA AL LECTOR.

Hay que viajar, entonces, a los tiempos en que empezaba tímidamente lo que después sería llamado “el fenómeno de los blogs”, un furor que duraría unos seis o siete años. Yo escribía mi primera novela en directo y de forma anónima, disfrazado de un ama de casa mercedina de cincuenta y dos años, en la que imitaba un poco la voz de mi madre y recreaba como podía nostalgias felices de mi adolescencia.

Una noche, después de cenar, me llegó el mail de una desconocida llamada Montse. Me acuerdo con mucha claridad de ese correo, porque cuando iba por la mitad de su lectura me agarró un ataque de llanto, con hipos y pucheros, y no pude dejar de llorar durante un rato. Yo sabía, mientras

lloraba, que la escena era patética: un gordo grandote moqueando frente a un monitor es peor que un gordo grandote mirando porno en un monitor. Las dos imágenes son humillantes, pero llorar tiene un plus femenino, una afrenta mayor.

Lloré, y lloré. No podía parar.

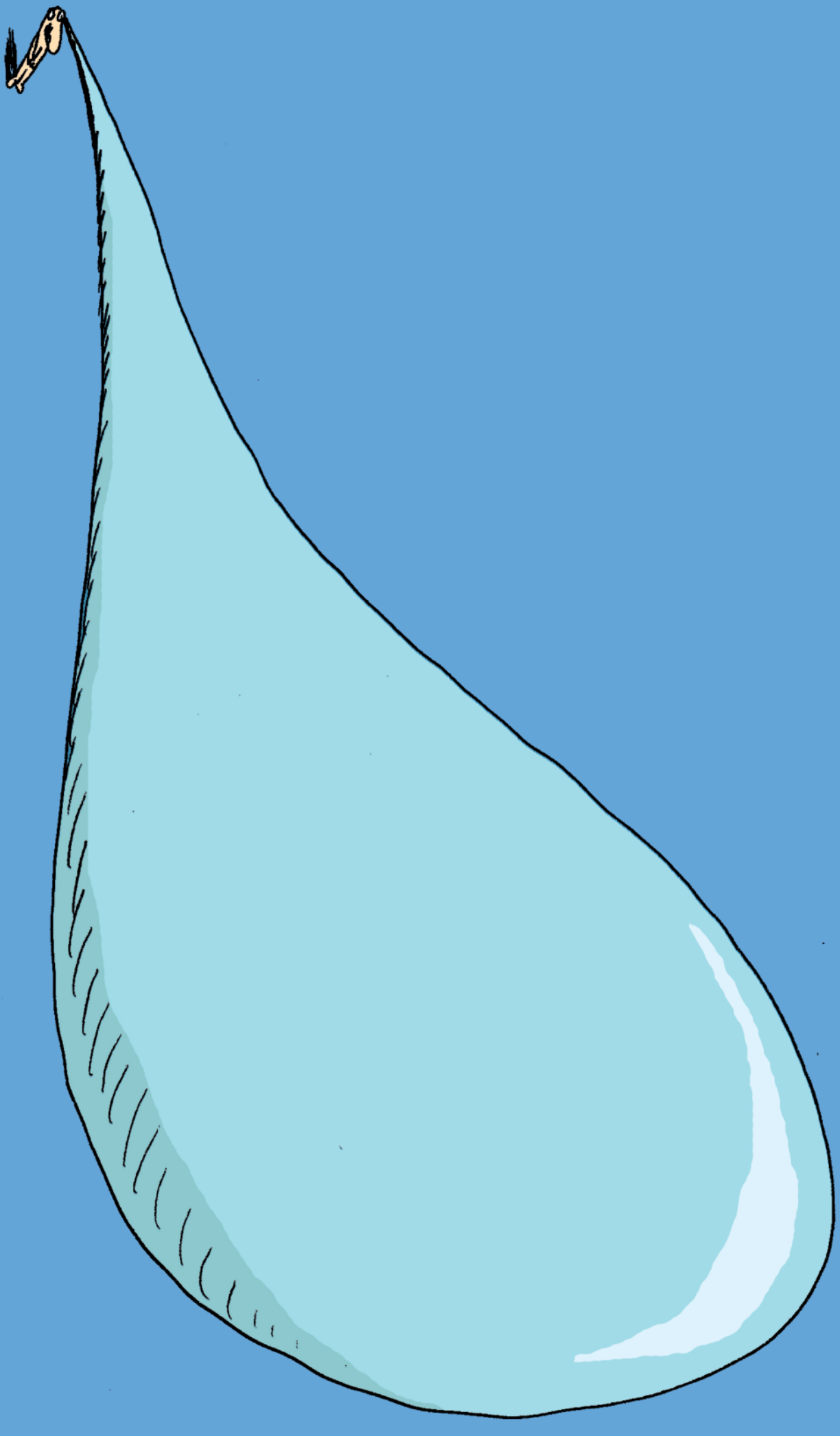
Un rato antes habíamos terminado la sobremesa y Cristina se había ido a acostar temprano porque ya no soportaba la panza de su embarazo. Era enero de 2004, invierno crudo en Barcelona. Yo estaba muy contento con mi nuevo juguete literario, que entonces se llamaba weblog y no blog, y me fui a la máquina a escribir un nuevo capítulo de la historia del ama de casa y su familia disfuncional. Publicaba como una bestia en ese tiempo: lunes, miércoles y viernes. Le daba al botón enviar justo a mitad de la madrugada española. En esas tres horas, entre la escritura y la publicación, yo cerraba los ojos y me transportaba a Mercedes, a mi ciudad natal, donde transcurría la historia. No tenía un plan ni una estructura narrativa; más que escribir, yo miraba en la pantalla una especie de película muda que me salía de los dedos. Me sorprendía la sensación de placer, de fiesta interna, que me generaba en el cuerpo estar narrando en directo. Hasta entonces escribir me había resultado tortuoso; la literatura era una especie de ejercicio duro que había que alcanzar y después mantener. Yo creía que había que impostar un tono alto y meditado en el oficio de narrador; que había que demostrar una cierta inteligencia indulgente; que era fundamental no parecerse a nadie, incluso a costa de experimentar sin necesidad; que había que ser culto o, por lo menos, usar anteojos o polera negra. Demasiado trabajo. Esto de internet, en cambio, era más parecido a un hobbie o a un deporte. Los lectores no pedían nada, no eran intelectuales, no formaban parte del círculo cerrado de las letras, ese grupo de gente que escribe y publica para colegas escritores. Este era un público real, fervoroso. Me sorprendía también que cada semana hubiese más y más lectores, y que se divirtieran y se emocionaran con el folletín. En esa época nadie sabía quién escribía la historia, y me resultaba excitante la cantidad de lectores que, desde la medianoche, esperaban la actualización de la trama. Allí nació el "pri", un grito de guerra en donde el lector que conseguía hacer el primer comentario dejaba su rúbrica de fidelidad.

Muchos ya sospechaban que los tres capítulos semanales del ama de casa no eran vivencias reales, pero otros todavía creían en la existencia verdadera de Mirta, la narradora. Para hacerlo más ambiguo, la protagonista tenía una dirección de correo electrónico a la que llegaban muchos mensajes privados, casi todos divertidos y cariñosos. Yo revisaba cada noche esa casilla de mails y contestaba como si lo hiciera Mirta: "Gracias, corazón, un besote", o cosas por el estilo. Los lectores del folletín habían empezado a convertirse en una comunidad y llegaban de todas partes del mundo. Ninguno conocía la edad ni el nombre real de nadie, pero sí sus seudónimos de internet. A toda esa primera camada de alias prehistóricos les deberé siempre la energía inicial. Muchos de ellos, sospecho, tienen este número de la revista en sus manos y seguramente recordarán esta anécdota.

ALLÍ NACIÓ EL "PRI", UN GRITO DE GUERRA EN DONDE EL LECTOR QUE CONSEGUÍA HACER EL PRIMER COMENTARIO DEJABA SU RÚBRICA DE FIDELIDAD.

Resulta que uno de estos lectores más asiduo y participativo se hacía llamar Basdala. Dejaba siempre comentarios correctos y bien redactados, respetuosos, cálidos, y llamaba a la protagonista "mamá Mirta". Una tarde de finales de 2003 dejó un comentario que a mí me gustó mucho. Decía que las historias de los Bertotti eran como "un minué en un mundo de adagios". Ponderaba que se juntara tanta gente a leer una historia cotidiana, se decía contento de ser parte de una comunidad tan serena, donde no había "ni trolls ni malos rollos".

Como nadie sabía quién podía esconderse detrás de cada seudónimo, sospechábamos las edades y la residencia de cada lector por la forma de escribir de cada uno. Yo pensaba que Basdala era de procedencia española, por el uso de "malos rollos" u otros giros, y también creía que era un lector de mediana edad, pongamos unos treinta o cuarenta años. Me equivocaba. Mirta, la narradora del blog, se había encariñado mucho con él. Tanto que una vez lo nombró en



medio de una conversación con su hijo Caio: "Ay, nene, si fueras modosito como Basdala, que no tiene faltas de ortografía y además seguro que se baña". Basdala se sintió muy agradecido por ser mencionado en la obra. Eso pasó en noviembre.

Un mes después Basdala desapareció. Esa ausencia no se notó demasiado, porque los comentaristas y los lectores de los blogs iban y venían sin rumbo: todavía no había facebooks ni twitters donde pudieran echar el ancla. Pasó un mes más, y la noche del veintidós de enero de 2004 llegó un mail al correo de Mirta. Lo firmaba Montse, la hermana del lector Basdala. Después de un saludo frío, que daba a entender que escribía esa carta no porque quisiera, sino porque tenía la obligación de hacerlo, Montse decía:

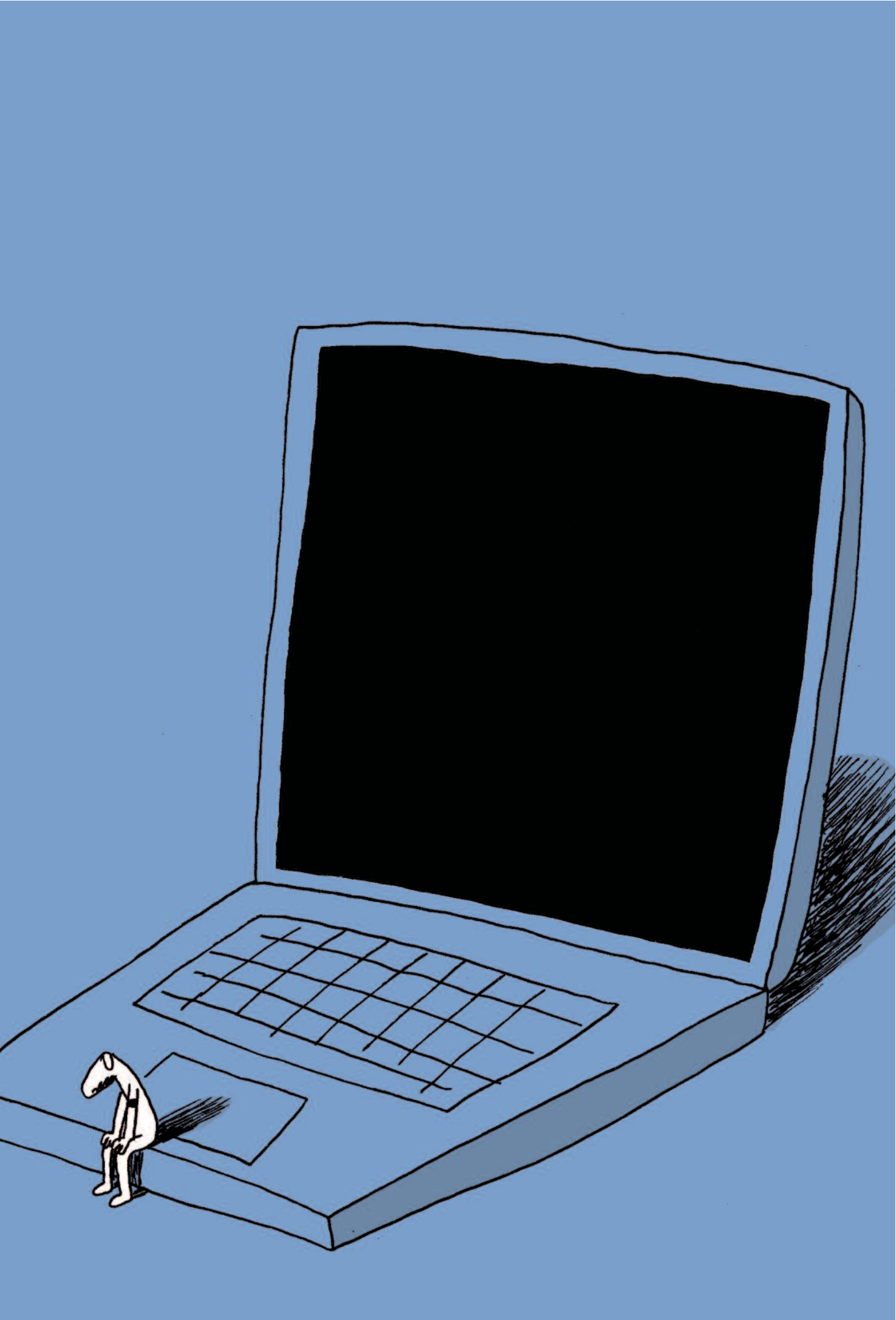
"Mi hermano, Miguel Ángel, falleció el pasado dieciséis de diciembre de 2003 en el hospital Vall d'Hebron de Barcelona. Estaba muy enfermo del corazón, con problemas hereditarios. Había aguantado dos paros cardíacos, pero no pudo soportar el tercero. Murió a los dieciocho años recién cumplidos con una sonrisa en los labios, con sesenta y cuatro poemas nuevos y maravillosos, uno por día que estuvo ingresado, y con grandes obras a su paso. En su honor fue tocado el Réquiem de Mozart, su obra favorita, y se hizo una lectura de todas sus poesías completas en los días de luto de su colegio. Mi hermano sabía que iba a morir, y dejó varias cartas antes de irse, que fueron encontradas esta semana en su disco rígido. Una para mis padres, otra para mí, una para su médico de cabecera al que quería mucho, otra para su novia, y en la última de esas cartas mencionaba tu página web y dejó anotado tu correo electrónico. Una de esas cartas era para ti, Mirta. La he adjuntado a este mail, porque he creído conveniente cumplir sus últimas voluntades".

Solo entonces vi que había un .txt adjunto al mail de Montse. Lo abrí temblando pero no lo pude leer enseguida. Ya había empezado a llorar a la mitad del mail de la hermana y las lágrimas no me dejaban hacer foco en la carta.

Entendí más de literatura en esos cinco minutos que en todos los años analógicos en los que había intentado escribir cuentos y novelas en la Olivetti. Un tal Miguel Ángel le había escrito una carta de despedida a una señora de Mercedes, provincia de Buenos Aires, sin saber que el verdadero autor del personaje vivía a siete cuadras del hospital donde agonizaba el lector. Jamás se me habría podido ocurrir una historia así, tan simple en su sinopsis, tan poética. El chico había muerto, sospeché, en medio de una paradoja literaria. Intenté imaginarlo en el hospital, leyendo el blog, dejando comentarios agradables siempre, felices y llenos de vida. Mensajes inteligentes que no parecían de su edad, ni tampoco los de un moribundo. Pensé en él, en Basdala, un chico del que no conocía el verdadero nombre mientras estuvo vivo; y pensé también en Miguel Ángel, su nombre real que conocía ahora que ya estaba muerto. Entre las seis cartas de despedida que había dejado antes de morir, una estaba destinada a un personaje de ficción. Esa fue la primera vez que entendí, de golpe, que escribir en directo, sin el proceso tradicional de la publicación en papel, sin la firma de un autor en la portada de un libro, podía devolverte relatos increíbles; aunque no fueran tuyos.

Cuando me pude calmar un poco leí, por fin, la carta que Basdala le había dejado a Mirta Bertotti. La leí con la sensación espantosa de estar espiando la correspondencia de otro:

"¡Saludos, mamá Mirta! —había escrito el chico—. Cuando leas esto, mi pluma ya se habrá parado. Espero que te llegue pronto, he dejado esto como mensaje a mi hermana y mi familia. No sé si conseguirán encontrar todas las cartas, pero así lo espero. ¡Ay, voy a echar tanto de menos mi querido ordenador! ¿Sabes quién soy, verdad? Soy Basdala, quien una vez te llamó Minué. Un minué en un mundo de adagios… Eso es lo que eres, gordita. Y estoy completamente seguro de que lo seguirás siendo por mucho tiempo. ¡Seguro! Hace unas semanas que llegué del hospital. ¡Dieciocho años y ya he sobrevivido a un paro de corazón! Espero que mi madre tenga razón y nada pueda conmigo... Bueno, al grano. Mucha suerte y valor para seguir adelante en tu vida, Mirta. Recuerda que estaré contigo esté donde esté… porque pienso dar la lata bastantes años en este mundo. Aunque la verdad es que tengo miedo… Tengo tantas cosas que hacer. ¡Y tan poco tiempo! Quizás me queden tres meses. Hasta siempre, gordita. Cuídate y sé feliz. De alguien que te quiere y siempre te ha querido, desde el primer post. Basdala, un réquiem en un mundo de sueños".



Cristina se despertó por culpa de mi llanto y pensó que había muerto alguien de mi familia. Pero después, cuando ella también leyó la carta de Basdala, se puso igual de triste y lagrimeó.

El siguiente capítulo del folletín no fue una historia más sobre la familia Bertotti, sino una tristísima despedida de Mirta a uno de sus lectores más fieles. Me costó mucho escribir ese capítulo utilizando la voz femenina de siempre. Por un lado, debía seguir siendo la narradora y actuar como tal, pero por otra parte me transformaba en un personaje falso para hablar de una muerte verdadera. En un punto me pareció inmoral. Decidí entonces que fuéramos los dos, a cuatro manos, quienes diéramos la cara. Escribí muchas versiones de aquel capítulo, durante una noche larga y dolorosa. Fue la primera vez, en todo el folletín, en que perdí el estilo de Mirta, que ya era automático en mí, y se notó que atrás había alguien, un autor.

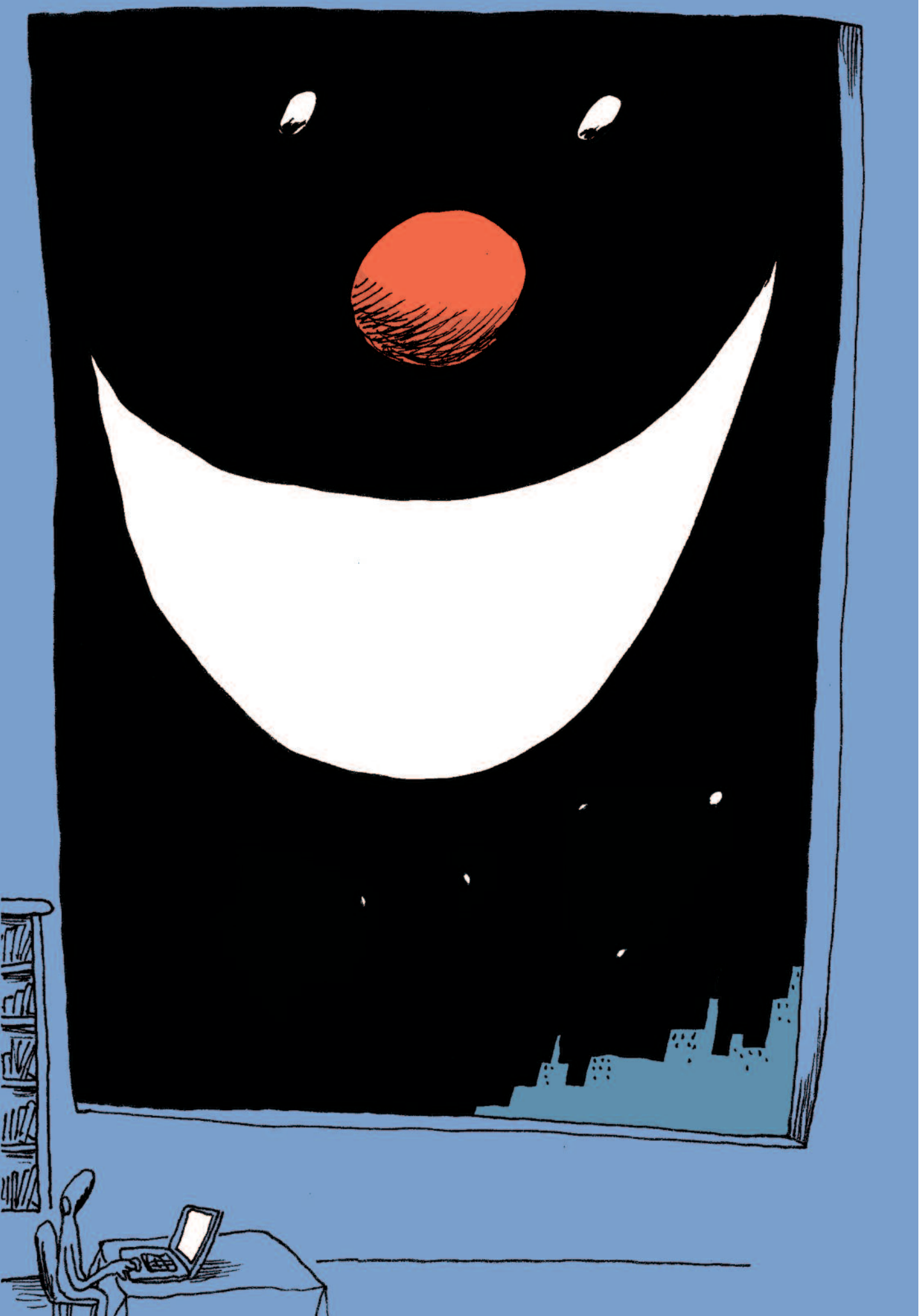
"Los vecinos más memoriosos —escribió Mirta esa noche— se acuerdan de una tarde en que Basdala me escribió uno de los piropos más lindos que me han dicho: Mirta, eres un minué en un mundo de adagios. Yo estuve todo ese día contenta, firmando Mirta Bertot de Minuét. Basdala se llamaba Miguel Ángel, era un chico español al que el dieciséis de diciembre se le paró el corazón. Yo no lo supe hasta hace media hora: su hermana Montse me escribió para contármelo, y por supuesto no estoy para milongas en este momento. 'Murió a los dieciocho años recién cumplidos con una sonrisa en sus labios', me escribe Montse. Casi nunca existe relación entre quienes escribimos y quienes nos leen. Exceptuando a dos amistades personales mercedinas, no conozco de cara a ningún lector de este weblog. Pero siento una complicidad enorme jugando con ustedes, amigos a la distancia. Montse me contó que Basdala sabía que iba a morir, y que dejó varias cartas antes de irse, que fueron encontradas esta semana en su computadora. 'Una era para ti', me cuenta. Nunca creí, en toda mi vida de escribir historias, que la literatura pudiera depararle dolor verdadero a un personaje de ficción. Porque soy Mirta y estoy llorando. Abrí la carta de Basdala; la leí con una sensación muy rara en el cuerpo. No voy a quitar ni agregar una coma a sus palabras de despedida, que son pocas y están llenas de optimismo. Que cada uno de ustedes, corazones, se lleve lo que le toque de la carta que le dejó un amigo, antes de irse, a una señora que escribía para él en internet."

Dicho lo cual, Mirta publicó la carta de Basdala, y dio por finalizado el capítulo del día.

A la mañana siguiente había cientos de comentarios, todos escritos con pena y desconcierto. Los lectores se fueron contando anécdotas de Basdala, elogiaron su prosa, sintieron mucha pena por su edad. Algunos se sorprendieron al saber que era varón, porque siempre, a causa del seudónimo, lo habían creído mujer. Fue como un triste velorio virtual en el que nadie escribió en mayúsculas ni con signos de admiración.

Las charlas de lectores, durante los siguientes capítulos, fueron grises, filosóficas, y todas estuvieron teñidas por la certeza de la muerte. De a poco, empezó a darse un cambio monumental en la dinámica del grupo: aquellos cientos de comentaristas, que hasta entonces eran nada más que un puñado de alias, empezaron a decir públicamente sus nombres reales, a contar quiénes eran, a explicar en qué pueblo del mundo vivían. La muerte de Basdala los había conmocionado tanto que, como catarsis, tuvieron la necesidad de darse a conocer. Desde finales de enero y hasta mediados de febrero de 2004 muchos fueron levantando la mano: me llamo Carlos y vivo en Santo Domingo, tengo una hija, me gusta el jazz; mi nombre es Luisa, tengo sesenta y dos años, tres nietos; soy Ernestina, de Rosario, tengo veinte años y estudio derecho; me llamo Julio, soy uruguayo viviendo en Dublin, a veces me siento solo. Cada uno empezó a decirle hola a los demás, y a conversar de una manera distinta. En esa época fue que algunos empezaron a visitarse en sus casas, a convertirse también en amigos físicos, a planear viajes juntos. Muchísimos inauguraron también su propio blog y dejaron de visitar a Mirta para convertirse en anfitriones. Ya no eran alias, ni sobrenombres, ni seudónimos. Ya nadie quiso llamarse Basdala nunca más: todos empezaron a querer ser Miguel Ángel.

A mí me pasó lo mismo. A finales de febrero abrí otro blog donde seguí escribiendo en directo. Le puse de nombre Orsai, pero debajo escribí, por primera vez, mi nombre y apellido reales.



Unos meses después de la carta póstuma de Basdala, o de Miguel Ángel, ya casi en el final del folletín de los Bertotti, recibí el correo de una madre valenciana, Alejandra, muy enojada conmigo. Me decía que su hija adolescente, de nombre Nery, se había enterado de la muerte de Basdala desde el blog, y "cayó en una profunda depresión, además de llevarse varios días llorando y sin querer comer nada". Parece que Nery había tenido un romance de verano con Basdala, y nunca lo había vuelto a ver hasta la noticia de su muerte.

Y aquí viene lo más raro: la madre también me decía en su correo que, para sorpresa de ambas (madre e hija), "vimos a Basdala el pasado fin de semana en un centro comercial, vivito y coleando". Y me echaba a mí la culpa de lo que ella creía una broma pesada.

Primero pensé en un inmenso malentendido. Quizá hubiera dos motes *Basdala*. Pero Alejandra me daba, además, el nombre y los apellidos del muerto que no estaba muerto. Y el nombre era Miguel Ángel. Demasiada coincidencia.

Esa fue la primera vez que dudé de la primera carta. No fue antes. Qué crédulos éramos todos en esos años. Hasta entonces la historia de la muerte de mi lector no había pasado nunca por el colador de la sospecha. Ahora, que casi todo en internet es hoax o fake hasta que se demuestre lo contrario, ahora no me hubiera tragado la primera carta de Montse sin investigar un poco. Pero era todo tan real en esa época... ¿Cómo iba a ser falsa una carta tan sentida? Y sobre todo, ¿cómo iba a hacerme llorar, a mí, una historia inventada, si en mi cabeza era yo, y solo yo, el que estaba capacitado para hacerme pasar por una señora y provocar el llanto de otros?

Con esta información que me dio Alejandra (sobre todo los apellidos de Miguel Ángel) hice una búsqueda simple en Google y descubrí que Basdala, nuestro Basdala, con su misma prosa diplomática y correcta, dejaba mensajes en docenas de foros y blogs con fechas muy posteriores a su muerte. Qué ingenuo soy, pensé enseguida, y qué genio él. Qué hijo de una gran puta.

Lo que más me gustó de la estrategia de Basdala es que había preparado la trampa con muchísimo cuidado, con increíble destreza literaria (el correo de Montse no se parece en nada a la redacción de la carta póstuma del chico moribundo). Pero sobre todo lo admiré porque había hecho explotar esa bomba para hacerme caer solamente a mí, al mentiroso, al que se hacía pasar por una vieja de Mercedes. Y porque después de triunfar con su engaño no le hizo falta alardear ni darse a conocer, ni llamarme para demostrar supremacía, ni hacer uso del pito catalán. Le bastó con urdir la trama y retirarse anónimo. Eso es digno, pensé. Hay un valor agregado de nobleza en las victorias que no llevan firma. Y Basdala, o quién fuese, nunca había buscado la gloria personal.

Necesité con urgencia escribirle para mostrarle mi admiración. En la búsqueda de los datos encontré, con facilidad, su correo electrónico. Y le escribí allí mismo, en caliente, pensando que jamás respondería. Me equivoqué de nuevo: recibí su respuesta al instante. Basdala siempre, en toda la historia, pareció estar diez metros por delante.

Recibí su respuesta y supe que realmente escribía muy bien. De verdad tenía dieciocho años y se llamaba Miguel Ángel. Me dijo, con humildad y sin faltas de ortografía, que durante seis meses había creído que Mirta Bertotti era real. Que la llegó a querer mucho, como a una madre postiza, y que con el paso del tiempo y del surrealismo latente de las historias que ella contaba, descubrió que no había tal Mirta, que alguien lo había engañado, que un desconocido lo había hecho llorar con mentiras.

Me dijo que provoca una sensación horrible creer en alguien, confiar en las palabras de alguien, y descubrir después que allí, donde había una casa, una familia, una madre, no había en realidad nada. Primero pensó en dejar de leer el blog, pero eso le pareció, me dijo, como perder seis meses de su vida sin beneficio. Y que por eso una tarde se le ocurrió la venganza y la puso en práctica.

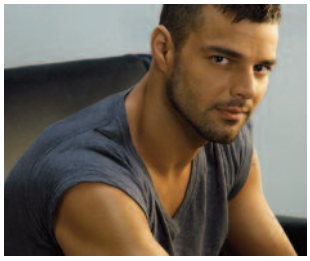
Mantuvimos una buena charla, vía mail, durante toda la noche. Me despedí de él con reverencias y le di otra vez las gracias, porque me había regalado dos historias intensas, un drama y una comedia, que alguna vez usaría en alguno de mis cuentos. También lo felicité por jugar sus cartas en silencio:

—Si no hubiera sido por esa madre y esa hija que te vieron caminando por el centro comercial —le dije— yo nunca me habría enterado de nada. Es muy loable que no hayas querido firmar tu obra.

Su respuesta fue también su último mail:

—Entonces —me dijo Basdala—, ¿también te has creído que existen Alejandra y Nery?

Basdala



CREER

¿Es verdad que Ricky Martin fue un día a la casa de una fanática de quince años para darle una sorpresa, y encontró a la chica jugando con su perrito y un frasco de mermelada? ¿Es verdad que la escena se emitió en directo en el programa español *Sorpresa, sorpresa*? ¿Es cierto que la chica después de un año se suicidó, matando primero al perro, y que la mermelada está ahora en el Museo Tyssen? Hoax. Fake. Urban legend. Palabras nuevas para viejos mitos. *Hoax* hace referencia a mensajes que se distribuyen en cadena, con contenido impactante, pero falso. *Fake* puede referirse tanto a un archivo o a una web falsa, como a un usuario que no es quien dice ser; tal el caso de Basdala. Y *Urban legends* son relatos del folclore universal, sobrenaturales o inverosímiles, que se presentan como hechos reales. Al asunto de Ricky Martin y la mermelada nosotros no lo vimos, pero no merece ser falso.

REVENTAR

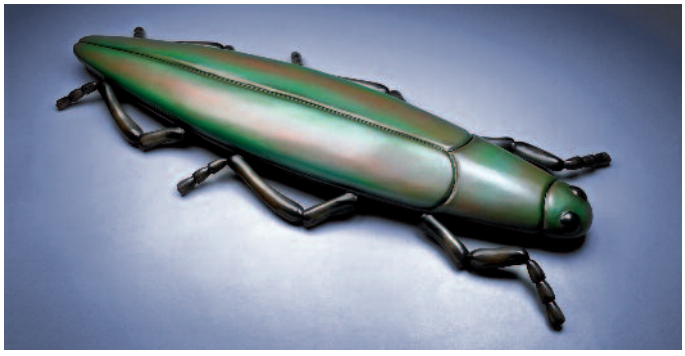
Rompecadenas.com.ar es una web excelente para acabar con los engaños en internet. Además la recomienda nuestro abogado preferido, David Bravo. Y no es la única: Snopes.com (en inglés) se presenta como la fuente de referencia definitiva para las leyendas urbanas, el folclore, los mitos, los rumores falsos y otros engaños online. El sitio permite que lo naveguemos por categorías que van desde coches, delitos y alimentos, hasta deportes, amor y negocios. Una completa guía para detectar estafas.
Por último, tenemos la web Urbanlegends.about.com: una documentada página (también en inglés, oh my god) que recopila leyendas urbanas, hoax y fakes catalogados en distintos apartados. Para comprobar si George Clooney sigue vivo, o para constatar si los restos mortales de Walt Disney fueron congelados o no. Aunque para evitar fraudes, también se puede utilizar el sentido común.

UN LIBRO
Basdala se dio el lujo de asistir a su propio funeral. Pero, ¿fue Mark Twain el que nos metió esa fantasía común en la cabeza? ¿O fue, acaso, el primero en representarla con maestría? De cualquier modo, no hay mejor pasaje en la literatura infantil que el de Tom Sawyer y Huckleberry Finn asistiendo a su propio entierro ante la atribulada comunidad de St. Petersburg. El que nunca lo leyó, debería.
Las aventuras de Tom Sawyer, de Mark Twain. Anaya, 2005.

UNA SERIE
Georgia "George" Lass (Ellen Muth), la protagonista de esta serie, muere en el episodio piloto. Pero George no desaparece del todo: se convierte en una "aparecida" con la misión de retirar el alma de las personas antes de que mueran. En su nuevo estado, y a la manera de Tom Sawyer, se da el lujo de ver las reacciones de sus familiares cuando se enteran de su muerte ridícula e inesperada.
Dead Like Me (2003) Showtime

UNA PELI
Según Alfred Hitchcock, uno de los mejores films de Carl Theodor Dreyer. A partir de una atmósfera sobrecogedora de cuento de terror y elementos sobrenaturales, narra la historia de un muchacho consagrado al estudio de la demonología y de las tradiciones vampíricas que, en medio de alucinaciones, se ve a sí mismo en el momento en que es enterrado vivo.
Vampyr (1932) de Carl Theodor Dreyer

Cucarachas



Hacemos esta revista en una casona que lleva el número treinta y dos de la calle Sant Martí, en Sant Celoni, un pueblo pequeño de la provincia de Barcelona. Cuando tenemos hambre, le pedimos empanadas al amigo Comequechu, que tiene una pizzería en el número treinta y seis. Las dos viviendas son antiguas, con techos altos y mosaicos de arabescos. A veces salimos al patio y pedimos nuestras viandas a los gritos, porque las casas están juntas. Sentimos que estamos en este lugar desde siempre, pensando revistas o amasando fugazas, pero no es verdad. Los únicos que pueblan las habitaciones desde el principio, sin irse nunca, son las cucarachas y los fantasmas. Cuando alquilamos estas casas nos sorprendió el oficio de su dueño. Si hubiera sido entomólogo le habríamos consultado sobre las cucarachas. Por suerte es escritor, y le preguntamos quiénes son los fantasmas que nos miran por la noche.

LA MEMORIA DE LAS CASAS

Escribe **Alexis Racionero Ragué**

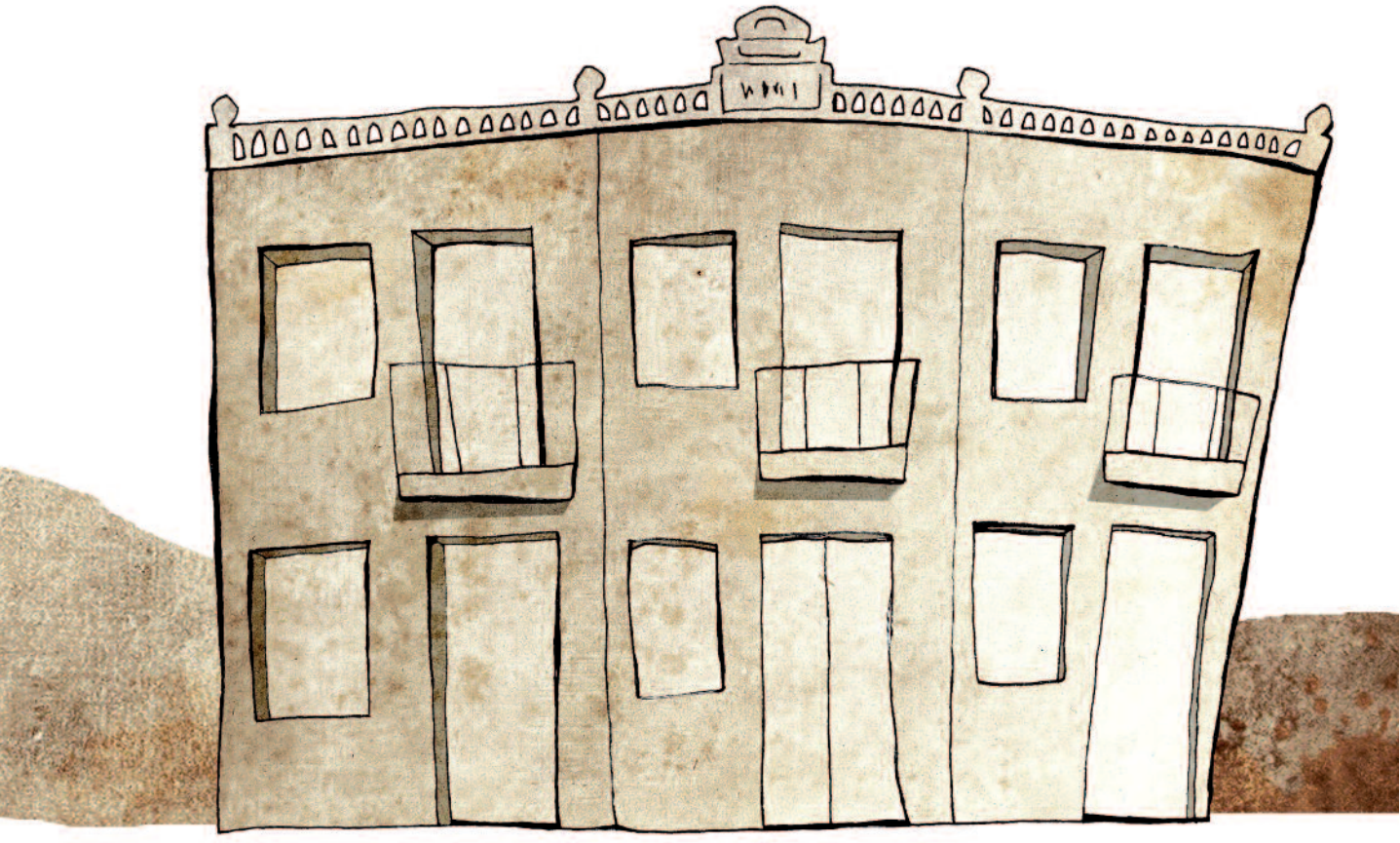
Ilustra **Matías Tolsà**

El agua desciende de las altas montañas del Montseny, surca un estrecho valle de hayedos y pinos, y siembra fuentes a uno y otro lado del sendero que discurre junto al río. El sol resplandece mientras el pequeño pueblo de Gualba prepara una celebración; lo anuncian las campanas de la iglesia. Bajo el balcón de una casa señorial, de estilo indiano, hay niños y adultos. Sus miradas se concentran en la blanca fachada y en el ventanal, rodeado por una barandilla de hierro forjado en curvas imposibles. Se respira alegría en espera de algún acontecimiento. En el interior se escuchan los gemidos de una parturienta, hasta que de pronto irrumpe el llanto de un niño que acaba de nacer. Las campanas repican más fuerte que nunca, mientras la frágil Josefina Botey seca las lágrimas del esfuerzo y la emoción. Su rostro alargado, de nariz recta y ojos profundos, por fin descansa.

El padre, Joan Ragué, sale al balcón cargado de juguetes y caramelos para los niños del pueblo que gritan de alegría. Moro, el perro de la casa, se contagia de alegría y corre arriba y abajo como un niño más. La madre también querría salir al balcón, si pudiera, para participar de la fiesta con su esposo y con los criados de la casa, que sienten el hijo como suyo. Es el primero, el *hereu*, el que garantiza la línea de sucesión de una familia que ha llegado al Parlamento de Cataluña. Joan Ragué es diputado de Mancomunitat catalana, que preside Francesc Cambó. El pueblo se siente orgulloso de ello y acabará poniendo su nombre a la plaza principal.

Esta escena transcurre el cinco de julio de 1909 y el niño que acaba de nacer es Francisco Ragué Botey, mi abuelo. Yo soy Alexis Racionero Ragué y no nací hasta 1971, cuando mis padres se separaban después de su periplo hippie en Berkeley. Mi nacimiento iba a renacer la desgastada felicidad de esos abuelos a los que tanto amé. Juntos volveríamos a Gualba y a Sant Celoni, recorriendo las sendas del pasado, sin nostalgia ni rencores, impregnados de la felicidad que reinó el día que nació mi abuelo y que pronto se vería truncada por la muerte y una guerra muy cruel.

Las campanas del pueblo repicaron, tristes y lúgubres, para anunciar la muerte de Josefina Botey, apenas un año después de dar a luz. Las fiebres puerperio (que es como se llamaba entonces a las fiebres postparto) se la llevaron y el pequeño Francisco quedó huérfano de madre. Un tiempo después Joan Ragué contrajo segundas nupcias y tuvo tres hijos más. Dos hembras y un varón que pasó a ser el nuevo heredero, pese a ser el menor.



Ahora estamos en el año 1915. Francisco Botey Corrons, abuelo de la malograda Josefina y propietario de diversas fincas a las afueras de Sant Celoni, decide legar todos sus bienes al pequeño Francisco, que entonces tiene seis años y solo piensa en jugar al fútbol. A su hijo Jacinto le deja el usufructo, para que disfrute de las propiedades en vida, pero no se fía de su carácter excéntrico y poco ahorrador. De este modo protege al hijo de la nieta a la que tanto amó y que ahora crece con una madrastra y un padre que apenas tiene tiempo para él.

Entre las fincas que Francisco acaba de legar están las casas Botey, las casas de esta historia, construidas a finales del siglo diecinueve al estilo indiano, que se inspiraba en las viviendas de pueblos caribeños como Trinidad, en Cuba. Por aquel entonces muchos catalanes iban a la isla en busca de fortuna, gracias a la producción de la caña de azúcar o el ron.

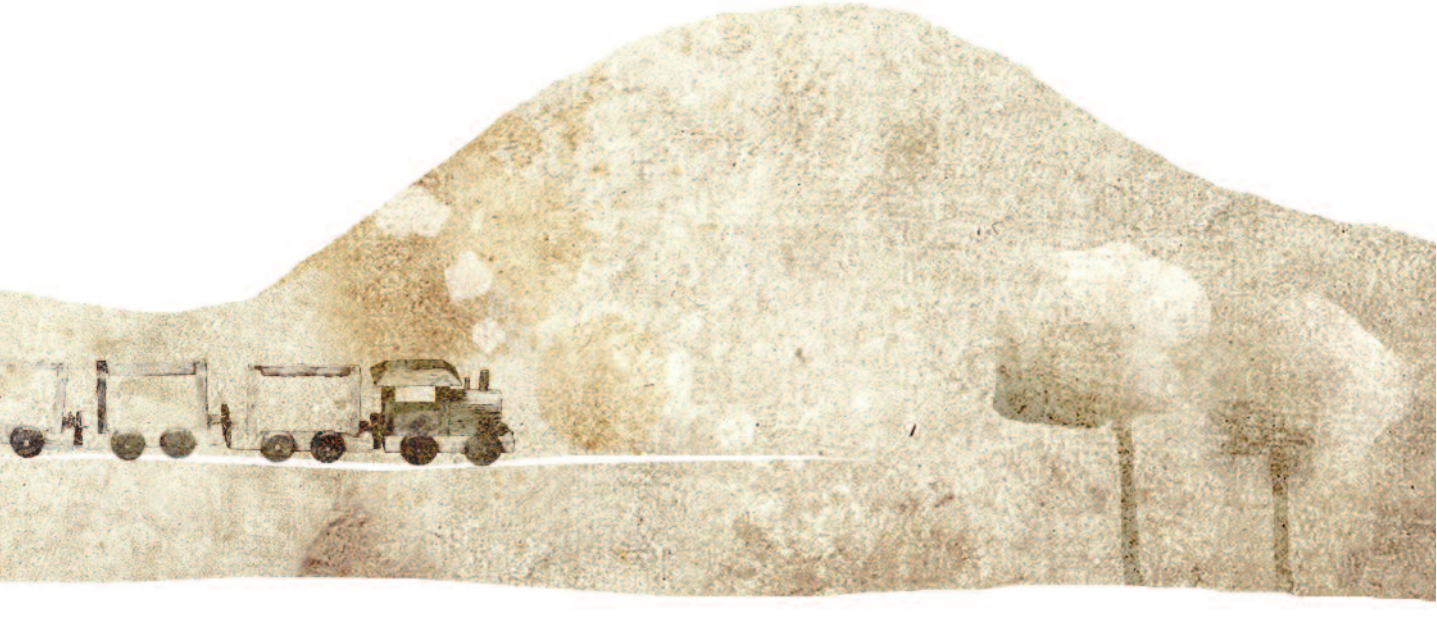
Son tres casas que componen un sola fachada, armoniosa y de grandes dimensiones, que se alza distinguida y solitaria a las afueras del pueblo, entre tierras baldías, como un castillo solitario al que nadie quiere ir a vivir. No es hasta pasados unos cinco años de su construcción, alrededor de 1890, cuando aparecen sus primeros moradores. Se trata de la familia Pasqué que viene de Badalona (una pequeña localidad en la costa) para trabajar en la estación de ferrocarril de Sant Celoni. El padre de familia ha conseguido el cargo de subdirector de la estación. Ocupan la casa del centro, en el actual número treinta y cuatro. La casa es conocida en el pueblo como Ca la Bernarda, el nombre del ama de casa que atrae la curiosidad con su cocina de potajes y arroces marineros. Su llegada parece animar a los indecisos y pronto dos familias vienen a ocupar las viviendas adyacentes. El número treinta y seis, donde ahora está la pizzería Estilo Argentino, es ocupado por un taller de reparación y venta de bicicletas llamado Can Quim. La parte de atrás, con un patio exterior soleado, sirve de comedor; la primera planta ejerce de vivienda; y la parte delantera, que da al exterior, es ocupada por las bicicletas. El número treinta y dos, donde ahora funciona la redacción de la revista *Orsai*, era conocido en 1890 como Ca la Maria Ordinària. El nombre no se debe a la mala educación de la moradora, como uno podría pensar: Maria era la recadera del pueblo.

Las tres casas son casi idénticas, con una superficie que ronda los setenta y cinco metros cuadrados incluyendo un patio exterior. Poseen una primera planta y golfas (o trastero) bajo el tejado de madera cubierto por tejas de cerámica. El interior queda parcelado por la escalera central que sube al primer piso.

Cuando Francisco Botey muere en 1921 la vida en las tres casas discurre sin sobresaltos, mientras su joven nuevo propietario ha abandonado Gualba y vive internado en el colegio de La Salle Bonanova en Barcelona. Sigue dándole a la pelota y destaca como estudiante: aparece entre los primeros de su curso en la orla que los retrata cada año.

Jacinto sigue feliz por recibir las rentas de las tres casas y en compañía de su mujer Mercedes, que parece tener bastante carácter.

Poco a poco el pueblo de Sant Celoni va creciendo, más allá de la plaza de la iglesia, y las tres casas ya no son aquel castillo solitario.



Cuando muere Maria la recadera, su hijo Miquel Renau Vila decide seguir con la tradición familiar. Lo mismo sucede en Can Quim, el de las bicicletas, y Bernarda sigue ocupando la casa del centro una vez que ha perdido a su marido.

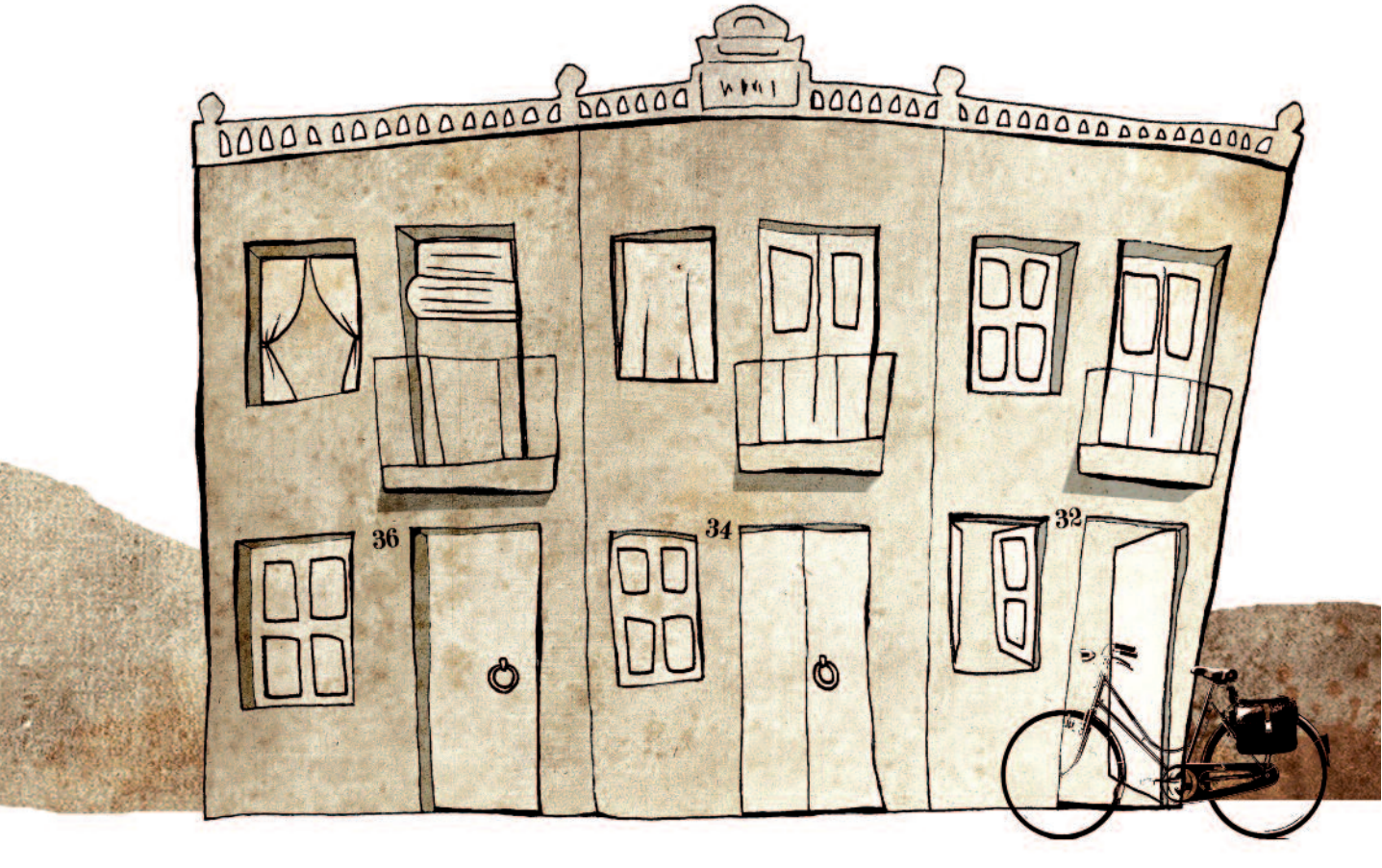
Pero la armoniosa paz se rompe en 1936, cuando estalla la Guerra Civil.

Los años veinte han sido ya más turbulentos de lo que parecían. Catalanistas, monárquicos, clérigos, terratenientes y anarquistas colisionan radicalizando sus posturas. Francisco Ragué Botey ha perdido a su padre y después de acabar la carrera de ingeniero industrial realiza prácticas en una fábrica de Manheim, en Alemania. La distancia de su Gualba natal es algo a lo que ya se ha acostumbrado. Echa en falta los paseos junto al arroyo, cuando de pequeño subía con sus hermanos y otros niños del pueblo a lo más alto del Turó del Home, la cima que corona el Montseny. Por fortuna, alguna escapada a la Selva Negra alemana mitiga sus ansias de naturaleza. Lo que no puede sustituir es el amor por Mercedes, una joven a la que conoció después de seguirla durante meses por el Paseo de Gracia en Barcelona. La chica es hija de un mayorista de cereales y legumbres del barrio del Borne. Mercedes creció con unas tías porque sus padres no podían mantener a sus tres mujercitas.

En Alemania, Hitler está deteniendo y deportando a todos los españoles que residen allí para que luchen junto a Franco. Francisco Ragué está en peligro de no poder decidir a qué bando quiere ir a luchar y además, su amada no quiere verlo morir en el frente. Por esto, y pese a tener veinticinco años, Mercedes toma el último avión que sale de Barcelona para Alemania. Allá se encuentra con Francisco y juntos iniciarán una aventura que los lleva a cruzar fronteras por Europa. Este es un relato que me llega a mí, el nieto cinéfilo, como una proyección de la película Casablanca.

El avión de hélices planea sobre un mundo en blanco y negro. En el aeropuerto espera Francisco, con americana y sombrero de ala ancha. Tiene un aire de James Stewart o mejor aún: de Fred McMurray en *Double Indemnity*. Mercedes, bella como una latina Ingrid Bergman, corre a abrazarle. Dónde irán, qué harán o qué será de ellos ya no importa, porque al menos están juntos. Viven en pecado, ya que no han podido ni casarse. Son fugitivos de una guerra, amantes furtivos en tierra ajena.

Los primeros días son de pura alegría, pero pronto Francisco debe ausentarse de la fábrica de



automóviles en la que está trabajando para vivir en clandestinidad. Mientras él se queda en casa, Mercedes sale a la calle. Ahí conoce la pobreza de una nación que trata de recuperarse de la humillante derrota que supuso el tratado de Versalles que cerró la Primera Guerra Mundial. El marco está tan devaluado que sirve como papel higiénico, pero el orgullo conduce a los alemanes a no rendirse, en busca de la prosperidad. Este carácter tenaz y luchador queda grabado en la joven pareja, a la que le espera una vida llena de sobresaltos.

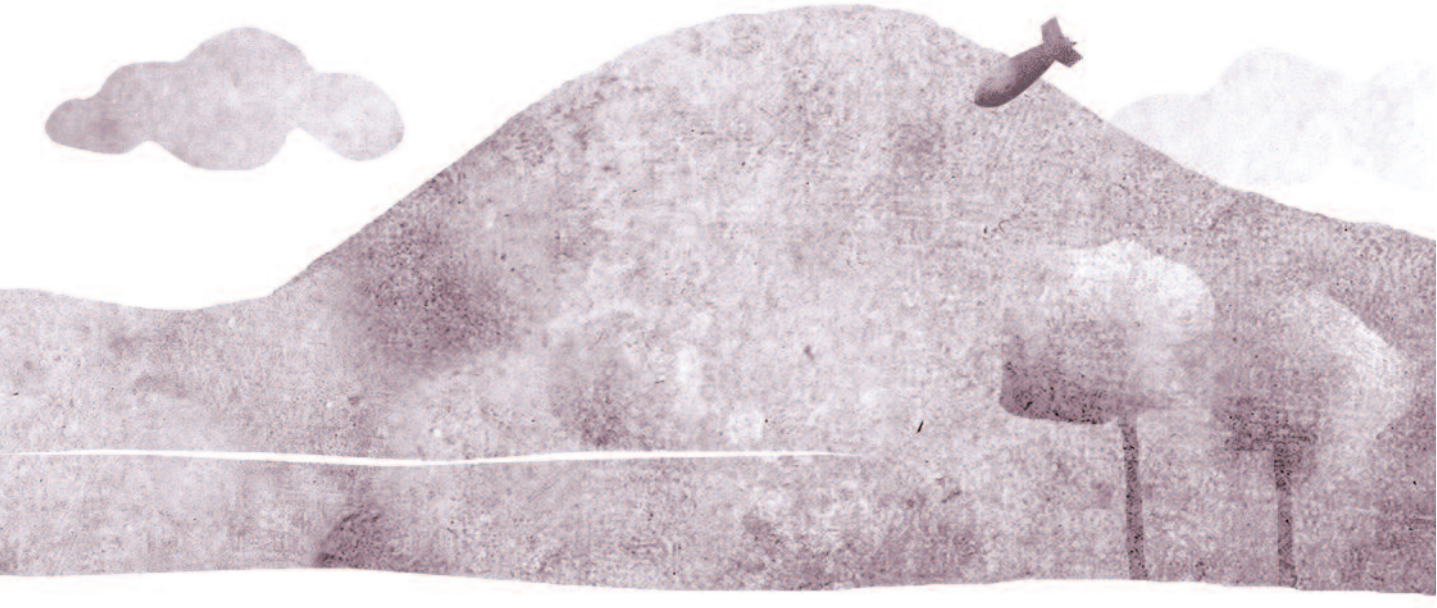
En Manheim corren peligro y la llegada del tío Raúl y Mercedes, la hermana del padre de Francisco, les convence de encontrar otro lugar más seguro donde esconderse. Los tíos parecen ser los únicos de la familia que aprueban su fuga y el hecho de vivir juntos sin estar casados. Raúl tiene contactos en Alemania y decide que lo mejor es permanecer durante un tiempo en un pueblito de la Selva Negra llamado Altensteig. Mis abuelos pasan ahí un año y se enamoran de una localidad llamada Freudenstadt, ubicada en el centro del inmenso bosque. Los abetos y pinos de alta montaña son tan esbeltos que apenas dejan pasar la luz. La oscuridad invade un suelo en que las raíces se extienden como tentáculos. Podría ser el escenario de una película de terror, pero para la joven pareja será un paraíso al que volver años más tarde, cuando tengan hijos y nietos: la imagen a la que regresar antes de morir.

Son nuestros lugares de la memoria esculpidos por las experiencias vividas, imborrables, idealizados y eternos.

Allá, entre sombras y tartas de manzana, Francisco y Mercedes elevan el sol de su amor radiante e inquebrantable, antes de partir de regreso a España. Gualba, Sant Celoni y Barcelona quedan todavía muy lejos. Tienen miedo y no saben si huir al Uruguay, donde Mercedes tiene algún familiar, pero Francisco recuerda aquello que su padre le dijo tantas veces y que estaba escrito sobre el arco de la gran chimenea del hogar donde nació: “No oblidis mai que la teva terra és Catalunya” (No olvides nunca que tu tierra es Cataluña).

Al amanecer, bajo la lluvia, cogidos de un paraguas con apenas equipaje, Mercedes y Francisco suben a un tren que debe conducirles a París. Ella viste un largo abrigo de lana ceñido a la cadera por un cinturón. Él lleva una gabardina a lo Humphrey Bogart. No pueden sacar billete y deben esconderse como polizontes para pasar la frontera. Abrazados, se meten en un compartimiento de primera clase donde viaja un señor en solitario. El nerviosismo les delata, pero hablar bien el alemán suaviza la situación.

El hombre resulta ser francés y trata de calmar sus nervios, pero pronto aparece la amenaza del revisor. Deben esconderse o les harán bajar del tren para ser deportados a España. Sin que se lo pidan, el hombre les protege. Los oculta bajo su litera y lidia tanto con el revisor como con la policía alemana hasta cruzar la frontera. París les recibe gracias a este héroe anónimo de guerra que tantas familias tenemos. Un héroe al que te gustaría conocer y agradecer no solo el hecho de haber salvado a los tuyos, sino el ennoblecer el espíritu humano, eso que aprendí de películas de Charles Chaplin como *El gran dictador* o *Tiempos modernos*. Ese hombre no solo los ocultó, sino que les dio algo de dinero



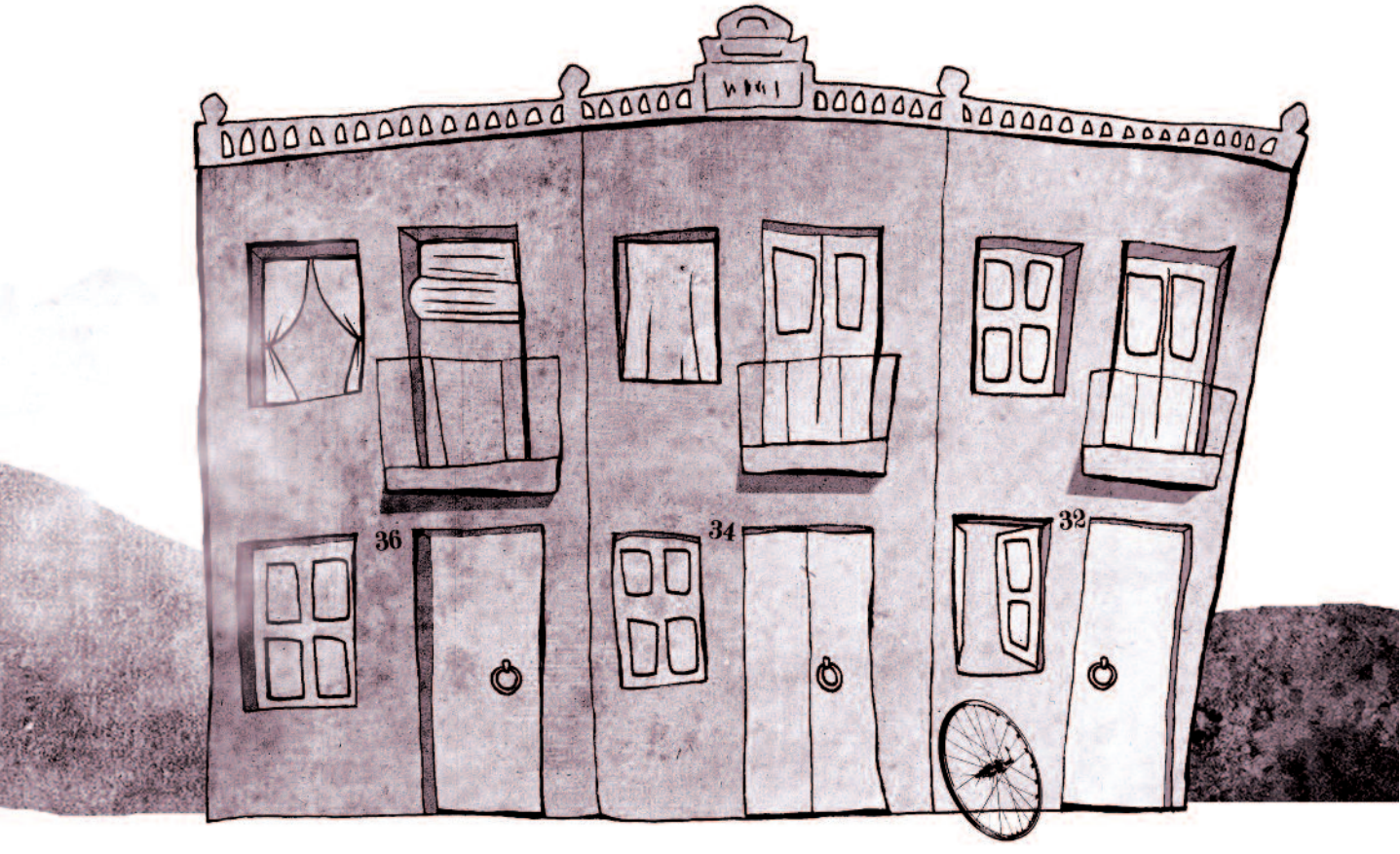
y cobijo para sus primeros días en París. Allí, en la ciudad más bella para cualquier amante, mis abuelos sellaron definitivamente su amor, entre paseos por el Sena y los jardines de Luxemburgo. No tenían dinero pero fueron más felices que cuando volvieron como burgueses establecidos. Mi abuela, que se pasó la vida ahorrando, al llegar a la vejez me decía: "Aprovecha tu juventud, porque cuando seas viejo lo que querrás es regresar a ella".

Pero París no es su destino final; están en tránsito, camino de cruzar la frontera española. Lo hacen por el norte para llegar a San Sebastián, dado que Cataluña es un polvorín. El País Vasco ya ha sido ocupado por las tropas nacionales y se respira cierta tranquilidad. Pasa un tiempo y pueden casarse por lo civil, pero no por la iglesia. La situación desaconseja volver a Barcelona, así que se van hasta Sevilla, donde parece más fácil ganarse la vida. Mercedes, que fue una mujer de gran belleza y carácter, visita al general Queipo de Llano para pedirle trabajo para su esposo. Logra que le den un puesto en un taller de reparación de autos y que solo tenga que acudir al frente en la más segura retaguardia.

De esta forma mi *àvia* Mercedes tomó las riendas de la situación, protegiendo al *avi* como hubiera hecho su madre Josefina Botey. Yo, que no he vivido ninguna guerra, me pregunto a veces por qué mi abuelo no tuvo el valor de luchar con los republicanos si tanto quería a Cataluña, y creo que la respuesta es que quería más a mi abuela, por la que sobrevivió hasta los noventa y tres años, colmando casi todos sus deseos.

En Sevilla mis abuelos son muy felices. Mi abuela Mercedes se ocupa de un modesto hogar cuya vecina es madre de un torero. Todos los domingos, cuando hay corrida, el edificio entero reza por la salud del joven torero y cuando regresa la felicidad lo inunda todo. A la mecánica tenacidad aprendida en Alemania se suman la alegría y superstición andaluzas. Mercedes aprende a cocinar con mucho ajo y perejil, a tocar las castañuelas y a no romper jamás un espejo ni pasar bajo una escalera. Francisco, mi *avi*, como siempre le llamé, se limita a trabajar y a pensar cómo reconstruir su vida, ahora que las propiedades de su padre han caído en manos de sus hermanos y la guerra lo ha arruinado todo. Las perspectivas no son muy buenas, pero sabe que su bisabuelo le ha dejado unas casas en Sant Celoni. Unas casas que algún día podrá disfrutar.

Una mañana de primavera, después de cruzar el patio de los naranjos del Alcázar de Sevilla, Francisco y Mercedes van a ver al cardenal



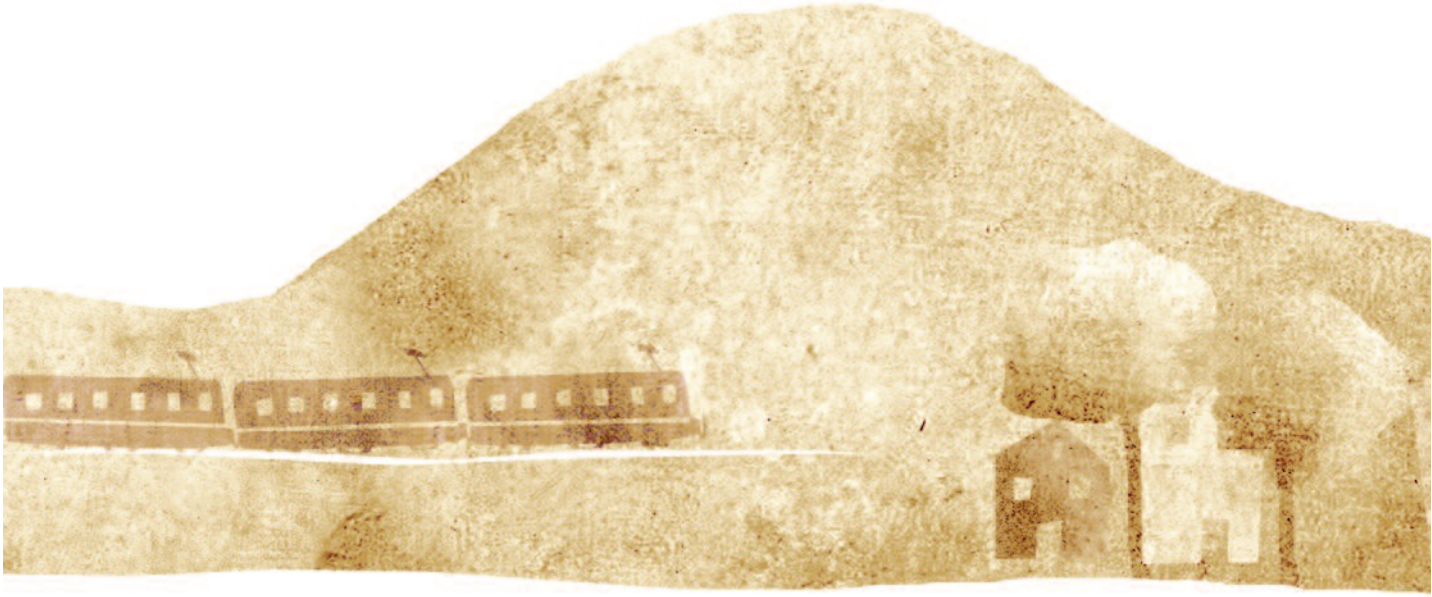
Segura para pedirle que les case. La situación es complicada después de convivir años en pecado, pero lo consiguen. Para ellos, que habían sido criados en el más estricto catolicismo, se trata de algo muy importante. Siempre recuerdo la alegría de mi abuela cuando me contaba que pudo ir a Roma a ver al Papa, gracias a que había ahorrado desde muy niña.

La boda se produjo cuando la guerra llegaba a su fin y la celebraron con sus entrañables vecinos entre sevillanas y abanicos.

Por fin, en 1940, mis abuelos vuelven a Barcelona y dos años después nace su hija María José, mi madre, a la que ellos llaman Josefa en honor a la difunta madre de mi abuelo. En aquellos días visitan ocasionalmente Gualba y Sant Celoni, porque la falta de recursos lo impide. La gente se sobrepone a una dura posguerra y a las imposiciones de una dictadura que trata de asfixiar la cultura y la sociedad catalana.

La lengua catalana sobrevive en los hogares, pero está prohibida en lugares públicos. Tampoco está permitida cualquier reunión, debate o acto cultural. En esta situación, el campo de fútbol de Las Cortes y el Barça se convierten en símbolos de catalanidad, con héroes como Kubala, César, Moreno y Manchón, tal y como detalla la famosa canción de Serrat. El fútbol es, más que nunca, vehículo de pasiones, catarsis y emoción. Todos los que venimos detrás mamaremos y entenderemos eso de que el Barça es *més que un club*. El Barça fue, durante el franquismo, la ventana por la que expresar la reivindicación y el sentimiento de todo un pueblo. El régimen franquista lo sabía e hizo campeón al Madrid por decreto, robándonos a fenómenos como Alfredo Di Stéfano; pero el tiempo te da lo que una vez te quitó, o al menos eso pensamos los que ahora disfrutamos de Messi. Sé que al lector esto puede parecerle una locura, pero cuando Messi marca un gol contra el Madrid, yo sigo viendo a mi abuelo, y a aquellos que sufrieron la posguerra, mientras mi cuerpo se estremece de emoción recordando lo que fue aquella dictadura.

En España la prosperidad económica no llega hasta mediados de los años sesenta, cuando el Real Madrid gana todas las copas de Europa y las jóvenes suecas empiezan a merodear nuestras playas. Mi abuelo recibe al fin sus propiedades de Sant Celoni en 1954, al morir Jacinto Botey, pero las casas están todas arrendadas de por vida y no puede disponer de ellas ni modificar las condiciones del alquiler, cuyos precios han quedado desfasados. Los descendientes de Maria la recadera, Quim de las bicicletas y el ferroviario señor Pasqué viven plácidamente en ellas. El pueblo de Sant Celoni crece hasta sus inmediaciones. Por un lado pasa la Carretera Vella y por detrás la calle Sant Pere. El mayor tránsito de peatones y automóviles beneficia a las casas Botey y a sus comercios. Quim de las bicicletas no teme perder ventas pese a la irrupción de los vehículos motorizados, porque Bahamontes (con sus victorias en el Tour de Francia) ha puesto de moda el ciclismo



deportivo. Muchos ciclistas se paran en su taller de reparación, de camino a la larga ascensión a Santa Fe, la ermita al pie del Turó del Home. El señor Pasqué y su superior han hecho de Sant Celoni una de las estaciones principales de la línea a Gerona y Francia, compitiendo con Granollers. Sin embargo, no consiguen atraer al turismo de verano que se desplaza a lugares como la Garriga o Puigcerdà.

Mientras, Francisco y Mercedes empiezan a vivir cómodamente. Han tenido un segundo hijo al que cariñosamente llaman Paquito, y han superado la tremenda adversidad que supuso la poliomielitis que contrajo mi madre en una de las fuentes públicas de Sant Celoni. Por aquel entonces, bastantes niños sufrían esta tremenda enfermedad de la que algunos morían y la mayoría quedaba con secuelas importantes.

Mi abuelo, que ha trabajado muchos años en la Hispano Suiza, una constructora de vehículos, se dedica ahora a importar máquinas de Alemania para la SEAT que vende el popular *Seiscientos* al país entero. Gana bastante dinero y puede permitirse pasar periodos en una casa de la calle Sant Josep de Sant Celoni que le dejó su bisabuelo o volver a Alemania, tanto de negocios como para veranear con su familia. El regreso a la Selva Negra les hace muy felices. Además su hija se echa un novio alemán y parece que van a casarse, pero al final conoce a un chico nacido en La Seu d'Urgell, hijo de un militar y la pubilla de un hotel, y lo abandona.

Me parece que a mi madre eso del carácter alemán recio y trabajador no le iba demasiado, y menos todavía la idea de vivir en Munich con ocho meses de nieve al año. El caso es que, por bien poco, yo podría haber sido un alemán blanco y rubio en vez de un moreno mediterráneo, pero mi madre se fue con Luis Racionero, mi padre.

Mis padres se conocen estudiando la carrera de económicas, cuando ambos ya tienen sendas licenciaturas de ingeniería industrial y filosofía y letras. Son unos empollones y, gracias a una beca, van a convertirse en hippies. Mi padre había estado en Estados Unidos a principios de los cincuenta, con una beca Fullbright, y poco después de casarse con mi madre recibe una nueva ayuda para hacer un máster de urbanismo.

Los envían a Boulder (Colorado), pero prueban en Berkeley y ahí se quedan.

Este incidente cambia sus vidas y seguramente la mía. Se vuelven hippies para

disgusto de sus padres. La Beat Generation, Haight Ashbury, Telegraph Avenue, la Contracultura, las drogas y el amor libre cambian su conciencia. Además conocen y entrevistan a mitos de la época para un libro que preparan. Entre ellos están Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Alan Watts, Norman Brown, la Creedence Clearwater Revival o los Gratefull Dead. Viven como adinerados niños hippies y dan un salto superlativo en el tiempo, viniendo de la España franquista.

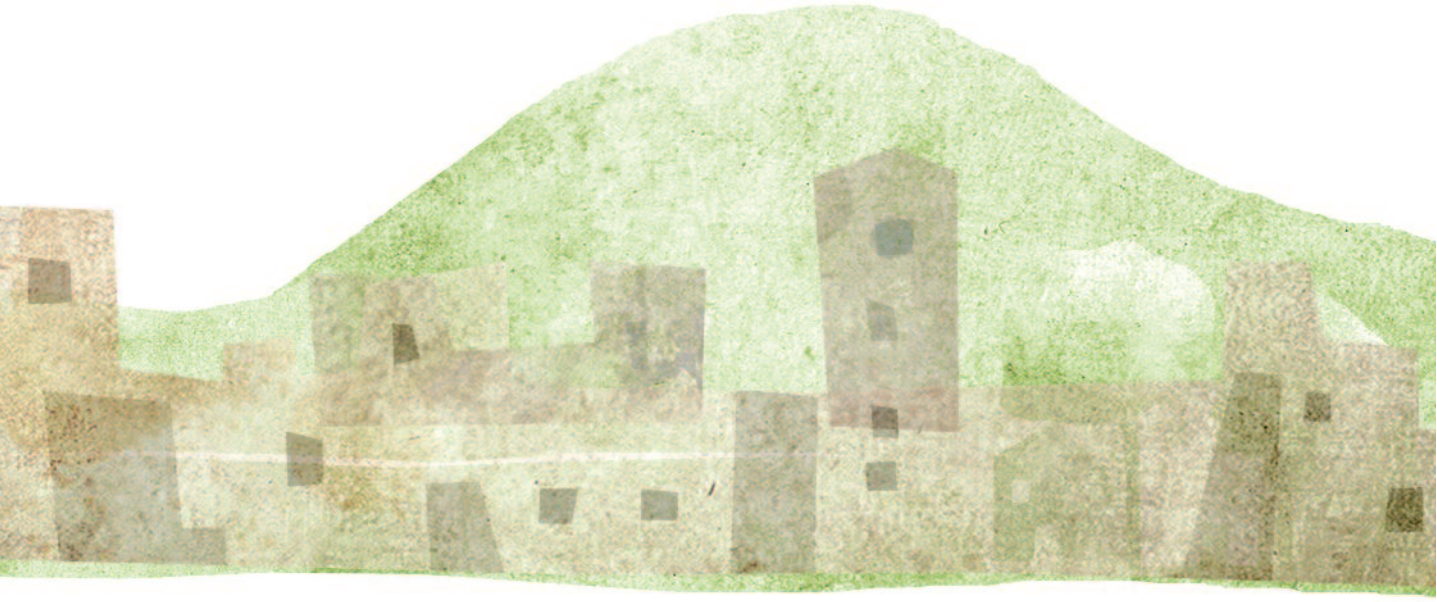
Yo fui concebido en Berkeley poco después de que mi madre superara una hepatitis y mi padre unos cuantos ataques de celos porque llevaba bastante mal lo del amor libre y parece que mi madre ligaba más. Poco antes de mi gestación habían decidido separarse, pero como despedida me tuvieron. Muy hippie la cosa; ahí es donde debo agradecer la presencia de unos abuelos que han compensado las divertidas extravagancias de mis padres.

Nací, entonces, en 1971, cuando mis padres acababan de llegar de Berkeley y se peleaban por ver quién publicaba su libro de entrevistas. He crecido entre telas indias, pantalones de campana, collares y la música de mis adorados Beatles, The Doors o los Rolling Stones, pero jamás he estado en una comuna. No soy hippie ni creo estar out of time, pero siento admiración y nostalgia por ese tiempo mitológico. Mis padres me han enseñado a soñar y mis abuelos a *tocar de peus a terra* como decimos en catalán. Soy escritor y cineasta, y también soy el actual propietario de las casas Botey, gracias a mi abuelo.

A lo largo de mi infancia he pasado muchos momentos en Gualba y Sant Celoni. No olvido los paseos por el bosque con mis abuelos, las costillas de cordero que comía los sábados por la tarde o los caracoles de Campins. Tampoco he dejado de ir un solo día al campo del Barça desde que mi abuelo me llevó con apenas tres años. Me siento culé, catalán y ciudadano del mundo. De las casas Botey puedo decir que las siento como la memoria de una historia cíclica, de un bisabuelo que legó a un bisnieto para protegerlo y, desde el año 2002, de un abuelo que quiso reconocer a un nieto como a un hijo.

Me alegra que las casas Botey estén ahora llenas de vida y que sus ocupantes sean felices.

Cuando recibí las casas, la del número treinta y seis (donde ahora Comequechu cocina sus pizzas) estaba por alquilar después de que se marcharan unas chicas que habían montado una ludoteca para niños pequeños. Antes, en 1988, se había instalado un restaurante especializado en tortillas. El espacio dedicaba el primer piso a un comedor principal con ocho mesas, y la planta baja a la cocina y dos mesas en la entrada. La idea no cuajó y poco después le siguió otro restaurante que apostaba por la alta cocina y el espacio del patio exterior, pero tampoco le fue



muy bien. En 2003 la alquilé y se convirtió en una floristería; después de eso, fue ocupada por un vecino lampista.

La casa del número treinta y dos, donde ahora funciona la redacción de Orsai, era casi una ruina en 2002, cuando murió mi abuelo. Estaba en estado de abandono porque Miquel Renau, quien fuera recadero, vivía en un asilo pero se negaba a desprenderse de ella. La fachada amenazaba con desmoronarse y el ayuntamiento nos obligó a intervenir. Después de negociar con la familia Renau pude entrar, una mañana de 2004. La casa estaba oscura y olía extraña, pero era antigua y bonita. Al menos así lo sentí. Altos techos, una esbelta escalera con barandilla de hierro forjado, postigos de madera en las ventanas, suelos con motivos florales. Lo fácil hubiera sido venderla a un constructor para que construyera asépticos micropisos modernos, pero me pudo el romanticismo y mi parte de historiador del arte. Traté de recuperar todo lo que pude, pero en las obras me robaron el fregadero de mármol de una pieza. Creo que al final logré dejarla como lo que había sido. El ayuntamiento, pese a tenerla como finca protegida, no me ayudó en nada, pero esto es algo común en este país no tan civilizado como Francia. Pinté la fachada y, en homenaje a mi bisabuelo, volví a inscribir el nombre Botey en el rosetón que la corona.

Andrés Pardo, el primer inquilino, me dejó a deber un año de alquileres hasta que por vía judicial se le echó de la casa. Al parecer su mujer lo había dejado y entró en una crisis personal. Afortunadamente, poco después entró a vivir una simpática y joven pareja que fue feliz en la casa y la dejó para irse al campo con la ilusión de ser padres. Yo también he sido padre recientemente y soy feliz pensando que algún día llevaré a mi hija a ver las casas Botey. Para mí, escribir su historia ha sido emocionante. Todos tenemos historias bellas que contar y, en ocasiones, una casa puede evocar mil recuerdos.

Son esos momentos que podrían perderse en el tiempo como lágrimas en la lluvia, tal y como dice el replicante Roy en el ilustre monólogo que cierra *Blade Runner*. El futuro se nutre del pasado aunque vivamos en un eterno y esperanzador presente. Hoy soy feliz de ver estas casas ocupadas por gente que las cuida y tiene proyectos bonitos.

La memoria de las casas

HIPPIES

María José Ragué y Lluís Racionero i Grau, los padres de Alexis Racionero, vivieron en Berkeley a finales de los años sesenta, en pleno apogeo de la cultura hippie. De regreso a España, ambos se dedicaron a difundir la experiencia en libros fundamentales como *California trip*, *Las filosofías del underground* y *Ensayos sobre el Apocalipsis*. Lluís, autor inclasificable, también escribió *La sonrisa de la Gioconda*, pequeña obra maestra que Comequechu leyó en Argentina (sin saber que tiempo después alquilaría la casa de la familia Ragué para montar una pizzería) y que desde entonces no deja de recomendar a los gritos y con fervor. Racionero padre también es autor de *Sobrevivir a un gran amor seis veces*, una autobiografía en la que narra sus peripecias amorosas con las mujeres que más le han durado en la vida: entre ellas la madre de Alexis. No menciona a ninguna de sus compañeras con nombres reales.

SALVOCONDUCTO

Este de aquí arriba, aunque borroso, es el salvoconducto de la bella Mercedes, la abuela de Alexis, la mujer que junto a Francisco Ragué cruzó las fronteras de Europa en un relato que años más tarde llegaría a Alexis como una proyección de *Casablanca*, película en la que un documento similar oficia de Macguffin. Hay otras historias reales y conmovedoras, como los miles de salvoconductos que falsificó Adolfo Kaminsky, héroe de la resistencia. La historia se recoge en *Adolfo Kaminsky, une vie de faussaire*, de la editorial Calmann-Lévy, una biografía vertiginosa que se puede leer como una novela de espionaje, escrita por su hija Sarah. Un dato al pasar: Adolfo, el célebre falsificador de salvoconductos en tiempos de guerra, el querido señor Kaminsky, nació en Buenos Aires en 1925. Qué linda gente somos.

UN LIBRO
En esta novela los objetos cobran vida. Igual que en la película *La Bella y la Bestia* de Disney, pero con la diferencia de que aquí habla una vieja casona de finales del siglo XIX, mientras va siendo demolida. Una manera sencilla y provechosa de acercarse al autor de esta obra es a través de un texto que se llama "Bomarzo, de Mujica Láinez, el gran fresco del Renacimiento", escrito por Roberto Bolaño.
La casa, de Manuel Mujica Láinez
Sudamericana, 1954

UNA MINISERIE
Vimos esta historia preciosa y se nos ocurrió el texto que acaban de leer. *Marchlands* cuenta la historia de tres familias que habitan la misma casa en diferentes épocas: una en 1967, otra en 1989 y la última en 2010. Las vidas de todas estas personas se unen por una presencia misteriosa: el fantasma de una niña que aún sigue retenido entre las habitaciones de la vieja propiedad. Parece una historia de terror, pero es mucho mejor que eso.
Marchlands (2010)
ITV

UNA PELI
Gran película de Ettore Scola, que cuenta ochenta años en la vida de varias generaciones de una familia italiana, desde 1906 hasta 1986. El narrador es Carlo (Vittorio Gassman), a quien conocemos el día de su bautismo y seguimos hasta verlo convertido en abuelo. Mientras esto sucede, la casa familiar se va transformando al ritmo con el que cambian las modas del siglo veinte.
La familia (1987)
de Ettore Scola

El ataúd

Pocos cronistas en Hispanoamérica se atreven con el periodismo *gonzo*, un subgénero del nuevo periodismo que plantea meterse de cabeza en la crónica, hasta el punto de influir en ella, padecerla, protagonizarla. En el primer número de esta revista se atrevió al juego Alejandro Seselovsky, dejándose deportar por las autoridades de migraciones en el aeropuerto de Barajas. En esta edición, la cronista peruana Gabriela Wiener intenta llevar este estilo narrativo al sitio más lejano de la fantasía humana: el momento de la propia defunción. A mediados de mayo Wiener se inscribió en un taller vivencial de la muerte, en donde un grupo de personas sería inducida a experimentar vivencias muy parecidas a la agonía y el fin. En ese escenario, la idea del taller era la de comprender y asumir la futilidad de la vida. Gabriela entró al seminario con escepticismo, pero salió de allí con su ataúd a cuestas.

UN FIN DE SEMANA CON MI MUERTE

Escribe Gabriela Wiener

Ilustra Ángel de Pedro

We all have graves to travel from
John Ashbery

Todos tenemos tumbas desde las que viajar. Para llegar a la mía, debo ir al encuentro de unos desconocidos que van a llevarme en coche hasta un punto en la cordillera litoral catalana. El fin de semana formaré parte del taller "Vive tu Muerte". El gran reto de esta aventura será contar mi propia muerte en primerísima persona, espero que sin morirme realmente. En el prospecto del taller, se habla de que seremos capaces de experimentar cosas muy parecidas a las narraciones de ECM (Experiencias Cercanas a la Muerte), como flotar sobre nuestro cuerpo, ver pasar la película entera de nuestra vida, atisbar una luz al final del túnel y a unos hombrecillos lánguidos y lejanos llamándonos con amor en el umbral donde se acaba todo. También, pienso, cabe la posibilidad de que me suban a un avión y termine en una isla donde pasan cosas raras. Por lo pronto, estoy conociendo a algunos de mis compañeros de viaje.

—¿Nos vimos en "Reciclándonos"? —le pregunta el hombre.

—No, fue en "Mi lugar en el universo"… —responde ella.

—Es verdad… ¿y ya lo encontraste?

—…Aún no…

—¿Después de tantos talleres aún no lo encuentras?

—Estoy en ello.

—A ti lo que te falta es el objetivo —dice, convencido, el hombre, que a pesar de toda la pasta que se ha gastado en talleres de autoayuda parece no tener claras algunas premisas elementales. Por ejemplo, que a una mujer no se le saluda preguntándole si ya sabe qué hacer con su vida de mierda. Se me ocurren varias cosas que decirles para solucionar los problemas de ambos y así ganarme un dinero: a él, que pruebe cerrando la boca de vez en cuando. A la mujer, que mande bien lejos a los tíos que quieren aparentar que saben más de ella que ella misma.

—Bueno, señoritas, ¿estáis preparadas? —Es la segunda vez del hombre en el taller de la muerte y dice saber de lo que habla.

—Hay que quitarse la ropa, ¿eh? Quedarse en pelotas, sí señor.

La mujer y yo nos miramos. El hombre se da la vuelta y ahora me habla solo a mí:

—Tú debes tener buenos pulmones porque eres de allá del sur, allí la gente tiene buenos pulmones. Los vas a necesitar. No quiero adelantaros mucho pero os vamos a coger de los pelos y ahogar un poco…

Aunque está claro que nos está tomando el pelo, la mujer, que, según dice, ha venido convencida por su hermano —"después de acudir al taller, abandonó a su pesada novia y su odioso trabajo en el banco y se convirtió en una persona mejor"—, se horroriza y vuelve a lanzarme una mirada amablemente inquisidora.

—¡Eyyy, niña, descruza la piernas que no dejas fluir la energía! —dice el hombre.

Le obedezco. Estamos a punto de llegar.

La sede del taller es una gran casa en la montaña. Está rodeada de árboles y desde allí se puede ver el Mediterráneo. La enorme piscina está vacía. En este mismo momento se celebran diversos talleres vivenciales con otros grupos y temáticas. La educación emocional es un bien de lujo, pero hay quienes podemos permitírnoslo. En la recepción, al lado de la mesa de las infusiones, pago por el taller y me siento un poco sucia, igual que cuando pagas por drogas, algo que tampoco me gusta hacer. O como cuando le haces una transferencia a tu psicoanalista.

Pagar por bienestar espiritual no me parece normal. Tampoco pagar por una operación de pulmón, pero el mundo es como es.

Me instalo en una de las pequeñas habitaciones que voy a compartir con otras dos personas. Coloco mis cuatro mudas de ropa cómoda en el armario, mi neceser en el baño y, qué más da, salgo a socializar. Se supone que uno de los objetivos del taller es encontrarse plenamente con otros seres humanos, algo que a la gente común solo le pasa después de cuatro copas. Una chica se sienta a mi lado.

—¿Muerte?

Le digo que sí.

—¿Tú…?

—También Muerte. Ya empezamos a perderle el miedo a la palabra, ¿eh?

—Eh…, así parece —Le pregunto quiénes son esas mujeres vestidas de blanco.

—Son de "Pídele perdón a tu madre". ¿Es tu primera vez?

—Sí.

—Qué envidia. Va a ser una de las experiencias más importantes de tu vida. Para mí es la cuarta vez.

La gente reincide, y eso, según cómo se vea, puede ser o muy bueno o muy malo. Suena una campana y entramos a la sala principal, llena de ventanales por los que se puede atisbar el mar. Somos más de una treintena de personas en "Vive tu muerte" y ninguno de nosotros lleva zapatos. El director pide que nos presentemos y que digamos por qué hemos venido. Me mira y dice "empieza tú", y no me queda más remedio:

—Me llamo Gabriela. Soy peruana pero hace ocho años que vivo en Barcelona. He venido porque… le temo a la muerte, últimamente más, y porque estoy desconectada...

Todo esto lo digo porque es verdad. Hay otras verdades, pero nos ha pedido ser breves.

Para venir, todos los asistentes hemos firmado un papel en el que nos comprometemos a no divulgar nada de lo que ocurra aquí. Por eso he cambiado intencionalmente el nombre del taller, y no utilizaré ningún nombre propio, ni siquiera el del director del taller, un intelectual muy

conocido en Cataluña. También he rellenado un test psicológico, de esos que sirven para detectar nuestros puntos débiles, en el que hay que valorar, del 1 al 18 y de la mejor a la peor, una serie de ideas. Por ejemplo, a la esclavitud le he dado un 15; a hacer estallar un vuelo con pasajeros, 16; a quemar a un hereje en la hoguera, 17; y a torturar a una persona, 18.

Son respuestas sinceras. Supongo que soy una buena persona, pese a todo.

En su turno, los demás comparten sus razones, todas las cuales tienen que ver con encontrarse a sí mismos.

El director nos explica que esto no es una terapia. Dice que es un tiempo dentro del tiempo. Cuatro días en los que nos pasarán más cosas que en cuatro meses. Una experiencia de disolución del ego, que es, finalmente, lo que es la muerte. Un rito iniciático y catártico para matar al niño egoísta que todavía llevamos dentro, para colocarnos en el esquema cósmico, social y familiar. El miedo a la muerte es el miedo a la vida.

Dicho esto, queda poco que agregar, salvo que el taller consiste en enfrentar algo tan aterrorizante como la "impermanencia". Se supone que vamos a descubrir amorosamente la grandeza de lo que implica morir y acompañar a morir, pues nos tocará estar en ambos roles. En ese marco, los asistentes debemos encontrar los problemas que limitan nuestra vida. La técnica para lograrlo: un tipo de respiración rítmica modificadora de la consciencia, y marcada por música y sonidos, todo lo cual nos ayudará a tener una representación psíquica de la muerte, a curar heridas y a encontrar la causa de nuestro bloqueo.

Síntomas que indican la proximidad de la muerte y que vamos a vivir en el taller, ya sea como moribundos o como acompañantes: boca seca; deshidratación de la piel; uso de un lenguaje extraño, necesidad de volver a casa y reconciliarse con alguien o algo; pérdida de peso; debilidad; huesos frágiles; vómitos; ganas de defecar y de expulsar todo lo que es extraño; estertores; movimientos involuntarios; mirada vidriosa.

El taller es a la muerte lo que un simulacro a un terremoto. Salvo quizá por el pequeño detalle de que aquí nadie se va a salvar.

Antes de irnos a dormir, tenemos otra tarea, dibujar nuestro autorretrato en mesas colmadas de lápices de colores: trazo un mamarracho a lo Frida Kahlo, con un corazón con espinas y un mouse encadenado a mi muñeca. Dentro de mi estómago, he dibujado una Gabriela de dos cabezas, una ríe y otra llora. Típico dibujo para impresionar a los psicólogos, pienso. Cuando me voy a dormir, empiezo a sentir los primeros efectos del taller: no dejo de recordar las putas escaras en el cuerpo de mi abuela Victoria. Las escaras son tejido muerto de la piel, las heridas de guerra de los enfermos: estar postrada en una cama durante una década puede ser más destructor que una batalla. Sin poder comunicarse, sin poder reconocernos, difícilmente creo que haya podido decir adiós o ver alguna hermosa luz antes de irse. Pienso también en la última vez que vi a mi abuela Elena viva, llevaba varios años ciega por la diabetes, estaba en una camilla en medio del pasillo de un hospital público esperando una cama. Me pidió agua, tenía mucha sed, le di un sorbo en un vasito de plástico. Me dijo: me voy a morir, hijita, llévenme a la casa, no quiero morir aquí. Le mentí: no te vas a morir, abuelita, le di un beso en la frente y salí. Murió una hora después en ese mismo pasillo.

UNA EXPERIENCIA DE DISOLUCIÓN DEL EGO, QUE ES, FINALMENTE, LO QUE ES LA MUERTE.

Hace cinco años que no me hago una revisión médica de rutina. Ni un miserable chequeo. Desde que parí, me siento inmortal o me obligo a sentirme inmortal. Procuro enfermarme de cosas que pueda curarme con una simple visita a la farmacia. De un tiempo a esta parte, sin embargo, me he estado sintiendo rara. No sé cómo explicarlo, es solo que no me encuentro bien. Un día me decido y pido una cita con el médico de cabecera, que a su vez me programa con la enfermera, para una revisión general. También me encarga una analítica de sangre para ver qué tal. Tendré que esperar dos semanas por los resultados. La enfermera me pesa, me mide y me toma la tensión. No tengo nada, está claro, los médicos siempre me han considerado un fiasco.

Es una idea ridícula, pero cada vez que salgo de un consultorio, lo hago un poco decepcionada de no estar realmente enferma. No quiero estar enferma, claro que no, pero, por alguna razón, a mi ego le incomoda ser tan poca cosa en cualquier sitio, incluso si ese sitio es un hospital. Por eso, cuando la enfermera me mide la presión y dice "la tienes muy alta", dentro de mí alguien sonríe. Quizá el diablo. Es una pulsión, un regocijo malsano, la venganza por todos estos años de salud intachable: 150/109, dice la enfermera. Lo normal es 139/89.

Tengo treinta y cinco años. Soy mujer. Es decir, soy joven y estoy hasta las cejas de progesterona. Dos factores que son hasta mejores que un seguro de vida de un millón de euros. Son dos razones de peso, me digo. 2-0. Gano yo. Pero resulta que no. No tengo una simple subida de tensión. Porque toda la semana siguiente dejo de comer sal y me alimento con verduras, y vuelvo con la enfermera y 158/110. Me la miden en el brazo derecho y en el izquierdo, tres veces en cada uno. Por fin sale su científica eminencia —mi estado amerita la presencia del médico en persona—, que se pone a cuchichear con las enfermeras. A mí, en esos minutos de incertidumbre, la presión se me va al techo, 159/115. Dice el médico que no es una subida puntual. Tampoco es el estrés, aunque a veces pareciera que voy a estallar en medio de todo como la bomba de un terrorista que ha confundido su objetivo.

Mi padre supo que tenía tensión alta a los treinta y cinco años, mi edad actual, y, desde esa edad, se medica cada día. Mi abuelo murió de un infarto a los sesenta años. Mi abuela Victoria, de un derrame cerebral. Ya no puedo ganar. Me voltearon el partido. 3-2. Soy hipertensa. Padezco hipertensión arterial estadio 1. Es todo. Pero un momento, ¿cabe la gran posibilidad de que la tensión sea simplemente un síntoma de algo peor? ¿Qué tan malo? Algo horrible, probablemente, porque el médico mira la punta de su zapato. "Eso lo dirán los análisis", concluye. Aunque para eso, todavía hay que esperar. Suspenso.

A la hipertensión arterial crónica le llaman "la silenciosa plaga de occidente" y es la principal causa de muerte en el mundo. No es el hambre, ni el cáncer, ni el sida. Se le llama así porque actúa de manera silente cambiando el flujo sanguíneo, siendo un factor de riesgo para enfermedades cardiovasculares y renales. La causa es desconocida en el noventa por ciento de los casos, pero casi siempre tiene que ver con genética y malos hábitos. ¡Bingo!

Nadie diría que soy una persona gorda, pero tampoco nadie diría que soy una persona saludable. Y esa es una condición que he llevado durante todo este tiempo con orgullo, que me hace sentir viva y vivida, todo lo contrario a estar muerta: bebo, fumo, salgo de noche, me emborracho una vez a la semana y una vez a la semana muero de resaca, a veces me drogo, como comida basura, detesto la mayoría de las verduras, soy madre, no estoy bautizada, trabajo

en una oficina, odio a la raza humana, soy esposa de alguien, veo series de TV en streaming hasta las tres de la mañana, no hago ejercicios, no tengo servicio doméstico, me paso diez horas al día frente a la pantalla, la única parte de mi cuerpo que se ejercita son mis dedos de la mano golpeando el teclado, como ahora. Es un milagro que mi culo no sea del tamaño del Brasil. Soy una periodista especializada en meterse en sitios y escribir en primera persona sobre experiencias extremas. Ah, y casi olvido lo más importante: adoro la sal. La sal gorda, de preferencia, aquellos pequeños diamantes sobre un buen trozo de filete, y los aliños y salsas que de tan salados me ponen los ojos en blanco de excitación. Desde que era una niña, ahora recuerdo, mi tóxico ADN me empujaba a colarme subrepticiamente en la cocina cuando mi abuela Victoria se alejaba del fogón y a enterrar mi índice en el bote rojo de la sal. Una vez que lo lograba, corría con el dedo blanco y brillante de vuelta a la tele. Chuparme el dedo de sal mientras veía mis dibujos animados preferidos fue durante mucho tiempo una versión de la felicidad.

Hubo un tiempo que fue hermoso. En serio, lo hubo. Las resacas solían ser llevaderas. Y devorar hamburguesas y pollo frito no tenía consecuencias más allá del placer. No puedo decir con exactitud en qué momento se acabó esa impunidad. Es probable que fuera a partir de los treinta años. Pero yo no me di por aludida, decidí seguir siendo joven e insensata, lo que es consustancial a ser joven, y continué viviendo de la única forma que sabía, esto es: creyéndome inmortal, negándome a mirar las etiquetas de los productos y declarándome públicamente enemiga del mundo fitness y de sus acólitos. Solo de vez en cuando un fallo en la matriz me hacía pensar que algo podía no estar bien, por ejemplo una leve aceleración de mi ritmo cardíaco, como si se hubiera colado un salvaje con un tambor en la magnífica orquesta de cámara de mi pecho.

Me toco y constato que los granos siguen ahí en mi cara. También me paso la mano por el vientre y compruebo que sigue abultado, como una barriga de cuatro meses de embarazo a la que ya estoy acostumbrada. Hace algún tiempo dejó de preocuparme mi perfil en los escaparates. Me acaricio el cuello y siento mi creciente papada. Pienso en todo eso, en la incomodidad con mi cuerpo, en la imagen mental que tengo de él y en la que prefiero no intervenga la imagen real. Pienso en que hace mucho que dejé de pensar en él, o que quizá jamás lo hice.

En casa son extraños los días que siguen a las malas noticias sobre mi tensión. No es para menos, se trata de empezar una dieta estricta para convertirme en ese ser al que no me molestaría en dirigirle la palabra ni siquiera si nos quedáramos atascados en un ascensor. No puedo beber alcohol, tal vez sí una copa de vino o dos, pero yo no concibo una visita al bar sin emborracharme, así que dejo de salir. Mis amigas me prometen que dejarán las rayas y el gin tónic por mí, que se pasarán al porro y al vino blanco, pero está claro que mienten. Empiezo a considerar cambiar de amistades. La comida sin sal, por otro lado, es igual a no comer.

El panorama no podría estar completo sin su dosis de fármacos. Debo tomar cada día y en principio durante tres meses, dos pastillas de cinco miligramos de Enalapril, cuya caja de sesenta comprimidos vale, para mi desconcierto, veinte céntimos. La lista de posibles efectos adversos ocupa el cincuenta por ciento del prospecto. ¿Se supone que debo meterme esa cantidad de píldoras baratas en el organismo durante toda mi vida? Me encuentro un día con un amigo y me cuenta que él sufre de lo mismo, que se pasa el día comiendo ajo y no toma pastillas indicadas para la tensión alta porque "quitan el apetito sexual". Al oír esto, otra gran amiga me recomienda que me suicide. A esto se suman el acoso y derribo al que he quedado expuesta ahora que todo el mundo tiene algo que decir de mi salud, sobre todo mi familia, que otra vez se siente en la libertad de sobreprotegerme a sus anchas. Sufro varios episodios de ansiedad pensando que en cualquier momento me dará un infarto y, como broche de oro, al medirme la tensión cada dos por tres, empiezo a ser muy popular en las farmacias de barrio. Una noche, como todas las noches, me quito la ropa delante del espejo y veo una leve mancha roja en mi pecho derecho, justo al lado del pezón. La toco. Es una masa. Algo duro. Es algo que, estoy segura, no estaba ahí antes. Entonces grito.

El Diario de "Vive tu muerte" (1)

La primera parte de esta crónica está escrita desde la distancia irónica en la que me instalo, casi siempre, porque creo que así escribo mejor. Solo que ahora ya no quiero hacerlo así. No estaría siendo justa con la experiencia, ni con los que dan el taller, ni con las personas que estaban ahí dándolo todo y abriendo su intimidad a los demás. Tampoco sería justo para los lectores, ni para mí. Voy a copiar aquí un fragmento del diario que llevé ese fin de semana, porque así el que lea esto sabrá exactamente de qué pie cojeo:

"Nos han quitado los móviles, así que no sé qué hora es. Muero de cansancio. En una hora tendremos que volver. Hoy toca respirar. La mañana ha sido divertida. Hemos bailado durante dos horas, música electrónica, salsa y una canción absurda llamada 'Mi novio tántrico'. A continuación, hemos hecho ejercicios de contacto con el otro: mirarnos a los ojos sin hablar, tocarnos, golpearnos. Me tocó con un tío guapísimo y musculoso, sus caricias me estremecieron. Después, me ha gustado sobre todo un ejercicio en el que tenías que hablar sin parar mientras el otro escuchaba sin decir palabra. Yo hablé de mi familia, de J y Lena. Mi pareja, en esta ocasión una chica joven, estaba muy triste. Me dijo que le alegraba saber que yo era feliz. Me hizo sentir feliz con mi vida. Lloraba y yo no podía decirle nada porque estaba prohibido. Esto es parte de la doble experiencia: reprimir las ganas de ayudar al otro, porque en realidad llegado el momento nadie puede ayudarte. Vivir juntos, morir solos.

"Nos pasamos mucho rato dejándonos caer de espaldas desde lo alto a un colchón, perdiendo el miedo y, como dicen ellos, 'soltándonos'.

"Lo que más me gustó fue el ejercicio del ciego y el lazarillo. Yo fui un pésimo lazarillo, casi mato a mi partner, que ahora era un señor mayor. Lo hice correr y tropezar tanto que tuvo que sentarse y no pudo seguir. Cuando me tocó el turno de ser la ciega, mi compañero, en cambio, fue amorosísimo, me sacó fuera, me hizo oler y tocar la hierba, mojarme con el agua de la fuente, sentir la brisa y el calor del sol. Es probable que el taller esté haciendo efecto, tocando mis fibras más sensibles. Cada vez que hacemos algún ejercicio, alguien llora. Después de comer, veo a un niño que vive aquí jugando con dos perros. Recuerdo que el director ha dicho que deseemos algo con mucha fuerza. Deseo eso, más momentos de sol, un jardín enorme y perros con los que Lena pueda jugar. Fuerza y paciencia para criarla con felicidad. ¿Me estarán brillando los ojos como a toda esta gente? ¿Tengo ya una sonrisa piadosa y ganas de abrazar a todo el mundo? No, no estoy en paz conmigo misma, eso no va con mi personalidad. Mi posición en este taller no es la más fácil: por un lado, siento que tengo que estar consciente para escribir esta historia al regresar; una historia sobre si es posible ensayar la muerte, con un mínimo de mirada crítica. Porque, aceptémoslo: la muerte no puede ensayarse, la muerte es un show en vivo y en directo, pura improvisación. Y, qué más da, asomarse a ella tampoco nos va a vacunar contra el horror al vacío. Por otro lado, siento que pensar así, con tan poquita fe, me impide comprometerme, en todo, no solo en esto. Y quiero intentarlo, realmente quiero hacerlo. Este taller está lleno de personas disfuncionales, solas, tristes, que tienen algún dolor y no saben de dónde viene. ¿Soy superior a ellos porque no me tomo nada en serio o soy todo lo contrario precisamente por eso? ¿Soy superior por considerarme una persona feliz? No puedo seguir engañándome pensando que los locos y los disfuncionales son los otros para seguir disparando ingeniosas frases al cielo".

El Diario de "Viva mi muerte" (2)

"La sesión ha terminado cerca de las dos de la mañana. Hoy respiró la mitad y mañana le toca a la otra mitad. A mí me toca mañana, así que hoy fui cuidadora. La consigna es no intervenir en la experiencia del otro, aunque los veamos sufrir. Podemos actuar solo si ellos nos lo piden. Mi moribunda fue una mujer de unos cuarenta años. Hay que tener paciencia y humildad para ser cuidador. Me he pasado largas horas a su lado, humedeciéndole los labios, con una bolsa de plástico para recoger sus vómitos. El que respira está acostado, con los ojos tapados. El que cuida, lo vela en su lecho de muerte.

"Nos hemos colocado en círculo, como en un ritual. De hecho, el taller en sí está inspirado en las sesiones chamánicas con la ayahuasca, la famosa planta enteógena. Cuando ya estábamos en nuestras posiciones, empezó la música. El director iba guiando la sesión dando ánimos,

pidiéndoles valor para irse al más allá y tocando de vez en cuando el tambor. La música es clave, porque te hace viajar por estados emocionales diversos, de lo más aguerrido a lo más pacífico. Así que, de alguna manera, el director también es una especie de dj. Entre los temas, hubo desde canciones místicas insufribles hasta la *Cabalgata de las Valkirias* de Wagner. Me emocionó oír a Mercedes Sosa cantando *Soy pan, soy paz, soy más*: Vamos, decime, contame todo lo que a vos te está pasando ahora / porque si no cuando está tu alma sola llora. / Hay que sacarlo todo afuera, como la primavera. / Hablar mirándose a los ojos, sacar lo que se pueda afuera, / para que adentro nazcan cosas nuevas, nuevas / nueeeevas. Las respiraciones se parecen a las del parto, aspiraciones y expiraciones cortas y rítmicas. Algunos respiraban sentados o incluso de pie, hasta que la catarsis, por fin, se desataba. Cuando alguien se quejaba de dolor, podías solicitar al director que se acercara para *manipularte*. Lo que hacía era presionar algún músculo que provocaba en la gente un dolor agudo y un grito de desahogo. Vi a la gente reír y llorar, revolcarse de dolor, gritar como si algo hubiera estallado en mil pedazos en su interior y eso es imposible que no te revuelva a ti mismo por dentro. Cuando mi moribunda pareció quedar en paz, la cubrí con una sábana. Se había ido."

He estado pocas veces cerca de la muerte. Quizá por eso le temo tanto. Para los que ven la muerte todos los días, como los agentes funerarios, la muerte es un hecho habitual, como dormir y despertar. Mis padres siempre cuentan la anécdota de la época en que, siendo muy pequeña, aprendí que la gente se moría. Desde ese día, cuando me hablaban de cualquier persona, yo siempre preguntaba "¿Y ya se murió?". Risas.

Los niños ven la muerte como extraña y fascinante. No sé en qué momento la muerte pasa de ser una palabra en un cuento de hadas a una circunstancia real. Sin embargo, pasamos gran parte de la vida pensando la muerte como algo remoto y, sobre todo, ajeno, que solo les ocurre a los otros, a gente sin suerte. Hasta que esa engañosa idea deja paso a la percepción dolorosamente física de que un día también nosotros nos extinguiremos sin remedio. La vida adulta es palpar incesantemente con los dedos de la imaginación la Nada. Es lo malo de tener creencias precarias, ser pesimista y mínimamente inteligente. Más que el instante mismo de la muerte, que ya da bastante miedo, los seres humanos tememos la incógnita de la desaparición. Philip Larkin lo dice mejor: "Ningún ser racional / puede temer a lo que no siente, sin darse cuenta / que eso es lo temido: ni vistas, ni sonido / ni tacto u olfato o gusto, nada con qué pensar / nada a qué vincularse y nada que amar / la anestesia de la que ninguno regresa".

MÁS QUE EL INSTANTE MISMO DE LA MUERTE, QUE YA DA BASTANTE MIEDO, LOS SERES HUMANOS TEMEMOS LA INCÓGNITA DE LA DESAPARICIÓN.

Mi primer muerto fue mi abuelo Carlos, el del infarto, yo tenía nueve años y mis padres me lo contaron días después del entierro. No vi ni su ataúd. En las misas de difuntos jamás me he acercado a un muerto. No he visto los cadáveres de mis perros. Solo me atreví un segundo a asomarme a la habitación del tanatorio donde mi madre vestía a mi abuela Elena y pude ver su pie, ladeado, en la misma cómoda posición que solía tener su pie cuando estaba echada en la cama escuchando la radio. Fue como verla viva. Tampoco vi el cuerpo de mi abuela Victoria, porque terminó de morir cuando yo ya estaba en España. La única vez que me atreví a fisgonear en un cajón fue en el cajón de mi tío abuelo Máximo, y solo porque casi no le conocía.

Nunca he visto la cara de alguien que amo muerta. Esa es otra de las cosas que compiten en mi ranking de cosas terroríficas.

He tenido miedo a morir infinitas veces, sobre todo en los aviones, pero solo una vez me despedí de todos, dije adiós a mi familia. Una ola furiosa del Pacífico me revolcó varios segundos en la orilla y en medio del remolino de la espuma, con los ojos abiertos, pensé que moriría, pero salí a la superficie. Durante los años de la guerra interna en el Perú, tuve más miedo a la

muerte que nunca. Creía que en cualquier momento estallaría un coche bomba en mis narices o que los terroristas y los militares vendrían a casa a cortarnos las cabezas. Mi padre es periodista y recuerdo bien la madrugada en que lo despertaron para contarle que ocho periodistas habían sido asesinados en un pueblo llamado Uchuraccay, en Ayacucho. Viajó de inmediato a la zona y pude verlo en televisión, rodeado de las bolsas negras que contenían los cadáveres. Acudí a la enorme romería del entierro en Lima, gritando justicia. Tenía seis años y el Perú era el más violento de su historia. Desde que tengo una hija, temo morir casi de cualquier cosa. De hecho, siento tanto miedo que no paso por debajo de los edificios en obras, ni bajo las grúas que llevan cemento, ni cruzo con el semáforo en rojo. Me cuido de que no haya ningún psicópata detrás de mí en el metro que quiera empujarme. Si algún neonazi me insulta, ya no le contesto.

Cena en casa de una pareja de amigos. El padre de ella se está muriendo de cáncer. Es duro estar al lado de alguien que se muere, es gente que pasa de un estado de ánimo terrible a otro estado de ánimo terrible en minutos, me dice. A los pocos días, se muere la madre de un amigo. Otro cáncer fulminante. Mi padre y su hermano, mi tío, superaron hace unos años un cáncer al colon. Es decir, que en mis genes no solo pone la T de tensión, también la C de cáncer. Sin olvidar, la D de diabetes. Tengo la ligera sospecha de que un cuervo se ha posado en mi árbol. A "la niña blanca", como le dicen los mexicanos, se le debe haber perdido algo por aquí. No es casualidad que acabe de matar a mi hermana en un cuento. Y no he hecho mi testamento, no tengo un último deseo y no me imagino cómo será mi vida sin mí.

A veces me pregunto si no estaré somatizando mi desesperada ingesta de las cinco temporadas de *Six Feet Under*. En los últimos dos meses, no he visto otra cosa y me siento alienada, como si me hubiera metido en la serie o como si me fuera a morir mañana. En cada comienzo de capítulo muere alguien, es decir, que en cinco temporadas vemos por lo menos unas sesenta maneras distintas de morir: por accidente, enfermedad, asesinato, de vejez, en paz, prematuramente, violentamente… En el capítulo final, un flashforward nos muestra la muerte de cada uno de sus personajes en escenas que duran solo algunos segundos y que acaban con sus nombres y fechas de muerte. Es la primera vez que pienso en la fecha del año en que moriré. Si vivo todo lo que tengo que vivir, y muero naturalmente a la edad en que muere el promedio de la gente, podría morir en el año 2050. Si he tenido la gracia de heredar los genes de mi abuelo que tiene noventa y tres años y está en perfecto estado, quizá pueda alargarlo hasta el 2060. Pero no más. No veré el 2070, ni el 2100. Según la web eldíadetumuerte.com voy a morir a los sesenta y dos años. "Te quedan 9907 días, 00 horas, 14 minutos y 56 segundos", me advierte. Para tusmiedos.com, moriré el treinta de diciembre de 2040, por suicidio al perderlo todo. En mimuerte.com, muero en el 2024, haciendo parapente. Según estarmuerto.com, moriré dentro de dos años a causa de una paliza que me va a dar mi marido. En internet hay muchos vídeos de gente hablándose a sí misma en los que narran cómo creen que serán sus muertes. Son divertidos. Veo a una chica de veinte años decir que se va a morir de cáncer al pecho a los treinta, que lo sabe desde que era niña, aunque por el momento esté completamente sana. La muerte está más acá que allá.

En *Un mar de muerte*, David Rieff escribe sobre la enfermedad y muerte de su madre, Susan Sontag, sobre su profundo miedo a la muerte, tras padecer hasta tres veces un cáncer a lo largo de su vida. Cita una frase de los diarios íntimos de la escritora: "La muerte es insoportable, a menos que puedas trascender el yo". Rieff asegura que, a diferencia de otras personas que sí lo consiguen, Sontag no lo logró, en parte, por culpa "del cáliz envenenado de la esperanza". Por ejemplo, los últimos poemas que escribió Bertold Brecht en su lecho de enfermo, dice Rieff, hablan de la reconciliación del artista con el hecho de la muerte, como en el poema en que ve un pájaro posado en un árbol, cuyo canto le parece hermoso y aún más hermoso saber que cuando él muera el pájaro seguirá cantando en ese árbol: "He conseguido disfrutar también del canto de cada mirlo que venga después", escribió el alemán.

Sontag, en cambio, herida de mortalidad, nos dejó esta frase: "en el valle de la tristeza, despliega tus alas".

Mi grito asusta a mi marido. J corre a la habitación y me encuentra llorando de nervios cogiéndome una teta.

—¡Es una bolaza! ¡Cómo no te has dado cuenta antes!

—¡¿Y tú cómo no te has dado cuenta antes?! ¿Ves que está rojo?

—Sí, está rojo.

Mañana iremos al hospital a primera hora. Me miro una y otra vez en el espejo. Tengo miedo de tocarlo. Eso no estaba ahí hace unos días, si no lo hubiera notado. J me dice que en caso de que fuera un tumor, y no estamos seguros de que lo sea, sería tratable. Recuerdo la escena del libro en que Rieff cuenta cómo le extirpan el pecho a Sontag, una operación violentísima que para barrer con todas las células enfermas debe arrancar gran parte del músculo del pecho. Me veo a través del espejo y cierro los ojos.

Estoy cansada. Me agota ser adulta, tener que hacerme cargo de todo, y, por eso, muchas veces he tenido ganas de enfermarme para que me cuiden y no hacer nada de nada. Sería tan feliz si pudiera quedarme en esta cama viendo teleseries todo el tiempo y aspirando alguna comida líquida por una cañita. He repetido muchas veces ese peligroso mantra. Y me pregunto si ese deseo inconfesable tendrá algo que ver con mi reciente hallazgo ante el espejo.

Esa noche J y yo no jugaremos, como otras veces, con la idea de morirnos, no hablaremos de quién morirá primero, de en qué océano esparciremos las cenizas del otro o de con quién nos gustaría casarnos en segundas nupcias en caso de viudez. Ya no tiene gracia. Callamos y esperamos que amanezca.

Las urgencias ginecológicas comparten sala de espera con los partos. Miro a los maridos merodeando y a las doctoras ocupadas en traer vidas al mundo. Finalmente, es mi turno. La enfermera me pide que entre sola. Escucho un bebé llorar. La doctora me ausculta. Palpa cada uno de mis pechos. "Ya lo veo", dice, "ya lo siento". Síncope.

Mientras me tocan la teta intento aferrarme a algo. Algo que no sea esa palabra que no quiero pronunciar y que, sin embargo, está en la cabeza de toda mujer a la que una ginecóloga le revisa un bulto en el pecho. Pero solo consigo pensar en otro libro que irónicamente estoy leyendo también por estos días, *Vidas ajenas* del francés Emmanuel Carrère. Una historia sin ficción sobre dos acontecimientos que sobrecogieron al autor en pocos meses: la muerte de un hijo para sus padres y la muerte de una mujer para sus hijos y su marido. Allí encuentro la referencia al espectacular libro *Bajo el signo de Marte*, de Fritz Zorn, un best seller que el escritor suizo entregó in extremis a su editorial días antes de morir y pone un dedo en la llaga de la relación entre una vida insípida y el cáncer. El libro arranca sin concesiones: "Soy joven, rico y culto; y soy infeliz, neurótico y estoy solo. Provengo de una de las mejores familias de la orilla derecha del lago de Zúrich, también llamada la Costa Dorada. He tenido una educación burguesa y me he portado bien toda mi vida. Por supuesto también tengo cáncer, cosa que se deduce automáticamente de lo que acabo de decir (…) el cáncer es una enfermedad del alma de la que solo puedo decir: es una suerte que finalmente haya hecho eclosión".

Afuera, J está esperándome. Salgo por la puerta y le sonrío. Él me sonríe. Me siento en sus piernas. Lo abrazo. Él me abraza. Nos quedamos así largos minutos. Solo tengo una mastitis no puerperal (que no ocurre durante la lactancia), una lesión inflamatoria del seno.

Mi tumba es este colchón en el que voy a viajar. Tengo los ojos tapados. Mi cuidadora promete que estará atenta. Respiro con fuerza, respiro y respiro y respiro, pero solo pienso en estar ahí, en las caras de los compañeros. Creo que no les caigo bien. ¿Es posible que yo me sienta un ser simpatiquísimo pero que nadie en este taller se dé cuenta? Este tipo de ideas que vienen a mi cabeza me hacen pensar que estoy a años luz de reconciliarme conmigo misma. O será el instinto de supervivencia que no me deja pasar al otro lado. Pero sigo, lo intento, respiro cada vez más rítmicamente. Me está costando, con lo fácil que sería tomar LSD o beber un sorbito de ayahuasca y así nos ahorramos pasos. Me ayuda a concentrarme el tema de *Star Wars*. Es ridículo, lo sé, pero me recuerda a J y a Lena. Los veo. Escucho gritos de algunos de los compañeros que ya empezaron sus viajes. Ya me siento casi catártica. Empieza a dolerme la espalda y pido que me manipule el director.

Viene y me retuerce el omóplato. El dolor es intenso. Me dice al oído: "grita, Gabriela, grita, ¿qué le dirías a tu madre?". No sé de dónde habrá sacado lo de mi madre, quizá de mi dibujo o del test de los valores, lo único que sé es que es efectivo. Yo suelto mi grito de niña, el de las noches demasiado oscuras, el de la soledad y el miedo: "mamá, mamá, mamáaaa". Lloro como una desgraciada. Lloro como no lloraba hace años. Lloro en estéreo. Lloro tanto que pienso que he venido aquí para deprimirme. Lloro y discurro por mis temas tristes. Lloro y pienso si podré dejar algún día de llorar como una niña. Lloro y recuerdo que ya no soy yo la niña, que ahora hay otra niña y que tengo que cuidarla. Lloro porque soy hija de todos, de mi madre, de mi marido, de mi hija. Lloro por el miedo a fallar como madre. Le pido perdón a mi pequeña por ser la persona infantil que soy. Le prometo que seré fuerte, paciente y feliz para ella. Entonces me entrego a la oscuridad más absoluta, dejo que llegue, que me envuelva como el abrazo de un enorme animal que me traga y escupe mis huesos. Ahora formo parte de su brillante pelaje.

La oscuridad por primera vez es tibia como un sol negro; mi mente se expande en ella. El llanto es un medio para vaciar el contenido. Ya estoy vacía, como siempre que he llorado más de la cuenta, pero no estoy triste, porque no he perdido nada. Me voy con todo lo que soy. En el juicio final, es lo que me dice esta experiencia, el juez y el acusado son la misma persona. Y ahora veo un paisaje hermoso y la dichosa luz al final del túnel —la fantasía cultural de la resurrección y la intuición del misterio—, el camino a la suspensión de todo dolor, de todo miedo. Sonrío para adentro. Si la muerte es así, no me importaría morirme mañana. Siento que alguien me cubre con una sábana. Me he ido.

La buena noticia es que de esta anestesia sí se regresa. Al día siguiente, en la reunión del cierre del taller, en la que todos contamos nuestra experiencia, el director me propone un ejercicio: que me vaya a una esquina y que escriba una lista de las cosas que me hacen bien y una lista de las cosas que me hacen mal. Cosas que me hacen mal: estar todo el día conectada a internet, ver el Facebook, las facturas, el KFC, el alcohol, las drogas, no estar con mi hija, mi infantilismo, el mundo literario, la presión de tener que escribir, el desprecio de la gente, la frivolidad, las injusticias, no estar en Lima, la sal, no hacer ejercicios, juzgar, juzgarme.

Cosas que me hacen bien: el sexo, el amor de Lena, el amor de J, dar amor, ser amada, cocinar, escribir, dormir, salir y ver el sol, ver series con J, reír, no hacer nada en lo absoluto, hacer algo bien, la ternura, no estar en Lima, llorar, comer sano, sin sal.

El instinto de supervivencia es moralista.

Es hora de dejar el taller y aplicar sus enseñanzas en la vida diaria. Los participantes son, de repente, los mejores amigos, intercambian mails, hacen planes, se avisan de nuevos talleres para reencontrarse y seguir buscando su lugar en el universo.

No ha sido una de las experiencias más fuertes de mi vida, como prometió aquella chica, pero me siento bien, en armonía, tanto que sigo soltándome, y me voy a caminar sola y plena por el campo, sigo un camino que se interna en el bosque, camino y camino sin mirar atrás, me alejo mucho sin darme cuenta y, de pronto, me quedo quieta y al mirar a mi alrededor, en medio de esa soledad natural, vuelvo a ser yo: es decir, me da miedo que salga un animal y me coma, y recuerdo que debo volver a casa, el único lugar donde me siento segura.

Le quito piojos a Lena mientras ve televisión junto a su amigo Gael. Han vuelto a contagiarle piojos en el colegio. Arrastro uno con el peine y lo mato. Lena está viendo *Las increíbles aventuras de Asha*. El capítulo trata sobre la muerte del pez de Asha. Un amigo le explica a Asha que después de la muerte hay tres caminos posibles: la desaparición, el cielo o la reencarnación.

—¿En qué te reencarnarías? —le pregunto a Lena, pero no contesta.

—¿En qué te reencarnarías, Gael? Yo, por ejemplo, me reencarnaría en un árbol…

—Yo, en un león.

—¿Y tú Lena? —insisto— Ya pues, di en qué. ¿En flor? ¿En mariposa? ¿En una princesa?

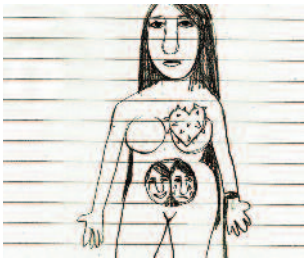
—En mí misma y ya está.

Los análisis de sangre descartaron problemas con el colesterol, los riñones y el azúcar. Estoy perfectamente, salvo por la tensión. Mi dieta es bastante aburrida y he logrado bajar mucho de peso. En tres meses, volverán a mirarme la tensión y, si sigo como hasta ahora, es probable que me suban la dosis de Enalapril y que siga tomándolo de por vida. A partir de ahí, todo es impredecible.

Aún no sé dónde quiero que esparzan mis cenizas. Un buen lugar sería en el Amazonas, en el río Nanay, que pasa junto a Manacamiri, un pequeño pueblo de Loreto, Iquitos, donde J y yo fuimos muy felices. O quizá, para no pecar de exotismo, en el mar de Grau, en Lima, a donde espero volver a vivir algún día o en el Mediterráneo, si no vuelvo. En los años de vida que me quedan, que espero sean muchos, no hay que descartarlo, tal vez aparezca en este valle de tristezas y alegrías otro sitio significativo en el que desplegar las alas.

En mi lápida imaginaria, la muerte sigue siendo un espacio en blanco por llenar. Y la lluvia hace crecer la hierba salvaje.

Un fin de semana con mi muerte



GONZO

¿Quién es esta chica del dibujo de acá arriba, que tiene corazón de espinas y el cable de un mouse encadenado a la muñeca? Se llama Gabriela Wiener y es la heroína del periodismo gonzo escrito en español, aquel subgénero del Nuevo Periodismo surgido en los sesenta que proponía al cronista como un actor más de lo narrado. Su libro *Sexografías*, de Editorial Melusina, compila crónicas escritas en el más puro estilo gonzo: Gabriela infiltrada en cárceles limeñas, Gabriela intercambiando parejas en clubes de swingers, Gabriela en las profundidades de la selva amazónica para compartir un ritual de ayahuasca... Hay que leer a Wiener: porque pone el cuerpo en cada cosa que hace, pero también porque es una de las voces más potentes de la crónica hispanoamericana actual. Y hay que leerla pronto, porque parece que tiene la tensión alta y le salen bultitos por acá y por allá.

SWEDENBORG

Emanuel Swedenborg no fue un representante del periodismo gonzo, pero *El cielo y sus maravillas y el infierno* (publicado por primera vez en latín en el año 1751) puede ser entendido como la crónica meticulosa y exacta de un lúcido divulgador científico. A los cincuenta y seis años, a Swedenborg le fue concedida la gracia de visitar el cielo y el infierno. En su viaje, el cronista experimentó las sensaciones de aquel mundo vívido y luego regresó para contarnos los secretos que se esconden más allá de la muerte. Jorge Luis Borges, en un conferencia sobre el autor, dice que muchos místicos pueden pasar por locos, excepto Swedenborg. El libro "es la obra de un viajero que ha recorrido tierras desconocidas y que las describe tranquila y minuciosamente. Por eso su lectura no es exactamente divertida. Es asombrosa y gradualmente divertida", afirma Borges. Y nosotros estamos de acuerdo.

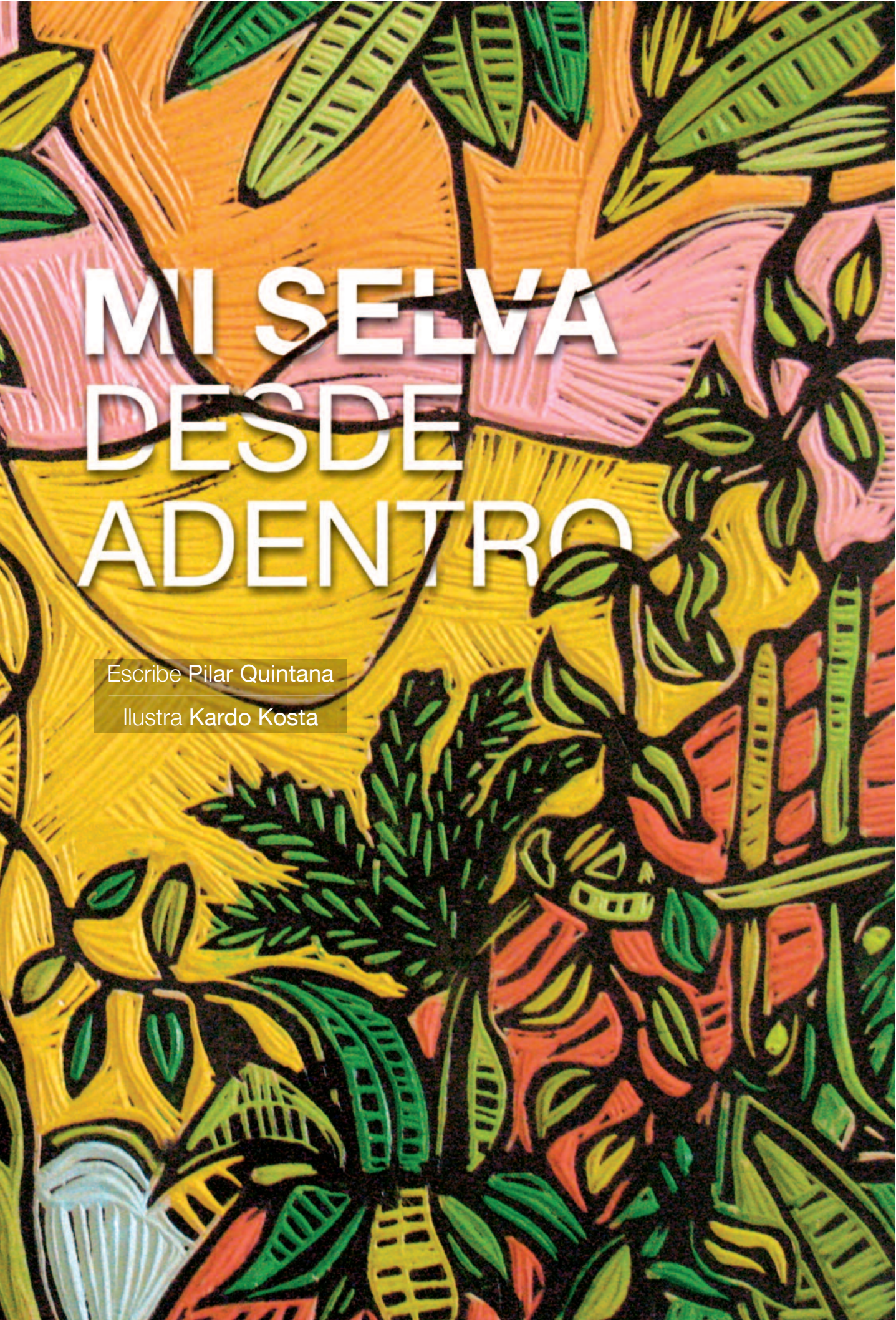
UN LIBRO
A mediados de los sesenta, Hunter S. Thompson (el primer y casi único periodista gonzo del mundo), contó la historia de una banda de motociclistas que asoló la costa de California: los Hells Angels. Convivió un año con ellos hasta que las cosas se complicaron y el periodista recibió una buena paliza por parte de los chicos malos. Pero la historia le quedó preciosa.
Los Ángeles del Infierno, de Hunter S. Thompson. Anagrama, 2009

OTRO LIBRO
Cicco (Emilio Fernández) no hace periodismo gonzo, sino más bien border, o por lo menos con esta palabra define su trabajo. Aquí se convierte en sepulturero, actor de película porno y sparring de boxeo. También se da el lujo de entrevistar a algunas celebridades, a las que nunca deja bien paradas. Se lee de un tirón y está muy bien, salvo cuando se mete con nuestro héroe Damián Szifrón.
Yo fui un porno star y otras crónicas de lujuria y demencia, de Cicco

Y UN LIBRAZO
Recopilación de crónicas antológicas de la revista *Rolling Stone*, cuna de los primeros autores gonzo. El libro recoge treinta y siete de los artículos más influyentes de la revista durante sus primeros veinticinco años, escritos por Hunter S. Thompson, Tom Wolfe y P. J. O'Rourke, entre otras plumas que experimentaron con el género. Está agotado y es inhallable: no se puede creer.
Lo mejor de Rolling Stone
Marzo de 1995. Ediciones B

El pan

Había una vez una chica que se ganaba el pan de cada día en una agencia de publicidad. Como su vida en la oficina la aburría, por las noches salía a beber y a ser bohemia. Pronto descubrió que le aburría también la bohemia y empezó a escribir una novela para evadirse. La protagonista de su novela era una chica que trabajaba en una agencia de publicidad y salía a beber, pero se cansaba de todo y se iba a vivir a la selva, en medio de la selva, donde no hay nada. Para que la historia resultara más convincente, la autora también renunció a todo y se fue a la selva. Construyó su cabaña de madera y allí escribió ese y otros libros hermosos. También descubrió animales nuevos y estrellas. Y dejó de ganarse el pan de cada día. Pilar Quintana lleva ya ocho años amasando su propio pan.


MI SELVA
DESDE
ADENTRO
Escribe Pilar Quintana
Ilustra Kardo Kosta

Mi selva desde adentro

Supongo que lo que más me impresionó de la selva de *Avatar*, la película de Cameron en 3D, fueron las fosforescencias. No tanto las de las bestias y los humanos como las de la selva misma que alumbraba el camino cuando la pisaban. Una vez los hijos de mi vecina, de ocho y diez años, nacidos y criados aquí, en la selva del Pacífico colombiano donde vivo con mi marido desde hace ocho años, me preguntaron si había visto las plantas que brillan por la quebrada. No, dije. Son impresionantes, dijeron ellos. ¿Brillan? Sí, brillan.

En esa época todavía no habían estrenado *Avatar*, así que no tenía el punto de comparación para preguntar ¿como las de *Avatar*? Lo que sí dijeron es que el brillo era en colores fosforescentes.

Yo he ido a la quebrada muchas veces desde entonces. De día, al atardecer y de noche. Y siempre con los ojos bien abiertos. Nunca las he visto. Sí he visto, en cambio, bichos que alumbran. Luciérnagas, claro, que las hay en cualquier potrero de vacas. Pero aquí, además, he visto unos increíbles con dos focos frontales y redondos, como de carro de carreras futurista o nave extraterrestre. Los encienden y apagan a voluntad, y pueden hacerlos girar, dirigirlos a la izquierda y a la derecha como para explorar todos los caminos. Es mejor verlos en plena oscuridad, sin embargo. Con un poco de luz se da uno cuenta de que los bichos son marrones y planos, se da uno cuenta de que son cucarachas, que alumbran como carros de carreras futuristas o naves extraterrestres, pero cucarachas ni más ni menos.

En el Chapare boliviano conocí a un alemán que se fue a caminar descalzo por la selva para entrar más directamente en contacto con Pachamama. Eso dijo él. Tenía los ojos azules y unas rastas rojas hasta la mitad de la espalda. Se veía el esfuerzo que le había costado cultivar esas rastas. El tipo se llamaba Jonas, que se pronuncia *i-onas*, y era piloto de ultralivianos.

A veces los viajeros llegan a la selva con ideas de Pachamama y un GPS en la mochila.

A los pocos días de andar descalzo por la selva, Jonas tenía los pies en carne viva. Las ampollas le cubrían toda la superficie, la hinchazón le llegaba hasta los tobillos y a partir

de los tobillos le empezaba un sarpullido con montones de ronchitas rojas.

Cuando se le curaron los pies, Jonas se tuvo que cortar las rastas y acabó por raparse toda la cabellera. Decía él que era porque lo hacía sudar demasiado. A mí me dio la impresión de que era porque le habían dado liendres y piojos. Los niños que vivían en la casa de al lado se la pasaban rascándose la cabeza. Todo el mundo les huía.

Yo me había rapado hacía mucho tiempo así que no tenía que huirles. El menor de los vecinitos se llamaba Chali y tendría unos tres años. Una nube de jejenes lo seguía a donde iba. Chali arrastrando su carrito de plástico por el borde polvoriento de la carretera y la nube dando vueltas encima. Chali, lleno de mocos, corriendo para abrazar a algún voluntario y la nube tratando de alcanzarlo como en los dibujos animados. A ese sí le huía.

Meses después, cuando estaba en Nueva York, me dio un dolor en la parte baja de la espalda. Luego empezó la fiebre. El médico indio que me atendió en un centro de salud para inmigrantes, más bien clandestino, me diagnosticó una infección crónica en los riñones. Estuve tumbada en la cama tres semanas. Hoy en día, si me quedo mojada por mucho tiempo, me vuelve la infección. El médico dijo que posiblemente se debía a una cistitis mal curada. La cistitis me dio en el Chapare boliviano.

Jonas y yo estábamos en el Chapare boliviano trabajando como voluntarios en un refugio de animales silvestres. Había monos, guacamayas, coatíes de dientes filudos y colas rayadas, tortugas que gemían como la gente cuando tiraban, venados, zorros y hasta grandes felinos. El jaguar se llamaba Sama aunque era macho. Todos habían sido rescatados de los mercados ilegales. Venían de ser estrellas en circos o mascotas en casas de familia. A ellos también les daban sarpullidos e infecciones cuando llegaban a la selva.

Tyson era un mono capuchino joven cuando lo trajeron al refugio. Pintaba para macho alfa. Era enorme, con colmillos larguísimos y un copete negro y parado a lo Elvis Presley. Me odiaba. Cada vez que pasaba junto a su jaula se pegaba a los barrotes y brincaba y aullaba con los dientes pelados. Eso cuando recién llegó. A las pocas semanas ya andaba flaco y ojeroso, echado todo el tiempo en una hamaca. No se levantaba ni cuando yo me pegaba a los barrotes y lo azuzaba Tyson, Tyson, Tyson.

A VECES LOS VIAJEROS LLEGAN A LA SELVA CON IDEAS DE PACHAMAMA Y UN GPS EN LA MOCHILA.

Les daban, incluso, depresiones.

El refugio se llamaba —se sigue llamando— Inti Wara Yassi. *Inti* es la palabra quechua para sol. *Wara* significa luna en aymara. *Yassi* es estrella en guaraní.

Pachamama es la gran deidad de los pueblos indígenas de los Andes. El vocablo viene del aymara y del quechua y puede traducirse como Madre Tierra. Dice Wikipedia. Lo que no dice es que Pachamama no es precisamente una madre benevolente que te habla en susurros de viento y te ilumina el camino cuando la pisas.

Uno de mis primeros trabajos cuando salí de la universidad fue como libretista de televisión. Me la pasaba todo el día en piyama dando vueltas por el apartamento como una sonámbula. El computador encendido, la pantalla llenándose poco a poco de líneas de diálogo. A veces me parecía que mis personajes tenían más existencia que yo misma.

Ellos se ponían ropa, salían a la calle, se enamoraban de quienes menos debían y vivían dramas espeluznantes. Chinca era la loca del pueblo, echaba maldiciones en la plaza y tenía debilidad por los hombres en uniforme.

Una noche mi novio de esa época me encontró llorando a moco tendido. ¿Qué pasó?, al tipo se le notaba la preocupación en la cara. Que se murió Chinca, le respondí.

Me dice ahora la amiga con la que escribí esos libretos que ella no recuerda que Chinca

hubiera muerto. El que sí murió fue Arsenio. Eso es cierto. Arsenio era el típico gordito bueno pero güevón que la villana manipulaba a su antojo. En las telenovelas las deudas se pagan y un personaje así tiene que morir al final.

¿Pero por qué iba yo a llorar por Arsenio?, alego de todos modos, Chinca era mi personaje favorito. Mi amiga dice que porque el actor que interpretaba a Arsenio nos caía muy bien. Acuérdate cómo lo queríamos. O tal vez yo estuviera llorando porque Marcelina y Gregorio, ahora sí, habían sido irremediablemente separados y sin posibilidad de reconciliarse. Como si no supiera que al final iban a terminar casados.

FUE ENTONCES CUANDO ME DIO POR DECIR QUE QUERÍA IRME A VIVIR CON LOS NEGROS.

El caso es que en ese momento yo me sentía un poco como Jake Sully, el de *Avatar*. "Todo está al revés ahora" comenta en el videoblog. "Como si allá afuera estuviera el mundo verdadero y aquí dentro, el sueño."

Allá afuera.

Allá afuera estaba la ciudad y no una selva. Había trancones en las calles y los únicos brillos eran los de los carros y los apartamentos. Allá afuera la gente tenía empleos sensatos, iba todos los días a la oficina, cumplía con horarios y respondía ante unos jefes. Me empleé en una agencia de publicidad. Tenía tantas ganas de caber en el mundo verdadero.

Pero allá afuera anotaban en un libro la hora a la que uno entraba y salía, el jefe contaba unos chistes verdes malísimos de los que había que reírse, los días pasaban entre cuatro paredes y uno llegaba a la casa tan agotado que lo único que podía hacer era ver la televisión, donde los personajes parecían tener más existencia que uno.

En esa época Discovery Channel no era tan sensacionalista como ahora. En vez de melodramas de chimpancés en cautiverio, recreaciones del fin del mundo o simulacros de supervivencia en el monte, pasaba documentales. Amazonia: La indomable. África inexplorada. Hora salvaje. El locutor en off hablaba casi que en susurros y a uno le daba la impresión de que era para no perturbar la quietud de esos paisajes inconmensurables.

Me gustaban, sobre todo, los documentales de felinos grandes. Un par de leones jóvenes en busca de hembras. Una chita con cachorros que alimentar en plena sequía. Un jaguar solitario defendiendo su territorio en la selva. Tal vez lo que me atraía era el drama de la naturaleza, la lucha por la supervivencia. La necesidad que tenían ellos de agarrar la vida con las manos, es un decir, para asegurar su lugar en el mundo. Y yo me trasnochaba viendo documentales, y a la mañana siguiente llegaba tarde a la oficina solo para que lo anotaran en el libro y la jefe de personal enrollara los ojos y me llamara al orden, de nuevo.

Fue entonces cuando me dio por decir que quería irme a vivir con los negros del Pacífico. Para pescarme mi pescado diario, y ya.

Lo que menos me gustó de la selva de *Avatar*, creo, fueron las bestias monumentales que se encontraban a cada rato, para bien y para mal, entre la espesura. En la selva uno no ve nada. Bueno, ve el verde. El suelo acolchado de hojas, las paredes de musgo trepando desde las raíces de los árboles, las plantas con hojas enormes prendidas de los troncos, las lianas enredadas en las ramas y el grueso techo de hojas tapando el cielo. Uno solo ve la selva.

Hilarión vivía varias horas selva adentro. Solo y sin vecinos. Junto a una plantación de coca y un río profundo de aguas calmas y transparentes. A mí me parecía el paraíso. Cada vez que iba a comprar provisiones al pueblo, pasaba por el refugio. Yo le ofrecía una Popular y, entre silencio y silencio, se la tomaba y respondía a mis preguntas.

Una tarde le pregunté si alguna vez había visto un jaguar en la naturaleza. Me dijo que no y por su expresión supe que tampoco quería encontrarse uno. Hilarión se quedó callado, como siempre, mirando el río. Otro, uno grande y turbulento que había al fondo. Se llamaba Espíritu Santo y en ese

punto recién salía de los Andes para encontrarse con la planicie de la Amazonia. Yo ya estaba pensando qué otra cosa podría preguntarle, cuando Hilarión agregó que si uno ve un jaguar en la selva es porque lo tiene encima.

Según el libro de grandes felinos que teníamos en la biblioteca del refugio no hay ataques registrados de jaguares a humanos. Igual Hilarión nunca quiso ir a conocer a Sama, a pesar de que estaba enjaulado. Y a mí ya no me daban tantas ganas de ver por ahí a uno que no estuviera enjaulado. Para eso en el hotel de Cochabamba, a donde iba para descansar de la selva, había Discovery Channel.

Nuestra casa en el Pacífico colombiano queda sobre un acantilado. Al frente está el mar y atrás, la selva. Abajo, en la playa, hay un caserío de pescadores negros. Nos separa del caserío un brazo del mar que se puede atravesar caminando, con el agua hasta los tobillos, cuando la marea está en su punto más bajo. A medida que sube, el agua nos va dejando aislados hasta que ya solo se puede pasar nadando o en canoa. No viene mucha gente del pueblo a visitarnos. Es más factible que se aparezca algún perro curioso o extraviado. En la playa hay muchos perros sin dueño y sin nombre.

Esta era blanca con manchas marrones. Nos quedamos congeladas cuando nos vimos, muertas del susto las dos. Tenía los ojos negros y brillantes como ojos de muñeco. Apenas me moví salió corriendo y se perdió por uno de los caminos de la selva. Se veía saludable. O, por lo menos, eso me pareció de lejos. No estaba tan flaca. En una playa de pescadores la comida alcanza para todo el mundo.

Dos días después volví a verla. Estaba echada en el camino y se agitaba en lo que tomé por un ataque de epilepsia. Pensé en salir corriendo, pensé en gritar, pensé que luego del ataque se levantaría para atacarme con la boca llena de espuma, pensé que tenía rabia y que me contagiaría. Solo atiné a quedarme ahí, congelada como la primera vez. Entonces me di cuenta. La perra no convulsionaba. Estaba muerta y en su cuerpo se revolvía un amasijo de gusanos blancos, de miles de gusanos blancos, como un caldo en ebullición. A los tres días ya se lo habían devorado todo. Solo quedaba una triste mancha de huesos y pelo, blanca y marrón, que recordaba ligeramente a una forma animal.

En 1999 una expedición encontró en un nevado de los Andes, a 6.715 metros de altura sobre el nivel del mar, los cadáveres de tres niños de quince, siete y seis años. Estaban vestidos con túnicas y exhibían tocados de plumas, sandalias, brazaletes, bolsitas de piel y objetos de cerámica, metales preciosos y conchas. Los cuerpos estaban en perfecto estado de conservación y tenían todos los órganos intactos, las facciones, hasta las expresiones de la cara. Incluso se supo que estaban borrachos de chicha cuando murieron. La causa: un sacrificio ritual como ofrenda a los dioses hace quinientos años.

Sin cuerpo no hay crimen.
La selva, el escenario para el crimen perfecto.

La selva es el reino de lo minúsculo. De las hormigas cortadoras de hojas que desvalijan los árboles, de las termitas que reducen a polvo los troncos, de los hongos que desintegran la hojarasca del suelo. En la selva siempre hay un organismo esperando dar el zarpazo y un

organismo que muere para darles vida a los otros. A la selva. La selva es como una gran infección que se alimenta de sí misma en una especie de canibalismo renovador.

Y los seres más temibles no tienen colmillos ni garras ni exhiben adaptaciones fabulosas. Son invisibles. Bichos que viven dentro de otros bichos, como el malvado coronel en su armadura robótica o Jake Sully en el Avatar.

Siempre me impresionaron las historias de cuerpos tomados, esas donde una persona se instala con su mesa del comedor y una vela dentro del costillar de un tiburón o luego de ser reducida viaja por los fluidos del organismo para ser expelida en un estornudo. Cuando se mira bien, uno se da cuenta de lo que parecen. Parásitos. El mecanismo es el mismo, lo único que cambia son los vehículos.

Los parásitos pasan de cuerpo en cuerpo, como aliens a los que la atmósfera les resulta tóxica, de un mamífero a un insecto a otro mamífero y así hasta el infinito en un ciclo en el que el único que pierde es el hospedero. Los seres más temibles de la selva viajan y se reproducen en la saliva de los jejenes y los mosquitos, y los jejenes y los mosquitos te los inoculan cuando te pican. Quince días después los parásitos se han multiplicado dentro de tu cuerpo que ya empieza a sentir los primeros efectos de la infección por leishmaniosis o malaria.

Los jejenes atacan en nubes y los mosquitos uno por uno. No todo el tiempo ni a todas horas, en las noches sin luna escasean y la hora pico suele empezar a eso de las cinco de la tarde. Cuando estábamos lejos del refugio (y de los repelentes) nos untábamos barro en las partes descubiertas del cuerpo.

El truco me lo había enseñado Ximena, una boliviana que aprovechaba sus vacaciones de la universidad en Cochabamba para venir a trabajar en el refugio. Sama, el jaguar, estaba recién pasado a una jaula grande en la mitad de la selva, con árboles y una piscinita de agua natural, y ella era la encargada de cuidarlo. Todos los días juntos y solos, separados del refugio por un derrumbe y una colina, por dos quebradas y varios kilómetros de monte, juntos y solos en un rincón alejado de la civilización adonde a duras penas si entraba la luz. Algo de jaguar se le tenía que haber pegado a Ximena.

Ibas caminando desprevenidamente por uno de los senderos y de repente sentías ojos espiándote desde los matorrales, el pálpito de algo vivo y agazapado, listo para el ataque. Ya estabas calculando para dónde correr antes de que el jaguar, uno feroz y silvestre, te saltara

encima, cuando la que surgía era ella. La cara cruzada por líneas de barro, una costra seca adherida en los brazos. Parecía un salvaje, una criatura de la selva ataviada para la guerra. Hola, te decía simpatiquísima, ¿qué tal estás?, ¿ha llegado algún voluntario nuevo?

Ximena tenía debilidad por los voluntarios nuevos.

En un comercial de *The X-Files*, "algo" se deslizaba por entre la vegetación. Rápido y silencioso. De pronto se detenía y la cámara conseguía enfocarlo de frente. Era una figura humana con los ojos rojos y la piel escamosa como la del árbol sobre el que se había recostado. En cuanto cerraba los ojos, desaparecía. Estaba ahí pero no podías verla. El camuflaje perfecto. La criatura se había vuelto una con el paisaje.

Desaparecer.

Yo quería desaparecer. Cerrar los ojos y dejar de estar entre cuatro paredes. Si la vida real consistía en ir a una oficina todos los días, por años y años, hasta los sesenta y cinco, cuando ya se estaba demasiado cansado para irse a vivir la vida de sueño en una casita sencilla frente al mar, entonces yo prefería no seguir viviendo. Por lo menos no en la vida real.

Volví a escribir. Mi novela se trataba de la renuncia. La protagonista vendía su apartamento, dejaba el trabajo, empacaba unas cuantas mudas de ropa en una mochila, se despedía de los amigos y la familia y se iba, no importaba para dónde. Lo que importaba era que se fuera pelando, una a una, todas las capas de la costumbre y del mundo verdadero y al final ya no estuviera. Me convertí en el personaje de mi ficción.

En el primer hotel de mi primera noche de viaje un inglés me habló del refugio de animales silvestres en el Chapare boliviano. Tienen grandes felinos. Tienen un jaguar. Lo sacan a caminar por los senderos de la selva con una cuerda. ¿Como a un perro? Como a un perro. ¿Y no es agresivo? El inglés se encogió de hombros. ¿De verdad tienen un jaguar? De verdad.

Eran las cinco de la tarde y los bichos estaban alborotados. Empecé a cubrirme los brazos y la cara con una pátina de barro oscuro sacado de un charco. Las dos voluntarias nuevas de Israel, a las que andaba mostrándoles la selva y sus caminos para que no se perdieran, me miraban y se miraban entre ellas. Es para que no me piquen

tanto, les expliqué, deberían ensayar, funciona. ¿También hay mosquitos en Colombia?, me preguntó una. Pues claro, dije. Yo pensé que a ustedes no les picaban, dijo la otra. ¿Quiénes son "ustedes"? Ustedes los nativos.

A veces los viajeros llegan a la selva sin ninguna idea.

La punzada en la nuca me empezaba a eso de las cinco de la tarde. Entonces sentía una especie de embote de los sentidos, como cuando uno fuma mariguana, y me daban escalofríos. Luego del atardecer la sensación remitía y volvía a la normalidad hasta el siguiente atardecer. Conor, le dije a mi marido, creo que tengo malaria. Llevábamos un año viviendo en el Pacífico colombiano y en las carteleras del pueblo había afiches del ministerio que describían los síntomas. Cuando la marea bajó fuimos al puesto de salud.

¿Usted come muchas verduras?, preguntó la enfermera mientras examinaba mi sangre en el microscopio. ¿Por qué lo pregunta? Porque tiene la sangre espesa, muy bonita; la enfermera levantó la cabeza, sí, tiene malaria.

La malaria me pareció soportable, aun placentera con ese gusto a traba de mariguana que disgregaba mis sentidos y me hacía sentir volátil, hasta que empecé a tomar los medicamentos y caí en la cama como un árbol pesado que acabaran de tumbar.

Día uno, siete pastillas. Día dos, cuatro pastillas. Para el día tres todo se había vuelto confuso y solo recuerdo que tragar pastillas era una tortura. Conor tenía que vigilarme para que no las devolviera, lo único que aceptaba mi cuerpo era agua de coco en sorbos pequeños tomados con pitillo. Casi no dormía y si dormía me levantaba de un salto a los pocos minutos, luego de ver gusanos peludos de colores vivos sobre un fondo negro. La punzada de la nuca se volvió permanente y penetraba hasta la frente, como si tuviera un destornillador atravesado en la cabeza. Todavía estábamos construyendo la casa y cuando Conor martillaba yo sentía que los martillazos los estaba dando en mi cabeza.

Una semana después emergí del fondo cavernoso de la enfermedad y quise ir al pueblo a comprar camarones. Se me había despertado el apetito. La gente me miraba y sonreía con pena. ¿Por qué me miran así? En la casa no había espejos, el tendero me puso delante uno de los que vendía. Tenía los labios negros y estaba en los huesos, la cara chupada como la de una calavera. Yo también sonreí con pena.

La primera vez intenté entrar a Bolivia por la frontera del Lago Titicaca. Estaba cerrada por una huelga indígena. La segunda, en una frontera menos solicitada y estricta, las autoridades nos dejaron pasar. Los indígenas habían taponado las carreteras y no había buses. Contratamos una camioneta entre varios viajeros y logramos internarnos algunos kilómetros en el país hasta que nos topamos con un retén de indígenas bravos que amenazaron con castigarnos si no nos devolvíamos al Perú. Tenían unos lazos que terminaban en bolas y empezaron a moverlos y azotarlos contra el piso. La tercera vez lo intenté por la frontera con Chile en el Salar de Uyuni. Habían pasado meses y los indígenas ya habían negociado con el gobierno.

El que cuidaba del jaguar era Conor.

Sama ya no salía a caminar por los senderos de Inti Wara Yassi como un perro. Cuando llegó al refugio era un cachorro tierno y afelpado. Ahora era un gato enorme y poderoso con impulsos de agresividad territorial. El primer campanazo lo dio cuando se le lanzó a la voluntaria que le llevaba la comida y le hirió la mano. Así que sí había ataques de jaguares a humanos, aunque no estuvieran registrados. Entonces se vio la necesidad de encerrarlo. Lo único que había disponible en ese momento era una jaula de transporte de más o menos un metro cuadrado en la que a duras penas si podía levantarse y dar la vuelta.

Conor y un voluntario francés se comprometieron a construirle una jaula digna. Buscaron el lugar apropiado dentro de los límites de la reserva donde funcionaba Inti Wara Yassi. Limpiaron el área con machete y cortaron los árboles con hacha. Todos los días atravesaban la colina o el derrumbe, los kilómetros de selva y las dos quebradas con las herramientas, las varillas y los bultos de cemento al hombro. Las

piedras y la arena para hacer el concreto las sacaban del río.

Seis meses después Sama tenía su jaula digna en medio de la selva. Cuando Ximena volvió a la universidad, la reemplacé y ahora era yo la que hacía el recorrido diario para llevarle la comida a Sama. A veces llovía por la mitad del camino y me quedaba mojada todo el día, de ahí la cistitis.

La leishmaniosis la cogí dos años después de la malaria y también en el Pacífico colombiano. Hay tres variedades, cutánea, de la mucosa y visceral. A mí me dio la primera. Un granito en el hombro que no dolía ni picaba, que iba creciendo lentamente y se iba abriendo como una flor. Un día me salía una costra y al otro la costra se caía para dejar expuesto un hueco perfectamente redondo, cada vez más grande. Fui al puesto de salud. La médico rural, que estaba recién graduada y no tenía experiencia en las enfermedades de la selva, me formuló antibióticos. A los tres días volví. La llaga de mi hombro había crecido y la médico rural no entendía por qué no funcionaba el tratamiento. Se acercó la enfermera. Muéstreme la herida. Era la misma enfermera que había visto mi sangre en el microscopio y que llevaba veinte años en el Pacífico colombiano viendo la sangre y las enfermedades de todo el pueblo. Es mejor que se vaya para la ciudad inmediatamente, dictaminó. ¿Está pensando que es leishmaniosis?, le pregunté. Apretó los labios y asintió con la cabeza.

La biopsia que me hicieron en el centro de enfermedades tropicales de la ciudad dio positivo. La leishmaniosis es una enfermedad común entre guerrilleros y secuestrados que pasan mucho tiempo en la selva y el gobierno controla a cada uno de los infectados. Tuve que darle los detalles de mi vida a la médico que hizo el diagnóstico. Contarle de los libretos, de mi vida de oficina, de la novela y el viaje, del jaguar, el Chapare boliviano y la cistitis, de la infección de riñones en Nueva York, de Conor, nuestra casita frente al mar en el Pacífico colombiano y la malaria. Y ahora leishmaniosis, le dije mortificada ante la perspectiva del tratamiento. Veinte inyecciones de glucantime, una en cada nalga durante veinte días seguidos. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas? La pregunta era retórica pero ella me miró con una mezcla de asombro y lástima y la respondió de todos modos.

Ese es el precio, dijo.

Mi selva desde adentro

BICHOBLOG

"Esta es La Manigua, nuestro jardín botánico y hogar". Así presenta Pilar Quintana su casa, en el blog donde cada día ella, su esposo y otros habitantes del lugar suben fotos de aves, árboles e insectos que habitan uno de los lugares más biodiversos de la tierra, en plena selva del Pacífico colombiano, y en el interior del Parque Nacional Natural Uramba Bahía Málaga. "Selva, playas, agua dulce y esteros; flores que parecen besos y árboles que sangran naturalmente; desde termitas hasta ballenas, y entre ellas reptiles que caminan sobre el agua y las más fantásticas aves multicolores." Pilar eligió vivir en la selva para poder ser nadie, para andar descalza y escribir todo el día en piyama. Pero también porque le gustan los jardines grandes y hermosos, y no hay en la tierra un jardín más grande y hermoso que La Manigua. Pasen por el blog, que tiene nombre largo pero vale la pena: JardinBotanico-LaManigua.tumblr.com.

LAND ART

Casi todos los ilustradores de este número de Orsai fueron seleccionados de una larga lista de artistas que nos dejaron su curriculum. Y cuando vimos la obra de Kardo Kosta, supimos que sería para este texto. Kardo es un artista hispanoargentino, que vive en Barcelona y en Suiza, y que trabaja con trozos de madera que recoge de viajes, rescata del fuego o que otras personas simplemente le obsequian. De hecho, todos los trabajos que complementan la crónica de Pilar fueron realizados sobre madera tallada y luego pintada, con un respeto ancestral por el material. Ahora lleva adelante un proyecto de *Land Art* que desarrollará en Argentina. La exposición se llama *Las 4 estaciones* y mostrará trabajos efímeros, instalaciones en la naturaleza realizadas en Suiza entre 2009 y 2011. Quienes lo deseen, pueden ayudarlo a llevar adelante el proyecto, en principio, visitando la web artmajeur.com/kosta.

UN LIBRO
Horacio Quiroga llegó a la selva en 1903, como parte de una expedición encabezada por el escritor Leopoldo Lugones en busca de ruinas jesuíticas. Seis meses después compró tierras en la zona fronteriza de Misiones y se fue a vivir allí. Este libro contiene varios cuentos memorables que leímos de chicos y que no olvidamos jamás, algunos de los cuales transcurren en la selva.
Cuentos de amor, de locura y de muerte, de Horacio Quiroga

OTRO LIBRO
La Vorágine es la mayor exponente de las "novelas de la selva", un género en sí mismo. Además de haber vivido en la selva, el autor viajó a través de ella, contrajo el beri beri y padeció en carne propia los tormentos del hambre, la fiebre y los mosquitos. La obra, que se desarrolla en el llano y la selva colombianos, narra la explotación cauchera y las difíciles condiciones de sus trabajadores.
La Vorágine, de Eustasio Rivera
Alianza Editorial, 2010

UNA PELI
Fitzcarraldo (Klaus Kinski) quiere construir un teatro de ópera en el medio de la selva amazónica del Perú. Pero para conseguirlo primero debe hacerse millonario en la industria del caucho, y transportar un barco enorme por lugares imposibles. La película es el relato de ese viaje alucinado. Una odisea rodada a escala real, sin efectos especiales.
Fitzcarraldo (1982)
de Werner Herzog

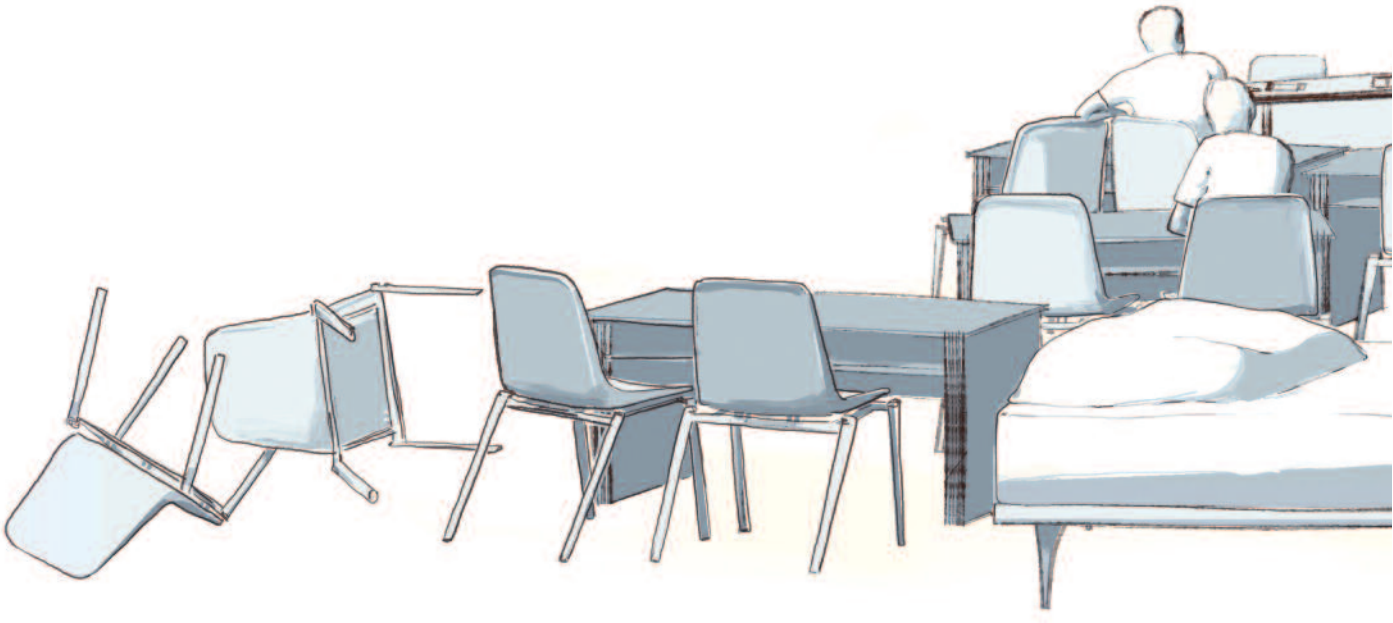
Bañera

Dicen las estadísticas que el suicidio más habitual es el que ocurre por depresión o soledad. Se da los domingos por la tarde, después de un fin de semana anodino en el que no ha ocurrido nada, y el método más utilizado es recostarse en la bañera con las venas abiertas, y dejarse ir. En la Universidad de Cornell (Nueva York), la tasa de suicidio estudiantil es la más alta de Norteamérica. El escritor Edmundo Paz Soldán tiene una cátedra allí desde hace años. Cuando llegó a esas aulas intuyó que "la fama del suicidio" era una de muchas leyendas urbanas. ¿Por qué iban a querer suicidarse unos jóvenes que tenían todo el futuro por delante? En la crónica de las siguientes páginas Paz Soldán nos cuenta cómo fue, paulatinamente, cambiando de opinión, y de qué forma se vio él mismo, un domingo por la tarde, mirando su propia bañera.

LOS SUICIDAS

Escribe **Edmundo Paz Soldán**

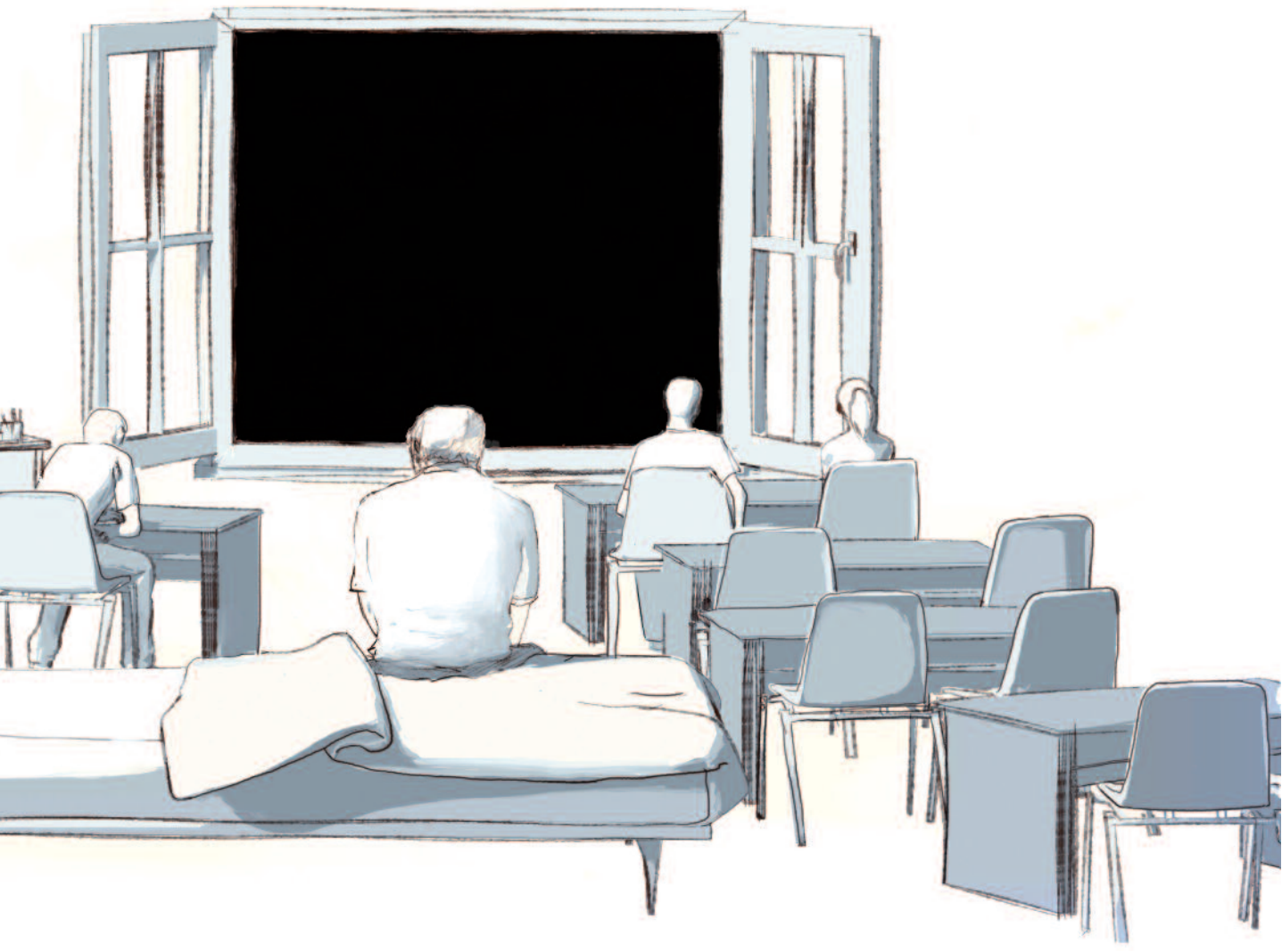
Ilustra **Hernán Cañellas**



Uno

Todo comenzó, o al menos lo recuerdo así ahora, una tarde nublada de 2003 en el pueblo de Ithaca, en upstate Nueva York. Era uno de esos días grises en los que se especializa esta región más cerca de Canadá que de Manhattan. Tammy, la californiana con la que estaba casado desde 1998, llegó con una carpeta de su trabajo en Ithaca High, un colegio donde enseñaba literatura. Me dijo que se trataba de recortes de prensa de una serie de tragedias que habían ocurrido más de cinco años atrás en Dryden —a veinte minutos de Ithaca—. La mujer que le había dado la carpeta era su compañera de trabajo y quería que entendiera por qué estaba siempre deprimida. La historia que le contó involucraba accidentes y suicidios de chicos de la promoción de un colegio, entre ellos su hija: ocho muertes en menos de un año, muertes que habían provocado que uno de los sobrevivientes dijera que parecía que estaban viviendo en un pueblo maldito digno de una novela de Stephen King. La hija de la compañera de trabajo de Tammy había muerto carbonizada cuando el coche en el que retornaba a casa una madrugada chocó contra un camión.

Yo por entonces era profesor de literatura latinoamericana en la universidad de Cornell. Tenía un hijo de tres años y estaba embarcado en esa desesperada y ansiosa carrera académica por conseguir la permanencia (*tenure*). Escribía ensayos de análisis literario y trataba de publicarlos en revistas académicas, y enviaba resúmenes de artículos a congresos con la esperanza de que fueran aceptados y me invitaran a presentarlos. También enseñaba y escribía novelas ambientadas en Bolivia, mi país natal, que siempre giraban en torno a la problemática social y política. Tenía peleas constantes con los críticos de mi país acerca de lo que se entendía por "literatura boliviana", discusiones que ahora se me antojan bizantinas y que tomaba muy en serio porque se referían a ciertos dogmas sobre lo que un escritor boliviano podía y debía escribir y lo que no.



Los suicidas

Había llegado a Ithaca en 1997 después de terminar un doctorado sobre literatura latinoamericana en Berkeley. Berkeley era mí paraíso perdido: un lugar soleado con mucho activismo político y en el que había aprendido que podía ser feliz en los Estados Unidos. Por eso, cuando me entrevisté con el comité de Cornell en busca de trabajo, la mención de que Ithaca era "la Berkeley de la Costa Este" terminó por convencerme; Ithaca, decían, era tan liberal como Berkeley, incluso imprimía su propio dinero. Aparte, por supuesto, estaba el prestigio mismo de Cornell como una de las universidades de la "liga de la hiedra" (*Ivy League*), establecimientos de la Costa Este que incluían a Harvard y Yale.

Comenzaba mi contrato en agosto del 97 pero visité Ithaca tres meses antes, en busca de un piso. Estábamos a principios de mayo y nevaba; eso debió haberme dicho algo acerca de las diferencias entre Ithaca y Berkeley, pero no hice mucho caso. Para mí bastaba haber conseguido trabajo en una universidad de alto nivel. Era en el fondo un provinciano, alguien que se dejaba impresionar por los nombres reputados.

Mis primeros meses en Ithaca aprendí algunas cosas. Cornell era, como se decía, la universidad de las Ivies más fácil para entrar y más difícil de salir: tenía un nivel de estudios muy alto, quizás más que el de Berkeley. Sospechaba que eso se debía a que Berkeley pertenecía a una inmensa área metropolitana que incluía a San Francisco y Oakland, por lo que la vida allí no se reducía a lo académico. Ithaca, en cambio, era una comunidad de sesenta mil habitantes "centralmente aislada", por lo que todas las ciudades interesantes de la zona —Nueva York, Boston, Filadelfia, Washington— quedaban por lo menos a cuatro, cinco horas de distancia en coche.

También estaba el mito de que Cornell era la universidad de las Ivies donde más estudiantes se suicidaban. Lo que me contaban: Cornell no solo te deprimía, sino que te proporcionaba los medios necesarios para suicidarte una vez que te deprimías. La universidad estaba enclavada en una colina sobre el pueblo. La colina estaba flanqueada por gargantas de vértigo sobre las cuales había puentes que conectaban a la universidad con el pueblo; casi todos los estudiantes que se suicidaban elegían tirarse de uno de esos puentes, caer entre las rocas de los arroyos que fluían apacibles al fondo de las gargantas. Imaginaba una escena digna de *Cumbres borrascosas*: en el invierno de días en que oscurecía a las cuatro de la tarde, un estudiante agobiado por los estudios se asomaba a la ventana de su residencia universitaria y se encontraba con el viento, la nieve, la niebla y los precipicios. Parecía inevitable la atracción al vacío, las ganas de salir de la habitación y dirigirse al puente, el salto mortal.

Y sin embargo me costaba entenderlo. Desde niño ver sangre me había producido náuseas; no me era fácil meterme en la cabeza de aquellos que querían quitarse la vida. Vivía lejos de casa desde hacía más de diez años; había extrañado, sufrido, tenido crisis existenciales, pero de ahí al suicidio había un largo trecho. Así que todo me parecía un mito pintoresco que repetía con facilidad a mis amigos en otras partes del mundo, para impresionarlos. Un mito con el que yo no me relacionaba. O sí, pero de una manera liviana, como decir que en tu pueblo es donde se inventó el *sundae* (otro de los mitos de Ithaca). De modo que, los primeros semestres en Cornell, uno de los textos que enseñé más veces fue un cuento de Carlos Fuentes en *La frontera de cristal*. Se llamaba "La pena" y estaba ambientado en Ithaca. Trataba sobre un estudiante mexicano que descubría su homosexualidad en Cornell y mencionaba el tema de los suicidios. Fuentes había sido profesor visitante de Cornell a mediados de los ochenta, la leyenda que le había llegado era la misma que yo manejaba. Reconfortaba que la literatura legitimara un lugar común. Cuando llegaba al párrafo de los suicidios, miraba a los estudiantes con una sonrisa pícara, buscando su complicidad. Estábamos en Ithaca y todo eso nos parecía una leyenda urbana, ¿verdad?

Dos

El primer semestre de 2004 se suicidó uno de los alumnos de Tammy en Ithaca High. También comencé a tener problemas con ella. Los dos hechos no estaban relacionados.

El alumno de Tammy se llamaba Isaac, tenía diecisiete años y era un estudiante popular. Era rubio y alto, muy querido por todos. No era particularmente guapo, no era de los conquistadores, pero atraía su extrema sensibilidad, la forma frágil con que se relacionaba con el mundo. Todo él era empatía: le

dolía lo que ocurría a su alrededor. Hacía suyos los problemas de los otros y también los grandes problemas del medio ambiente, las guerras, el mal. Era un chico melancólico, alguien que se podría identificar como *emo*, aunque en él eso no era una pose.

Dicen que una tarde Isaac se acercó a la bibliotecaria de Ithaca High y preguntó por los nombres de los puentes de Ithaca. Escogió uno de esos puentes y se tiró de ahí. Tammy sufrió mucho; sufría por una gran pérdida —el potencial de Isaac—, pero también por las charlas que había tenido con él sobre el estado del mundo, por lo que ahora ella entendía como llamadas desesperadas en busca de socorro. Había hablado con él, lo había escuchado, pero sus respuestas no evitaron el suicidio. Yo le decía que no se culpara, que ella no tenía nada que ver, que no se esforzara por hallar una lógica retroactiva para entender lo ocurrido, por leer el pasado en función del presente, pero supongo que era inevitable que lo hiciera.

Ese semestre Tammy y yo entramos en crisis, al menos de manera explícita: ya se sabe que estas cosas no ocurren de la noche a la mañana por más que sorprendan cuando ocurren. Estábamos juntos desde el 96, cuando nos conocimos en Berkeley; nos casamos el 98, nuestro hijo había nacido el 2000. La presión del trabajo y la crianza de un niño desgastaron la relación. Acababa de conseguir el *tenure* y reconocía que mis años de dedicación académica habían hecho que no me enfocara en nuestra relación. Tampoco era fácil hacerlo con un hijo que no había cumplido los cuatro años y cuyo cuidado nos dejaba sin muchas energías para la pareja. Un amigo psicoanalista me había dicho que con la llegada del hijo la energía libidinal se desplazaría a él; no lo entendí del todo hasta muy después de que ocurriera, y cuando lo hice ya era tarde.

Una de las salidas que tuvimos para la crisis fue que yo aceptara dirigir por un año el programa de estudios de Cornell en Sevilla. Aparte del trabajo y del cuidado del hijo, pensábamos que nos ayudaría escapar de uno de los largos inviernos de Ithaca —comenzaban en octubre y terminaban en abril—, que provocaban pulsiones que informalmente se agrupaban con el nombre de *cabin fever*: una sensación opresiva de hallarse bajo estado de sitio, viviendo en un pueblo fantasma y con un mal humor acumulado que se dirigía a las personas que uno tenía más cerca. Reconocía que el frío no me molestaba tanto como la falta de luz (los doctores recomendaban lámparas de "luz azul" que compensaban la falta de rayos ultravioleta en la piel); esa falta de luz, decían, era culpable de la semidepresión en la que vivían casi todos los habitantes de esa zona. Una zona, por lo demás, económicamente hundida (gracias a Cornell, Ithaca era una excepción). Binghamton, Syracuse y las otras ciudades de la región hacía tiempo que habían dejado atrás sus años de gloria; hay que leer a Joyce Carol Oates y a Russell Banks, los dos grandes novelistas de ese territorio, para entender cuán deprimente es upstate New York.

Así fue que cambiamos Ithaca por Sevilla. Y fuimos felices por un año, o al menos parecía. Digo "al menos" porque ese año pensé obsesivamente en el suicidio de Isaac y en el de los adolescentes a los que hacía referencia la carpeta de la colega de Tammy. Yo llevaba a Ithaca conmigo. O mejor: quizás esos suicidios eran una forma desplazada de articular lo que ocurría en mi relación con Tammy, ese espacio sombrío al que habíamos ingresado. No lo sé a ciencia cierta. Pero sí: pensaba en la primera muerte de la serie de Dryden, la del estudiante de fútbol americano en su coche. Tiempo después, su hermano moriría en un accidente demasiado similar, con lo que no era difícil concluir que había sido premeditado. Después se suicidaría el amigo de una de las *cheerleaders* violadas y asesinadas por un psicópata que había sido soldado en la primera guerra del Golfo. Y luego se suicidaría el psicópata. Imaginaba todas las muertes, imaginaba los accidentes y los asesinatos y los suicidios. ¿Qué debía pasar por tu cabeza para matar a alguien? ¿Cómo tenías que sentirte para decidir quitarte la vida?

Una tarde, mientras volvía del trabajo en las oficinas del centro —frente a la torre de Oro—, me descubrí escuchando en mi cabeza las voces de los adolescentes muertos. Cada uno contaba su parte de la tragedia, como si se tratara de una obra teatral en la que los actores salían a declamar sus líneas y luego se retiraban del escenario. Y se me ocurrió que tenía una novela entre manos. Dije: diez capítulos, diez monólogos, todos debían terminar con la muerte de quien monologaba. Releí *Mientras agonizo*, una novela de Faulkner de la que recordaba esa estructura, y descubrí que en esa novela quienes se hacían cargo de narrar un capítulo a veces

volvían a hacerse cargo de otro. Yo también debía ser flexible.

Hablé con amigos que me trataron de convencer de que en realidad debía escribir un libro de no ficción a la manera de *A sangre fría*. Releí a Truman Capote. A ratos me tentaba la idea, pero luego se me venía a la mente la amiga de Tammy y me daba cuenta de que no tenía el temperamento que se necesitaba para sentarme frente a ella y hacerle preguntas para que me contara de su hija muerta. Tenía pudores y escrúpulos para eso pero no para apropiarme de la historia. Me bastaba con saber los hechos; para todo lo demás, prefería inventar la psicología de los personajes.

En Sevilla me embarqué en la escritura de *Los vivos y los muertos*. Sería fiel a los hechos, los ambientaría en un pueblo universitario llamado Madison (trasunto de Ithaca, pero con la atmósfera más conservadora de Dryden) y trasladaría las fechas una década, del 96 al 2006. Era mi novela sobre Ithaca, pensé, la que reflejaría casi una década de vida en ese pueblito. Una novela que no veía como algo personal o una exploración de mi intimidad, aunque de algún modo todas las novelas lo sean. Para eso, para que *Los vivos y los muertos* se convirtiera en un libro muy íntimo, todavía tenían que ocurrir algunas cosas importantes: volver a Ithaca, sufrir el suicidio de uno de los estudiantes que aconsejaba, tener yo mismo una crisis que me llevaría a vivir en carne propia el deseo de suicidarme.

Tres

Park era un estudiante de ingeniera recién llegado a Cornell en el otoño de 2005. Tenía dieciocho años y los ojos escurridizos y un cerquillo que le cubría le frente. Haría un B.A. en una de las ingenierías, pero como todavía no había declarado su *major*, yo le fui asignado como consejero hasta que lo declarara. En general ese proceso no tardaba más de un año.

Como era el procedimiento rutinario en Cornell, Park vino a verme a principios del semestre para decirme qué clases pensaba tomar. Todo me pareció normal, así que aprobé sus clases.

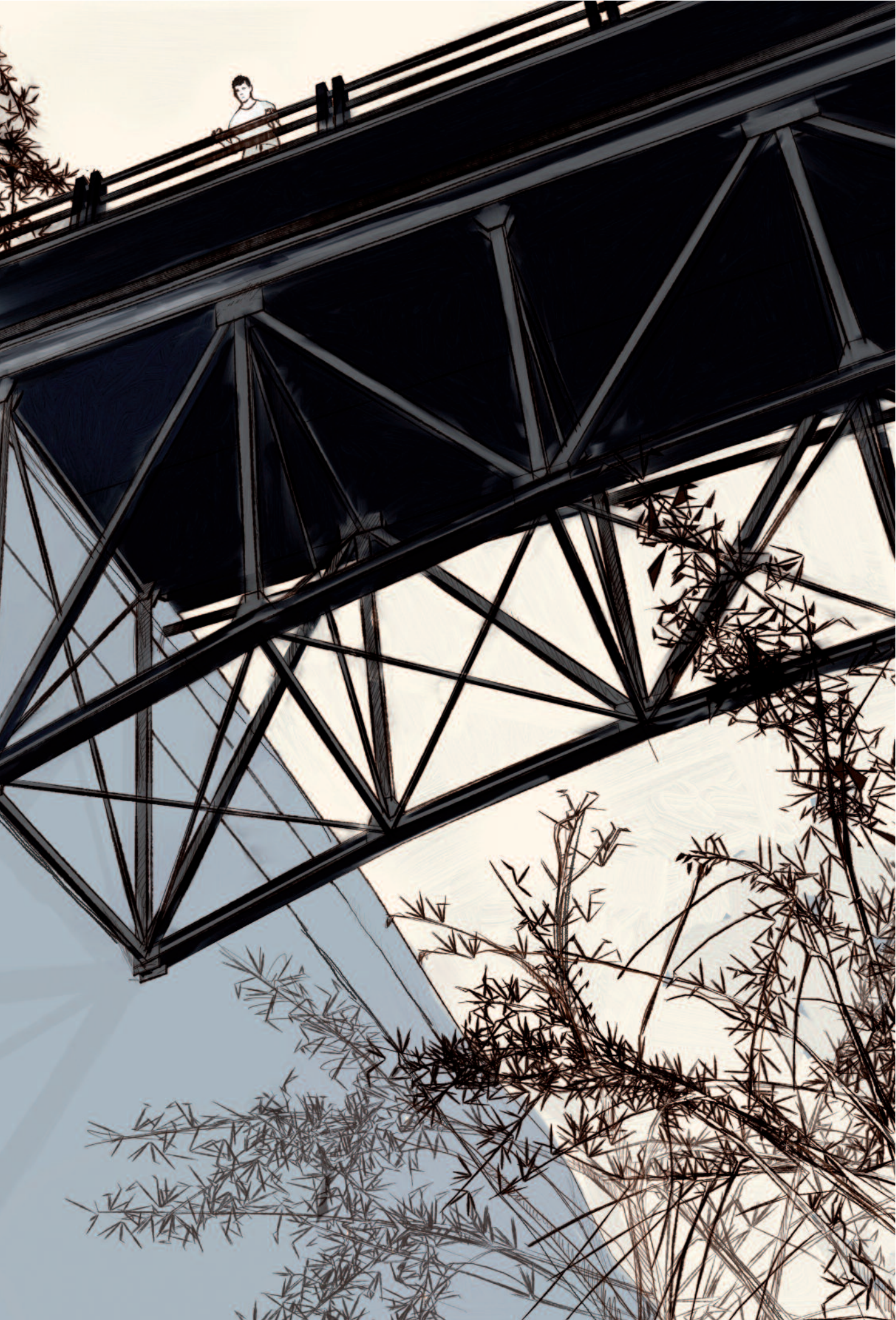
Meses después recibí una carta de uno de los profesores de matemáticas de Park, en la que se me comunicaba que Park debía dejar la clase para evitar una mala nota. Me comuniqué con Park por correo electrónico, me contó que había tenido un semestre pesado; le dije que era normal dado que era su primer año en Cornell. Quedamos en que dejaría la clase.

A fines de noviembre Park me escribió para darme una lista de las clases que pensaba tomar el siguiente semestre. Le contesté que ese no era el procedimiento adecuado, que debía venir a mi oficina. Ese día no hubo respuesta. El siguiente tampoco. Me sentí mal: quizás había sido muy drástico. Sabía que no todos mis colegas eran tan rigurosos con eso de las reuniones, que aparecían como meras formalidades. Pensé en el buen Park, un estudiante coreano lidiando con la presión de Cornell, y decidí aprobar sus cursos por correo electrónico. Le dije que no lo volviera a hacer, que el próximo semestre tenía que venir a mi oficina.

No hubo respuesta. ¿Se habría enojado conmigo? Dos días después, me contactaron los abogados de la universidad para informarme que Park se había suicidado. Me quedé seco. Me pidieron que les contara todo lo que sabía de Park, se preocuparon al ver que yo no había seguido el procedimiento correcto. El padre de Park llegaría a Ithaca en un par de días a recoger el cuerpo de su hijo; debía estar preparado para hablar con él si lo requería. A los abogados les preocupaba la posibilidad de que el padre decidiera enjuiciar a Cornell; en una cultura de litigantes como la norteamericana, que yo no hubiera seguido el procedimiento correcto podría dar pie a que un buen abogado concluyera que había razones suficientes para pelearla en la corte. Los abogados me dijeron que no debía mentir, que simplemente contara lo que sabía. Me alegré de que no me pidieran que me quedara callado, como hacían los abogados de las series de televisión.

No dormí bien esas noches. Imaginaba cómo sería mi encuentro con el padre de Park, lo que me diría. Me recriminaba no haber obligado a Park a venir a mi oficina, como si eso hubiera sido suficiente para evitar el suicidio. Ahora era el turno de Tammy de consolarme diciendo que yo no podía haber hecho nada, que era imposible meterse en la mente de un suicida. Tenía razón, pero yo no podía dejar de reprocharme mi conducta.

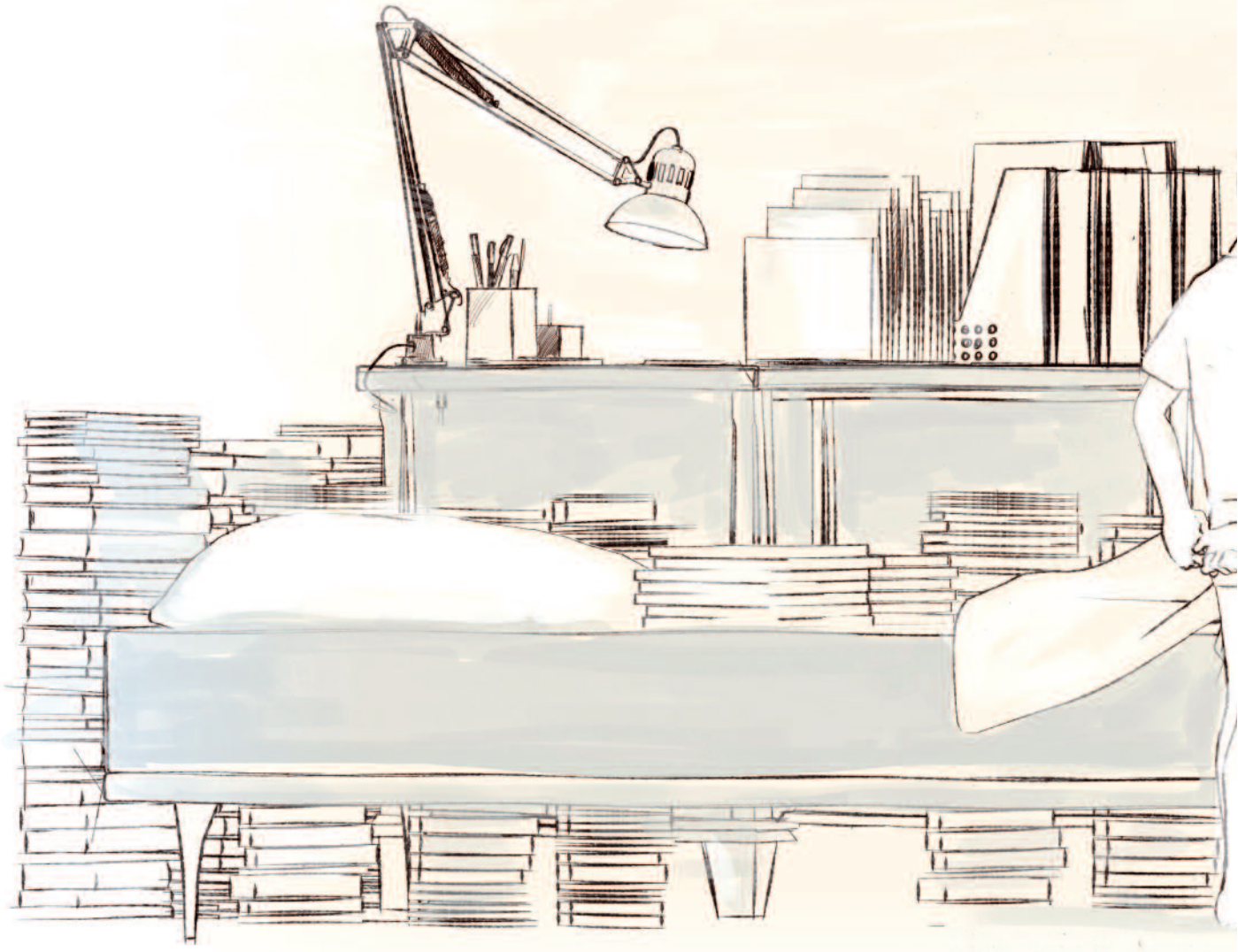
La leyenda de Cornell y los suicidios regresó a mí con fuerza. Desde que la universidad había sido creada en 1868, muchos se habían preguntado por qué Ezra Cornell había querido



fundarla en un lugar tan aislado, entre esas dos gargantas tan peligrosas. De todos los casos que había leído me atraía el de Shirley Slavin, una chica de diecisiete años que llegó a Ithaca con su madre para comenzar la universidad, y una mañana después de apenas unos días, se acercó a un estudiante, le pidió que le agarrara los libros, y luego corrió a uno de los puentes y se lanzó. Acababa de llegar y no era invierno, lo que me hacía pensar que no se había suicidado por culpa de Ithaca. Quizás por eso me atraía su caso: quería cerciorarme de que no había razones deterministas que conectaran a Ithaca con el suicidio. Sí, era irracional, se trataba de una leyenda negra, pero ya sabía que su peso en nuestra imaginación podía ser más fuerte que todos los hechos puros y duros que pudiéramos convocar para hacer algo de equilibrio.

Al final nunca conocí al padre de Park: estaba tan avergonzado que no quiso ver a nadie. Llegó a Ithaca, recogió el cuerpo de su hijo, volvió de inmediato a Corea. Igual, el incidente se quedó conmigo durante un buen tiempo. De hecho, no creo que se haya ido del todo.

Terminó el 2005. El 2006 explotaron mis problemas con Tammy. En marzo nos separamos. Me fui a vivir a un piso cerca del aeropuerto; tenía el colchón en la cama y los libros en cajas. El invierno arreciaba y cuando venía mi hijo de cinco años a quedarse conmigo, veía en su cara que quería consuelo pero no se lo podía dar: yo era el inconsolable. Jugábamos a las espadas y con cartas de Pokemón; a veces él me despertaba a la medianoche para pedirme que lo llevara a casa de su madre, y otras, cuando lo llevaba de vuelta con ella, se amotinaba en el coche porque quería quedarse junto a mí.



Seguimos así hasta julio, mes en el que decidimos volver a intentarlo. No fue una decisión acertada. Duramos hasta mediados de septiembre y volvimos a separarnos. Fueron días de confusión, en que comenzaba consultando con un abogado y terminaba hablando con Tammy por teléfono. La soledad no era buena consejera y los recuerdos me hacían extrañarla. A veces iba a comer con ella y otras quería estar solo. Un viernes mi abogado me dijo que tenía redactados los papeles de la separación, que solo me faltaba firmarlos. Decidí esperar unos días.

En este punto del relato me doy cuenta de que hay partes de la historia que no sé cómo contar. Todas las historias de separaciones se parecen, me digo, con esas idas y venidas hasta tomar la decisión final. Debería contar esas idas y venidas. Pero quizás eso no agregue nada a lo que ya se sabe de los matrimonios en crisis. Quizás deba escribir, simplemente, que algo ocurrió, y que volví a casa y no fue la mejor de las decisiones y poco tiempo después estaba sumido en la depresión.

Esos días el tiempo pasaba lentamente. Yo era como un fantasma deambulando por la casa; me hallaba emocionalmente inalcanzable, y Tammy lo sabía. Una vez discutimos sentados en el suelo de la cocina; otra, yo trataba de leer los poemas de Elizabeth Bishop cuando ella salió de la ducha y quiso hablar conmigo y se puso a llorar. Hubiera querido ayudarla; no podía hacerlo.

Fui al doctor, que me recetó un antidepresivo llamado Zoloft. Lo tomé ese mismo día. Por la noche, estaba leyendo en la cama cuando sentí que mi cuerpo cambiaba de temperatura, que una oleada fría me recorría la piel. Imaginé los cuchillos en la cocina y tuve ganas de ir a buscarlos. Hice todo lo posible por no moverme, y le pedí a Tammy que fuera a esconder los cuchillos.

Más tarde me acordé de los antidepresivos y quise metérmelos todos a la boca. Tammy tuvo que ir a esconderlos.

Tenía miedo a moverme de la cama. Mi cuerpo cambiaba del calor al frío. Pensé lo peor. Quise dormirme y no pude. Estuve despierto toda la noche. A eso de las dos tuve una visión: la de mi cuerpo rompiendo la ventana del cuarto y cayendo pesadamente en la acera. Tammy dormía y yo traté de tranquilizarme. No es verdad, me dije, no es verdad. Pero el impulso de levantarme y tirarme por la ventana era real.

Rogué que el pánico se me pasara pronto. Duró alrededor de media hora.

Temprano a la mañana siguiente, llamamos al doctor para contarle lo ocurrido. Me dijo que no tomara más Zoloft y que fuera por su oficina, me daría otro antidepresivo. Me vino un ataque de ansiedad y decidí que, pasara lo que pasara, no tomaría una pastilla más. No fui a la oficina.

Poco después hablé con un amigo y él me dijo que la situación era preocupante si estábamos hablando de impulsos suicidas. Que debíamos tomar una decisión antes de que fuera tarde. La siguiente ya sería el hospital, y quién sabía.

Me descubrí asintiendo. Nunca había pensado que llegaría a esa situación.

Tammy y yo pasamos la navidad juntos y nos separamos antes de año nuevo.

Cuatro

El primer semestre de 2007, solo en Ithaca —Tammy se había ido a California, donde sus padres, con nuestro hijo—, volví a mi novela. Iba a escribir a un café, sobre todo durante las horas en que en mi casa solía haber bulla cuando estaban Tammy y mi hijo, de cinco de la tarde a nueve de la noche (a veces me quedaba solo viendo televisión y escuchaba la voz de mi hijo a mis espaldas y me daba la vuelta y no había nadie; parafraseando a Arreola, mi hijo se había vuelto un fantasma y yo era el lugar de las apariciones). Y de pronto la escritura se volvió catarsis y un relato con muchos guiños al género policial se me convirtió en algo personal. Incluso la nieve que caía incesante en los inviernos de la región adquirió otro sentido: caía sobre los vivos y los muertos, como en el cuento de Joyce, nos enterraba a todos por igual. Pero en esa igualdad había diferencia. Una novela sobre vivos no tan vivos y muertos no tan muertos; un libro sobre la pérdida, sobre mi pérdida.

Me había parecido casi imposible de entender el deseo de irse de este mundo por voluntad propia; ahora sabía que, en determinadas circunstancias, ese deseo podía visitar a cualquiera. El impulso del suicidio estaba en cada uno de nosotros, era parte fundamental de nuestra condición; lo curioso ahora era que a alguien no se le hubiera cruzado esa idea alguna vez en la vida. En esa última versión, *Los vivos y los muertos* era un relato de mi crisis, y su escritura era también un intento de superar la crisis.

Muchas veces he pensado en Isaac y en Park y también en esa noche en que el suicidio cruzó por mi cabeza. Ya no me enorgullezco de que Cornell sea la universidad de los suicidios y tampoco lo veo a broma, aunque entiendo a quienes lo hacen. Todos los lugares tienen leyendas que los marcan y esta es la nuestra, a pesar de que hoy ni siquiera las estadísticas la corroboren (el promedio de suicidios en Cornell no es superior a la media nacional). De hecho, nunca la corroboraron. Pero ya lo sabemos; una cosa es la verdad, otra lo que hacemos con ella. Y yo puedo quejarme de esa leyenda, pero también sé que con mi novela he contribuido a ella.

Tammy y yo nos divorciamos a fines de 2008.

Los suicidas

BANANAFISH

Se suele decir que “Un día perfecto para el pez banana” (*A Perfect Day for Bananafish,* en inglés), de D.J. Salinger, es uno de los mejores cuentos sobre el suicido jamás escrito. Fue publicado por primera vez en 1948 en la revista *New Yorker*, y luego en la colección *Nueve cuentos*, en 1948. Se trata del primer relato de la serie de la prodigiosa familia Glass. Su protagonista es Seymour, un excombatiente afectado por las secuelas de la guerra, un lobo solitario con extrañas ideas sobre la muerte, de acuerdo a la voz desconfiada de una mujer (su suegra) al otro lado de un teléfono. Salinger aplica la teoría del iceberg, de Hemingway. Como dice Ricardo Piglia en “Tesis sobre el cuento”, se calla lo más importante y construye la historia secreta con el sobreentendido y la alusión. Nada indica la decisión final de nuestro querido Seymour Glass, pero J.D. Salinger cuenta la historia como si el lector ya la conociera de antemano.

OTROS SUICIDIOS

Corea del Sur es, en esencia, católica, pero posee el porcentaje más alto de suicidios del mundo industrializado. De acuerdo con los sociólogos, el fenómeno responde al ambiente insoportablemente competitivo del país, a la incertidumbre de los coreanos respecto del futuro y a la caída de las redes sociales tradicionales. Los casos afectan a todos los habitantes por igual, incluso a quienes aparentan tener vidas ideales. Y las celebridades tampoco se quedan al margen: Choi Jin-sil, una actriz exitosísima (y también muy bella, es la de la foto de arriba), se ahorcó en 2008 e incitó a otras setecientas personas a quitarse la vida. Como si esto fuera poco, un par de años después la escritora Choi Yoon-Hee, conocida como “la reina de los libros de autoayuda” y “la sacerdotisa de la felicidad”, no soportó la profunda depresión que la oprimía y también optó por el suicidio.

UN LIBRO
Crónica sobre la ola de suicidios que a fines de los noventa conmocionó Las Heras, un pueblo petrolero de Santa Cruz, Argentina. Las víctimas tenían, en su mayoría, alrededor de veinticinco años. Leila Guerriero reconstruye aquellos episodios trágicos y narra la vida cotidiana de una pequeña comunidad de la Patagonia profunda, aquella que no reflejan los folletos turísticos.
Los Suicidas del Fin del Mundo, Leyla Guerriero. Tusquets, 2005

OTRO LIBRO
En la línea de otro clásico del autor, *Bartleby y compañía*, estos *Suicidios ejemplares* también compilan historias de aquellos que optaron por dar un paso al costado. “Lo escribí para indagar cuáles eran mis relaciones con la vida y con la muerte, sobre todo con esta última, puesto que desde la ventana de mi sexto piso se ofrecía fácil la posibilidad del vuelo”, explica el autor.
Suicidios ejemplares, Enrique Vila Matas. Anagrama, 1991

UNA CRÓNICA
Juan Villoro relata el suicidio de Robert Enke, uno de los arqueros de la selección alemana, que decidió acabar con su vida lanzándose a las vías del tren. Un relato apasionante sobre un destino individual, pero también un ensayo sobre la condición humana, en la que hay espacio, incluso, para hablar de *El suicidio de Émile Durkheim*, obra monumental y pionera de la investigación sociológica.
El último hombre muere primero, Juan Villoro. Etiqueta Negra Nº 84.

Jamón del medio

Córdoba es la provincia central de la Argentina. Si el país fuese un jamón ibérico (como realmente parece si lo miramos de lejos) Córdoba es el jamón del medio. En la provincia de Córdoba hay más humoristas gráficos que gente. Y los que quedan sin dibujar, lo que hacen es escribir. De entre todos, hay en Córdoba un muchacho que escribe como los dioses, y teníamos muchas ganas de publicarlo en Orsai. Este muchacho es muy conocido en Córdoba, pero en cambio no lo leyeron nunca en Centroamérica, ni en otros sitios del mundo donde se habla castellano. Nosotros leemos a José Playo desde hace años, y si alguna vez soñamos con hacer una revista, fue en parte también para publicar sus cuentos. Los cuentos de José son, como Córdoba, jamón del medio. Y estamos contentos de que ahora lo lean también en Centroamérica, donde la palabra “playo” significa “puto”.

PA-

PERSONAJES IMAGINARIOS

Escribe **José Playo**

Ilustra **Lucas Aguirre**

Pablo vino a poner impermeabilizante en el techo. Tiene cuarenta y algo, pero parece de menos, mucho menos.

—Es porque soy soltero —afirma.

Usa el pelo con flequillo por delante y largo por detrás. Sus ojos pequeños ruedan en el fondo de unos anteojos gruesos, que se empecinan en resbalar cuesta abajo por el puente de la nariz.

Senka, mi perra, lo recibe como si fuera el Papa; salta, se babea, se le sube encima, le tiende una pata.

—No le dan mucha bola a la perrita, ¿no?

Pablo es artista. Pinta unos cuadros muy buenos. El primer día trajo una carpeta con algunas muestras. Me gustó mucho la serie del cementerio de autos.

—¿Son los del desarmadero que está camino a Despeñaderos?

—Sí.

Buenos trabajos. Absorto en la contemplación de las pinturas, retrocedo y piso a Chinaski. Su chillido me sobresalta.

Por mucho que lo intente, no termino de acostumbrarme a tener otro perro más. Chinaski tiene un mes y caga con diarrea. Nos ha rociado todo el patio y toda la casa con un zumo pestilente.

Es un pastor belga a quien yo quería bautizar como "Pastor Verga", pero desistí porque mi mujer me dijo que con ese nombre jamás se animaría a llevarlo a una veterinaria.

—¿Te imaginás pedir una vacuna para tu Pastor Verga?

Optamos por Chinaski.

Pablo lo levanta y lo acaricia. Parece no molestarle que Chinaski huela tan mal. El médico perruno dice que es porque está lleno de parásitos y de bichos, que ya se le pasará. A mí me da asco tocarlo, así que lo muevo con la punta del zapato y me lavo dos o tres veces las manos después de darle de comer.

Nunca me gustaron los perros ni los niños, pero tengo treinta y tres años y la casa llena de unos y de otros: el patio regado de soretes y diarrea, el tacho de basura atestado de pañales, toda la casa es un cementerio para autopartes de juguetes.

Los dioses ríen a carcajadas cuando escuchan nuestros planes a largo plazo.

Pablo me explica las propiedades del impermeabilizante, mi cabeza asiente mecánicamente sin entender nada. Me gusta la gente que tiene talento y que ama lo que hace. Supongo que por eso me caen bien tan pocas personas.

Me caen, realmente bien, seis o siete, el resto me resulta indiferente.

Antes de subirse al techo y de cubrirse la espalda con cuarenta grados húmedos de cielo cordobés, saca un atado del bolsillo y lo golpea un par de veces hasta que escupe el encendedor. La etiqueta es azul, roja y blanca.

Yo fumé Parisiennes dos años, los dejé porque sentía que esos filtros blancos me habían abierto un boquete entre las tetillas.

—Voy a subir —anuncia mientras se pone los auriculares.

Tiene un mp3 mucho más lindo que el mío, pero no lo envidio.

Yo aprovecho para volver al interior de la casa, donde hay tres grados menos que afuera.

Estoy deprimido y fatigado. Hace años que no piso un cine, no tengo ganas de leer ni de escribir. Reparto mi tiempo entre trámites fugaces para la casa, mamaderas, vigilancia completa sobre mi hija —que desde que camina se ha vuelto incansable—. Mi mujer trabaja de ocho a ocho, y el cambio de horario me ha emputecido la existencia en un nivel que no termino de entender. Nuestro ritmo circadiano es una veleta enloquecida que señala cualquier punto en el horizonte.

Me río solo, rememorando los días de abusos y ocio en los que me arreglaba con poca plata. Hoy soy un amo de casa haciéndose huecos para terminar una novela imposible, mientras mi chica hace doble turno remando en el calendario para llegar a febrero.

Febrero, en teoría, será mejor.

Desde diciembre decidí no tomar más trabajos hasta nuevo aviso. Soy cuentapropista, me las arreglo para pagarme los vicios con curros pequeños que terminan por asfixiarme.

No sirvo para trabajar en relación de dependencia.

Estar al pedo unos días serviría para ordenar mi tumultuosa cabeza. Necesito tiempo al pedo para jugar con personajes imaginarios. Me resulta bien eso de proponerles consignas y ver qué hacen con ellas; a veces salen de ahí algunas historias. Tengo un cuento por la mitad, pero no sé qué hacer con él: son dos policías que intentan hacer hablar a la única sospechosa de un crimen. Pero no sé cómo hacen los policías para hacer hablar a un sospechoso, y me quedo trabado.

Cada vez que mis fantasías vienen a golpear la puerta las echo a patadas.

No quiero personajes en estas pseudo vacaciones, no tengo tiempo ni ánimos de nada, y a la noche termino tan cansado que ni ganas me dan de emborracharme.

No me anda bien internet, eso también es un gran problema. Se corta, vuelve, se corta, vuelve, se corta…

Enero es una ruleta rusa que gira lentamente, cociéndonos al espiedo, es un mes inventado para quejarse.

—Voy a bajar —escucho que dice Pablo.

Salgo, acomodo la escalera y lo ayudo a encontrar el primer peldaño.

—La semana pasada me caí de cabeza de una de estas y no me hice nada.

Miro su cabeza, es realmente muy grande. Por alguna extraña razón, la última novela que leí tiene un personaje que me recuerda a él, o a la inversa. Se llama *La Carretera* y es un libro detestable.

—No voy a hacer chistes sobre tu cabeza —digo.

Sacamos un cigarrillo cada uno y fumamos en silencio. Me muestra su encendedor, lo sopeso y lo estudio para entender qué mierda es y cómo carajo funciona.

—Es con resistencia, apretás acá y sale el fueguito, ¿ves?

—Ah.

—¿Te das cuenta de qué es?

—No.

—Es un pedal de acelerador de auto de carrera.

—Ah.

—Te lo canjeaban en una promoción de Marlboro.

—Ah.

Pablo lleva todo el cuerpo cubierto con impermeabilizante, yo le alcanzo una botella de cocacola sin gas y él se la toma de todas maneras.

—Tá rica —dice—; bien fríaaahhh.

En el suelo los perros nos olfatean. Yo los echo a patadas, como si fueran personajes descartables en una mala novela; él los acaricia con una sonrisa, llenándolos de impermeabilizante.

Ahora sí envidio su mp3, sus buenas pinturas, su buen humor.

Serán seis o siete las personas que me caen realmente muy bien.

A veces hace falta fumar en silencio para descubrir que solo a los irracionales la llegada de febrero no los desespera.

La casa olía a bife frío, a herrumbre, a perro mojado. Cruzamos la puerta principal y el tufo nos golpeó como un guantazo, obligándonos a correr la cara. Carlos se tapó la nariz, yo me limité a señalar la cocina, donde la señora Percas nos esperaba.

Tenía poco más de cuarenta, y un par de piernas torneadas que mantenía cruzadas. Pendiendo del pie había una pantufla rosa que se balanceaba.

La pantufla era lo único que parecía tener vida en esa cocina, todo lo demás parecía quieto.

Estaba sentada frente a la mesa del desayunador y llevaba un vestido rojo a lunares blancos. Su mirada ausente me recordó a una vieja publicidad de electrodomésticos.

—¿Escote o piernas? —preguntó Carlos en voz baja mientras nos acercábamos.

El escote, por cierto, era un horizonte que dividía dos planetas inmensos y turgentes en el pecho de la señora Percas. Siempre he tenido un gusto especial por los interrogatorios, por la construcción del discurso argumental. De la misma manera me apasiona el amor que la gente siente por los escotes. Hay quienes han perdido apuestas y amigos y casas y autos por escotes.

—Piernas —sentencié antes de presentarnos.

—Señora Percas, mi nombre es Adrián Ávila, y él es Carlos Bonea, somos…

La mujer ni siquiera levantó la vista. Su mirada seguía clavada ahí, en un punto indefinido y lejano, del que nuestra presencia no podía hacerla volver.

Ya lo había advertido uno de nuestros colegas: "Está loca, como una puta electrocutada".

Carlos retomó el diálogo, pero tampoco obtuvo buenos resultados, por lo que decidió aplicar su técnica. *Presión de puntos colaterales*, la llamaba, y solo él entiende cómo funciona. Hay cosas que es mejor no entenderlas; yo, en estos casos, me limito a seguirle la corriente.

—Buenas tetas, señora Percas —dijo.

Pero el silencio persistió. Aunque, si me lo preguntan, yo diría que hubo un mínimo respingo. Un algo. Pero no sé. Olvido siempre los anteojos cuando tengo que ver detalles. Según mi analista, es una forma de autoboicotearme.

—Y de piernas no está nada mal —agregó Carlos, al tiempo que estiraba una mano y recorría la pantorrilla de la señora con el dedo—. ¿Qué opina usted, compañero?

Yo asentí primero y me aflojé el nudo de la corbata después.

Tuve que aclarar la garganta antes de continuar:

—Que con esa boca seguro que si te la chupa se te pierde la sábana de dos plazas enterita por el culo.

Carlos se volvió y me dedicó una sonrisa mínima. Después retomó la posta:

—¿Quiere hacernos una prueba, señora Percas? ¿Quiere que subamos un rato a la habitación y nos desvistamos así nos muestra esas cosas que usted hace?

La señora pestañeó. Una sola vez, involuntariamente. Supe enseguida que había algo, como una alarma interna, que se estaba disparando dentro de su cabeza. Noté también la forma en que los nudillos de una de sus manos se habían blanqueado al aumentar la presión sobre la tela del vestido que aferraba desde que entramos.

Presión de puntos colaterales y la puta que te parió, Carlos. Deberías registrar esta técnica, porque es infalible.

Estábamos logrando algo. Era mérito de Carlos, por supuesto, así que lo dejé continuar:

—¿Es usted una putita insaciable, señora Percas? ¿Le gustan los morochones como nosotros, predispuestos y bien dotados?

—¿Le gusta que le hagan sanguchito? —agregué para terminar de pintar el cuadro.

Entonces la señora Percas tragó saliva. Y esta vez lo vimos los dos, y a mí no me hicieron falta los anteojos ni nada, porque se vio clarito. Y, acto seguido, se volvió hacia Carlos y le dijo:

—Llevame arriba y te meto tal cabalgada que te dejo seco como una momia, morocho.

Y yo lo miré a Carlos, que se puso de pie, sacó las esposas que llevaba en el cinturón y se las colocó a la señora Percas.

Por fin la habíamos hecho hablar.

—Está arrestada por el crimen de su marido, señora —dijo Carlos.

Ella pareció salir en ese momento del trance, porque pestañeó dos o tres veces y se puso a mirar el suelo de la cocina, donde la sangre cubría todo. Cuando reparó en el cuerpo del señor Percas, desnudo y sentado de espaldas a la heladera, con el mango del cuchillo asomándole de la frente, gritó, y tuvieron que venir dos agentes más a llevársela porque pataleaba como un bambi enjaulado.

Al final quedamos Carlos y yo llenando los papeles.

—Es infalible mi método, chico —se ufanó.

Yo no dije nada, y entonces Carlos volvió a mirarme y me estudió unos instantes, hasta que me dijo:

—Te puso celoso.

—¿El qué?

—Que la señora Percas me invitara a mí solo a su habitación, te puso celoso.

—No quiero hablar de eso ahora —respondí.

Carlos entonces se acercó, me rodeó la cintura con su brazo y me mordió el lóbulo de la oreja.

—No seas tontito, esto no es más que un trabajo —dijo.

Y yo lo abracé fuerte y lo besé, porque es el dueño de la boca más hermosa del destacamento.

Después nos fuimos a la oficina a presentar el informe. Se había hecho tarde, eran las cuatro menos cuarto.

Ahora son las cuatro y media de la mañana y estoy en el patio, en calzoncillos y ojotas.

No puedo dormir.

En la cintura, sujeto por el elástico de mi ropa interior, llevo el encendedor.

Las luces están apagadas, no quiero despertar a las chicas ni a los perros. Arriba, las nubes pasan frente a la luna y yo pienso en que tal vez podría desenfundar el trípode, cargarle película a la cámara y hacer algunas fotos.

—*Essste* trípode —digo en voz baja mientras me agarro la entrepierna.

Nunca entendí esa manía de agarrarse las pelotas y decir "*Essste* trípode".

Levanto apenas una pierna y dejo salir un pedo flauta. La perra Senka, angustiada porque hoy le enseñé a zapatillazos que no hay que sacar la ropa del tendedero, levanta las orejas. Después vuelve a bajarlas y deja caer la cabeza sobre sus patas delanteras. Resopla y yo levanto otra vez la pierna.

Pienso que desde la oscuridad un malhechor podría saltar la tapia y sorprenderme. Estaría a merced de sus intenciones, en calzoncillos y ojotas, con un encendedor sujeto al elástico, un toque de distinción absolutamente prescindible.

Ensayo mentalmente posibles escapes, posibles salidas. Sé que jamás haría ni la mitad

de las cosas que pienso que haría. Lo más probable es que pierda una ojota y tropiece con alguna silla para caer sobre el contrapiso frío, áspero, desde donde lloraría con la palma de las manos y el mentón como frutillas, pidiendo clemencia.

En calzoncillos, con un encendedor sujeto al elástico, lloraría, suplicando por mi vida.

Hago a un lado la idea y levanto la pierna de nuevo con tranquilidad, porque confío en el instinto de Senka; a Chinaski, todavía, no le da ni para ladrar y duerme adentro.

—Aunque —me digo—, cabe la posibilidad de que alguien haya estado todo este tiempo en el patio haciendo buenas migas con ella, esperando que un barbudo panzón y pelotudo salga en calzoncillos a tirarse pedos mientras ve la luna.

Esa idea me molesta, me distrae. Quiero seguir imaginando títulos de películas para poner sobre este cielo clase B, y no se puede titular con miedo. Hitchcock, Buñuel, Ed Wood, Marcelo Polino, Jorge Lanata, ellos no tienen miedo.

Desde la ventana de la casa me llega la música de Cerati con Aterciopelados. No me gusta Cerati. Y la que canta en Aterciopelados me recuerda al chabón que atiende el quiosco/bar de la esquina, el que siempre te cuenta que podría haber sido una estrella de rock.

Debería escribir sobre eso.

Esta es la hora en la que veo las cosas con más claridad. Le doy una última chupada al cigarro y suelto tres aros de humo espesos, fantasmales, psicodélicos. Observo la pared allá al fondo, una pira de ladrillos de ceniza, ropa colgando de la soga, una maceta.

Hay una sombra ahí que antes no estaba.

Se mueve.

Yo retrocedo espabilado por la adrenalina.

Pierdo una ojota.

Senka gruñe y levanta las orejas.

A comienzos de 2001 colgué el micrófono antes de terminar el recital, pegué media vuelta y me mandé a mudar. Entonces yo no sabía que una acción tan poco estudiada implicaría semejante giro en mi vida. De haberlo previsto, tal vez hoy no estaría limpiando este mostrador y mi mano no olería a pescado muerto en el culo de un linyera. Tal vez, en lugar de deslomarme en un bar con quiosco, hoy estaría, no sé, empalando adolescentes en hoteles cinco estrellas, o metiéndome polvillos mágicos en la nariz junto a narices más famosas que la mía. ¿Compartiendo mesa y cartel con los excéntricos personajes del jet-set internacional? Quién te dice. Pero yo elegí lo que elegí, entonces me hago cargo y punto.

—Marlboro común.

—Tres con setenta.

Lo hecho, hecho está; yo soy un hombre de principios, así que jamás regaré con mis penas las mesas que trapeo, ni limpiaré los baños con el mismo pañuelo con el que me soplo los mocos de la angustia: una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, así son los sentimientos, los ideales, lo que nos hace humanos.

—Está frío el café, pibe.

—Enseguida se lo cambio, caballero.

Y eso que el Cuco me pidió de rodillas que me quedara. Lloró como los chicos cuando le dije que abandonaba. Es cierto que estaba chupado, pero yo sentía sus emociones bastante genuinas. Y pruebas de ello no me faltaron, porque mientras recogía mis cosas y las embutía en la mochila, él no paraba de hablarme del contrato, de la inminente grabación del disco, hasta que se hartó y me cagó a trompadas por necio.

—¿Tienen cospeles?

—No, cospeles no vendo.

Tal vez el Cuco tenía razón y con la banda hubiéramos terminado en festivales, o presentándonos como número central en cadenas televisivas norteamericanas. “Grupo revelación, grupo revelación”, repetía el Cuco. Decía que con ese mote nos darían el pasaporte a la fama, pero a mí la idea del éxito, las mujeres fáciles, el mundo entero en la palma de la mano, lejos de embriagarme, me sonaba a insulsa libertad y me hastiaba.

—¿Vos sos el dueño de esta pocilga? Hay una cucaracha allá.

—No, señora, yo soy el empleado.

Un hombre necesita incertidumbres, pesares, esfuerzos. Nada de eso me lo iba a dar la banda. La vida es otra cosa, la vida es salir a la calle, pisar mierda de perro, arreglárselas a los codazos para conseguir lugar en el colectivo, recaer cíclicamente en un trabajo de doce horas. La vida no es la que me proponía el Cuco, una sucesión de excesos y alegrías desmedidas; la vida no es el facilismo mercantilista, ni las piernas kilométricas de una adolescente embobada con la figura del rockstar. La vida, te lo digo yo, no es el tiempo entre una fellatio y otra.

—¿Forros vendés?

—Me quedan los texturados. Con espermicida.

Ya no hago canciones, porque me da como un principio de tristeza y no me lo puedo permitir. Yo sé adónde me lleva la tristeza. Al teléfono público de la pared, me lleva. A poner la moneda y llamarlo al Cuco y decirle que volvamos a juntarnos, me lleva. Por eso a la tristeza hay que ahuyentarla como a los inspectores municipales. La tristeza es un perro cebado que no se cansa nunca de arañarte la puerta.

—¿El diario de hoy?

—Ahí se lo alcanzo.

A veces las horas pasan lentas. Y no te voy a negar que cuando escucho por la radio a un grupo nuevo que pega un hit me tengo que tapar los oídos con las servilletas, porque siento que se me abre una grieta desde acá hasta acá, y se me hace un nudo en la garganta que para qué te voy a contar. La vida es lo que te pasa por delante de las narices mientras vos estás ocupado poniéndote triste, pibe. No le des lugar a las grietas, si te vas a romper, si te vas a partir al medio, que sea por una causa que valga la pena.

—Dame la guita, puto. Quedate quieto o te quemo.

—Llevate lo que quieras, loco, el negocio no es mío.

En algún lugar de la ciudad estará ahora Chinasky. Solo hacen falta un descuido y una puerta mal cerrada para que la calle abra la boca y se trague a tu perro.

La ciudad tiene hambre de mascotas pequeñas. Las debe usar para minar nuestros sueños. A eso se dedica la ciudad cuando no la vemos, a sembrarnos la almohada de pesadillas con animales muertos.

Jamás me han gustado los perros. Soy chico de departamentos, diagnosticado oportunamente por un profesor de gimnasia en el patio de un colegio lejano en el tiempo. Me pasé los primeros veintiséis años de mi vida encerrado en espacios pequeños, grises, con ventanas que encuadraban hileras de ladrillos color hueso. Me tomó un buen tiempo acostumbrarme a que los cielos no eran figuras geométricas caprichosas, y pasaron años hasta que comprendí la posibilidad de una ventana intermediando entre mis ojos y un árbol, por ejemplo. Los chicos de departamento sabemos que los únicos animales con los que convivimos son las cucarachas, los ratones y los murciélagos. Un dormitorio compartido con alimañas, tres repisas dobladas por el peso de los libros, camas rengas haciendo equilibrio sobre revistas, colchones hondos que se tragaban de un bocado todos los anhelos.

La ciudad parece vengarse de mi huida hacia la tierra de los barrios periféricos y entonces me roba un perro, dejándome solo con una multitud de soretes pequeños.

Está bien. Chinasky tenía los días contados en el patio: le esperaba un trabajo de sereno en una maderera en cuanto comenzara a soñar con estacionar el pito entre las piernas de mi otra perra.

Ella, Senka, se ha quedado triste. No sé si por la pérdida del amante en potencia o si por una cosa medio maternal que descubro en todas las criaturas desde que soy padre.

La miro y le digo:

—A comer.

No responde.

Yo no quería tener perros. Que algo así me pase ahora me hace sentir ridículo y de ánimo menstruante.

A los diez años, en el cuarto piso de un edificio, me hice amigo de los libros.

—¿Para qué? —le digo a mi perra, que persiste en su mutismo con formato duelo.

Los fines de semana en el centro te toman por asalto y te dejan boquiabierto frente a la desolación de las vidrieras cerradas y los caminantes muertos. No hay nada mejor que hacer, el antídoto para la soledad es enterrar la cabeza en la ficción, abandonar de una vez por todas la búsqueda de camaradas con quienes batallar contra el silencio.

Yo no quería tener perros, quería tener libros y señaladores. No quería salir a caminar por un barrio a las diez de la noche, husmeando en las casas abandonadas para ver si encuentro a un perro pequeño. Después de tanto despotricar por la llegada del Pastor Verga, me sorprendo a mí mismo traqueteando bajo las farolas, repitiendo el seudónimo de un escritor muerto, soñando con una mínima victoria que sabe a balanceado y a mierda de perro en el suelo.

A ESO SE DEDICA LA CIUDAD CUANDO NO LA VEMOS, A SEMBRARNOS LA ALMOHADA DE PESADILLAS CON ANIMALES MUERTOS.

Caminatas inoportunas de noches con truenos.

Una mala idea para plantar antes de un fin de semana que estamos necesitando desde que arrancó enero.

En algún lugar de la ciudad ahora estará Chinasky, errando de cara a una tormenta que se cierne en silencio sobre un jueves que detesto.

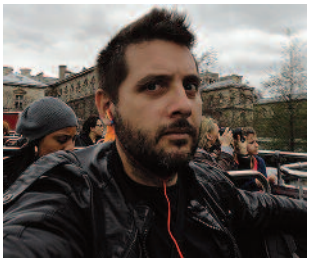
No encontré cadáveres en las avenidas, ni porches sustitutos.

Pienso en alguna mano amiga con domicilio en la casa adonde van a parar las mascotas perdidas, en una colita alegre y rutera en movimiento.

Será mejor que se acomode bien y que no vuelva, mi perro; no velo jamás dos veces al mismo muerto.

Yo no quería tener un perro; la ciudad se encarga siempre, con insistencia, de minarnos todos los sueños.

Personajes imaginarios



PEINATE QUE VIENE PLAYO

El 19 de marzo de 2011 José Playo dejó su Córdoba natal (en Argentina) y viajó a España para participar de un festival de literatura. Estuvo en Madrid y en Barcelona, y por supuesto pasó por Sant Celoni, donde le dimos casa, bebida, amor y comida durante dos días con sus noches. El periplo del escritor cordobés, que también incluyó escala en París, fue relatado en vivo y en directo en el blog "Peinate que viene gente", la bitácora en la que Playo escribe desde hace años, y que antes de ser blog fue una revista en papel. Playo es uno de los grandes referentes de las revistas de autor hechas a pulmón. *Peinate* comenzó a circular en Córdoba en 2003, bajo la consigna de ser "un diario íntimo publicado". La hacía entera, solo él y su alma, y luego la distribuía en bares, casas, librerías y donde encontrara sitio. Su blog, actualmente, es uno de los más visitados en Córdoba. Y *Peinate*, en versión papel, una revista de culto.

BLOQUEO

Desde *The Shining* de Stephen King, pasando por *Barton Fink* de los Coen y llegando a *Californication* (la serie protagonizada por el simpatiquísimo David Duchovny, sexópata en la vida real y en la televisión), la ficción retrató de múltiples maneras, y en todos los soportes, el drama tremendo del escritor bloqueado. Pero la única persona en el mundo en aportar una verdadera solución al problema fue la señora Elizabeth Dilk, que no hace mucho sacó al mercado el celebrado Kit to Thwart Writers Block, o, en otras palabras, el Kit para escritores bloqueados. El paquete contiene un cuaderno para escribir los trescientos sesenta y cinco días del año, lápices que ya vienen mordidos, servilletas de papel llenas de garabatos y anotaciones, y un dado con propuestas para alcanzar la inspiración. Se puede comprar online y te lo llevan a casa, aunque puede resultar vergonzoso de cara al mensajero.

UN LIBRO
Les guste o no el autor, esta es una obra fundamental a la hora de combatir el bloqueo literario, que además abre la puerta a la cocina de uno de los escritores contemporáneos más grandes y prolíficos. El libro está dividido en tres partes. En la primera, King cuenta su vida; en la segunda, explica sus ideas sobre la literatura y, en la última, narra su batalla personal contra la muerte (después de su accidente de tráfico). Impecable.
Mientras escribo, de Stephen King
Plaza y Janés, 2001

OTRO LIBRO
John Cheever (1912-1982) es uno de los escritores más grandes del mundo. Así de simple. En las páginas de este diario, comentado por Rodrigo Fresán, podemos seguir de cerca la actividad del escritor, indagar en los bocetos de algunos de sus cuentos y comprender sus demonios (la soledad, la homosexualidad, el matrimonio, el alcohol, los hijos, la culpa). Un libro enorme, lleno de verdades.
Diarios, de John Cheever
Emecé, 2006

Y UNO MÁS
Antología de la correspondencia de Raymond Chandler, que grababa sus cartas de madrugada para que, al día siguiente, su secretaria las pasara en limpio. Mientras dialoga con editores, agentes, lectores y alguna que otra celebridad, Chandler hilvana opiniones sobre literatura y el oficio de escribir. Una autobiografía involuntaria y genial.
El simple arte de escribir,
de Raymond Chandler. Emecé, 2002

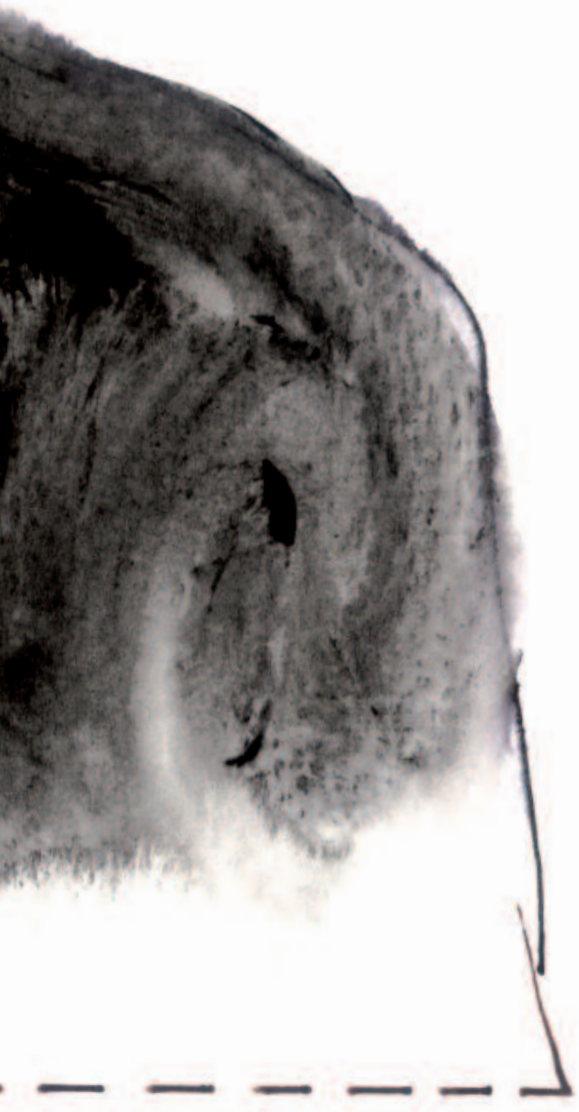
Tinta

Hace veinte o treinta años, todos los chicos en Argentina empezábamos a leer el diario por la última página, la de los chistes: Caloi, Crist, Fontanarrosa, Tabaré o Altuna. Después entrábamos al cuerpo del diario, a ver si había más dibujos. Y ahí estaban los de Sábat, en la doble página editorial. Nos quedábamos un poco decepcionados mirando aquellos dibujos mudos, en blanco y negro: no entendíamos nunca el chiste. En realidad, éramos inocentes y lo que no entendíamos era la política. Después crecimos un poco y Hermenegildo Sábat también empezó a crecer en nosotros. Cuanto más crecíamos, más grande se hacía este hombre, el único capaz de decir lo que pensaba sin letras, solamente con tinta y trazos; el único que podía retratar la realidad con la mímica del dibujo. Es muy complicado entender la política en Argentina; muy pocos lo hacen bien. Pero dibujarla, eso, es casi imposible.

SÁBAT
BAJO PERFIL

Escribe **Pablo Perantuono**

Ilustra **Sábat**



El lugar está en su punto de hervor, pero Hermenegildo Sábat —nacido en Montevideo en 1933— lo atraviesa sin prisa, ajeno a ese incendio. En el estrépito típico de las tres de la tarde de un diario, su presencia no descuella: cruza los cien metros de la redacción de *Clarín* en silencio, ligeramente encorvado, un caracol que se pierde en el anonimato de un shopping.

Tras dejar algunos saludos a su paso, ingresa a su oficina, un santuario de dos metros y medio por uno ochenta empapelado hasta el techo con los héroes de su vida, artistas que lo acompañan, lo iluminan. Como cada día de los últimos cuarenta años, Sábat deposita su leyenda frente al escritorio, resuelve unos asuntos mundanos (revisa su correspondencia, charla con algún editor, atiende un llamado) y luego se lanza a cumplir con su jornada laboral: ilustrar —enriquecer— el mundo y a su especie más rara: los políticos. Es la sencilla rutina de un empleado pero, también, la consagración cotidiana de un genio. “Es mi trabajo”, se ataja. “De esto vivo.”

En ese pequeño refugio con ecos tribunalicios en el que se amontonan pinceles y se respira un aroma a fábula, en el que abundan las huellas de su patria emocional —fotos de Louis Armstrong, Charlie Parker, Monk, Picasso, Kafka, largo etcétera— y se macera el mito, surgen los dibujos y las caricaturas que convirtieron a Menchi, como le dicen todos por aquí, en un artista querido y admirado. Son imágenes de las que hablará al día siguiente buena parte de la opinión pública argentina, pergeñadas con dedicación de orfebre desde ese discreto escondite del tamaño de un baño.

En su búnker, Sábat se entrega a su tarea con paciencia. Se zambulle sobre su escritorio, se hinca sobre la madera y la hoja en blanco. Primero contornea las figuras, luego las pinta. Trabaja con pluma, con tinta, témperas y crayones, como en el siglo pasado. En rigor, es un oficio sin tiempo que se explica por un mandato ancestral: su abuelo, que se llamaba igual que él, era un dibujante, político y periodista muy reconocido en Uruguay. "Murió un año antes de que yo naciera, pero yo vi todas las cosas que él había hecho", recuerda. "A los doce años publiqué mi primer dibujo y a los quince aparecí por primera vez en un medio."

Sábat habla y se mueve con la parsimonia de un patriarca. Cuando se deshace la desconfianza inicial con su interlocutor, empieza a aparecer su dimensión real: es un hombre que hechiza con su mirada otoñal. Hay algo de maestro Yoda en su presencia, el tipo de personalidad que, sin proponérselo, genera magnetismo a su alrededor. A los setenta y siete años, este hombre del Renacimiento —además de pintar, escribe poesía, es fotógrafo y toca el clarinete— fue testigo privilegiado de los vaivenes políticos y sociales que experimentó su país de adopción en las últimas cuatro décadas. Él estuvo allí para interpretar con su pincel esos cambios. Para editorializar con su imaginación, para ilustrar lo ominoso, para hacer pensar a la gente.

—Hay que tener respeto por todo —dice con su voz grave—, hasta por los elogios, pero no hay que darles mucha importancia, porque pueden envenenar tu carrera. Esa forma de ser mía, de restarle importancia a esas cosas, pudo llevar a mucha gente a pensar que soy hermético. Pero la verdad es que creo que la cabeza tiene que funcionar únicamente en el trabajo."

—¿Se corren riesgos si no?

—Hay gente joven, muy joven, capaz de arruinar su carrera únicamente porque se ha dedicado a pensar más en ella que en su trabajo. Ha pasado. Es una profesión en la que hay que tener en cuenta muchas cosas. Fundamentalmente ser consciente de que el trabajo no va a hacer la revolución, no va a cambiar la vida de nadie, pero es una parte, importante, de eso que puede llamarse libertad de expresión. Hay mucha gente que piensa que uno haciendo esto está aspirando a hacer otra cosa, y yo a lo que aspiro es a hacer otro dibujo mañana. Es una profesión que hay que dignificar permanentemente y que no hay que arruinar, porque es muy vulnerable.

—Hoy pareciera que mucha gente solo busca trascender o, como mínimo, ser interpretada por el resto.

—Todo el mundo quiere poder. Pero mirá, un médico no es mejor persona porque le salvó la vida a alguien. Salva todos los días vidas y tiene que estar preparado para lo peor. Es su profesión. Lo mismo pasa con mi trabajo, cuando hay libertad absoluta, uno puede desarrollar su tarea.

—¿Sus dibujos siguen alguna búsqueda especial, o más o menos ya tiene un método?

—Bueno, yo no me muevo de ciertas cosas que fui consolidando con el paso del tiempo. Tengo una parte de simpatía por la actividad política, por la tarea que hacen los otros, eso a mí me llama la atención. Hay veces que, cuando sale bien el dibujo, se acierta, y otras veces que no pasa nada. Yo me alegro cuando se acierta, claro.

—¿Se considera afortunado?

—Tuve mucha suerte de vivir de mi trabajo, cosa que no es un privilegio, pero que es algo raro. Comencé a los quince años y sigo hasta hoy.

Todo arranca en 1954. Ese año, un veinteañero Hermenegildo Sábat ingresa a trabajar al diario montevideano *Acción*, dirigido en ese entonces por José Batlle, futuro presidente de Uruguay. En la redacción, a metros del dibujante, se sentaba Juan Carlos Onetti, el prestigioso novelista uruguayo. Onetti y Sábat trabaron amistad, la primera de una serie de relaciones personales que el dibujante estrecharía con escritores a lo largo de su vida, que incluyó, entre otros, al argentino Julio Cortázar, a quien visitó en París, donde vivía, y con quien compartía el gusto por el jazz en particular y por el arte en general. La cercanía

le permitió a Sábat fotografiar y dibujar a Onetti infinidad de veces. Algunas de esas imágenes pertenecen a la historia universal de la grandeza. Y conformaron uno de los tantos libros publicados por el artista, *Pesimista militante*, en referencia al nihilismo crónico de Onetti. Cuando presentó esa obra en 2008 en Montevideo, Sábat se permitió la ternura con su viejo amigo: "Esta es la única forma que yo tengo ahora para acercarme a él. Yo lo extraño. Era un tipo único".

Luego de unos años en *Acción*, Sábat ingresó al diario uruguayo *El País* como dibujante. Poco tiempo después, en 1961, realizó un viaje que sería esencial para su formación definitiva: una visita a Nueva York que le permitió sumergirse en la vida y en la obra de Albert Hirschfeld, uno de los más destacados caricaturistas norteamericanos. Sábat había conocido a Hirschfeld en Montevideo y este, tras un par de situaciones más o menos fortuitas, lo invitó a vivir en su departamento de la calle 59 y Park Avenue, por donde desfilaba parte de la aristocracia del cine de entonces. Eran habituales las visitas de Lawrence Olivier, Marlene Dietrich, Lauren Bacall o Henry Fonda. En el edificio contiguo vivía Mark Rothko, el colosal pintor expresionista, con quien se cruzaba cada tanto. Sábat, además, disfrutaba del jazz en vivo de la ciudad. "Lo fui a ver a Duke Ellington, por ejemplo." Un lugar apasionante en una época excitante: los años y los sitios de la serie *Mad Men*. "En ese viaje entendí muchas cosas. Conocí mucha gente", resume.

Tras la experiencia neoyorquina, Sábat regresó al Río de la Plata y comenzó a trabajar en publicidad. Se instaló en Buenos Aires, pero no fue una época dichosa, incluso estuvo varios meses desempleado. Ya estaba casado con Blanca, su mujer de toda la vida, con quien tramaba regresar a Uruguay. Los detuvo un llamado, el de Jacobo Timerman, un audaz editor argentino de origen ucraniano que ideó algunas de las publicaciones más importantes de las décadas del sesenta y setenta de Buenos Aires. Era 1971 y la propuesta le cambió la vida: "Cuando entré al diario *La Opinión*, todo se transformó. Timerman me dio la oportunidad de hacer mi trabajo y de que este tuviera mucha exposición".

A Timerman se le ocurrió crear un medio inspirado en el diario francés *Le Monde*, "que no tuviera fotos, escrito de forma excelente y que influyera más que ninguno", recordaría el director. Para eso lo convocó a Sábat, que tenía treinta y siete años y se encargaría de ilustrar el diario entero. El plan se llevó adelante y, aun en su corta vida (no más de cinco años) y sin ser un éxito masivo de ventas, *La Opinión* consiguió instalarse entre los grandes medios argentinos. A medida que el diario se convertía en un fenómeno periodístico del que se hablaba en los cenáculos del poder, la importancia de Sábat crecía en la misma proporción. Era habitual que los editores hicieran fila delante de su escritorio para que el dibujante ilustrara sus páginas, a tal punto que terminaba las jornadas con el antebrazo dolorido. "Algunos me pedían el dibujo primero y después veían cuánto iban a escribir."

ERA HABITUAL QUE LOS EDITORES HICIERAN FILA DELANTE DE SU ESCRITORIO PARA QUE EL DIBUJANTE ILUSTRARA SUS PÁGINAS.

—¿Qué recuerda de aquella redacción y de Timerman?

—Yo a Timerman no lo conocía y la verdad es que, una vez adentro, no teníamos trato. Él elogiaba mi trabajo. Yo no era consciente de todo lo que estaba pasando, pero lo cierto es que el diario era una novedad; la verdad es que la única novedad era que no había fotos, estaban mis dibujos. Le estoy muy agradecido, claro.

Las caricaturas de Sábat empezaban a ser escrutadas por los ojos del poder. Según se relata en la notable biografía de Jacobo Timerman (*El periodista que quiso ser parte del poder*, de Graciela Mochkofsky), el ministro de economía argentino José Ber Gelbard llamaba a la redacción para quejarse porque Sábat lo dibujaba más pequeño que a uno de sus adversarios políticos. Se iniciaba así una larga saga de escarceos lejanos entre Sábat y el establishment, cuyos integrantes comenzaban, por un lado, a temerle, por la posibilidad latente de ser desnudados por su cada vez más afilado pincel y, por otro, a dispensarle un respeto artístico que trascendía cualquier apelación, incluso hasta

cuando Sábat los ridiculizaba. Esa dicotomía continúa hasta estos días.

Un viejo compañero de redacción recuerda su sorpresa cuando ingresó a la antesala del despacho de Carlos Corach, un exministro del gobierno menemista (presidencia que, en los años noventa, terminó envuelta en un sinfín de denuncias de corrupción) y en las paredes de esa oficina colgaban varias ilustraciones que Sábat había hecho de él. Ninguna de ellas lo dejaba bien parado.

Sábat lo sabe, pero se incomoda al hablar de esas cosas. "Yo no sé, son cosas que yo no puedo…", se frena. Sábat está sentado y mira algún punto fijo del lugar, levemente hacia abajo. Mueve sus labios, traga algo de saliva, como si lubricara su mente, buscando con ese gesto la reflexión adecuada que le permita explicar, y explicarse, cuál es el sentido de todo eso que él genera. Y de repente sentencia: "Mirá, en los noventa yo lo dibujé a Menem aferrado al sillón presidencial durante ocho años, y si hubo un tipo que respetó la libertad de expresión fue él; eso no quiere decir que yo lo aprecie; aprecio eso, que es de algún modo lo que tiene que ocurrir, pero no ocurre siempre".

El "no ocurre siempre" tiene un destinatario: la siniestra dictadura militar que asoló al país entre 1976 y 1983, cuyas consecuencias —físicas y metafísicas— todavía golpean a buena parte de la sociedad argentina. En lo que respecta al trabajo de Sábat, que para 1973 ya era uno de los dibujantes estables de *Clarín*, eran habituales los llamados de algunos militares para preguntar el

verdadero significado de sus dibujos. Querían desentrañarlos, estar seguros de que esas caricaturas imprecisas no encerraran alguna metáfora inadecuada. "¿Qué es esa banana que pende sobre mí?", preguntaba uno. "¿Por qué aparece un león en el dibujo?", quería saber otro de aquellos caballeros de la muerte, preocupados por la posibilidad de que un artista sensible pudiera arruinarles su depuración.

—*¿Tuvo miedo?*

—Mirá, yo no soy de revisar mis dibujos, pero el otro día encontré uno que hice durante el fin de la dictadura, en 1982, y la verdad que hizo que me agarrara la cabeza y pensara lo arriesgado que fue. Aparecen todos los presidentes militares (Videla, Viola, Galtieri y Bignone) vestidos de luto y llorando, como si fueran viudas.

El tiempo fue pasando y a medida que sus dibujos se convertían en clásicos, su figura adquiría un aura de respetabilidad indiscutible. En un medio y en una sociedad, como la argentina, que suelen alimentarse con la piel de sus protagonistas y, a la vez, conseguir que esos héroes estén pendientes de esa necesidad, Sábat consiguió mantenerse al margen de esa lógica tentadora. "No me gusta estar cerca del poder", dice.

Hace tres años, un episodio lo colocó en la palestra como nunca antes lo había estado. En medio de una dura batalla de poder entre el gobierno peronista y algunos grupos periodísticos y económicos, Sábat, que nunca fue concesivo, ni siquiera amable con sus dibujos políticos —al líder de los sindicalistas argentinos suele dibujarlo con las manos manchadas de sangre—, recibió una crítica pública de la presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner. El uno de abril de

2008 Sábat dibujó a la mandataria con sus labios silenciados con una venda en cruz. De su costado izquierdo emergía, con inconfundible perfil, la figura de su marido, el expresidente Néstor Kirchner, a quien sus adversarios —y no tanto— señalaban como el propietario del poder en las sombras. Fernández de Kirchner tronó al verse reflejada de ese modo. Desde un escenario montado en la Plaza de Mayo, después de hacer una introducción sobre los largos silencios a los que había estado sometido el pueblo argentino durante la dictadura, descargó: "Hoy pude ver en un diario una caricatura donde tenía una venda cruzada en la boca, en un mensaje cuasimafioso. ¿Qué me quieren decir, qué es lo que no puedo hablar, qué es lo que no puedo contarle al pueblo argentino?".

Pocas veces la opinión pública fue testigo de una reacción tan unánime, y cariñosa, por parte de los diferentes grupos sociales y culturales de la Argentina, quienes salieron a respaldar a Sábat del mismo modo que, en la antigüedad, los integrantes de una aldea protegían a sus viejos profetas.

Pero en medio de un panorama mediático que comenzaba a polarizarse entre quienes, por un lado, apoyaban incondicionalmente al gobierno de Fernández de Kirchner sin permitirse un espacio de duda y, por otro, quienes criticaban sus políticas y, al mismo tiempo, comenzaban a verse interpelados, por primera vez en democracia, por algunos sectores del poder y de la gente, hubo una defensa que llamó la atención por sobre las del resto. Fue la opinión de Horacio Verbitsky, columnista político del diario oficialista *Página/12*, viejo compañero de Sábat en *La Opinión* y, probablemente, el periodista más influyente del gobierno del fallecido Néstor Kirchner y del posterior mandato de su esposa Cristina. "Rozar con la sombra de una sospecha al gran maestro del periodismo —escribió Verbitsky—, que desde hace cuarenta años regala excelencia y ética, a una persona exquisita como Menchi Sábat, que cuestionó las peores atrocidades cuando nadie se animaba, es una tontería indigna de quien la cometió. Sábat es un artista maravilloso y el mejor analista político del país. Su obra admirable requiere de un esfuerzo de interpretación. Sábat tiene derecho a opinar lo que quiera sin que nadie ponga en duda que lo hace de buena fe, como cada acto de su vida, de trabajador austero y obsesivo. Por eso, este sí es un mensaje mafioso. Los admiradores incondicionales del Maestro decimos: No se metan con el Menchi."

Fiel a su costumbre, Sábat se llamó a silencio. Los días posteriores al encendido discurso de la presidenta no atendió a nadie y ni siquiera esbozó una defensa en el diario. Se sentó a trabajar, como cada día, frente al mismo escritorio en el que está ahora, detrás de sus anteojos de marco negro que reafirman su aire de personaje literario, acaso un símil rioplatense del entrañable Pereira, el protagonista principal de la bella novela de Antonio Tabucchi.

"SÁBAT ES UN ARTISTA MARAVILLOSO Y EL MEJOR ANALISTA POLÍTICO DEL PAÍS."

Así como a la poesía no se la define sino que se la reconoce, del mismo modo podemos decir que a Sábat no se lo puede precisar, sino disfrutar. Porque se podrá decir de Sábat que fue nombrado Personalidad Emérita de la Cultura Argentina (1997), o que ganó el premio Moors Cabot (Periodismo, Universidad de Columbia, New York, 1988), el Premio Nacional de Pintura (Montevideo, 1997) y el premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo que dirige Gabriel García Márquez, en 2005. Se podrá decir que publicó veinte libros, que sus dibujos ilustraron las páginas del *The New York Times*, *Libération*, *The New Yorker* y *Fortune*, que hizo decenas de

LO QUE NO ESTÁ NI EN GOOGLE NI EN NINGÚN FOLLETO ES EL HÁLITO DE BONHOMÍA Y SENCILLEZ QUE DESPRENDE SU FIGURA, UN SOPLO DE SABIDURÍA QUE PARPADEA A SU PASO.

muestras con su obra, que fue periodista, editor, corrector, que jugó al fútbol de niño, deporte al que se entrega los domingos para ver a su club, River Plate ("¡Qué bien que juega Lamela!"), que cada mañana se despierta, pone un disco de jazz o de tango ("Me encanta la orquesta de Aníbal Troilo de 1941, con Ástor Piazzolla") y comienza a soltar mariposas con sus dedos.

Se podrán ofrecer muchos datos biográficos, pero lo cierto es que todos están en internet y en las decenas de páginas que existen sobre su vida y su obra. Lo que no está ni en Google ni en ningún folleto es el hálito de bonhomía y sencillez que desprende su figura, un soplo de sabiduría que parpadea a su paso. Tampoco figura en su currículum su incomodidad ante los elogios y los galardones, como si todo aquello que genera resultara un incordio, una distracción inoportuna en su aventura existencial y no, como es natural, la consecuencia inevitable de la obra de un maestro.

Se dice que, por lo general, los dibujantes y los artistas plásticos son sujetos tímidos dados a la introspección y al método, capaces de permanecer hundidos en su tarea mientras el mundo se derrumba. Algo de eso hay en Sábat, sobre todo en su profunda convicción de que es en la tarea diaria y abnegada donde la civilización mejor defiende su especie y que eso, trabajar, es lo que un hombre como él tiene para darle al universo, simplemente porque de algo tiene que vivir.

Sábat, bajo perfil

EL DATO ESCONDIDO

Los dibujos de Albert Hirschfeld, el caricaturista genial que Sábat frecuentó en 1961, esconden una historia curiosa, que comienza en 1945 y que tiene como protagonista a su hija Nina. Cuando la criatura nació, al padre se le ocurrió celebrar la buena nueva con un acto de "sana locura": esconder el nombre de la niña en cada uno de sus dibujos, en lugares muy difíciles de hallar. Las cuatro letras de Nina podían estar en cualquier parte: en sombreros, en zapatos o escondidas en los pliegues más recónditos de la ropa de sus personajes. Instrucciones del juego: ir a Google Imágenes, tipear "Hirschfeld" y ponerse a buscar la palabra NINA en los dibujos. Es una actividad ideal para las tardes de lluvia en un domingo aburrido. Atención al dato: junto a su firma, Albert Hirschfeld siempre escribía un número para indicar la cantidad de veces que el nombre de su hija aparecía en el dibujo.

ONETTI

La relación de Sábat con la literatura es muy cercana. Un ejemplo es *Pesimista Militante*, obra que Hermenegildo consagra íntegramente a su amigo y compañero, el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti. Son veintidós caricaturas que lo muestran tanto en su juventud montevideana como en los tiempos de su exilio en Madrid, donde murió en 1994. El libro es la mirada de Sábat hacia el amigo que, en 1964, lo retrató así en el diario *Acción* de Uruguay: "Sábat tiene talento y ha sido elegido por el destino para terminar en el Museo Nacional de Bellas Artes. ¿Se hará buenito y respetuoso para coronarse con nuestros flacos laureles académicos? ¿Continuará (como deseamos y prevemos) aislado y furioso? Solo queremos aconsejarle a Sábat que se muera de hambre, rodeado por el apetito y afecto de sus deudos, antes de vender el retrato de Marilyn Monroe".

UN LIBRO SANO

Su nombre verdadero es Jean Plantureux, pero eso casi no importa, porque para todo el mundo es, simplemente, Plantu: una institución francesa. Este dibujante, además de ser un crack de la sátira política, es promotor de la iniciativa *Caricaturistas por la paz*. Viene publicando en el diario *Le Monde* desde 1972, y su obra es motivo de tesis doctorales en el país galo.

Ese problema por arreglar, de Plantu. Lom, 2005

UN LIBRO ROTO

Si hay un dibujante de la prensa española que genera un respeto similar al de Sábat, ese es Andrés Rábago, El Roto. Uno de los humoristas gráficos más célebres y ácidos de España, pero también un artista tremendo con una de las miradas más personales en el vasto mundo de la ilustración. El libro recopila varias de sus colaboraciones en el diario *El País*, entre 2004 y 2005.

Vocabulario figurado, de El Roto Mondadori 2006

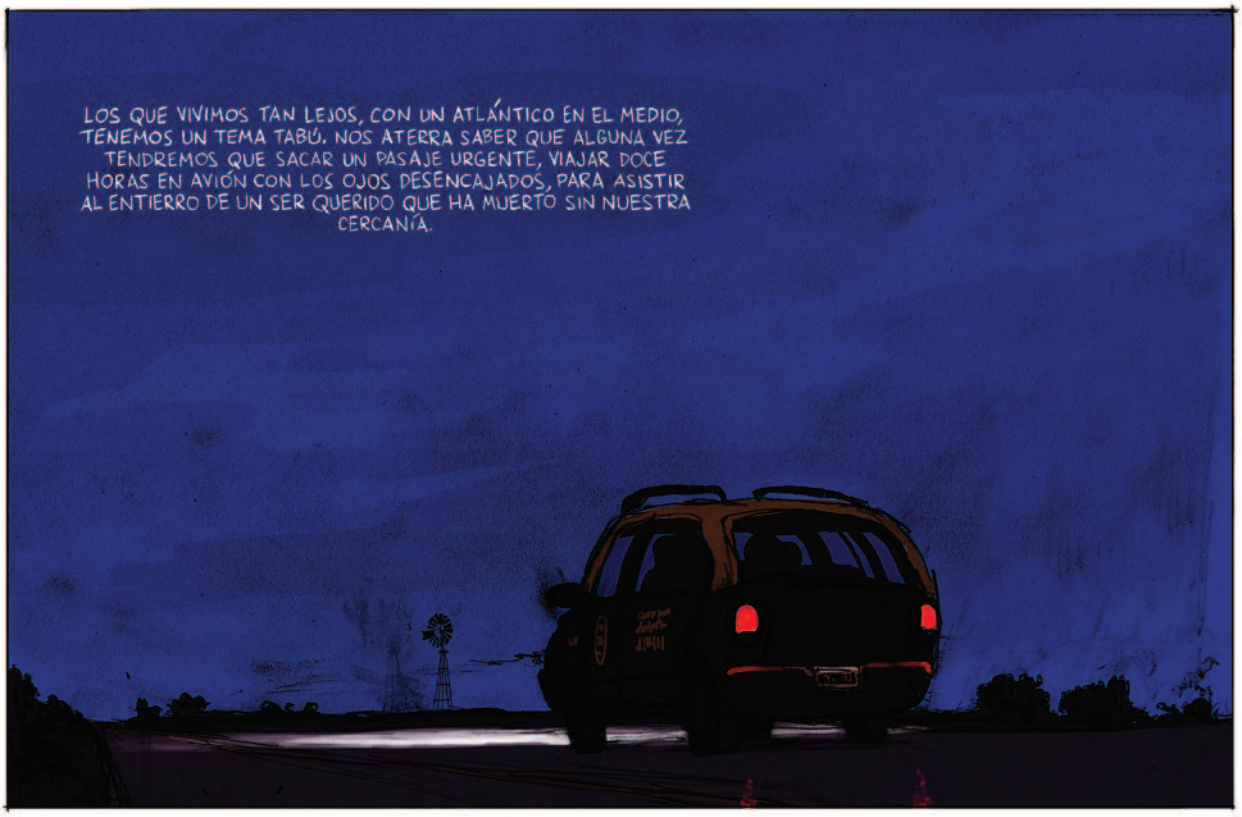
Y UN LIBRO CHIDO

Rius es el seudónimo del prolífico escritor y dibujante mexicano Eduardo del Río, un artista satírico con enorme compromiso político. El libro es una crónica de la obra completa del autor, realizada por él mismo. En estas páginas, además de recorrer sus grandes historietas, Rius también habla del resto de sus publicaciones, entre ellas *Cuba para principiantes* y *El amor en los tiempos del sida*.

Las glorias del tal Rius, de Rius. Grijalbo, 2010

Boca cerrada

Quien no nació en una familia signada por las premoniciones no sabe cuánto sufre el hijo de madre vidente. Desde chico conviví con lo esotérico sin desearlo en absoluto. Así como otros niños asumen que han nacido en una familia de carpinteros, o de intelectuales, o incluso de ciegos, yo asumí muy temprano que si mi madre abría la boca era para anticipar el destino. Mi juventud fue un infierno. Supe de muertes, de desgracias y de felicidades mucho antes de que ocurrieran. Una tarde del año 2000 ya no soporté más y decidí dejar Argentina para siempre. Soñaba con tener una vida normal, sin adelantamientos trágicos. Quería una historia de amor con final incierto, una mascota con la que poder encariñarme a ciegas, un Mundial de fútbol con semifinales inesperadas. No sabía bien a dónde ir, pero sería a un sitio en donde mi madre tuviera la boca cerrada.


LOS QUE VIVIMOS TAN LEJOS, CON UN ATLÁNTICO EN EL MEDIO, TENEMOS UN TEMA TABÚ. NOS ATERRA SABER QUE ALGUNA VEZ TENDREMOS QUE SACAR UN PASAJE URGENTE, VIAJAR DOCE HORAS EN AVIÓN CON LOS OJOS DESENCAJADOS, PARA ASISTIR AL ENTIERRO DE UN SER QUERIDO QUE HA MUERTO SIN NUESTRA CERCANÍA.

NO ES UNA POSIBILIDAD, ES UNA VERDAD TRÁGICA QUE NOS ACECHA CADA VEZ QUE SUENA EL TELÉFONO DE MADRUGADA.
04:52
RING RING RING

TENÉS QUE VENIR
¿QUÉ PASA?
PAPÁ SE MUERE...
...
MAMÁ... ¿ESTÁS SEGURA?
LO PREGUNTÉ SIN NECESIDAD.
TE ESTOY DICIENDO QUE SE MUERE

...
ÉL TODAVÍA NO SABE.
NO LE DIGAS...
NO HAGAS COMO SIEMPRE.
NO SÉ QUÉ HACER, HERNÁN...
TENÉS QUE VENIR.
¿PUDISTE VER CÓMO SE MUERE...
SNIF
...CUÁNDO?
ACCIDENTE DE TRÁFICO, MAÑANA VIERNES.
TENÉS QUE VENIR.
¿QUÉ PASA?
¿QUIÉN HA LLAMADO A ESTAS HORAS?
¿POR QUÉ TIENES ESA CARA?
04:54
CLACK
LA MADRE DE TODAS LAS DESGRACIAS
UN RELATO DE HERNÁN CASCIARI
ADAPTADO A HISTORIETA POR JUAN SÁENZ VALIENTE

DESDE CHICO CONVIVÍ CON LO ESOTÉRICO, NO ME PARECÍA NADA DEL OTRO MUNDO.

UNA VEZ, A LOS ONCE AÑOS...

DOS DÍAS MÁS TARDE, EN LA ESCUELA, ME ENTREGARON EL BOLETÍN, LLENO DE MALAS NOTAS.

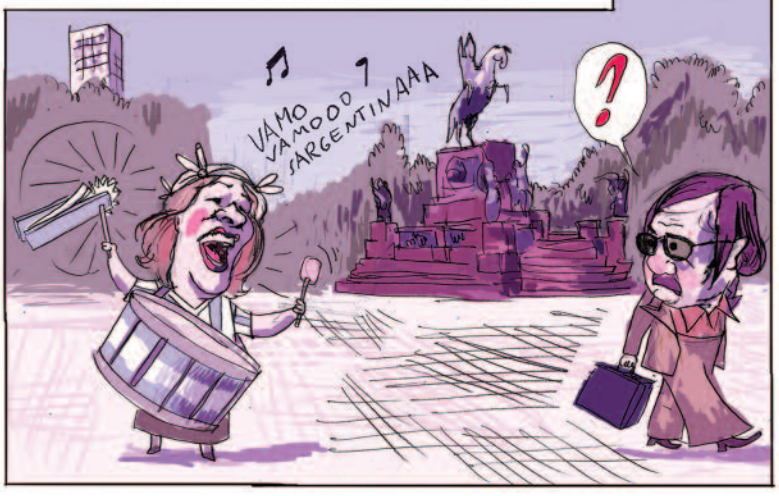
CUANDO SE LO DI, NO LE HIZO FALTA MIRARLO.

AL EMPEZAR A ENTRAR EN OTRAS CASAS Y CONOCER A OTRAS MADRES, ME LLAMÓ SIEMPRE LA ATENCIÓN QUE LAS DEMÁS SEÑORAS NO TUVIESEN NI UNA PIZCA DE PERCEPCIÓN EXTRASENSORIAL.

ASUMÍ MUY TEMPRANO, SIN DESEARLO EN ABSOLUTO, QUE MI MADRE PODÍA ANTICIPAR EL DESTINO. UNA VEZ, ME COMPRÉ UN CACHORRO, Y CUANDO LLEGUÉ A CASA...

SIEMPRE ME ARRUINÓ, SIN QUERER, TODOS LOS MUNDIALES DE FÚTBOL...

1986, CASI UN MES ANTES DE QUE EMPEZARA EL DE MÉXICO...



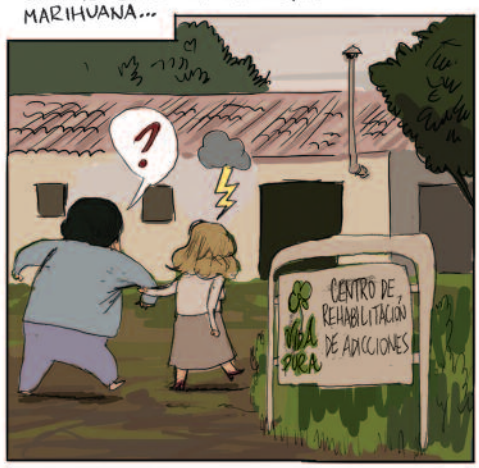
EN EL '90 EN CAMBIO, DESDE ABRIL...

Y CUATRO AÑOS MÁS TARDE, LA TARDE DEL PARTIDO INAUGURAL, DIRECTAMENTE NOS DIJO

PERO LO PEOR DE TODO ERAN SUS PREMONICIONES PERSONALES. LAS MADRES CORRIENTES SIEMPRE ESTÁN EN CONTRA DE LAS NOVIAS DE SUS HIJOS, ES VERDAD, PERO COMO MUCHO DICEN

CUANDO YO LE PRESENTABA UNA NOVIA A CHICHITA, ELLA IBA MUCHO MÁS LEJOS

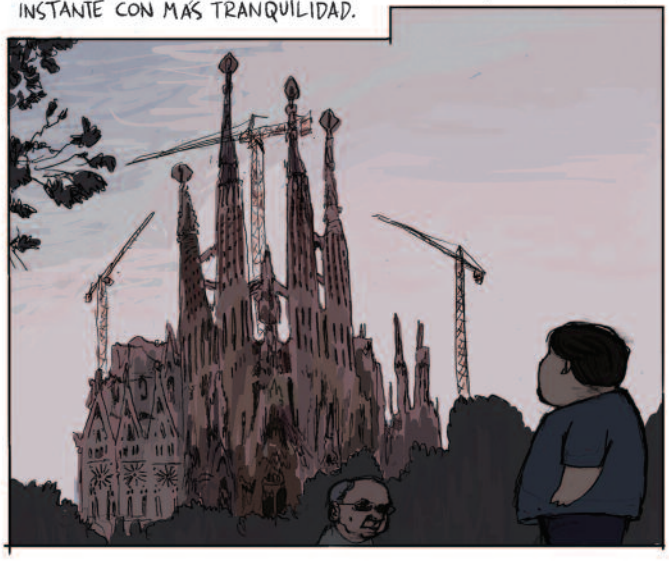
MI JUVENTUD FUE UN INFIERNO. SUPE DE MUERTES, DE DESGRACIAS, DE FELICIDADES Y DE PREMIOS LITERARIOS MUCHO ANTES DE QUE OCURRIERAN. JUSTO SEIS MESES ANTES DE QUE YO EMPEZARA A COQUETEAR CON LA MARIHUANA...



UNA TARDE DEL AÑO 2000 YA NO SOPORTÉ MÁS

DECIDÍ DEJAR ARGENTINA PARA SIEMPRE. SOÑABA CON TENER UNA VIDA NORMAL, SIN ADELANTAMIENTOS TRÁGICOS. LLEGUÉ A CASA CONVENCIDO DE QUE HABÍA QUE TOMAR UN NUEVO RUMBO. YA PENSARÍA CUÁL. CUANDO ENTRÉ A MI HABITACIÓN...

NO QUIERO DECIR QUE ME VINE A ESPAÑA SOLO POR ESO. HUBO MUCHOS OTROS FACTORES. PERO TAMBIÉN ES VERDAD QUE AQUÍ, A DOCE MIL KILÓMETROS, LEJOS DE SUS VATICINIOS, HE VIVIDO CADA INSTANTE CON MÁS TRANQUILIDAD.



RECUERDO EL DÍA QUE VI EN DIRECTO MI PRIMER GRAN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO.

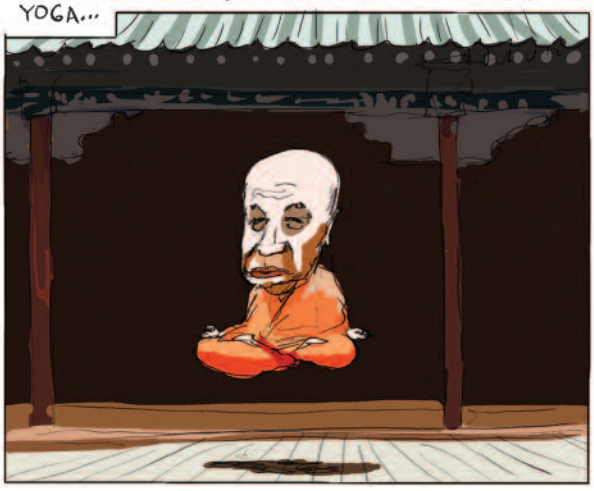
¡QUÉ ALEGRÍA ENORME FUE PADECER UNA TRAGEDIA AL MISMO TIEMPO QUE EL RESTO DEL MUNDO!

YO NUNCA LE HABÍA HABLADO CON FRANQUEZA A CRISTINA SOBRE LOS PODERES DE MI MADRE. YO NO QUERÍA QUE MI MUJER ME CREYESE LOCO, NI MENTIROSO NI, LO QUE ES PEOR, DEMASIADO LATINOAMERICANO.

MI ESPOSA ES EUROPEA, Y A TODAS LAS COSAS RARAS QUE YO LE CUENTO SOBRE MI JUVENTUD EN ARGENTINA LAS RESUELVE DE DOS MANERAS: O ME DICE

O ME DICE

ODIO ESE PREJUICIO. ¿POR QUÉ SI UN ASIÁTICO LEVITA ES YOGA...



...PERO SI LEVITA UN COLOMBIANO ES UN CUENTO DE GARCÍA MÁRQUEZ? HAY MUCHO RACISMO INTELECTUAL EN EUROPA.

¿CÓMO PODÍA CONFESARLE, ENTONCES, QUE SU PROPIA SUEGRA PODÍA VER EL FUTURO CON UNA CLARIDAD DEMOLEDORA? ¿CUÁL ES EL MODO CORRECTO DE DARLE SEMEJANTE NOTICIA A UN EUROPEO DE CLASE MEDIA?

EL RELOJ CORRÍA EN MI CONTRA Y YO QUERÍA ESTAR ALLÍ PARA EL ENTIERRO, AL MENOS. TENÍAMOS QUE VIAJAR. SÍ O SÍ. Y YO DEBÍA DARLE A MI MUJER UNA RAZÓN LÓGICA, PRIMERMUNDISTA.

MIS PROPIAS OMISIONES, MIS VERGÜENZAS, ME HABÍAN ACORRALADO.

DECIDÍ OFRECERLE A CRISTINA UNA MENTIRA ESCONDIDA ENTRE DOS VERDADES. ES UNA TÉCNICA A LA QUE TAMBIÉN LLAMO SÁNGUCHE PIADOSO.

ESE MISMO JUEVES CONSEGUIMOS DOS PASAJES CARÍSIMOS, SIN ESCALAS, PARA BUENOS AIRES.

DURANTE EL VUELO LE DIJE A CRISTINA LA VERDAD. A NUEVE MIL PIES DE ALTURA YA NO ERA NECESARIO MENTIR.

¡¡ESTAMOS TIRANDO CUATRO MIL EUROS EN BILLETES SOLO PORQUE TU MADRE ESTÁ LOCA?
NO ESTÁ LOCA. NUNCA HA FALLADO UN VATICINIO, JAMÁS EN LA REPUTÍSIMA VIDA.
¡NOS ESTAMOS GASTANDO LOS AHORROS! ¿CÓMO PUEDES CREER EN ESAS COSAS?
CREO EN LO QUE VEO, CRISTINA. NO ME IMPORTA SI ES SOBRENATURAL. YO SOY INCAPAZ DE CREER QUE UN APARATO DE ESTOS PUEDA VOLAR CON DOSCIENTAS PERSONAS ADENTRO, Y SIN EMBARGO ME SUBO.
¡NO ES LO MISMO!
SÍ ES LO MISMO. MI MAMÁ VE PARA ADELANTE, NO FALLA NUNCA. HE VISTO CAERSE AVIONES, PERO MI VIEJA NO FALLÓ JAMÁS.
...
SOLO TE DIGO UNA COSA: SI TU PADRE NO SE MUERE, OLVÍDATE DE MÍ. Y DE LA NIÑA.
MÁS TE VALE QUE TU PADRE SE MUERA HOY
GLUP

FUE UN VIAJE TRABADO, DENSO, EN EL QUE NO PUDE DISFRUTAR DE UN PAISAJE QUE HACÍA CUATRO AÑOS QUE NO CONTEMPLABA.

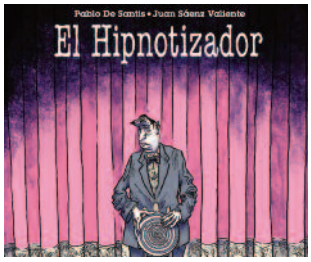
TUVE GANAS DE QUE CRISTINA ME ABRAZARA

ENTONCES APARECIÓ MI BARRIO, LAS CASAS DE MIS AMIGOS...

EL CHOQUE FUE JUSTO AHÍ, EN LA ESQUINA DE LA TREINTA Y CINCO Y LA CUARENTA. MI PAPÁ VENÍA A PIE DESDE LA CASA DE UN CLIENTE. LO AGARRAMOS DE LLENO, A LA ALTURA DE LA CADERA.

HERNÁN CASCIARI + JUAN SÁENZ VALIENTE / 2011

La madre de todas las desgracias



VALIENTE

Juan Sáenz Valiente es uno de los mejores dibujantes e ilustradores jóvenes de Argentina, y del mundo. Dibujó *El hipnotizador*, una serie novelada con guiones de Pablo De Santis para la revista *Fierro*, y la historieta *Sarna*, escrita por el gran Carlos Trillo y publicada por el sello francés Albin Michel. Reacio a los blogs, se tomó un tiempo prudencial para que sus trabajos tuvieran presencia en internet, hasta que finalmente en 2010, ante la insistencia de amigos y familiares, abrió uno (su nombre, blogspot punto com). Por estos días lleva adelante una miniserie para el canal Encuentro de Argentina, nada menos que junto al escritor Pedro Mairal. En cada capítulo, ambos muchachos se proponen transformar una novela argentina en su versión historieta. El programa se llama *Impreso en Argentina*, y los episodios emitidos hasta el momento están disponibles en descarga directa.

EL GESTO DE LA MUERTE

Hay un hermoso cuento persa escrito por Jean Cocteau, en el que la tragedia del presagio autocumplido también se hace presente, de un modo parecido a la trama de la historieta de Sáenz Valiente. En lugar de explicar el cuento (como es corto) lo transcribimos textual:

Un joven jardinero persa dijo a su príncipe: “Sálvame, señor! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán. Ayúdame a huir de ella”. El bondadoso príncipe le prestó sus caballos para que huyese de la muerte. Por la tarde, el principe encontró a la Muerte en su jardín y le preguntó: “Esta mañana, ¿por qué le hiciste a mi jardinero un gesto de amenaza?”. “No fue un gesto de amenaza”, respondió la Muerte, “sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y es allí donde debo encontrarlo esta noche”.

UN LIBRO
Como anticipó el Oráculo de Delfos, Edipo no puede escapar a su destino y se termina convirtiendo en el asesino de su padre y en el esposo de su propia madre. Cuando descubre la verdad se quiere matar, pero no se mata. Lo que hace es quitarse los ojos con sus manos y salir corriendo de Tebas hacia el destierro más cruel. Un clásico que, todavía, nos sigue rompiendo la cabeza.
Edipo rey, de Sófocles
fecha desconocida

UNA SERIE
Este episodio de Alfred Hitchcock Presents —el segundo de la tercera temporada—, habla de cartas misteriosas con predicciones que se cumplen: resultados deportivos, por ejemplo, e infalibles inversiones en la bolsa. Pero detrás de los vaticinios hay una simple fórmula matemática; un engaño más viejo que Matusalén que todavía sorprende.
Mail Order Prophet (CBS)
Alfred Hitchcock Presents

UN BLOG
Durante muchos meses de 2005, Juan Dámaso, vidente online, expuso vaticinios delirantes y se encargó de responder consultas de sus seguidores. Cosechó miles de fanáticos y sus predicciones llegaron a la MTV de España. Parte de su actividad todavía se puede leer online. La última de las profecías (“¡Vaticino que el Juani se va de vacaciones!”), es del jueves 14 de julio de 2005 y se cumplió. ¿Volverá?
Juan Dámaso, vidente
Donjuan.bitacoras.com

Bongós

La historia contemporánea lleva, escondido, un ritmo interno. Nadie es capaz de escucharlo porque el presente, rabioso, es un continuo bombardeo de ruidos y pedorretas sin gracia. Pero el ritmo está. Siempre hay manos que llevan el ritmo de los tiempos. Cuando pasan los años y contemplamos la Historia en perspectiva, el ritmo aparece inconfundible. Hace exactamente veinte años, entre julio y septiembre de 1991, se editaron en el mundo cinco discos. En ese momento nadie supo que eran obras que cambiarían la forma de oír música y de vestir. Nirvana publicó *Nevermind*. Red Hot Chili Peppers puso a la venta *Blood Sugar Sex Magik*. Apareció *Ten*, de Pearl Jam. Los Guns N'Roses editaron *Use your illusion*. Y Metallica trajo al mundo su *Black Album*. Ninguno de estos músicos se puso de acuerdo ni sincronizó los relojes. Pero en menos de cien días habían plasmado el ritmo de la época.

CINCO

DISCOS

Escribe **Leonardo Ferri**

Ilustra **Martín Tognola**

Hay cosas que no recuerdo.
Mi memoria sabe poco de mi niñez, aunque un poco más de mi adolescencia. En 1991 yo tenía diez años, y vivía en ese limbo etario en el que uno empieza a definir sus gustos, hace sus propias elecciones de lecturas y disfruta las primeras músicas. No puedo precisar qué música escuchaba en 1991, pero de seguro no era rock, porque sí recuerdo bien cómo y cuándo llegó el rock a mi vida: fue casi al final de 1992 —el día en que Guns N' Roses daba su primer recital en la Argentina— que la televisión mostró en directo aquella banda iniciadora para mí. Lo recuerdo bien porque ese fue también el día en que besé por primera vez a la chica que me gustaba. En aquel entonces, mi vida de preadolescente de clase media argentina se limitaba a ir al colegio, grabar casetes con la música que pasaban en la radio, andar en bicicleta y jugar al fútbol. No mucho más.

GUNS N' ROSES
GUNS N' ROSES

Por algún motivo que desconozco, el fútbol dejó de interesarme.

Además de ese primer beso con Natalia, recuerdo haber visto aquel noticiero de 1991 que anunciaba "Empezó la guerra", la primera transmitida en directo por televisión. Mientras Estados Unidos y sus aliados bombardeaban Irak y todavía no quedaba muy claro quién era ni qué tan malo era Saddam Hussein, un grupo de policías cagaba a palos a un negro llamado Rodney King y, al otro lado de la ideología, los rusos metabolizaban el paso del comunismo a la democracia. Fue el mismo año en que Magic Johnson anunciaba al mundo que padecía HIV, y que Freddie Mercury moría a causa de la misma enfermedad, y que Boca seguía sin salir campeón en la Argentina. En Latinoamérica había presidentes como Menem, Collor de Mello, Fujimori y César Gaviria; y el mundo se enteraba de quién había matado a Laura Palmer el día en que terminaba *Twin Peaks*, la gran serie de David Lynch, que en la Argentina se vería por televisión un año después, porque todavía internet era solo una idea, y la televisión se miraba en el televisor, sin segundas opciones.

Todavía existían los VHS, los casetes y las doble caseteras.

Los discos compactos eran brillantes y modernos.

Los celulares eran gigantescos.

Los canales de cable no eran más de treinta, y MTV pasaba casi exclusivamente videoclips.

Y todavía faltaban diez años para que dos aviones se deshicieran contra las Torres Gemelas.

Pero hubo otra explosión, otro tipo de detonación diferente. Quizás la última gran revolución sonora. Durante agosto y septiembre de 1991, hace ahora exactamente veinte años, la Costa Oeste de Estados Unidos fue un hervidero musical. Casi en un mismo lugar, y casi al mismo tiempo.

Nirvana editó *Nevermind*.

Y Pearl Jam, *Ten*.

Y Metallica publicó su *Black Album*.

Y Guns N' Roses lo hizo doble, con *Use Your Illusion*.

Y Red Hot Chili Peppers editó *Blood Sugar Sex Magik*.

No hace falta ser muy despierto para darse cuenta de que algo intenso pasaba ahí.

Cuando mi hermana mayor cumplió quince años le regalé el CD de *Use Your Illusion II*, el de la tapa azul, el mismo que más tarde se convertiría en mío por decantación, y que hoy conservo en mi discoteca.

—Vos tenés un disco que es mío —me dice, todavía hoy, mi hermana.

—Para vos es lo mismo uno nuevo —le digo yo—. *Ese* es el original de la época, el importado, y para mí vale mucho. Te compro otro.

HACE AHORA EXACTAMENTE VEINTE AÑOS, LA COSTA OESTE DE ESTADOS UNIDOS FUE UN HERVIDERO MUSICAL.

Mis padres, en cambio, le regalaron *Romance*, de Luis Miguel. En los primeros noventa, regalar un compacto era algo bastante original, sobre todo porque el formato recién empezaba a popularizarse. Y si bien los Guns N' Roses ya habían golpeado las puertas del cielo con *Appetite for Destruction* —su primer y fundamental disco— era la primera vez en la historia que una banda publicaba dos discos en simultáneo. Aunque en realidad fueron cuatro, porque el vinilo era todavía un formato de calidad, y para lograr meter las treinta canciones que sumaban entre ambos, fueron necesarios dos LP para cada álbum. Pero en mi casa no había bandeja y sí había un flamante minicomponente que todavía hoy funciona, aunque ya no lee CD's. Las ventajas de lo digital tenían como límite el hecho de que el láser dejara de funcionar.

Los Guns ya eran bastante populares. Tanto como para que los chicos un poco mayores que yo usaran pañuelos en la cabeza (como Axl, el paradigma rockero del momento) como para que el (hoy ex) presidente Carlos Menem los tildara de "forajidos" durante aquella primera visita al país. La leyenda decía que durante un concierto en Francia, el cantante Axl Rose había quemado una bandera argentina. Los diarios y noticieros habían amplificado la noticia a tal punto que todos la dieron por real, incluso el Jefe de Estado. Pero, como era de esperarse, era falso, y sin YouTube de por medio era casi imposible ver videos y filmaciones en tiempo más o menos real.

Durante esos años los Guns fueron apodados

NIRVANA
SONIC YOUTH

como "la banda más peligrosa del mundo", un poco por su comportamiento fuera del escenario, y otro poco por lo que hacían sobre él (ambas cosas a veces eran las mismas). Más allá de los escándalos que —como buenas estrellas de rock— sabían generar, los Guns hacían buena música, y habían logrado concretar una obra extensa y compleja, tanto desde lo musical como en lo referente a su realización. Fue durante la intensa y prolongada grabación del disco que comenzaron a surgir los problemas entre Axl y Slash, Axl e Izzy (el otro guitarrista) y Axl con todos. La ciclotimia y el ego del cantante desorientaban al resto de la banda al punto que —cuando terminó la gira de presentación, que duró más de dos años— la banda comenzó a desintegrarse, y los músicos renunciaron uno a uno.

Al combo *sexo, drogas y rock and roll* de aquel primer disco, la banda sumó elementos de blues, country y de rock tradicional americano. Rose, por su parte, aportó sus propios traumas y recuerdos de una infancia (o un padre) que lo había golpeado duro. El cantante parecía ser uno de esos tipos que estaba obligado a sufrir para mostrar su arte y su genialidad. Sufría en "Don't Cry", sufría en "November Rain", y sufría en "Estranged". Y esa angustia quedó plasmada en una trilogía de videoclips millonarios, barrocos y trágicos que MTV puso en rotación permanente.

Dos de esas canciones —"Don't Cry" y "November Rain"— funcionaban muy bien a la hora de los lentos, en los bailes escolares donde las jovencitas, vestidas de mujeres fatales, llevaban la comida, y los casi hombrecitos (como yo), la bebida. En los casetes que supe compilar para tales eventos tampoco faltaban "Yesterdays", "Knockin' on Heaven's Door" y "Live and Let Die", los hits que sonaban en todas las radios. Pero un poco después uno terminaría por darse cuenta de que había muchas otras buenas canciones, como "You Could Be Mine" (el videoclip con Schwarzenegger como *Terminator* era sublime), "Civil War", "Pretty Tied Up" y "Back Off Bitch". Fue entonces que aprendí que, a veces, hay que desconfiar de los rankings y las radios.

Estar triste no estaba del todo mal. Una generación entera llevó el desencanto y la angustia como una bandera militante durante el poco tiempo que duró la onda expansiva de la explosión grunge. Todo lo relacionado con mujeres y diversión (temáticas muy propias del rock de los ochenta) dejó de vender, y la atención se trasladó hacia Seattle, que a fines de esa década era más conocida por ser la capital mundial de los asesinos seriales que por sus bandas. En una ciudad aburrida —en la que todos coincidían en decir que "no pasaba nada"— nombres como Charles Manson (solía vacacionar ahí junto a su familia) y Gary Ridgway (el mayor asesino en serie de la historia de los Estados Unidos, con cuarenta y ocho mujeres como víctimas) lograron darle algo de triste celebridad.

Y nadie expresó tan bien como Nirvana la frustración y la desesperanza de una generación. Kurt Cobain y Krist Novoselic se habían conocido en Aberdeen, un pueblito del mismo estado de Washington, donde no había mucho para hacer. En un lugar donde las lluvias son casi permanentes, juntarse en algún sótano a tocar canciones parecía ser un buen plan. Y todo resultó mejor aún cuando la banda firmó con un sello independiente (Sub-Pop) y grabó *Bleach*, su disco debut, por la suma de seiscientos seis dólares.

Nirvana era punk, pero un punk atravesado por la genialidad pop de un Cobain, admirador de John Lennon.

—No quiero doblar voces —se emperraba Cobain—. No suenan naturales.

—Eso hacía John —le decía Butch Vig, el productor de *Nevermind*.

Y Kurt terminaba aceptando.

El desencanto de la Generación X estaba en contra del modelo de sociedad consumista que se había popularizado en la década anterior, y contra eso luchaban los jóvenes. Kurt sintió que de pronto estaba inmerso en ese sistema, y sufrió la culpa de haber grabado un disco demasiado perfecto para ser punk, y de haber vendido millones de copias en el mundo, a caballito de "Smells Like Teen Spirit", una canción simple, anárquica y perfecta a la vez. Tan perfecta como todo el disco: *Nevermind* no tenía fisuras, puntos débiles ni canciones de más. Las había rabiosas, melódicas, sombrías y catárticas. Nirvana creó un disco tan intenso y vertiginoso como lo fue su breve existencia. Pero la culpa de Kurt por sus millones y por haberse convertido en el portavoz de una generación pesó más. ¿Acaso alguien está preparado para la fama repentina con solo veinticuatro años? Tres años después de aquel

The Who

estallido inicial, en medio de unos insoportables dolores de estómago, que los médicos nunca pudieron diagnosticar, y una adicción a la heroína en la que cada vez estaba más sumergido, Cobain decidió no extinguirse de a poco, arder de golpe y, según la versión oficial, se pegó un tiro con su escopeta en su casa de Seattle.

Si mis cálculos no fallan, debo haber conocido a Nirvana poco antes que dejara de existir. Mi amigo Gonzalo, que era un poco mayor que yo y tenía el oído atento, me había prestado *Nevermind*. La tapa con el bebé sumergido en la pileta era genial, y ya por eso merecía ser escuchado. Recuerdo el riff inicial, y haberme sentido cautivado por los alaridos ardientes de Cobain, que parecía romper su garganta en cada canción. Intenté hacer que mi guitarra criolla sonara tan encantadoramente mal como la de "Polly", y practiqué la intro de "Come As You Are" hasta que me salió, o al menos eso imaginé. Vi esos videos en los que Cobain rompía sus guitarras y se zambullía sobre la batería de Grohl, y años después supe que Pete Townshend, de The Who, lo había hecho primero. Quise entender las letras, saber de qué hablaba el portavoz de la Generación X, el propulsor de la movida de Seattle, pero no entendí, sino hasta bastante tiempo después, que Cobain la mayoría de las veces disfrutaba jugando con el doble sentido, la ironía y el humor absurdo, y que las letras no le parecían lo más importante de la canción. "Primero está la música, después todo lo demás", explicaba.

A partir de aquel estruendo, Seattle comenzó a ser todo menos una ciudad. Era una marca, un estilo, un sonido, una moda y cualquier cosa que sirviera para vender revistas y ocupar horas de programación. De buenas a primeras, la ciudad que hasta ese momento solo había parido a Jimi Hendrix tenía un montón de músicos y montones de buitres que buscaban nuevas bandas para madurar de un golpe. Y aunque allí todo sucedía a puro vértigo, acá todo tardaría un poco más en llegar. Soundgarden, Alice in Chains y Stone Temple Pilots aparecieron en aquel tiempo (y todas se separaron y volvieron a reunir hace pocos años). Pero otra vez mi amigo Gonzalo sería mi influencia con *Ten*, de Pearl Jam.

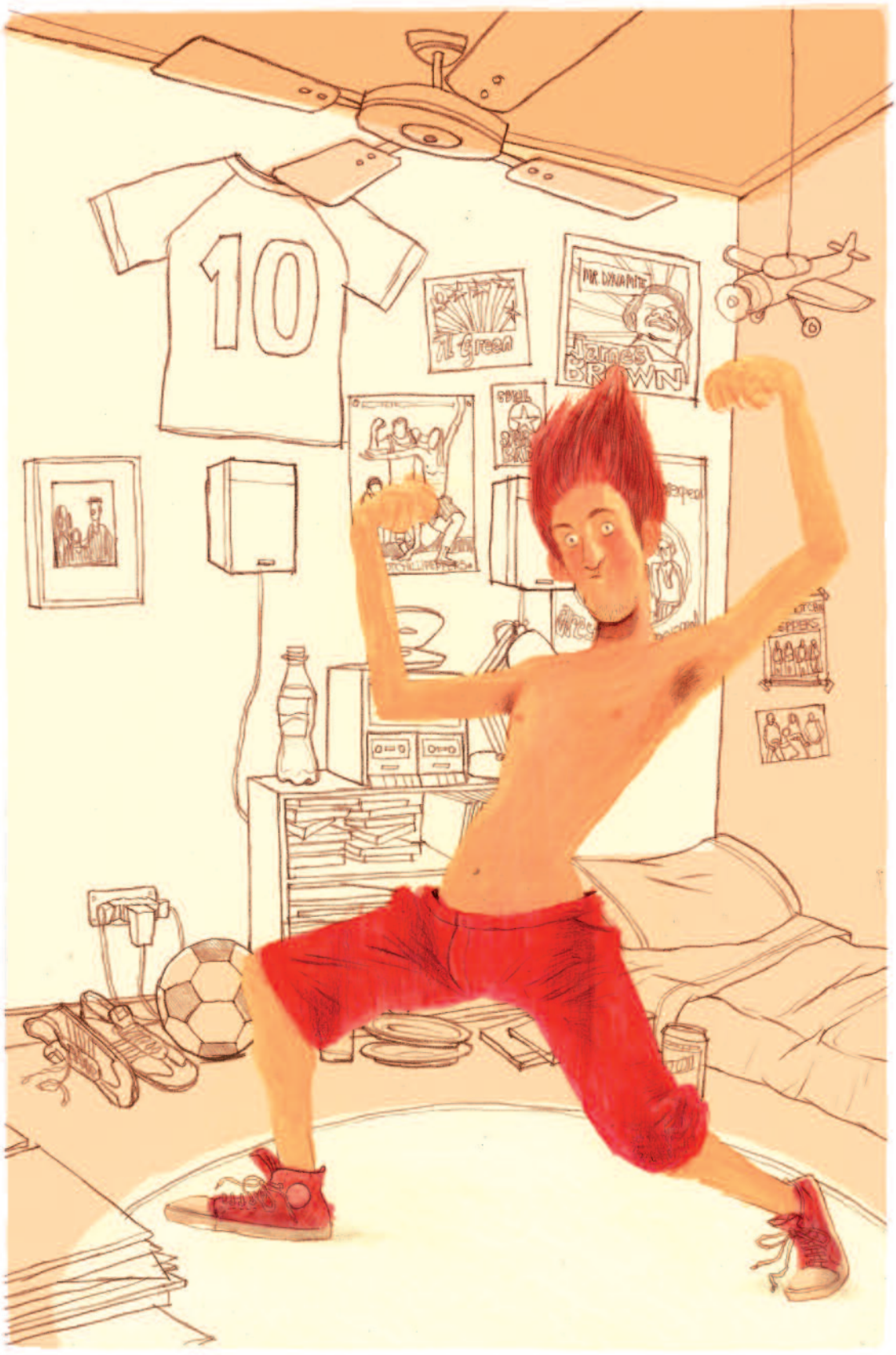
Los Pearl Jam se vestían un poco diferente, parecían más serios que el resto, y más enojados también. El cantante Eddie Vedder hacía caras raras mientras cantaba, y quizás desafinaba un poco, pero tenía mucha —demasiada— onda. Era curioso leer en las revistas que todas estas bandas hacían grunge, porque no se parecían demasiado. Con Pearl Jam era más fácil saber qué pensaban, de qué hablaban sus canciones. "Even Flow" decía cosas sobre la gente que vive en la calle, "Alive" sobre la muerte, "Oceans" sobre el mar y el surf, y "Jeremy" relataba la historia de un chico que se suicidó frente a sus compañeros de colegio. Su video era impactante, y más tarde sería censurado por MTV por ser demasiado explícito.

La apatía y el grunge tenían una relación simbiótica. ¿Pearl Jam debía ser una banda feliz ahora que ganaban millones, recibían premios y pasaban sus videos por televisión? Quizás debía, pero no lo hizo, y se enfrentó con todo el que intentó decidir por ellos y presionarlos para que hicieran algo. Eligieron no grabar videos, y cancelaron una gira cuando supieron que Ticketmaster cobraba un plus por cada entrada vendida.

La Costa Oeste estaba tan saturada de grupos, que muchas veces compartían músicos entre ellos. Y los casi dos mil kilómetros que separan Seattle de Los Ángeles no fueron un obstáculo para Jack Irons, uno de los nombres fundamentales por detrás de la historia en común que tienen Pearl Jam y los Red Hot Chili Peppers. A principio de los ochenta, Irons formaba parte (junto a Flea, Alain Johannes y Hillel Slovak) de What Is This?, la banda que luego mutaría en los Peppers.

Al mismo tiempo, en Seattle, el bajista Jeff Ament y el guitarrista Stone Gossard intentaban formar una banda, sin la suerte de tener a Irons como baterista, pero con la fortuna de haber logrado que este les presente a un cantante llamado Eddie Vedder. Años después, Irons terminaría por sentarse en la batería de Pearl Jam, y el círculo cerraría perfecto.

Red Hot Chili Peppers era una banda con una buena reputación de funk rockers hiperquinéticos y heroinómanos. El cantante Anthony Kiedis y el bajista Flea se habían conocido en la secundaria, y aún hoy son los dos únicos miembros originales de la banda. Tanto


10
MR. DYNAMITE
James BROWN

Slovak como Irons se habían incorporado a la banda en distintos momentos, pero cuando Slovak murió de una sobredosis de heroína, Irons renunció a la banda, y sus reemplazantes fueron los que terminaron por definir su sonido: el baterista Chad Smith y el guitarrista John Frusciante. En 1991 la banda ya tenía casi una década de historia, y con esta formación habían grabado el exitoso *Mother's Milk*.

Mi amigo Leandro fue el primer fanático de esta banda que conocí. Aunque él diga hoy que no lo es, yo creo que alguien que se hace los mismos tatuajes que Flea en la espalda y el tobillo, lo es. Como sea, fue Leandro quien me contó que para hacer *Blood Sugar Sex Magik*, los Peppers habían alquilado una casa que usaron como estudio, y vivieron ahí durante todo el tiempo en que duró la grabación. Incluso se decía que la casa estaba embrujada. Mi amigo también insistía en que muy en el fondo de una canción podía oírse el ruido de un auto que pasaba (cosa que nunca pude comprobar), o cómo Kiedis aclaraba su garganta con una suculenta escupida antes de cantar (eso sí lo escuché, cuando empieza el disco).

Sus videos eran geniales. Los chicos los mirábamos porque nos gustaban los tatuajes, y las chicas los miraban porque les gustaba ver a Anthony en cueros. Y por la música, claro. En este disco los Peppers dejaban de ser solo una banda de funk metal, con canciones como "Breaking the Girl", "I Could Have Lied" y "Under The Bridge". La crítica los alabó y el público los hizo populares, y sería Frusciante quien no soportaría la presión de tener que cumplir con una agenda de compromisos, y de a poco se fue envolviendo en su propia locura y su adicción a la heroína, hasta que abandonó la banda en medio de una gira.

El ir y venir de músicos terminaría por repercutir en la escena. A mitad de los ochenta, en el estado de California convivían el funk de los Peppers, el hard rock de Guns N' Roses y el glam metal de bandas como Mötley Crüe y Ratt. Pero la marca más violenta la dejó un género que combinaba los elementos del metal más clásico con la velocidad y furia del punk. No fue Metallica quien inventó el trash, pero sí fue el grupo que supo desarrollarlo y llevarlo hacia la masividad.

Metallica era una banda con una merecida reputación de borrachos quilomberos y ruidosos. Al igual que los Red Hot Chili Peppers, ya habían grabado cuatro discos, pero con un sonido muy distinto al que los haría famosos. El propio cantante James Hetfield admitiría después —en el momento de comparar al *Álbum Negro* con sus predecesores— que había buenas ideas, pero mal concretadas. Y junto al baterista Lars Ulrich (los dos jefes de la banda) eran grandes cabezaduras que solo sabían hacer las cosas de una manera: la propia. Pero dejó de suceder cuando Bob Rock, que había trabajado con bandas como Bon Jovi y Mötley Crüe, fue elegido productor artístico. ¿Había acaso un mejor apellido que *Rock* para que Metallica convirtiese su bola de ruido trash en su gran obra maestra?

El mérito de Rock fue enfrentar a la banda y decirles cómo tenían que hacer las cosas, y presionarlos hasta lograr lo que buscaba. Después de *Metallica* (el álbum), el heavy metal nunca fue el mismo. Todas las bandas que surgirían desde entonces tomarían como ejemplo su sonido. Y fue una canción —"Enter Sandman"— la que marcó el tono de un disco que resulta irresistible y asfixiante. La temática de las pesadillas, el riff siniestro del comienzo, esa voz que parece hablarte cada vez que dice "olvídate de ese ruido, solo es la bestia que está debajo de tu cama, en tu armario y en tu cabeza" hacían de Metallica la banda perfecta para temer, al menos mientras uno tuviese diez años.

En 1991 mi cerebro no era capaz de decodificar el rock pesado y, para ser honesto, esa imagen de vikingos salvajes me daba un poco de miedo. Si bien ya conocía las clásicas baladas del disco ("Nothing Else Matters" y "The Unforgiven"), llegué por completo a la máxima obra de Metallica al mismo tiempo en que ellos entraron en decadencia, o en su etapa menos festejada, la del disco *Load*. El formateo cerebral llegó a los quince o dieciséis años, cuando empecé a escuchar el heavy metal que pasaban en *Tiempos Violentos*, un programa de radio nocturno no comercial de la FM Rock & Pop, conducido por Alejandro Nagy, Gustavo Olmedo y Miguel Mora, tres tipos que parecían saber todo de música, y que me influenció como ningún otro.

HENRY ROLLINS
HAYER
METALLICA
törhead

Llegué tarde. No puedo culparme, ni culpar a mis padres por haber demorado su encuentro, casamiento y posterior consumación de mi concepción, no. Queda claro que no es necesario haber vivido los hechos para poder contarlos, porque si así fuese, no existirían los historiadores ni Stephen Hawking podría teorizar sobre el big bang. Pero a pesar de eso —y ya que en 1991 tenía solamente diez años— no hubiera estado mal tener tres o cuatro más. Hace no mucho un compañero de trabajo una década menor que yo se sorprendió al enterarse de que los de mi generación estábamos obligados a comprar revistas eróticas si queríamos ver una mujer desnuda.

Internet lo cambió todo. Eso de conseguir un CD antes de su fecha de salida y poder tenerlo de manera gratuita era inimaginable. Al menos en mi caso, las computadoras estaban en la NASA, no en las casas, y no servían para escuchar música. ¿En qué mente cabía la posibilidad de tener un aparato que permitiera buscar a cualquier artista, y poder tener sus canciones al instante? ¿Un sistema de compresión de audio? ¿Una red mundial que conecte todas las computadoras? Si uno de mis amigos se compraba un disco, ninguno de los otros adquiríamos el mismo. Existía entre nosotros el préstamo, la excursión hasta la disquería Vía33 de Ciudad Jardín, la decisión obligada de elegir en cuál invertir, y la paciencia de saber esperar a que llegue. No era mejor ni peor: era distinto.

Pero mejor tarde que nunca, diría mi abuela. Y seguro es también que el tiempo permite tener cierta perspectiva que la inmediatez no posee. *Nevermind*, *Ten*, *Blood Sugar Sex Magik*, *Use Your Illusion* y *Black Album* no necesitaron del tiempo para ser reconocidos (las críticas y las ventas los marcaron como éxitos instantáneos), pero sí para ser considerados clásicos fundamentales, hitos ineludibles para una generación y para la historia de la música en general.

¿Por qué estos discos fueron tan influyentes, y a qué se debe que hayan aparecido casi en un mismo lugar y al mismo tiempo, hace ahora veinte años exactos? No hay una única respuesta. Sin dudas el rock tendría algo para decir sobre un país que estaba en guerra y que salía de la era de Reagan para meterse en la de Bush padre. Sin ser obras de gran contenido político, tanto las letras como el discurso de las bandas (e incluso las mismas tapas de los álbumes) reflejaban desencanto, tristeza, escepticismo.

Pero no todo fue música. La Generación X quedó reflejada en el cine, en películas como *Reality Bites* (1994) y *Singles* (1992), dirigida por Cameron Crowe. Esta última era vendida como una comedia romántica en la misma línea que la primera, pero en realidad escondía una suerte de documental sobre el nacimiento del movimiento grunge. En ella participaban bandas como Alice in Chains y Soundgarden, y actuaban Eddie Vedder y Jeff Ament, de Pearl Jam.

La irrupción de MTV también posibilitó la aparición de muchos nuevos directores. Mientras que algunos se dedicaron a cosechar fama dirigiendo videoclips, unos pocos encontraron la veta del documental para contar la historia por detrás de la grabación de cada disco, o para retratar todo un movimiento. Los Peppers se mostraron en *Funky Monks* y Metallica lo hizo en *A Year and a Half in the Life of Metallica*. Los esenciales *Hype!* y *1991, The Year Punk Broke* hurgaban en los comienzos de la movida de Seattle, y más de una década después, cuando la nostalgia se convirtió en un gran negocio, la serie de documentales *Classic Albums* haría lo mismo con *Nevermind* y el *Black Album*. El último paso lo daría el canal VH1, cuando en 1996 empezó a emitir su clásico programa *Behind the Music*.

El revisionismo fue casi impulsivo, y las raíces musicales de la explosión de 1991 quedaron expuestas para toda una nueva generación consumidora de música. Conocer a Neil Young y The Who fue casi inevitable después de escuchar a Pearl Jam, y todos supieron que Nirvana no hubiera aparecido sin los Sex Pistols y Pixies como antecedentes; que era muy difícil divorciar a Metallica de Black Sabbath y Motörhead, y a los Peppers de George Clinton. Y no hay dudas que los Guns N' Roses existieron gracias a Mötley Crüe y Led Zeppelin.

Si no fuera por ellos, yo no habría comprado discos ni escuchado la radio, ni aprendido a tocar la guitarra para darme cuenta (después) que no servía para eso. Sin esa frustración de no poder ser músico, seguramente no me habría dedicado al periodismo, ni habría escrito estos recuerdos melómanos que ahora un lector curioso está leyendo en estas páginas. La historia continuará cada vez que alguien apriete play y vuelva a sorprenderse, o lo haga por primera vez. Esos momentos no se olvidan, no señor.

Cinco discos

MÚSICA CLÁSICA

La banda sonora de la película *La bella y la Bestia* (*Beauty and the Beast*, en inglés), compuesta por el prolífico y talentoso Alan Menken, fue unos de los grandes hitos musicales del año 1991. ¿Ma che cosa dice? Sí, señor; è vero. Pese a que Leonardo Ferri la ignore olímpicamente en su crónica sobre los *Cinco Discos*, en aquel año, fecundo para la música americana, la factoría Disney nos regaló una de las producciones musicales más potentes de toda su historia, que influyó secreta y silenciosamente en la cabeza de milllones de niños. ¿Acaso alguien puede olvidar la canción de Gastón en la taberna? ¿O la melodía con la que danzan los objetos encantados en el salón comedor del castillo? Para los que se la perdieron o la quieren ver una vez más, en 2010 Disney estrenó la versión remasterizada en 3D. Una obra maestra que hay que ver sin vergüenza y con respeto.

HORNBY POR DOS

Como si todavía estuviéramos en el número uno de la revista, volvemos a la carga con Nick Hornby. Quizá ya hayamos hablado de esto en la sobremesa de aquella edición, pero vale repetir, para que quede claro. Hornby escribió dos libros sobre música maravillosos. Uno se llama *31 canciones*; en sus páginas, el escritor inglés recorre sus melodías pop favoritas, aunque en el fondo el libro sea una gran excusa para contar fragmentos de su propia vida. El otro libro es la mítica novela *Alta Fidelidad* (*High fidelity*, en inglés), cuyo personaje principal es el propietario de una tienda de discos, enfermo de música pop, con una gran historia de amor para contar y dos amigos entrañables. La versión cinematográfica, con John Cusack en el protagónico (otro muchacho que queremos mucho), es de 2000 y ha resistido sin ningún percance el paso del tiempo: la vimos hace poquito y nos volvió a emocionar.

UN SHOW
Programa semanal de la televisión pública argentina conducido por Diego Capusotto. Su estructura es simple: videos clásicos y raros de rock alternados con sketchs protagonizados por personajes que ya tienen peso mítico. Es cierto que hay mucho código argentino. Pero tengan confianza: los prototipos que propone Capusotto, como la música, son universales.
Peter Capusotto y sus videos
Canal 7, Argentina

UNA SERIE
Metalocalypse es una serie de animación que sigue a una banda de metal, Dethklok, acechada por un grupo de líderes políticos y religiosos. Humor negro, crítica social y muchas referencias musicales. En 2007 salió a la venta el primer álbum de Dethklok. Vendió 33.741 copias en la primera semana y se convirtió en el disco de death metal más exitoso de todos los tiempos.
Metalocalypse (2006)
Adult Swim

UNA PELI
Falso documental sobre un grupo de heavy llamado Spiñal Tap. Un descerebrado recorrido por la historia de la banda tras diecisiete años de carrera. Spiñal Tap cosechó miles de fanáticos en todo el mundo, y se convirtió en la banda ficticia con más seguidores de la historia. Ha grabado discos e incluso tocó en Springfield, en un gran episodio de *The Simpson* (temporada tres, capítulo cincuenta y siete).
This is Spinal Tap
Rob Reiner, 1984

Un ojo

La televisión ya no es un aparato. Ya no es una cosa que se enchufa en el comedor como la lustraspiradora Yelmo o el velador de pie. El viejo artefacto llamado televisor ha muerto. Las épocas en que nos sentábamos a ver qué daban en la tele ya no existen. Ya no somos un culo en el sofá, ahora somos un ojo enorme que puede mirar al frente o a los costados, o cerrarse, o entornarse. Desde hace casi una década podemos enfocar lo que queremos ver, y desde entonces las series dejaron de ser entretenimiento vespertino para chicos de doce años. Ni *Sheriff Lobo*, ni *La mujer maravilla*, ni *BJ McKay y el mono*. Ahora es el cine un ambiente infantiloide con sus tres partes de *Spiderman* y sus cuatro de *Piratas del Caribe*. Nosotros, los monstruos de un solo ojo, nos quedamos en casa y miramos *Breaking Bad*.

BREAKING BAD, **LA ULTRASERIE**

Escribe **Nacho Vigalondo**

Uno

El lema "No es televisión, es HBO" puso en evidencia el enorme complejo que la tele arrastró durante décadas: el estigma de sentirse condenada a partir de su propia naturaleza como medio. Pero al mismo tiempo representó el cambio de paradigma que tuvo lugar en los noventa y la voluntad de verse a sí misma como "otra cosa".

Aquello que llamamos —ay, ya con cierta sensación de distancia— la "edad de oro" de las series estadounidenses empezó gracias al intento de hacer cine para la pequeña pantalla. O al menos algo que sonase a "no televisión". Un impulso que tradicionalmente había llevado a la imitación de los aspectos más superficiales de los largometrajes, la duración y suntuosidad, y que finalmente desembocó en el desarrollo de formatos como el telefilme y las miniseries de corte grandilocuente. Desde comienzos de los años noventa se planteó otra posibilidad: la de apropiarse de ciertas tendencias del propio lenguaje cinematográfico, inicialmente alejadas de los márgenes de lo doméstico, y adaptarlas a la fórmula televisiva por antonomasia: el "continuará".

¿Significa esto que en los momentos de mayor inspiración los creativos televisivos no han hecho más que recorrer senderos transitados por el cine? Merece la pena que maticemos: los procesos internos que llevan a un canal a invertir en el rodaje de un episodio piloto suelen tener menos que ver con el prestigio de los nombres implicados que con el tráfico de planteamientos apoyados en referentes de éxito; propuestas fáciles de mencionar, explicar y defender en despachos y comités. Un ejemplo: para que se rodase el episodio piloto de *Lost* posiblemente tuvo gran importancia que el proyecto se pudiese describir en menos tiempo del que dura la cabecera de cada episodio: "Es como la peli *Náufrago*, pero cambiando el balón pintado por un misterio".

En el año 2008 el canal AMC estrena, con un éxito paulatino, afectado por la zozobra causada por la huelga de guionistas, *Breaking Bad*. La serie se presenta a sí misma como la odisea de Walter White, un profesor de química enfrentado al cáncer que, consciente de que su seguro de vida no va a salvar a su familia de la ruina, y alentado por un encuentro fortuito con un antiguo alumno que ahora se gana la vida como camello, llega a la conclusión de que sus habilidades como químico le podrían hacer rico fabricando la mejor metanfetamina del mercado. Un punto de partida inusualmente específico que nos podría remitir a tantas fuentes (¿se trata de un relato policíaco postmoderno?, ¿un thriller cómico?, ¿un drama social?) pero que en realidad no nos remite a ninguna en concreto.

Los responsables de *Breaking Bad* han declarado en más de una ocasión que el accidentado ritmo creativo de la serie impidió desde un principio diseñar grandes arcos narrativos, y que, a día de hoy, los episodios se van escribiendo con poca previsión de lo que va a suceder. Sin embargo, visto lo visto, no nos cuesta especular cómo será el dibujo completo de la serie.

A estas alturas, el profesor Walter White ya ha pasado del pánico inicial a disimular apenas su satisfacción ante la evolución de la estructura criminal que crece bajo su manto. No parece aventurado pensar que acabará como señor de la droga y rey de la frontera, aunque siga cargando con tantos y tantos traumas domésticos. En cualquier caso, sería injusto calificar a esta serie como *The Godfather* de la clase media, aunque algún guiño cae en boca del personaje más estrafalario de todos, el terrible abogado Saul Goodman, interpretado por el comediante Bob Odenkirk. Además de los errores de la simplificación, la comparación difuminaría uno de los méritos principales de la serie: el de partir de un catálogo de referencias que, por una vez, no implica una deuda directa con hermanos mayores como el cine y la literatura. ¿De dónde viene *Breaking Bad*, entonces?

Dos

Por tradición, tuviesen o no continuidad entre sus episodios, las series intentaban asentar su perpetuidad mostrando cómo los personajes principales se enfrentaban a diferentes situaciones aplicando los mismos valores, los mismos códigos de conducta. La forma a través de la cual Michael Knight y Angela Channing mantenían su atractivo para el público era teniendo la misma reconocible actitud, las mismas convicciones y debilidades. Y si éramos testigos de un momento de duda, tentación, alguna reacción inesperada, el guion tardaría

poco en explicar la trampa o confusión que había detrás. Pero desde que el prestigio llamó a la puerta, las series de televisión empezaron a percibir que la prolongada fidelidad del espectador podría entenderse, no como un contrato tácito de estabilidad de los personajes, sino como la condición perfecta para profundizar en su posible evolución.

De ahí que, cada vez con más seguridad, las series de televisión fueran asumiendo la posibilidad de que el personaje clave evolucione perdiendo incluso el miedo a que la empatía generada en nosotros, los fans, diera un giro de ciento ochenta grados. Dicho de otra manera, empezó a caber la posibilidad de que la barrera que separaba a los "buenos" de los "malos" se difuminara por completo.

Así, hasta en series en un principio tan maniqueas como *Alias* o *24*, los códigos morales impolutos de los protagonistas fueron puestos a prueba al dejarles ver que las consecuencias de sus actos, por bienintencionados que fuesen, podrían conllevar consecuencias tan indeseadas (o más) que las que se pretendían evitar. Héroes inicialmente intachables como el doctor Jack de *Lost* o cualquiera de los miembros de la flamante

tripulación de *Battlestar Galactica* podrían invertir tanto tiempo o más en desandar el camino equivocado que en predicar el ejemplo del correcto. En otras palabras, frente a la omnipresencia de la moraleja en el epílogo de cada capítulo, las series de televisión se abalanzaron a las posibilidades dramáticas de la paradoja moral.

Breaking Bad nos cuenta cómo un inocente profesor de secundaria, un hombre fracasado, resignado y paciente, se ve arrastrado por una maldad que cada vez le satisface más, en búsqueda de un beneficio que cada vez le importa menos. Podría parecer un ejemplo más de relato televisivo de héroe con claroscuros, pero en realidad se trata de una radicalización de la propuesta, proyectada hasta un territorio diferente. En el relato clásico, la odisea moral del personaje ambiguo estaba subordinada a la presentación de un entorno o una estructura narrativa mayor. Por ejemplo, *The Shield* es una serie en la que siempre está presente el pecado que su protagonista central, el detective Vic Mackey (Michael Chiklis), comete en el capítulo piloto, pero las consecuencias derivadas de este crimen jamás alteran las bases del retrato coral de una comisaría con cinco tramas por episodio, sino que funcionan como un motor más.

En *Breaking Bad* se invierte esta dinámica: si lo normal es que el contexto predomine sobre el dilema particular, aquí el dilema determina todo lo demás. No hay más que fijarse en la sinopsis que encabeza la serie. No describe un espacio, ni una época histórica, ni una actividad laboral o un suceso compartido por un grupo. Tampoco alude, como ya hemos mencionado antes, a un género reconocible, a un precedente más o menos definido. El primer pecado de Walter White, su primera toma de contacto con el crimen, es el punto de partida absoluto de la serie, el vértice a partir del cual se desencadena la totalidad de las demás tramas, accidentes aeronáuticos incluidos. A partir de ahí, todo personaje que se cruza en el camino de Walt queda afectado por su actividad delictiva, como si de una plaga se tratase... O de una reacción química. Es bastante más extraordinario de lo que parece a primera vista: una serie sobre la construcción de la maldad en la que, más allá del personaje principal, todo lo demás sucede por su culpa.

Tres

Más allá todavía: Walter arrastra a la serie hasta el punto de condicionar el género al que se adscribe, o mejor dicho a *los* géneros. Si escogiésemos un episodio al azar podríamos toparnos con un relato criminal de frontera, una comedia negra o un drama familiar. Incluso el episodio piloto podría hacernos pensar que el show se tratará de una odisea ácida y frenética, y los dos capítulos posteriores parecen confirmar que esta serie podría ser una mezcla disparatada entre los relatos de crímenes de clase media de Patricia Highsmith, la mordacidad (tan de moda) de Chuck Palahnuik y las comedias de perdedores de los hermanos Coen. Sin embargo, desde el capítulo cuatro en adelante, el ritmo frena considerablemente y el tratamiento del cáncer de Walter pasa de ser una fuente de gags negrísimos a mostrarse con un realismo repleto de vacíos y momentos de crudeza.

Una forma de percibir la danza de géneros que presenta *Breaking Bad*, algunos de ellos aparentemente incompatibles entre sí, es prestando atención a los personajes que rodean a Walter. El más importante de todos es Jesse Pinkman (Aaron Paul), el camello que le introduce a regañadientes en los procesos del narcotráfico de suburbio, y quien lo acompañará en todas las peripecias, pese a que la relación entre ambos funcione de forma opuesta a la de la tradicional buddy movie. Si ese tipo de relatos nos tienen acostumbrados a que la pareja protagonista, bajo el maquillaje opcional de la tensión verbal, esté absolutamente compenetrada, la relación entre Jesse y Walter desequilibra a ambos por igual, con apenas unos brotes de afecto como mínima compensación. Esta situación ha servido tradicionalmente a la comedia y al drama absolutos. En *Breaking Bad* encontramos lo uno y lo otro.

Tal y como arranca la serie desde su episodio piloto, Jesse Pinkman parece cumplir la función de alivio cómico. Su ineficacia a la hora de hacer crecer su negocio, o los catastróficos resultados cada vez que Walter le confía alguna responsabilidad menor, nos recuerdan las pautas de la comedia de drogatas. Pero a la mitad de la temporada el mismo personaje, arrastrado por circunstancias sorprendentemente amargas, compone un retrato sin concesión alguna de un adolescente tardío cuya adicción a las drogas,

combinada con el fatal influjo de Walter, acelera su caída en picada. En ese sentido, las secuencias en las que trata de volver a su hogar familiar son el opuesto diametral de las comedias en las que empatizamos con el rebelde disfuncional. En otras palabras, ha pasado de ser un secundario de *My name is Earl* a uno de *The Wire*.

No hay personaje secundario que no permita experimentar la combinación de nuevos registros. La mujer de Walter nos asoma a un tipo de melodrama doméstico que nos resulta familiar después de series como *Six feet under* e incluso de las conspiraciones de barrio de *Desperate housewives*. Y el teatral fervor de su cuñado por su trabajo en la DEA nos remite a los tristes esfuerzos del Ricky Gervais de *The Office* por generar dinámicas de grupo entusiastas.

Aunque quizás la alusión de *Breaking Bad* a una tradición televisiva más atrevida sea la facilidad con la que Walter White, partiendo de sus conocimientos de química, consigue improvisar soluciones momentáneas utilizando materiales domésticos. Una alusión tan directa a *McGyver* (y por extensión a todas las viejas series con demostración semanal de habilidad insólita) que acaba siendo mentada por el personaje de Jesse, que ha visto tanta televisión como nosotros mismos.

CUATRO

El capítulo piloto de *Breaking Bad* arranca con la imagen de unos pantalones que caen desde el cielo... ¡con un cinturón abrochado! En cuanto la prenda termina de caer (sobre el asfalto de una carretera en mitad del desierto) es atropellada por una caravana familiar que avanza con furia. El espectador experto podría traducir las connotaciones fatalistas de la composición, y acertaría. Un comienzo tan abrupto —ese amontonamiento de interrogantes en cinco segundos— solo puede formar parte de una jugarreta en la que se sucederán los saltos en el tiempo de la narración. Así, además de espoleado por el interés de la trama, el espectador entrenado se verá excitado por la promesa de la resolución de un jeroglífico. En efecto, el episodio salta en el tiempo a un momento anterior y, tarde o temprano, se acaba resolviendo el misterio del pantalón que cae.

Por si algún lector ha llegado hasta aquí sin haber visto la serie, me negaré a explicar el asunto en detalle ahora mismo. Nos basta con saber que tanto el dueño del pantalón como el conductor del vehículo son la misma persona, nuestro profesor White. Tiene bastante sentido que la situación inaugural de la serie sea un círculo cerrado, un cruce de pequeños desastres que empiezan en Walter White y acaban en él.

La serie le pierde definitivamente el miedo a los recursos bajo sospecha en los prólogos de su segunda temporada. Un conjunto de piezas, con un tratamiento visual que no tienen continuidad en el resto de la trama, cercano al de un videoclip noventero de Nine Inch Nails, nos introduce a una situación suspendida en el tiempo: un ojo de plástico flotando en un líquido.

Capítulo a capítulo se van añadiendo más elementos y puntos de referencia. Llegamos a ver una piscina doméstica salpicada de cenizas, un oso de peluche chamuscado. Oímos sirenas de ambulancia, vemos bolsas de cadáveres... Nos vamos aproximando al capítulo final de la temporada y, seamos espectadores curtidos en mil batallas o no, nos imaginamos que será en ese último episodio donde se desvele el misterio de la piscina. La season finale de la segunda temporada ha comprado así su grado extra de interés; interés que se vuelve desconcierto una vez que avanza el metraje, ya que la trama de ese capítulo, de un dramatismo sepulcral, se va alejando progresivamente de todas las tramas criminales, las que podrían derivar en un incendio o una explosión junto a una piscina.

A los pocos minutos de terminar el capítulo llega otro recurso, de esos a los que nos hemos acostumbrado a bofetones: el salto imprevisto a un futuro en el que la situación de los personajes parece haber cambiado irremediablemente. Pero cuando todo indica que el tiempo del episodio se ha agotado, una secuencia en la que interviene un avión siniestrado —cualquier susceptible fan de *Lost* tiene todo el derecho del mundo a sentirse aludido— resuelve el misterio de la piscina, en la que podríamos considerar una de las maniobras más discutibles que ha dado la televisión moderna.

¿Por qué, entonces, no nos sentimos estafados? Quizás aporte consistencia que la idea que se esconde tras este desenlace sea un tema recurrente de la serie desde el momento en el que vimos llover pantalones en el desierto; que todo, incluso una explosión a miles de

CHARCOAL
LIGHTER
FLUID

kilómetros de altura, es consecuencia de la misma causa: el demonio que crece dentro del profesor White. Pero eso no termina de explicar por qué consentimos que una serie manipule nuestras emociones con las herramientas del drama con trasfondo social, y minutos después nos tire a la cara la triquiñuela de guion más tramposa imaginable.

Uno de los capítulos más celebrados es el décimo de la segunda temporada. En él, Walter, tras un redoble de desventuras, y aliviada la presión de su enfermedad, asume su lento regreso a la normalidad. Todo el capítulo transcurre en una indecisión absoluta, como permitiéndonos echar un ojo sobre lo que pasaría realmente si el conflicto del guion se hubiese resuelto para siempre. Como si, efectivamente, la serie hubiese terminado y se nos permitiera echar un vistazo al otro lado, un territorio vacío de objetivos y conflictos. El capítulo, sin embargo, acaba resultando una experiencia explosiva gracias a sus minutos finales, en los que Walter tiene un encuentro casual en el supermercado con unos tipos a los que rápidamente identifica como nuevos aspirantes a chefs de metanfetamina. Todo lo que acabamos de ver parece un espejismo, porque Walter espanta a los chicos con una sola y terrorífica frase, que aquí y ahora podría traducirse como "Sigo siendo el protagonista de esta serie".

Este grado de compenetración con el personaje y de manipulación de nuestras expectativas a través de la presencia de los códigos de género (o, en este caso, también su ausencia) sería imposible de llevar a cabo bajo las reglas de una producción tradicional, en las que se determina el tiempo que ocupa la trama principal del episodio respecto a la obligatoria trama secundaria, y el número y posición de los giros narrativos entre corte y corte de publicidad. La conquista de esta libertad no es un mérito de esta serie: deberíamos fijarnos en la variantes estructurales de, por ejemplo, los capítulos de *The Sopranos*. Si estas dinámicas en *Breaking Bad* pueden plantear nuevos horizontes expresivos quizás sea porque, allanado el camino por otros, ya no arrastran la carga de tener que funcionar como una ruptura, no sufren la presión de la innovación, la búsqueda de una nueva legitimación.

CINCO

Una de las decisiones más aplaudidas, según se estrenó esta serie, fue el asombroso reciclaje de Bryan Cranston como protagonista del drama. El actor había consolidado su fama gracias a su papel de padre en constante lamento en la celebrada comedia familiar *Malcolm in the Middle*. Más allá del prestigio inmediato obtenido gracias a *Breaking Bad*, a día de hoy es muy fácil detectar el poder que el personaje ha ejercido sobre el actor, de pronto especializado en largometrajes con trasfondo criminal, como el remake de *Total recall*, en el que ejerce de villano, o en *Drive*, la última película del áspero Nicolas Winding Refn.

En realidad, reubicar al actor en un territorio tan diferente al de aquella comedia no era una jugada tan alocada como pudiera parecer: Bryan Cranston había sido estrella invitada en un capítulo autoconclusivo especialmente afortunado de la sexta temporada de *The X-Files* (también titulado "Drive"). En él interpretaba a un individuo víctima de una enfermedad que le obligaba a desplazarse en coche a toda velocidad. Una de las grandes bazas del capítulo es la matizada transformación del personaje de Cranston, que pasaba de funcionar como amenazante monstruo de la semana a convertirse en un conmovedor secundario. Es imposible no pensar en "Drive" como una experiencia determinante a la hora de decidir quién interpretaría al profesor White, teniendo en cuenta que el escritor de aquel episodio era el mismísimo Vince Gilligan, creador absoluto de *Breaking Bad*.

Vince Gilligan es otro nombre televisivo al que esta serie ha recolocado en el mapa de un modo tan llamativo como a su actor principal. Fue una de las cabezas más visibles tras *The X-Files*, como productor y guionista durante gran parte de la serie. Podríamos rastrear su trabajo, la mayor parte en el seno de varias producciones de Chris Carter y —aunque nos topemos con producciones de indiscutible calidad—, difícilmente podríamos anticipar el alcance de *Breaking Bad.* Ni siquiera su única incursión en el largometraje, el guion de *Hancock*, el retrato de un superhéroe cuestionable, nos aporta suficientes pistas.

Podemos encontrar significativo que los dos nombres clave tras el éxito de *Breaking Bad* sean dos casos notorios de reciclaje televisivo,

provenientes de dos de las primeras series a las que el tiempo ha confirmado como puentes entre lo que se entendería como narrativa televisiva clásica (en los casos de la sitcom y la serie de misterio) y la ebullición que viviríamos durante la primera década de este siglo. Significativo porque apunta a que *Breaking Bad* es una serie que se ha construido en una época en la que la ficción de televisión de prestigio ya no es una conquista constante, sino un hecho consolidado.

Si una generación anterior de series consiguió, partiendo de referentes externos, darle forma a un mercado con una entidad tan reconocible y popular, lo lógico sería pensar que la nueva oleada de productos televisivos ya no tuviese que pasar nunca más por el trámite de "no parecer televisión". Al contrario, el terreno abonado por *The Sopranos*, *Six feet under*, *Lost* y *The Wire* podría entenderse como el punto de partida desde el cual llevar propuestas a nuevas alturas. *Breaking Bad* podría ubicarse como bandera de una generación de series posteriores, construida con el ojo puesto en sus precedentes, *una serie de series.*

SEIS

A día de hoy *Breaking Bad* no solo ha consolidado su permanencia en antena, habiéndose rodado ya la cuarta temporada. En una época en la que los grandes productos emblemáticos que forjaron la identidad de la pasada década han finalizado, entre las cada vez más numerosas cancelaciones y las propuestas que aún no han cogido forma; ante un panorama que, pese a las incursiones de nombres del cine y las adaptaciones mastodónticas, parece no haber consolidado su nuevo olimpo de ficción, la interminable lista de premios y el entusiasmo de algunas firmas de prestigio apoyan la sensación compartida por muchos de que *Breaking Bad* podría haber ocupado ya el trono que se reserva para *la serie*. Este éxito debería celebrarse como el triunfo de una ficción en constante exploración, cada vez más adaptada a las particularidades y ventajas de su medio.

En otras palabras, televisión que consigue volver a ser televisión.

Breaking Bad, la ultraserie

TRASH

En tiempos de monitores de alta definición y altavoces hogareños con surround, Nacho Vigalondo y sus amigotes lograron que la actividad de ir al cine volviera a ser una experiencia colectiva. Cada tanto, el grupo se da cita en una sala de cine de España para comentar películas en directo, con la colaboración del público. *Trash entre amigos* es el nombre de dichas tertulias, cuyas sesiones no contemplan pausas ni rebobinados: *veamos la película y hablemos encima*, parece ser la consigna. El programa incluye films de bajo presupuesto; cine de serie Z y cine Trash. El Sr. Ausente, Rubén Lardín y Raúl Minchinela completan el staff de comentadores, toda gente cinéfila y muy rara. Los interesados en participar de esta experiencia singular y lisérgica pueden visitar minchinela.com y enterarse dónde tendrá lugar el próximo encuentro. Se recomienda ir en ayunas.

EXPEDIENTES GILLIGAN

Vince Gilligan, el creador de *Breaking Bad*, inició su carrera televisiva bajo el ala de Chris Carter, el legendario productor de *The X Files*. Esta serie fue un laboratorio de experimentación en el que concibió comedias, dramas y aventuras paranormales. Por eso vale la pena regresar a algunos episodios que llevan su firma. Un top five, para quien guste. *Memento Mori* (S04E05): Drama emotivo hasta los huesos, con enferma de cáncer incluida. *Small Potatoes* (S04E20): Vince juega con la tensión sexual entre Mulder y Scully mientras cocina una historia de ciencia ficción. *Bad Blood* (S05E12): Gran alarde de guion. Un mismo hecho narrado desde dos puntos de vista diferentes. *Monday* (S06E14): Igual que *Groundhog Day*, Mulder despierta una y otra vez en el mismo día. *Folie A Deux* (S05E19): Un monstruo con forma de polilla y una metáfora sobre la alienación que padecen los empleados de telemarketing.

Tres series de Showtime que, combinadas, dan como resultado los mismos problemas que tiene Walter White en *Breaking Bad*.

UN PROBLEMA CON LAS DROGAS
La serie ya va por su séptima temporada, y sigue siendo buena. En el inicio de esta historia Nancy Botwin (la bellísima aunque veterana Mary-Louise Parker) queda viuda, a cargo de dos hijos, y para sobrevivir comienza a vender drogas. Igual que Walter White.
Weeds (2005)
Showtime

UN PROBLEMA CON EL CÁNCER
La serie empezó este año, y es una de las mejores de la cadena. Cathy Jamiso (la bellísima, aunque veterana Laura Linney) enfrenta un cáncer terminal, sabe que la muerte está próxima, pero así y todo se resiste a seguir un tratamiento. Igual que Walter White.
The Big C (2010)
Showtime

UN PROBLEMA CON LA DOBLE VIDA
La serie ya tiene dos temporadas, una mejor que la otra. Jackie Peyton (la bellísima, aunque veterana Edie Falco) es una enfermera con un particular sentido de justicia que, a la vez, mantiene una doble vida a causa de cierto problema con las drogas. Igual que Walter White.
Nurse Jackie (2009)
Showtime

Mucha más información sobre series de tele, en **EspoilerTV.com**.

La flauta

Las dos historias se parecen bastante. En Hamelín había una plaga de ratas y nadie sabía qué hacer con ellas. En el mundo moderno los jóvenes no leían y nadie sabía cómo hacer que leyeran. Un día apareció en Hamelín un músico, hizo sonar su flauta, y las ratas lo siguieron, felices y contentas. Una tarde apareció en el mundo la señora Rowling, escribió unos libros, y millones de jovencitos empezaron a leer sin parar. Más tarde el flautista regresó a Hamelín a buscar reconocimiento y los habitantes del pueblo, liberados de la plaga, le dieron la espalda. Tiempo después la señora Rowling, costructora del mayor clásico literario de estos tiempos, se vio relegada al triste papel de fenómeno comercial. Ni en el pueblo de Hamelín los habitantes mencionaron nunca las virtudes musicales del flautista, ni en el mundo moderno se consideró jamás la grandeza literaria de la señora Rowling.

DECONSTRUYENDO A HARRY

Escribe **Ana Prieto**

Ilustra **Lucas Nine**

Viernes veintidós de julio de 2005, ocho y media de la noche aproximadamente, ciudad de Buenos Aires. Estaba leyendo la página 534 de mi ejemplar de *Harry Potter and the Half-Blood Prince* comprado seis noches antes cuando sonó el teléfono, ese artefacto muggle que desconoce la intimidad. Era mi amiga Mariana para preguntar qué iba a hacer más tarde.

—Leer Harry Potter.

—Ah, ¿ya te lo compraste?

—Sí, apenas salió.

Mariana debe haber percibido la urgencia irritada en mi voz. Desde hacía algunos años mis amigos más cercanos sabían que había un asunto que conmigo no podía negociarse: Harry Potter. Sabían que había leído los tomos I, II y III en menos de diez días, y que a partir del IV me los compraba en inglés porque no podía esperar la traducción. Sabían que reservaba mis ejemplares dos meses antes de que llegaran, que hacía colas nocturnas rodeada de niñitos disfrazados y que estaba dispuesta a desembolsar el dinero que fuere por mi flamante tomo de editorial Bloomsbury.

—Y… ¿leíste el diario ayer? —preguntó Mariana con una cadencia rara en la voz.

La respuesta era no. Por algo iba por la página 534. Desde el sábado a la noche el tiempo que no empleaba en trabajar y alimentarme estaba por completo consagrado a Harry.

—Es que —dijo, eligiendo con cuidado las palabras— publicaron cosas del final.

Un quejido, un grito; me incorporé en la cama (leía tendida en la cama), y no la dejé seguir.

—¡Pará ahí, Mariana! ¡No me cuentes nada, no se te ocurra contarme nada, nada, no me cuentes nada, no quiero saber nada!

Pobre amiga mía, lidiando con una grandulona implorante de treinta años.

No me contó nada, salvo esto: *Clarín*, el diario de mayor tirada de la Argentina, había publicado datos esenciales del final de *Harry Potter and the Half-Blood Prince*, cuando todavía faltaban siete meses para que el volumen saliera en castellano. Hoy, seis años después del incidente, sostengo lo que sostuve en mi acalorada arenga telefónica: si publicaron datos del final es porque la prensa local no tiene ningún respeto por Harry Potter, porque les parece un libro menor, un fenómeno de ventas antes que una narración, un engendro mediático antes que literatura.

—¿De otro libro habrían publicado el final? ¡No!

—Bueno —me interrumpió Mariana (la imagino revoleando los ojos, aburrida ya de mi alegato) —¿Vamos a cenar?

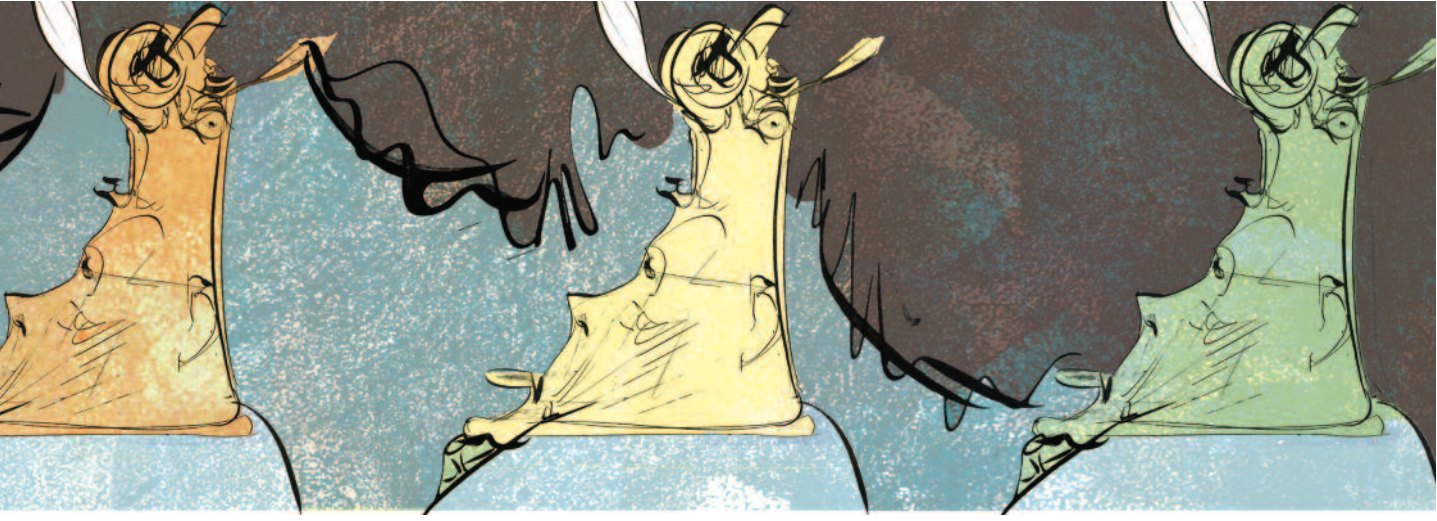
Salí a cenar con ella e hice bien: dejar de leer iba a permitirme experimentar lo que en psicología se llama "retraso de la gratificación".

El affaire Potter-*Clarín* cobró casi entidad de problema de estado. Una semana después de la desgraciada revelación, el diario publicó un editorial en el que llamaba a los fans nacionales "guardia de infantería vernácula de Harry Potter", porque durante días habían disparado mails y llamados furibundos insultando o exigiendo una disculpa pública. Para horror de los lectores perjudicados, el periódico no ofreció disculpas y en cambio describió el origen de la controversia como "una torpeza involuntaria". A mi amiga Mariana, que hasta el día de hoy no ha leído una sola página de la saga, todo el asunto le resultó hilarante.

En cuanto a mi propia experiencia con el libro, me cuidé de mantener internet a raya hasta terminarlo, pues aunque el único espoiler impreso del que tuve noticia fue el mencionado, el detalle de todo lo que el seguidor de Harry no debía conocer hasta el momento reservado, elegido y abonado para hacerlo, se multiplicó día a día en foros, blogs y demás espantosas posibilidades de la web 2.0. Quienes tuvieron éxito en la esforzada hazaña de preservar la ignorancia hasta la llegada de la traducción merecen sin duda un reconocimiento.

Y cuando la versión al castellano estuvo finalmente disponible unos meses después, esperé por sexto tomo consecutivo un feedback mediático local en el que a) pudiera reconocerme, o b) no me sintiera agraviada como lectora. Fue otra espera en vano.

Nunca llegué a entender, ni como seguidora de Harry Potter ni como periodista, por qué mi gremio había iniciado una cruzada contra la saga ni de dónde había salido la tácita y anticipada imposición de despreciarla. Mientras en España Fernando Savater analizaba el conjunto de los libros para el suplemento literario "Babelia", mientras en Brasil el diario *Folha de São Paulo* publicaba adelantos y reseñas, y en Estados Unidos *The Wall Street Journal* le encargaba una crítica a Harold Bloom, la prensa argentina se limitaba, en su apabullante mayoría, a hablar del "fenómeno Potter" solo con expresiones numéricas: cuántos ejemplares se vendieron, cuántas páginas tenía dicho ejemplar, cuántas personas habían hecho cola, cuántas de ellas



disfrazadas. Ocurrió a menudo que, a falta de haber leído el libro, se llenaron líneas con testimonios de autores nacionales y extranjeros, eligiendo casi siempre aquellos que ninguneaban a J.K. Rowling y su obra. Se solía explicar el éxito de los libros en términos de la voluntad de un hato de capos de marketing, como si la saga no fuese otra cosa que un juego de dominación hecho a medida de un público estúpido y alienable. Pero sobre todo nunca entendí por qué se reseñaban todos los libros del mundo menos los de Harry Potter. Alguna vez se tradujo un comentario de *The New York Times* (donde se hicieron críticas de todas las entregas), o se concedieron espacios para que académicos y psicólogos explicaran con sesudísimas razones el efecto de la serie en la cabeza de niños y padres. Hubo, desde luego, una que otra excepción, como una nota del escritor Rodrigo Fresán para el suplemento "Radar" del diario *Página 12* en el año 2000, y otra de la periodista y escritora Mariana Enríquez, publicada en el mismo medio en el año 2007. El encabezado de esta última señalaba, como el hecho excepcional que era, que "Radar" había leído *Harry Potter y las reliquias de la muerte*.

Otro tanto puede decirse de las entrevistas. "¿En serio leíste Harry Potter?" se le preguntó al exitoso escritor argentino Luis Pescetti, como si hubiese dicho que criaba basiliscos en el fondo de su casa. No era la primera vez que el autor de *Natacha* sorprendía a los medios con confesiones semejantes: en una nota anterior se le había preguntado si era un chiste su afirmación de que los libros de J.K. Rowling no deberían faltar en la biblioteca de ningún niño.

Durante mucho tiempo intenté explicarme las causas de tanto sistemático y unánime rechazo; causas que fuesen más allá de la pedestre convicción de que todo lo masivo es vulgar y enajenante. Pero mis elucubraciones, francamente, nunca duraron demasiado; decidía que era más divertido tirarme a leer Harry Potter. Y no es que yo esperara críticas celebratorias, tapas apologéticas o especiales para fanáticos. Solo esperaba una nota sostenida en la lectura de los libros. Como fuere, las razones por las cuales estos se convirtieron en un motivo de vergüenza intelectual son casi tan misteriosas como los diez años que Lord Voldemort pasó en Albania tras asesinar a los padres de Harry y con ello dar inicio a la saga literaria más famosa de los últimos tiempos.

La historia de Harry Potter en el planeta Tierra comenzó con la publicación de *Harry Potter y la Piedra Filosofal* en julio de 1997. En el año 2003, cuando había salido el quinto tomo, *Harry Potter y la Orden del Fénix*, y la segunda película, correspondiente a *Harry Potter y la cámara secreta*, la escocesa Joanne Kathleen Rowling se convertía, con treinta y ocho años, en la única persona de la historia de la humanidad en devenir multimillonaria escribiendo libros, y en la más joven de la lista de acaudalados de la revista *Forbes*. Su fortuna, se especulaba, era mayor a la de la reina de Inglaterra.

Las cifras de la venta son abrumadoras. De lo particular a lo general y con ejemplos al azar: cuando compré *Harry Potter and the Half-Blood Prince*, el penúltimo volumen de la serie, más de ocho mil argentinos hicieron lo mismo, vaciando las cajas recién llegadas en tiempo récord (esa partida de libros no llegó a las estanterías). En México D.F., la famosa librería Gandhi vendió mil doscientos ejemplares en una hora. En Noruega se vendieron ciento treinta mil. Solo en Alemania, Amazon tenía reservas para ciento cincuenta mil personas. Y ciento ochenta y nueve traductores amateurs se dividieron de inmediato la tarea de elaborar su propia versión germana para una web privada que el informático Bernd

Koeleman había creado tres años antes, inicialmente para que su hija no esperase meses por la traducción. Finalmente, en aquellos países que leían Harry Potter en idioma original, Inglaterra y Estados Unidos, se vendieron nueve millones de copias en veinticuatro horas.

Detengámonos en esos números un momento: nueve millones de copias.

Cien mil por diez, nueve veces.

Nueve millones de libros en nueve millones de casas. En un solo día.

Harry Potter y las reliquias de la muerte, el último volumen de la serie, se publicó en 2007. Y promediando 2008, cuando aparecieron las respectivas traducciones en decenas de países, se pudo hacer la cuenta completa: cuatrocientos millones de ejemplares comprados en todo el mundo en el transcurso de diez años. Hoy a esa cifra se han sumado cincuenta millones más. J.K. Rowling está, desde luego, entre los autores de ficción más vendidos de la historia.

La saga se lee en sesenta y cinco idiomas. *Harry Potter and the Half-Blood Prince* se tradujo como *Harry Potter y el misterio del príncipe* en castellano; se dice *Harry Potter og Hálvblóðsprinsurin* en feroés —un lenguaje nórdico hablado por menos de sesenta mil personas—, *Харри Поттер ба Эрлийз Хунтайжу* en mongol; y مگـرود مدازهاش و ر en persa. Y esos sesenta y cinco idiomas se convierten en sesenta y nueve si tomamos en cuenta la traducción al portugués de Brasil que hizo Lia Wyler (traductora de Henry James y Joyce Carol Oates), la versión en chino simplificado (también hay una en chino tradicional), la adaptación valenciana de la edición catalana y la versión en alfabeto cirílico. Incluso hay una página en internet que junta firmas para traducir Harry Potter al esperanto. El primer firmante se sumó a la causa en marzo de 2006, y el último en mayo de este año. El total hasta hoy: setecientos setenta y ocho interesados.

Se habla de saga y de serie, y es cierto, pero también es cierto que se puede hablar de Harry Potter como una sola novela de tres mil seiscientas sesenta y dos páginas. Lo que hay, entre parte y parte, son los meses de verano en que termina el ciclo escolar y Harry debe volver al mundo *muggle* (el mundo no mágico en el que vivimos personas como usted y como yo), a la casa de sus afanosamente insoportables tíos, los Dursley.

A las versiones cinematográficas no puede considerárselas, en cambio, como una sola película dividida en partes (propiedad que sí tiene, por ejemplo, *El Señor de los Anillos*), porque han pasado tantos directores por ellas y se han hecho de forma tan acelerada para evitar que los protagonistas lleguen a la edad adulta, que son, a diferencia de la novela, bastante desparejas.

Las películas de Harry Potter han tenido un destino parecido al puesto de enseñanza de Defensa contra las Artes Oscuras, una materia obligatoria que se dicta en la escuela para magos de Hogwarts, donde transcurre casi toda la acción. “Da la impresión de que la asignatura está maldita”, le dice Rubeus Hagrid, guardián de los bosques del colegio, a Harry y a sus amigos Ron y Hermione una tarde del segundo tomo. “Ningún profesor ha durado mucho.”

Los dos primeros filmes fueron dirigidos por Chris Columbus. Se suponía que iba a dirigir los siete pero se retiró del proyecto y en una entrevista con *The Coventry Telegraph* se declaró oficialmente “quemado”. Alfonso Cuarón, director de *Y tu mamá también*, tomó la posta; una elección extraña para todo el mundo, pero avalada por la propia Rowling, que estaba encantada con la adaptación que el mexicano había hecho de la novela *La princesita* de la escritora Frances Hodgson Burnett. Cuarón, que hasta la propuesta de la Warner no había leído nada de Harry Potter, liberaría a *El prisionero de Azkaban* de la recurrencia de planos generales y la ingenuidad de las películas de su predecesor; lograría una mejor dirección de actores, se tomaría libertades para mostrar la psicología de Harry (omnipresente en los libros pero ausente de los filmes hasta entonces) y, sobre todo, oscurecería el tono general de las historia. “La película quedó chida. La producción fue larga, pero a toda madre y los efectos especiales quedaron bien chidos”, dijo Cuarón en una entrevista con el diario mexicano *El Universal*. Y luego anunció que se iba a dormir.

Para la dirección de *Harry Potter y el cáliz de fuego* llegó Mike Newell, responsable de *Donnie Brasco* y *Cuatro bodas y un funeral*. Esa película fue quizá la más ansiada por los seguidores de Harry Potter hasta el momento, pues Quien No Debe Ser Nombrado, es decir, Lord Voldemort, el Señor Tenebroso que antes del nacimiento de Harry había sometido durante años al mundo de los magos a sus designios totalitarios y asesinos, conseguía finalmente la autonomía

física y adoptaba una forma humana… o casi.

La maldición del director que no dura terminó con David Yates, que se hizo cargo de los tres filmes restantes. El último, correspondiente al séptimo volumen, fue dividido en dos partes para respetar al máximo la complejidad del desenlace; un alivio para los lectores, que solemos quedarnos con gusto a poco tras ver las adaptaciones cinematográficas, por más fieles que intenten ser. Junto a la versión de Cuarón, la primera parte de *Harry Potter y las reliquias de la muerte* es la preferida de J.K. Rowling. Se trata de la única porción de la historia que no transcurre en la escuela de hechicería de Hogwarts. Algunas de las escenas iniciales en el Ministerio de Magia son un homenaje a la monumental *Brazil* de Terry Gilliam (Rowling quería que él dirigiera la primera entrega de Harry Potter, pero Warner Bros. opinó distinto). Buena parte de la trama tiene una acción atemperada y largos tiempos colmados de melancolía y frustración que David Yates recreó sin empacho, dando por el suelo con la idea de que los fanáticos de Harry solo queremos ver escobas voladoras y efectos estridentes. La película tiene, además, una sorpresa para melómanos: en la pista sonora hay una canción completa y poco célebre de Nick Cave and the Bad Seeds.

Por revitalizar la industria cinematográfica del país a lo largo de diez años, en febrero pasado la British Academy of Film and Television Arts le dio a las películas de Harry Potter el premio a la Contribución Destacada al Cine Británico, un reconocimiento que en ediciones anteriores se habían llevado personalidades como Mike Leigh y Kenneth Branagh.

Y llegó el final: en el momento en que la revista que usted está leyendo salía a la calle, acababa de estrenarse en Londres la segunda parte de *Las reliquias de la muerte.*

Termina así Harry Potter *in praesentia*; termina Harry Potter en tiempo real. Pasado el estreno mundial, a los libros y a las películas les tocará hacer solos su camino por la historia.

¿Hasta cuándo?

Deconstruyendo a Harry

Para escribir este artículo tomé todos los libros de Harry de mi biblioteca (en total once; también compré los últimos cuatro en castellano para que mi hijo pudiera leerlos) y los desparramé en la mesa al lado de la computadora para tenerlos a mano, buscar citas, etcétera. Esa era la intención inicial pero caí de nuevo en el efluvio de Rowling y voy por la mitad de *La cámara secreta*, el segundo volumen. Ya sé todo lo que pasa; soy mi propio espoiler. Sé qué guarda el profesor Quirrell bajo el turbante, sé qué magia secreta obra en el diario de Tom Riddle, sé quién es en realidad la rata de Ron Weasley, sé qué pasa cuando Harry y el pobre de Cedric Diggory tocan la copa del Torneo de los Tres Magos, sé que la profesora Trelawney no es la embustera que todos creen que es. Y sé muchísimo más. Pero no hay caso: la saga resiste una y otra vez mis lecturas e, imagino, las de miles —o millones— de personas. Ciertamente los seguidores de Harry se enfurecieron cuando les contaron el final. Y es que la arquitectura de los libros, desde el primer número, se mueve hacia lo inimaginable. Después de *La cámara secreta*, cuando se entiende cómo viene la mano, el lector no dejará de elaborar conjeturas acerca de los resortes secretos y los posibles finales. Y nunca dará en el clavo.

Porque quien realmente no para es J.K. Rowling. Cuando me llamó mi amiga Mariana para ir a cenar aquella noche de 2005, busqué un lugar natural en *The Half-Blood Prince* para estacionarme. Un punto y aparte, el final de un párrafo. Pero los eventos están tan firmemente hilvanados entre sí que es una tarea difícil, justamente porque lo difícil es encontrar algo que sobre. Pequeños datos dejados caer casi por azar en *La Piedra Filosofal* —la primera entrega y la más infantil e inocente de todas—, como un nombre (el de Sirius Black) o un hecho que parece cerrarse (el de la Piedra), son retomados varios tomos más adelante, con una soltura y una naturalidad que responden exactamente a la lógica irreverente de la realidad.

"El problema de la ficción —dice John Rivers, personaje de la nouvelle *El genio y la diosa* de Aldous Huxley— es que tiene demasiado sentido. La realidad nunca lo tiene." Y termina diciendo: "El criterio de la realidad es su irrelevancia intrínseca". Aventuro que aquí es donde se juega buena parte de las pasiones que despierta Rowling. Nos tiene en vilo dentro de la "irrelevancia intrínseca" de la realidad paralela que construyó (así, entre comillas, porque nunca deja caer la tensión), hasta armar con ella un enorme afluente de sentido, desde el que partirá el volumen que sigue.

Y al menos en mi caso, aunque conozca de memoria esos sentidos, disfruto muchísimo leyendo y releyendo el mecanismo.

Hay un borrador (dando vueltas por internet) del esqueleto que J.K Rowling armó para el quinto libro, *La Orden del Fénix*, escrito en tinta sobre papel. Se trata de un cuadro de diez entradas, dividido en los días y meses en los que transcurre la acción, en los nombres de los capítulos, y en lo que ocurre en cada uno de ellos. La quinta columna, a la que tituló "Profecía", muestra qué se irá sabiendo sobre la fatídica unión entre Harry Potter y Lord Voldemort a medida que avanza la trama. El resto de las columnas corresponde a las subtramas y a algunos personajes secundarios. Como buen borrador, está repleto de tachones, paréntesis y flechas incomprensibles, y si bien en la escritura y reescritura el orden final terminó siendo otro, todo el libro estaba ya en ese cuadro desprolijo.

Rowling siempre dijo que sabía exactamente qué tenía que escribir antes de sentarse a hacerlo. Sin ese control, habría sido imposible hacerse cargo de decenas de personajes y de historias que tenían que imbricarse. Será por eso que maneja tan bien la técnica de la anticipación y el arte de plantar pistas. Nada quedó librado al azar salvo las ocasionales humoradas y los detalles que colorean el mundo mágico, como la descripción de los banquetes que los alumnos se zampan en Hogwarts, o los fantasmas que flotan, intermitentes, por los pasillos del colegio.

Pero ni esos detalles están librados a su suerte, pues esos fantasmas, cuya aparición es siempre inocua, tienen un papel preponderante en la última entrega. En cuanto a los banquetes, los lectores nos quedamos azorados al enterarnos de que no surgían por arte de magia, sino del trabajo de unos cien elfos domésticos que viven en los subsuelos del castillo (en el cuarto curso, Hermione Granger crea la P.E.D.D.O: Plataforma Élfica de Defensa de los Derechos Obreros, pero consigue pocos adeptos, en parte por el desgraciado nombre de la organización. Nada de esto aparece en las películas).

Un aspecto formal del libro es que está por completo escrito desde la perspectiva de Harry, en una tercera persona que lo sigue como una

cámara por dentro y por fuera. Todos los tomos, salvo el primer capítulo del IV, del VI y del VII, están escritos desde allí. De esto me di cuenta ya bastante avanzada en la lectura. "Epa", pensé. "No vemos el interior de Hermione, o de Dumbledore, o de Draco Malfoy". Pero en realidad sí lo vemos, tanto como lo que especulamos, en la vida real, de nuestros amigos, de nuestros padres, de nuestros lejanos conocidos. Todos ellos están muy bien explicados desde la acción, desde el diálogo y también desde la ausencia. Y supongo que esto se le habrá reprochado a Rowling, como si se tratara de un acto de pereza y no de un trabajado recurso literario.

Y ya que tocamos el tema, una vez leí un reproche acerca de la supuesta chatura de los personajes. En lo personal creo que el mejor de toda la saga es Severus Snape, el sádico profesor de Pociones y jefe de la Casa de Slytherin, a quien la sospecha, la duda y el desprecio lo cubren como la famosa capa de la invisibilidad que posee Harry. Una y otra vez caí en la trampa de creer que Snape era espía de Voldemort y una y otra vez caí en la trampa de no creerlo. Hay que saber mantener la tensión de un personaje durante más de tres mil páginas. Rowling lo logra con todos muy bien, pero con él magistralmente. ¿Cómo? Como lo hace cualquier buen escritor: no dándolo por sentado, jamás inmovilizándolo.

Mi otro preferido es Merope Gaunt, un personaje breve y trágico cuyo pasado se revela en *Harry Potter y el misterio del príncipe*. Merope es casi una *squib*, como se llama a quienes descienden por línea directa de un linaje mágico pero carecen de capacidades mágicas. Es una muchacha apagada, solitaria y literalmente golpeada, que se obsesiona con un guapísimo muggle de su pueblo llamado Tom Riddle. Aunque no puede ver gran cosa a causa de la distancia, la oscuridad y su bizquera de nacimiento, ella lo espía día y noche a través del seto de su casa, o de la mugrienta rendija que es la ventana de su habitación. Merope sueña con vidas imposibles. Y ella y Tom son los padres de Lord Voldemort.

Y finalmente Harry: un niño que desde mucho antes de saberlo, ha estado acechado por la muerte. Un niño que va al colegio, que juega al quidditch, que hace amigos y hace enemigos, que se enamora y se desilusiona, que se frustra y se enfurece, que se divierte y que crece, y que una y otra vez, como un grito que desgarra el silencio de la noche, recuerda que alguien no solo quiere quitarle la vida, sino que necesita hacerlo. La Parca se cierne sobre él como se cierne sobre todos nosotros; la diferencia es que él lo sabe y nosotros preferimos olvidarlo. Más allá de sus virtudes como persona o personaje, creo que esto es lo que lo hace un verdadero héroe: pensar en la muerte cada día.

J.K. Rowling tenía veinticinco años en 1990, cuando Harry Potter se desplegó en su imaginación durante un demorado viaje en tren de Manchester a Londres. Al llegar a destino, tenía buena parte de la saga en mente. Empezó a escribir de inmediato pero completaría el primer tomo recién cinco años después. En el medio su madre murió de esclerosis múltiple, se fue a vivir a Portugal, se casó, tuvo una hija, se separó y volvió a Escocia. Desempleada, sola y con el cuerpo agobiado por una depresión, culminó el libro en un café de Edimburgo, viviendo del seguro de desempleo. En esa época inventó las criaturas más terribles de la serie, los *dementores*.

La prisión mágica de Azkaban no es como las nuestras: no tiene celdas, ni rejas, ni alarmas. Tiene a los dementores. El efecto físico que producen con su sola presencia se parece a la cataplexia: una honda confusión mental y la pérdida súbita de la respuesta muscular. Convivir con un dementor cada día exprime la voluntad de vivir. Por eso nadie —hasta que finalmente sucede— ha podido escaparse de la cárcel de Azkaban.

A Rowling esos monstruos se le ocurrieron en plena depresión, pues así obra la depresión. Con todo, no los usó de inmediato (los dementores aparecen en la tercera entrega) porque debajo de su angustia subsistía una profunda fe, o mejor dicho una urgencia geológica de escribir la serie completa. Sabía que su primer libro era parte de siete (el número mágico por excelencia), y en el contrato que firmaría tras doce rechazos editoriales, se comprometía a escribirlos todos.

Tiempo antes de que se le ocurriera la novela que la haría mundialmente famosa, Rowling había trabajado en la sede londinense de Amnistía Internacional. Durante ese tiempo tuvo pesadillas recurrentes; sueños horrendos que la despertaban en medio de la noche, y cuyo germen eran los casos de tortura y asesinato con los que le tocaba

lidiar cada día. Durante sus horas de insomnio empezó a obsesionarse con la capacidad de empatizar que posee el ser humano; esa habilidad que nos permite vivir el dolor o el placer de nuestros pares sin haber transitado su experiencia.

La empatía fluye desde nuestra infinita capacidad imaginativa; desde esa mentalidad mágica que yace debajo de la razón, la ciencia y la religión, como una corteza primitiva que nos hizo, en algún punto, reconocernos como especie bajo el desconcierto atronador de la naturaleza. Para Rowling no se trata de un don sino de un poder, y como tal es moralmente neutra: sirve tanto para manipular, controlar y herir donde más duele, como para comprender, simpatizar y también amar.

Esa empatía puede, además, no emplearse en absoluto. Es el caso de los tíos de Harry Potter: Vernon y Petunia Dursley, típicos muggles satisfechos del primer mundo, rebosantes de todos los prejuicios heredados de la modernidad bienpensante. Pero una vez más, Rowling nos tiene preparada una sorpresa. Porque en lo chato hay también una complejidad que necesita explicarse.

En una entrevista con la BBC Rowling contó la siguiente anécdota: mientras escribía *La Orden del Fénix* se levantó de su escritorio y entró llorando a la cocina. Su actual marido, un doctor de Edimburgo llamado Neil Murray, le preguntó qué diablos le pasaba y ella contestó que acababa de matar a alguien. Él no sabía de qué personaje se trataba, y al verla así le dio un simple consejo: "entonces no lo mates". En esa parte de la entrevista Rowling sonríe con cierto pesar evocando el desconcierto que le provocó que un doctor no entendiera que alguien tuviese que morir. "Es que así no funciona" le dijo finalmente. "Para escribir libros para niños hay que ser un asesino implacable."

Con todo lo dicho, y si se me permite una última opinión, creo que la habilidad de Rowling para explorar los alcances de la empatía y la inflexibilidad del destino sobre cualquier inocencia, además del espesor progresivo de sus personajes y el cuidadoso tejido de la trama, colocan su creación holgadamente dentro de un nuevo tipo de clásico: uno que salta en tiempo real las barreras de la edad, que combina claridad y complejidad y una imaginación galopante con una prosa convencional, aunque no por eso menos ingeniosa.

Porque es cierto: Rowling no es Dostoievski, ni Woolf ni Borges y, ateniéndonos al género, tampoco es C.S. Lewis o J.R.R. Tolkien. Ella prefiere las comparaciones a las metáforas, las descripciones a la poesía, mostrar antes que cavilar, el diálogo al soliloquio. Como si fuese ilegal no revolucionar el estilo, Harold Bloom dijo que Harry Potter es "una porquería" y que, como tal, no resistirá el paso del tiempo. Y no solo él lo ha destrozado: Ursula K. Le Guin dijo que *La Piedra Filosofal* es "estilísticamente común, imaginativamente trillado y éticamente mezquino", y Stanislaw Lem describió la saga como "el opio del pueblo".

Bueno, con todo el respeto que pueda tener por esos autores, decido de nuevo que es mucho más divertido abrir un libro de Harry Potter que ver cómo se lo descose desde la crítica literaria. Y estoy segura de que la saga seguirá con paso firme su camino por la historia.

A la oficina muggle en la que trabajo cada día llegó un nuevo colega: un muchachito de dieciocho años que se sienta en el escritorio de atrás, y que una vez mencionó al "Pensadero" como parte de un chiste que esperaba entender solo él. El Pensadero es una vasija mágica de piedra que sirve para guardar pensamientos y memorias y que Albus Dumbledore, el director de Hogwarts, tiene en su oficina. De inmediato me di la vuelta en mi silla laboral con rueditas y me reí con él en la complicidad de unos saberes que nadie más en el recinto poseía. Hablamos largo rato sobre nuestra pasión por Harry Potter hasta que me preguntó, con una solemnidad que solo puede explicarse por nuestra diferencia de edad, si era mi libro favorito. Recordé cuando tuve el primer tomo en mis manos; el mismo que ahora yace amarillento en mi mesa de trabajo. Mi papá lo había comprado en la librería de un aeropuerto para regalárselo a mi hijo —que por entonces no sabía leer— y al hojearlo en el despegue ya no pudo soltarlo y lo terminó durante el viaje. El libro ya pasó por tres generaciones familiares, como lo han hecho también *El Hobbit, Crónicas marcianas* o *El guardián entre el centeno*. Era una pregunta difícil y sobre todo inútil pero el ejercicio de decidirlo me llevó a descubrir algo: Harry Potter no es mi libro favorito. Pero sí el que me ha hecho más feliz.

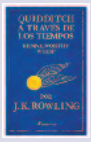
Deconstruyendo a Harry

ROWLING

En junio de 2008, J.K. Rowling habló frente a los graduados de Harvard. El discurso —tan legendario y viral como el de Steve Jobs en la Universidad de Stanford— se puede ver completo y subtitulado en internet, e incluso circulan varias versiones para imprimir y leer en papel. “Hay una fecha de expiración en el momento de culpar a tus padres por guiarte en la dirección equivocada. Cuando eres lo suficientemente mayor como para tomar las riendas, la responsabilidad siempre está a tu lado”, dice la escritora en uno de los grandes pasajes del texto. En la web también hay una versión completa, subtitulada en español, del documental J.K. Rowling, *A Year in the Life* (ITV). James Runcie, el director, siguió a Rowling con su cámara durante el año en el que la autora escribía el último libro de la saga. Si quieren ver a J.K. íntima y al natural, no hay mejor opción que esta.

MISTERIO

No. No pensamos en incluir un texto sobre Harry Potter a causa del ya famoso Potter More. En realidad, fue todo casual. Mientras cerrábamos esta edición de Orsai, la autora del texto sobre Harry, Ana Prieto, nos envió un mail. “Muchachos, ¿cómo están? Supongo que ya cerraron todo, pero por las dudas quería avisarles que J.K. Rowling hará un anuncio en cinco días”. Espantosa noticia, porque nosotros en cinco días ya no tendríamos tiempo para incluir esa información. Así que muy posiblemente ustedes, lectores, ya saben cosas nuevas sobre la saga que nosotros no sabemos. Toda la información está en la página web pottermore.com, en donde ahora (el pasado desde donde escribimos) únicamente hay dos búhos muy misteriosos mirándonos de frente. ¿Cuál será el anuncio? Podemos vaticinar algo: J.K. Rowling será mucho más millonaria que antes, dos días después de la revelación.



UN LIBRO
Este pequeño libro, que aparece mencionado en la saga como un volumen que se encuentra en la biblioteca de Hogwarts, es un tratado sobre el Quidditch, el deporte mágico por excelencia en la escuela de Harry. Contiene descripciones de reglas, equipos, pelotas y demás. Una especie de Boca, el libro del xentenario (la summa del club argentino), pero con ilustraciones de la propia J.K. Rowling.
Quidditch a través de los tiempos
Salamandra, 2001

OTRO LIBRO
Libro de estudio en Hogwarts, con prólogo de un tal Newt Scamander (aunque se sospecha que, en realidad, fue escrito por el mago Albus Dumbledore). Se refiere a las diferentes criaturas y animales del mundo mágico de Harry Potter, e incluye anotaciones hechas a mano por el propio Harry, Ron y Hermione, dado que los tres compartieron el mismo texto.
Animales fantásticos y dónde encontrarlos. Salamandra, 2001

Y UNO MÁS
Escrito en el siglo XV por Beedle, una reconocida autora de literatura para magos. El libro fue mencionado por primera vez en *Harry Potter y las Reliquias de la Muerte*. Rowling, en principio, había hecho solo siete copias a mano de esta obra. No tenía idea que una de ellas, luego, se convertiría en el manuscrito literario moderno mejor cotizado en una subasta. Lo compró Amazon.com por 3,98 millones de dólares.
Los cuentos de Beedle el bardo
2008, Salamandra

El pez

Aunque el lugar común se empecine en dar por buena la metáfora "como un pez *dentro* del agua", la historia de Albert Casals no conoce de adverbios mejores o peores. ¿Dentro o fuera, cerca o lejos, delante o detrás? A principios de año, el catalán, junto a su novia Anna y su silla de ruedas, comenzó a darle media vuelta al mundo sin dinero ni planes trazados con antelación. Su objetivo: llegar a las antípodas de su casa, una granja en Nueva Zelanda, y golpear la puerta de ese lugar remoto para saber si el dueño lo dejará pasar una noche allí. ¿Será, el señor que vive abajo, una buena persona? Este es el tercer y penúltimo capítulo de la historia. Conoceremos el entorno de Albert, su familia, y algunos nuevos porqués de este viaje. Mientras tanto, el aventurero sigue rumbo firme a Oceanía, como un pez *fuera* del agua.

LA MEDIA VUELTA

CAPÍTULO TRES

Escribe **Adrià Cuatrecases**

Mientras Albert y Anna se suben a un camión en algún punto de Turquía, leo algunos correos de lectores sobre esta aventura. “A mí la historia me chirría un poco —dice un comentario—. Me parece inhumano. Albert no tiene miedo, es como un robot, está por encima de la moralidad humana, su silla de ruedas le hace trascender. No reflexiona, no se pregunta, solo disfruta, hace lo que le da gusto; hedonismo al límite.”

¿Es Albert un hedonista? Y si lo es, ¿es censurable? ¿Los demás tenemos derecho a juzgarlo o es un tic de herencia católica que nos impulsa a moralizar las decisiones ajenas? Si no fuera porque está dormido en ese camión, cruzando Turquía entera, a buen seguro que el mismo Albert participaría del debate. Quizás ahora algún lector menos fino podría soltar la idea de que, al no poder caminar, es lógico que el chico desarrolle una habilidad retórica para escapar de las complicaciones.

Sí, de acuerdo. Pero, ¿cabe el embuste? ¿El engaño? ¿La mentira? “Siempre que no dañe a terceros”, responde Albert.

¿Y te parece ético subir sin pagar a un tren o fingir caerte para colarte en un barco? “Mientras no dañe a terceros”, responde de nuevo. Y sonríe, sabiéndose vencedor.

Llegó el momento

El camión descarga a la pareja. El conductor, que les ha cruzado por todo el país, se defiende en inglés macarrónico, y lo aprovecha durante el trayecto para preguntar a Albert y Anna cómo piensan cruzar Oriente Medio sin permisos ni carteras.

ES CIERTO, LAS HISTORIAS DE SUPERACIÓN TIENDEN AL PROSELITISMO, A CIERTA VOLUNTAD DE DEMOSTRAR ALGO.

—Bueno, nosotros viajamos así. Ya pensaremos cómo cuando lleguemos.

—Pues llegó el momento —afirma señalando al horizonte, justo donde les aguarda un dispositivo aduanero uniformado y de cara seria.

—Eh... —ronronea Albert mientras se esfuerza en recordar qué tiene apuntado en su manual sobre convencer a guardias fronterizos.

Anna está tan nerviosa como Albert, pero se le nota. A medida que se han ido alejando de Europa, a ella las dificultades le parecen más pronunciadas: idiomas incompatibles, culturas alejadas, costumbres distintas... Presentarse en la frontera siria en manga corta, de la mano de un chico en silla de ruedas de pelo azul, y sin intención de pagar la tasa obligatoria le provoca inquietud. A la que se añade un punto de sudor frío cuando les dan el alto y les preguntan algo así como "a dónde creen que van".

Entonces Albert arranca su discurso: que si venimos de, que si viajamos sin, que si nos dejan que, gesticulando sin cesar para empujar sus palabras, aderezadas con algún guiño, una risa tonta, y más desvergüenza de la que podríamos reunir una decena de nosotros juntos.

Anna presencia, una vez más, el milagroso efecto de la retórica de Albert. Incluso en una lengua incompatible, ante una cultura alejada, y frente a costumbres distintas. Y Albert sonríe, sabiéndose vencedor.

En Damasco se alojan en casa de una familia de doce somalíes que solo les piden a cambio poder exhibirlos como una rareza exótica ante amigos y conocidos. "¡Pasen y vean lo que tenemos durmiendo en el sofá!" Y así el cuarto se convierte en una atracción turística con gente circulando constantemente y un somalí como guía.

A la joven pareja le compensa convertirse por unos días en atracción de feria a cambio de un refugio en el caos reinante de la ciudad. Necesitan un techo bajo el cual revisar el mapa y tomar la decisión que habían retrasado para no entrar en pánico.

—Vamos a ir hasta Georgia. Y allí tenemos que tomar uno de los dos caminos.

—¿De verdad tenemos que escoger entre estos dos?

Albert hace que no con la cabeza. Anna ya lo sabe. Lo pregunta para ganar tiempo. Resistiéndose a elegir.

—Sin coger avión únicamente hay dos rutas posibles para seguir rumbo a Oriente: por Kazakhstán o por Irán.

—O sea que hay que elegir entre andar a veinte grados bajo cero o cruzar por una zona en conflicto. ¿Es eso?

Albert asiente. Anna suspira.

Es porque es

"Me gusta que el mayor defecto o discapacidad de Albert se vuelva su mejor aliado en su viaje —dice otro lector—. No lo digo como una moraleja o una enseñanza de vida. Si no por algo que es porque es y punto."

Es cierto que las historias de superación tienden al proselitismo. Y algunos creerán que este y los otros viajes protagonizados por Albert tienen, en el fondo, cierta voluntad de demostrar algo. ¿De aleccionar a quien se compadece, quizá? Lo cierto es que él va por libre. Y como resalta este lector, su uso de la silla es tan desacomplejado que nos pilla a contrapié. La utiliza a su favor, sin remordimientos. Pero un juez tendría difícil discernir quién tiene mayor culpa en estos momentos de pillería, si Albert por sacar provecho de su incapacidad o los demás por esa ridícula costumbre de apiadarse de toda minusvalía.

Alguien curtido ante estas cosas es Gabriel Vilanova, que lleva casi veinte años ejerciendo de fisioterapeuta en un centro de recuperación para personas afectadas por alguna discapacidad. Entre sus pacientes, un niño de siete años al que recuerda perfectamente: "La diferencia entre Albert y otros pacientes es que él ya venía contento, dispuesto a superarse. Y gran parte de los pacientes, a la mínima, se hunden. Era de una

pasta distinta que los otros. Al llegar no tenía equilibrio después de estar tantos meses en cama. Fue el peor momento para él. Pero venía siempre alborotado y dispuesto a trabajar. Si no le salían los ejercicios que hacíamos se enfadaba. Su tozudez le sirvió para esforzarse".

Un profesional que ha visto pasar por sus manos multitud de pacientes puede comparar: "Lo que él ha hecho ha sido canalizar la parte negativa de forma positiva. Solo que otras personas no tienen ni el espíritu de superación ni las cualidades de Albert. Hay que tener en cuenta que él es elástico a más no poder. Nunca va dando lástima. Es simplemente una manera optimista de ver la vida. Hay personas que puedan opinar que lo que hace es huir de lo que le pasó, pero yo creo que no. Lo que hace es disfrutar la vida".

¿Pero intenta demostrar algo a alguien o simplemente vive su pasión?

"Para otras personas que se encuentren ante una dificultad física puede ser un ejemplo de positivismo, pero el viajar del modo que viaja tiene poco que ver con su minusvalía. Sin ella haría lo mismo, lo que pasa es que entonces no hablaríamos de Albert. Ya no sería el chico de la silla de ruedas con el pelo azul, que se va sin pasta y con desvergüenza, que pone cara de pena si lo van a detener y se libra."

Elegir en vano

De camino a Tbilisi, tanto Anna como Albert empiezan a notar el desgaste físico y su cuerpo les exige descanso. Exteriorizan su queja con unas anginas y una gripe intestinal. Descubren con fortuna que Georgia es un país obsesionado con ser europeo (con las cosas buenas de ser europeo, cabe suponer). Así que una parejita catalana es recibida con honores. Como si tratándoles bien se estuvieran ganando el favor del continente entero.

Les acogen en un hostal, que les regala tantas noches y cuidados como requieren hasta recuperarse de sus dolencias. Y allí deciden que la menos imprudente de las rutas es la que pasa por Irán. Pero sus anfitriones les advierten de los impedimentos estrictos de ese país en lo que a cruce de frontera se refiere.

—Bah, fronteras a mí... —se le escapa a Albert.

Antes de su intento de acceder a Irán, las mujeres georgianas recomiendan a Anna tomar una precaución básica si quieren tener alguna opción y le regalan un elegante burka de color negro, que combina con todo. Equipados cogen un bus que les lleva hasta el acceso iraní más cercano.

Esta vez los guardias son menos benévolos. Hasta Anna puede ver por esa pequeña ranura la expresión poco receptiva de los aduaneros. Tan poco receptiva que ni Albert quiere insistir.

Dan media vuelta resignándose a la segunda mejor opción, Kazakhstán, donde el invierno recibe a sus habitantes con una media de dieciocho grados bajo cero. Algo intimidatorio para alguien que lleva en su mochila únicamente dos camisetas. Una de ellas de manga corta.

Se dirigen hacia Baku, en el extremo oriental de Azerbaijan, de donde parte el único barco que cruza el mar Caspio. Zarpa cada catorce días, con lo que el temor es plantarse allí y tener que esperar ocho, diez, o doce largos días sin abrigo en un puerto. Al fresco.

De ahí que al llegar a ese muelle pregunten con voz hilada:

—Disculpe, señor: ¿cuándo sale el próximo buque?

—Mañana.

Albert no se sorprende de esa suerte.

—El destino nos debía una. Por lo de Irán.

Parece ser que el destino le debe más de una. Quizá tenga remordimientos tras azotar su infancia con severos vaivenes, y ahora le quiera compensar.

Charlad con los padres

"¿Y sus padres? —se pregunta otro lector— Hay que tener mucho valor para estar dispuesto a pasar tanto miedo." Y en el mismo sentido, una lectora insiste: "Por favor, charlad con los padres de este chico. Me interesaría muchísimo releer esta historia desde su punto de vista".

Los padres son Álex y Mont, una pareja de mediana edad y de charla pausada, poco amantes de la estridencia. Están orgullosos de Albert, pero con contención. Y están satisfechos con su papel como formadores, pero rehúsan las medallas.

Álex lo ve así: "Si tú tienes claro de entrada que tu hijo puede hacer una cosa que lo hará feliz, no te puedes plantear si se lo permites o no. No eres su amo. Eres tú quien decidió traerlo al mundo, él no te lo pidió. Así que lo mínimo que puedes hacer es respetarlo y entender que es una persona, y que no por ser pequeña es tonta".

La oratoria de Albert no es fruto de la casualidad. Sus padres argumentan cada afirmación y la reiteran con símiles que vuelven la teoría algo más terrenal. Para ellos "un niño no es más que un adulto en prácticas. Del mismo modo que nadie se enfada con un médico cuando está haciendo sus horas de formación en el hospital, y comprende que cometa errores, con un hijo es igual. Debemos entender que cuando hace algo mal no es para fastidiarte, es únicamente porque no sabe".

Los padres de Albert explican su punto de vista asumiendo que es solo la opción elegida por ellos, pero con el bagaje que les otorga haber pasado por circunstancias delicadas. Reconocen que han ido aprendiendo a cada paso, meditando mucho cada decisión. Consultando. Para cerciorarse de que, fuera cual fuere el resultado, el movimiento había sido elegido sin precipitarse. Y con la generosidad que supone actuar pensando en los hijos y no en la propia tranquilidad de los padres: "La sobreprotección alivia al padre y a la madre pero es una putada para los hijos, porque no les dejas crecer ni madurar", resume Álex.

El crucero

En el puerto de Baku, el mismo operario que le ha dicho a Albert que el barco zarpa a la mañana siguiente también le informa que el viaje dura tres días y que el billete cuesta ciento veinte dólares. El chico tuerce un poco el gesto.

—Ah, y por supuesto, no sube nadie a bordo sin visado para Kazakhstán.

Ups, el visado. Ese pequeño detalle.

En esta ocasión, el reto acumula más obstáculos que ningún otro: ni billete para colarse en el barco, ni visado para superar el control de la entrada, ni camarote en el que esconderse los tres días de recorrido sin levantar sospechas. Con el

añadido de jugar contra el reloj, pues no superar alguno de los retos supondría que se escapara ese barco y quedar dos semanas a la deriva, en tierra de nadie.

Albert convence a los dos policías del puerto para que le dejen pasar ese filtro, en parte porque los agentes tienen la tranquilidad de saber que van a abortar su intento en la aduana. Lo mismo que debe pensar el aduanero al sellarle el pasaporte a pesar de no mostrarle billete.

Curiosamente, quien le corta el paso es una sonriente azafata dispuesta a acompañarle a su camerino. Algo complicado cuando, en realidad, no tiene ninguno asignado. Para ganar tiempo, Albert se inventa que su billete se lo han quedado en la aduana. Pero tras una rápida comprobación aparecen en escena dos policías que le agarran del brazo con intención de conducirle hasta la salida.

Llegado a ese punto, el chico de la silla de ruedas con el pelo azul, que va sin pasta, que pone cara de pena si lo van a detener y se libra, pronuncia la frase mágica.

—¡Quiero hablar con el capitán!

Le sonaba haber leído en alguna novela de aventuras que esa solicitud es algo a lo que cualquier polizón tiene derecho. Y lo cierto es que, al hacer la solicitud, los agentes le sueltan el brazo, la tripulación que le rodea se cruza miradas, y la azafata (ya menos sonriente) se marcha renegando al encuentro del patrón del barco.

Es su última carta. El capitán tendrá la palabra definitiva. Debe convencerle como sea.

—Por favor, que hable inglés. Por favor, que hable inglés...

El capitán se acerca con su gorra y le devuelve a Albert la esperanza al preguntar:

—¿What's the matter?

Con un idioma con el que comunicarse aceptablemente, las argucias dialécticas de Albert recuperan efectividad. Le explica su trayecto, se hace el simpático, se muestra gracioso, y termina convertido en el invitado de honor del capitán. Con cama y barra libre.

A su destino le esperan siete grados bajo cero y medio palmo de nieve, con lo que eso supone para alguien que circula en silla de ruedas. Pero no va a pensar en ello, ahora está disfrutando de un crucero gratis.

Hippie drogado

Entre las cartas de lectores destaca una que se limita a decir dos palabras sobre Albert: "Hippie drogado". Dicho así, con esa rotundidad, es como que el lector supiera de lo que habla. Parece algo irrelevante pero, si existe esta curiosidad, habrá que indagar sobre los vicios de nuestro viajero charlando con su grupo de amigos en Barcelona.

"SI TÚ TIENES CLARO DE ENTRADA QUE TU HIJO PUEDE HACER UNA COSA QUE LO HARÁ FELIZ, NO TE PUEDES PLANTEAR SI SE LO PERMITES O NO".

—Nada de nada. Ni siquiera salimos por discotecas. Ni tenemos sexo con desconocidos —asegura Pol—. Los jóvenes tenemos mala prensa —denuncia—, aunque es cierto que muchos de ellos hacen lo que les divierte, pero no lo que les hace felices.

Un momento. Oír a un chaval de veinte años hacer una reflexión así provoca un levantamiento de ceja inmediato.

—Es que la filosofía de vida de Albert no es solamente de Albert —interrumpe Pol—. La hemos creado entre todos. Si algo caracteriza a nuestro grupo es que lo discutimos todo.

—Albert es quien ha puesto en práctica la teoría —irrumpe Rubén—. Nosotros aún no lo hemos hecho porque nos sentimos atados a lo que tenemos aquí.

¡O sea, que son un pequeño ejército de vividores dispuestos a batallar! Pero su lucha es hacia la conquista de un modo de vida, sea viajando o sin viajar.

—Lo de viajar no lo comparto porque no me interesa —suelta Felipe.

—A mí los viajes de Albert no me importan —dice Pol—. No me importa saber lo que hace. A mí me importa saber cuándo vuelve, para poder hacer lo de siempre.

¿Y lo de siempre es...?

—Ir de madrugada a un hospital abandonado y colarse dentro evitando los vigilantes, por ejemplo.

Vaya.

Rumbo a China

Los mismos guardias que le zarandearon al descubrir que había subido al barco sin billete, ahora le despiden con la mano alzada. Albert se desliza por la rampa de proa y pisa tierra firme después de tres días de navegación. Va envuelto con ropa de abrigo, mucha ropa, que le regaló cada nuevo conocido del barco al que le contó su intención de pasar por Kazakhstán en pleno invierno. Y soportó con vergüenza algo que casi ni recordaba: la necesidad de que le empujaran la silla para avanzar. La nieve no es una buena aliada para una silla de ruedas. Tampoco lo son esas temperaturas para un mochilero que duerme en parques. Así que el objetivo es subir al tren que cruza el país de extremo a extremo para llegar lo antes posible a China.

Una adinerada familia (que conocieron en el crucero gratuito) les financia los billetes que les acercan hasta la ciudad de Almaty, a la que llegan coincidiendo con una festividad y unos estruendosos fuegos artificiales. El frío es más moderado, aunque sigue siendo imprudente ir con las orejas destapadas. Lo que no varía es la existencia de gente acogedora, dispuesta a alojar en el sofá de su casa a desconocidos excéntricos. Esta vez se conocen con el anfitrión en la cola de una oficina de trámites administrativos. Los recién llegados deben sellar su entrada (bajo amenaza de multa) para disponer de diez días de libre visita turística. Entre los requisitos para ese sello, figura el de dar el nombre del hotel donde se alojan. Eso presupone que van a alojarse en un hotel, lo que está muy lejos de la realidad. Pero tampoco tienen testimonio alguno de que vayan a hospedarse en casa de algún kazajo. A menos que...

—Se quedan en mi casa —interviene el único ciudadano de toda la cola que habla inglés y entiende la problemática.

Se llama Dimitri, y firma la autorización no solo como formalismo. Realmente está ofreciendo pensión. Y sería uno más de los anfitriones generosos con los que se han topado a lo largo del viaje, si no fuera por su afición a beber vodka por las noches. Aunque, para que esto se entienda, hay que contar algo antes.

Almaty es una población de paso. La más cercana a China que cuenta con embajada para pedir un visado. El funcionario que se ocupa de sus trámites se llama Aleksi, y Albert le insiste en su urgencia, puesto que el "sello" les da únicamente diez días de permiso para estar en Kazakhstán. Y no tiene cien dólares para pagar la multa que supone sobrepasar ese límite.

—Va a tardar mínimo ocho días —advierte Aleksi, con poca empatía—. Pero al ser época festiva, puede que se demore algún día más.

No hay motivo para desconfiar de su suerte. Así que empiezan los trámites, que incluyen dejar el pasaporte en ese despacho.

—Ya te avisaremos...

—Bien, gracias.

Bien, gracias, ¿pero cómo van a avisar a alguien que no está hospedado en ningún hotel? ¿Cómo se comunicarán con el domicilio anotado? Por carta, claro. Albert no cae en ese detalle en el momento de hacer el papeleo, de modo que el correo puede llegar demasiado tarde para recibir a tiempo el visado. Hasta que interviene el alcohol. La noche antes de que caducara su permiso, de madrugada, Dimitri salió a tomar una copa. Coincidió en la barra con un individuo llamado Aleksi, al que le contó, con esa verborrea de los ebrios, que estaba alojando en casa una gente extraña.

—Un tipo que lleva el pelo azul y va en silla de ruedas. Dice que quiere cruzar el mundo y llegar hasta Nueva Zelanda sin una sola moneda ni...

—¿Pelo azul y silla de ruedas? —le cortó Aleksi— ¿No será este?

Y sacó de su bolsillo un pasaporte y un visado para China con la foto de Albert pegada.

—Le he intentado localizar todo el día para entregarle esto con urgencia, pero me ha sido imposible.

Dimitri volvió a casa como una cuba pero con los papeles de Albert en el bolsillo. Una tramitación poco convencional, sin duda. Pero eficaz, al fin y al cabo. Así, agradecidos y documentados, cruzan hacia China por el norte, rumbo a la gran muralla.

Un viaje ajeno

Una última carta de lectores dice: “Creo que el punto de partida, la narración de un viaje ajeno, es una gran dificultad. ¿Cómo se pueden narrar las vivencias de otros con quienes además es muy complicado comunicarse?”.

Y pienso que este lector tiene razón. Es muy complicado comunicarse con Anna y Albert. Es más: ¿y si todas estas cintas que nos mandan, donde vemos las aventuras que les narramos en estos textos, están falsificadas? Hoy en día con un ordenador y efectos especiales puedes fingir que estás en un barco en alta mar o en un tren rodeado de nieve. Puede que nos estén tomando el pelo, maldita sea.

“SE QUEDAN EN MI CASA”, DIJO EL ÚNICO QUE HABLABA INGLÉS Y ENTENDÍA EL PROBLEMA.

Por eso creo que el cuarto (y último) artículo de esta crónica loca e imposible debería escribirse desde Nueva Zelanda. Volar hasta el otro extremo del mundo solo para comprobar que no nos están tomando el pelo. Ver con nuestros propios ojos si llegan donde se propusieron. O si todo esto es una farsa que merece un castigo ejemplar. Por ejemplo: trabajo fijo, en oficina, ocho horas diarias.

La media vuelta, capítulo III

ADICTOS A LAS MILLAS

Hay gente capaz de vivir en aeropuertos, pasar días enteros subiendo y bajando de aviones y dormir en asientos-cama reclinables solo para acumular millas aéras... Son los adictos a las millas. Personas muy parecidas a George Clooney y Vera Farmiga en la película *Up in the Air*. El mundo de los cazadores de millas está en expansión, y tiene sus gurúes. Un caso interesante es el de Randy Petersen, célebre por contar con más de diecisiete millones de millas en su haber. Tanto sabe Randy del tema que ahora dirige FlyerTalk.com, una red social que congrega a miles de viajeros y que se especializa en ofrecer toda clase de información sobre esta novedosa plaga. Una adicción potente, parece, en la que los destinos exóticos y la experiencia de viajar no valen nada. Lo único que importa es estar suspendido en el aire, a diez mil metros de altura, y que las millas gratis no paren de acumularse.

MALETA

Los adictos a las millas no necesitan cargar con demasiado equipaje; por lo general les alcanza con lo que llevan puesto y un pequeño bolso de mano donde quepan sus menudencias. Por suerte, British Airways y la ginebra Hendrick's se unieron para diseñar un producto especial para ellos, en caso de que necesiten disimular su extraña adicción o estimular medianamente su ego confundido. Estamos hablando de una maleta pensada para viajeros intrépidos y amantes de la aventura; una pieza de colección con marcado toque vintage. El producto viene acompañado de un kit especial con un par de pantuflas, un foulard que protege del viento y del frío, un cuaderno de bitácoras y una brújula con reloj de sol. Ahora sí, por fin, irse lejos del hogar es otra cosa.

UNA PELI

Entre copas es el cuarto largometraje del director y guionista Alexander Payne. Cuenta la historia de dos amigos de toda la vida que inician un viaje con la única excusa de ir probando vinos por el camino. Una gran peli sobre el amor, la amistad y (por supuesto) el vino, interpretada por Paul Giamatti (¡que buen actor!) y Thomas Haden Church.

Entre copas,
de Alexander Payne, 2004

UN LIBRO

¿Pero cómo, además de viajar por el mundo escribe libros? Parece que sí. Albert Casals, de su puño y letra, cuenta el momento en que se lanzó a la aventura de viajar con apenas catorce años, el pelo teñido de azul y una camiseta de Naruto. Cuatro viajes en los que desgrana sus experiencias por Italia Grecia, Tailandia, Singapur, Malasia y Japón (justo el viaje que hizo antes de probar suerte con su media vuelta al mundo), entre otros destinos. El libro fue publicado por Edicions 62.

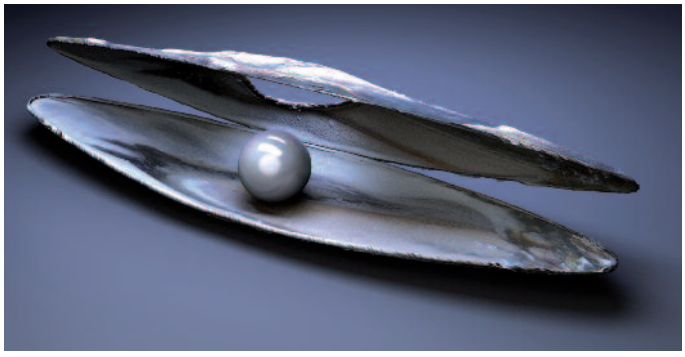
El mundo sobre ruedas,
de Albert Casals, 2009

OTRO LIBRO

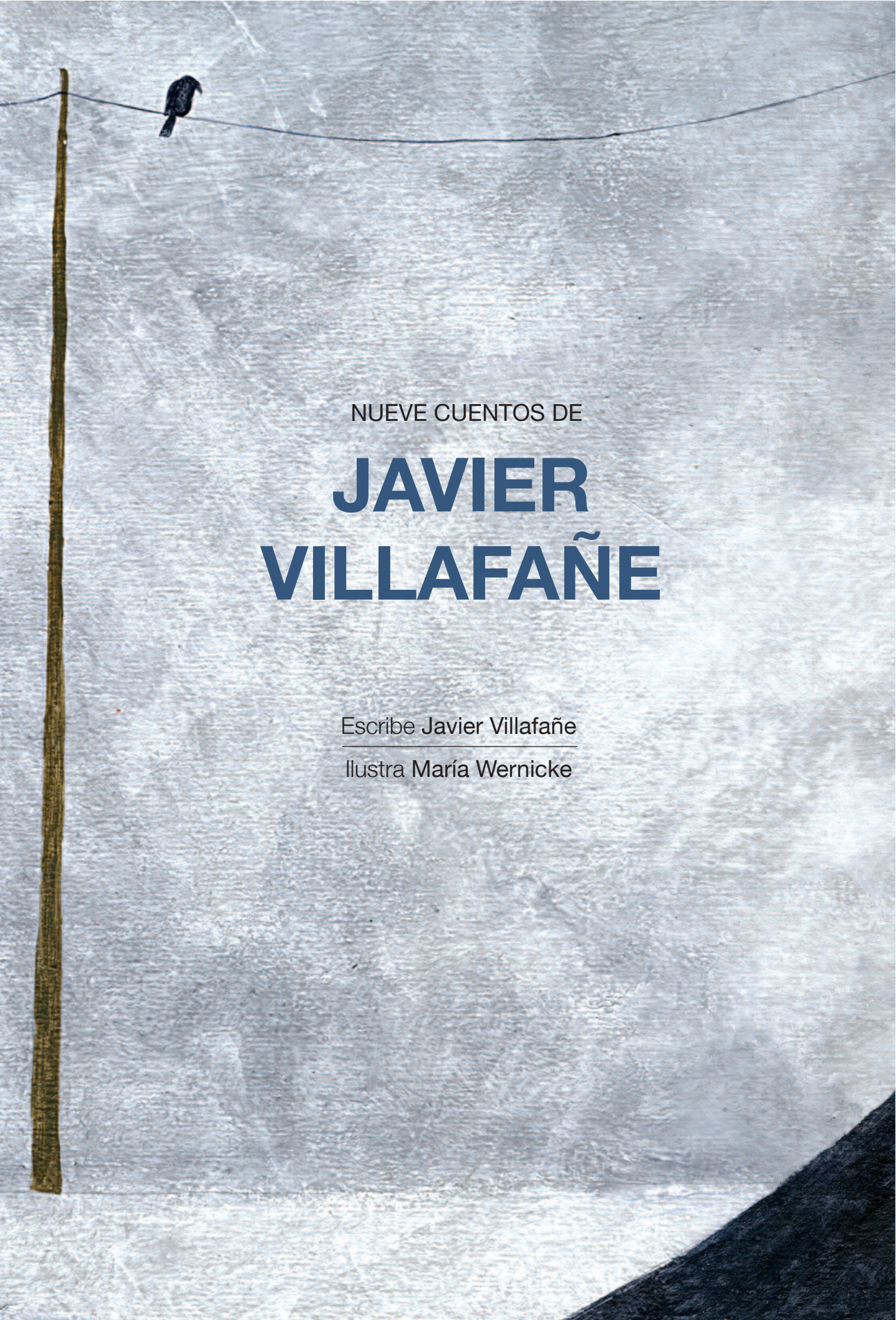
No podía faltar. Esta es la novela emblemática de la Generación Beat, escrita por Jack Kerouac en 1951 y publicada por primera vez en 1957. Mezcla de autobiografía y monólogo interior, está inspirada en los viajes alucinados que Kerouac y sus amigos (Neal Cassady, Allen Ginsberg, William Burroughs) hicieron por los Estados Unidos y México entre 1947 y 1950, a través de la mítica Ruta 66.

En el camino (On the Road),
de Jack Kerouac, 1951

Perlas



Únicamente algunas ostras, si hay suerte y se busca bien, guardan dentro una perla. Y solamente los finales de algunas revistas, si hay muchísima suerte, acaban con nueve cuentos de Javier Villafañe. Las páginas que siguen son hermosas y necesarias. Villafañe (nacido en 1909, titiritero ambulante, poeta y narrador infantil) es muy poco conocido como escritor para adultos. Y, sobre todo, es un injusto olvidado de la narrativa argentina y latinoamericana. Nos complace mucho cerrar este número con sus cuentos, y agradecemos a su mujer, Luz Marina, que nos los haya cedido. Las nueve narraciones cortas de Javier hablan de la vejez y la muerte de un modo que al lector le quedará, al final, la sensación de un único y poderoso relato. Los dibujos que ilustran cada cuento son de María Wernicke, que hizo magia en cada composición. Aquí están. Son nueve perlas para las últimas páginas de Orsai.



NUEVE CUENTOS DE

JAVIER VILLAFAÑE

Escribe **Javier Villafañe**

Ilustra **María Wernicke**

EL VIEJO TITIRITERO Y LA MUERTE

Salió de su casa con el teatro al hombro. Iba silbando como todos los domingos y en el camino lo atajó la Muerte. Entonces, el titiritero sacó del bolsillo un títere casi tan viejo como él. Era el Anunciador. Lo calzó en la mano derecha —su acostumbrado cuerpo, su piel— y con la voz del Anunciador le dijo a la Muerte:

—Respetable señora, le ruego espere unos minutos. Él —y señaló al titiritero— jamás llegó tarde a hacer un espectáculo y quiere justificarse. ¿Comprende?

La Muerte dio un paso atrás.

El viejo titiritero guardó el títere en el bolsillo. Cruzó la calle. En la esquina había un teléfono público. Metió una moneda en la ranura, marcó un número y dijo:

—Habla el titiritero para disculparse. Hoy no puede hacer la función.

Volvió a cruzar la calle con el teatro al hombro. Sabía quién lo estaba esperando en la vereda de enfrente.

EL ANCIANO Y EL NIETO O LA LEY DE LA HERENCIA

El abuelo tenía un lunar en la mejilla izquierda. El nieto tenía un lunar en la mejilla izquierda.

El nieto le decía al abuelo: “Esta noche no se haga pis en la cama”. El abuelo le había dicho al nieto: “Esta noche no se haga pis en la cama”.

El nieto llevaba al abuelo de la mano. “Cuidado ahí viene un automóvil”. “Cuidado, ahí viene un automóvil”, le había dicho el abuelo al nieto cuando lo llevaba de la mano.

El nieto le contó al abuelo el cuento de Caperucita Roja. El mismo cuento que le había contado el abuelo.

El abuelo lloraba con un ojo de vidrio. “No llore, el lobo no se comió a Caperucita Roja”.“No llore, el lobo no se comió a Caperucita Roja”, le había dicho el abuelo cuando el nieto lloraba.

El nieto hamacaba al abuelo en una hamaca en el mismo parque donde el abuelo había hamacado al nieto.

El nieto tenía una novia. El abuelo le acariciaba los senos a la novia del nieto.

El nieto le dijo al abuelo: “No le acaricie los senos a mi novia”.“Bájese de la silla —le había dicho el abuelo al nieto—, no le acaricie los senos a su abuela.” Los senos de la abuela ocupaban toda la sala de la fotografía.

Cuando murió el abuelo el nieto lloraba con un ojo de vidrio.

LA NOVIA DEL ANCIANO

Todas las noches el anciano les contaba cuentos a los nietos. El cuento que más les gustaba era el de la novia del abuelo, cuando el abuelo tenía doce años y paseaba en bicicleta con su novia. Comenzaba así: “Ella era suave y hermosa. La cabellera larga y los ojos redondos y luminosos como los mirasoles. Andaba siempre en bicicleta”.

Una noche lo interrumpió Luis, el menor de los nietos:

—Abuelo, no cuente cómo murió esa tarde porque hoy vino a buscarme en bicicleta cuando salía de la escuela.

—Abuelo —dijo Irene—, esta mañana dejó la bicicleta apoyada en un árbol y jugó con nosotros en el patio. Me escondí detrás de sus cabellos y nadie me vio.

—Abuelo —dijo Esteban—, tiene los ojos tan grandes que aprendí a nadar en sus ojos.

—Abuelo —dijo Claudia—, ella lo está esperando.

Y con una tijera le cortó la barba, la quemó con la llama de un fósforo y en el humo apareció una bicicleta. El abuelo bajó las escaleras pedaleando y cuando llegó a la calle se encontró con su novia.

Los nietos los vieron irse en bicicleta.

EL ANCIANO ATEO

No creo en Dios ni en el Diablo —solía decir un anciano—. Soy ateo desde el vientre de mi madre.

Un día el anciano murió de viejo. Alguien lo tomó de la mano.

—¿Usted quién es? —preguntó.

—El Diablo.

—No —dijo el anciano mirándolo desde la cabeza a los pies—. Usted es un hombre con dos cuernos, una cola y patas de chivo.

Siguieron descendiendo.

—¿Y esto qué es? —preguntó el Diablo—. ¿No es el infierno?

—No, señor, es un sótano que se está incendiando.

EL ANCIANO CREYENTE

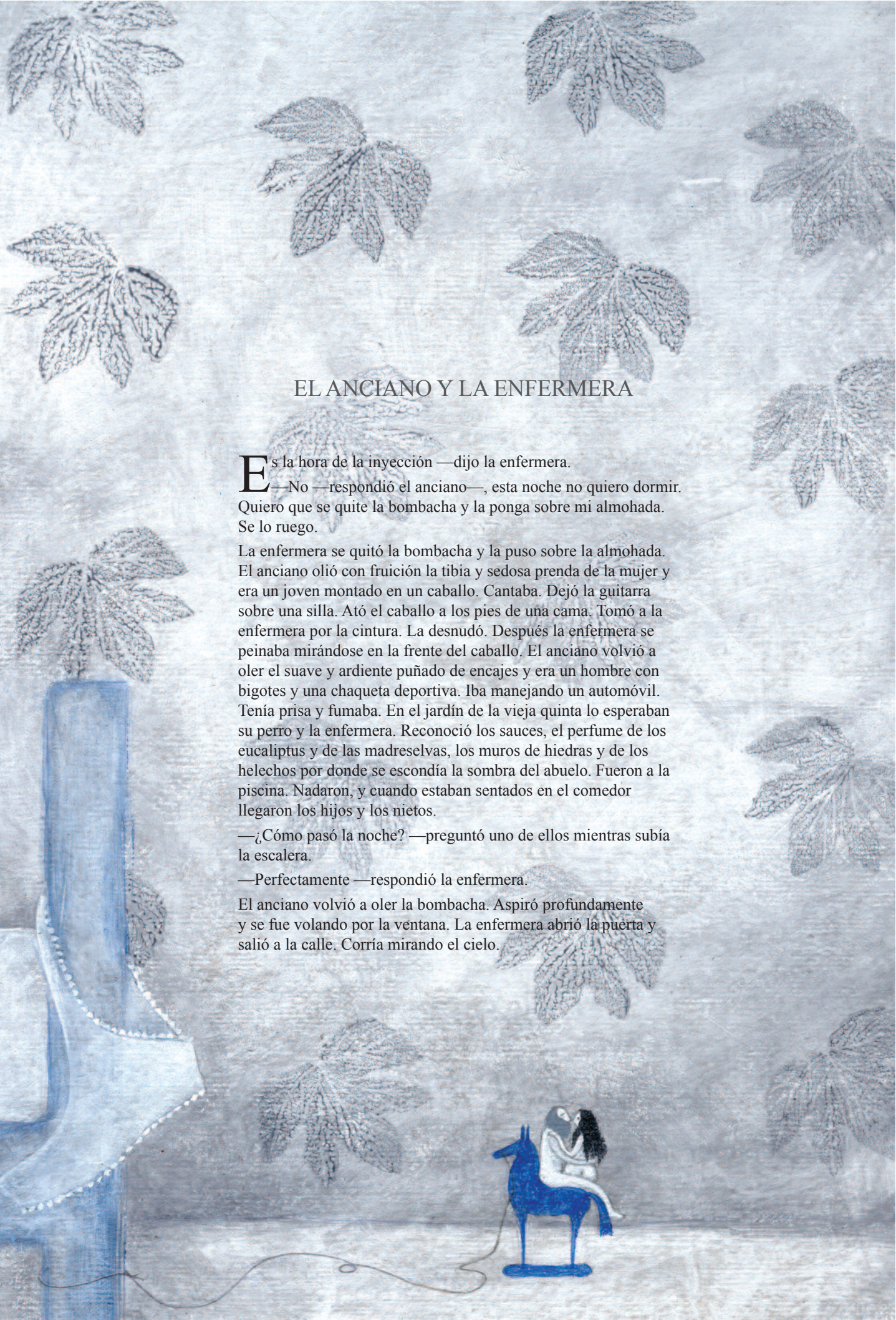
Durante medio siglo venía repitiendo:

—No soy un loco. Tenía que encontrarme con Él y llegué tarde. ¿Por qué me encerraron en este manicomio?

Una noche se abrió una pared en el cuarto donde dormía el anciano y una voz dijo:

—Yo soy el que llegó tarde. Pero ¿qué son cincuenta años frente a la eternidad?

El hombre fue detrás de la voz y se cerró la pared.



EL ANCIANO Y LA ENFERMERA

Es la hora de la inyección —dijo la enfermera.

—No —respondió el anciano—, esta noche no quiero dormir. Quiero que se quite la bombacha y la ponga sobre mi almohada. Se lo ruego.

La enfermera se quitó la bombacha y la puso sobre la almohada. El anciano olió con fruición la tibia y sedosa prenda de la mujer y era un joven montado en un caballo. Cantaba. Dejó la guitarra sobre una silla. Ató el caballo a los pies de una cama. Tomó a la enfermera por la cintura. La desnudó. Después la enfermera se peinaba mirándose en la frente del caballo. El anciano volvió a oler el suave y ardiente puñado de encajes y era un hombre con bigotes y una chaqueta deportiva. Iba manejando un automóvil. Tenía prisa y fumaba. En el jardín de la vieja quinta lo esperaban su perro y la enfermera. Reconoció los sauces, el perfume de los eucaliptus y de las madreselvas, los muros de hiedras y de los helechos por donde se escondía la sombra del abuelo. Fueron a la piscina. Nadaron, y cuando estaban sentados en el comedor llegaron los hijos y los nietos.

—¿Cómo pasó la noche? —preguntó uno de ellos mientras subía la escalera.

—Perfectamente —respondió la enfermera.

El anciano volvió a oler la bombacha. Aspiró profundamente y se fue volando por la ventana. La enfermera abrió la puerta y salió a la calle. Corría mirando el cielo.

EL FANTASMA

Despertó con un fuerte dolor en la nuca. Abrió la puerta y el perro ladró como si viera a un desconocido. Fue al embarcadero y subió a la canoa. Remó y en el primer remolino la canoa se dio vuelta. Después unos policías rastreaban el río en busca del ahogado.

—No lo busquen en el río —dijo un vecino—. El hombre está muerto en su rancho. Esta mañana oí ladrar a su perro. Salí y vi cómo la canoa se iba sola río abajo. Fue el fantasma del hombre lo que vio su perro. Por eso ladró así. Fue su fantasma el que subió a la canoa y se ahogó.

Cuando los policías entraron en el rancho, el hombre estaba tendido en el catre, muerto, con las manos sobre la nuca.

EL PERAL

Cuando Claudia tenía seis meses la madre la acostó a dormir la siesta bajo la sombra de un peral. Era verano y el peral estaba cargado de frutos.

Unos meses después Claudia empezó a gatear alrededor del peral. Era otoño y el peral sentía el andar de Claudia sobre sus hojas secas.

Un domingo el padre de Claudia hizo una hamaca con una madera y una soga que ató a una rama del peral y Claudia —tenía tres años— se sentó en la madera. Cuando el padre dejó de hamacarla siguió meciéndose el peral.

Claudia cumplió seis años y fue a la escuela. El peral la veía salir por la mañana con sus cuadernos y un moño en las trenzas. Después, al mediodía, la veía regresar desde la rama más alta.

El peral amaba a Claudia.

Claudia estudiaba bajo la sombra del peral. Leyó a Salgari, a Julio Verne con la espalda apoyada en el peral. Una vez, cuando leía un cuento de Horacio Quiroga —"La gallina degollada"— el peral sufría. Las ramas del peral temblaban.

Febrero. El peral estaba cargado de frutos.

—Qué peras maravillosas da este peral —decían los vecinos.

No cabían en la palma de una mano. Cada pera era más grande que una mano abierta.

Una siesta un hombre saltó el cerco de la casa. Tenía barba y los brazos velludos.

Claudia había cumplido quince años. Leía bajo la sombra del peral. Vio acercarse al hombre y cerró el libro. El hombre le acarició los cabellos y la besó en la boca. Ella abrió las piernas y se vio en los ojos del hombre.

Al peral lo hacharon unos meses después. Se había secado. Su tronco y sus ramas sirvieron para leña.

PASEO CON DIFUNTO

Una mujer —veintiséis años, viuda— fue al correo a despachar una carta y se encontró con un hombre —cuarenta y cinco años, divorciado— que también iba a despachar una carta. Conversaron y quedaron en verse al día siguiente en el bar de la esquina. Los dos fueron puntuales. Tomaron café y después caminaron por el parque. Ella hablaba de su hijo y él del fracaso de su matrimonio.

Un jueves resolvieron pasar el fin de semana en Mar del Plata y se citaron para encontrarse el sábado a la diez de la mañana en la terminal de Retiro. Otra vez fueron puntuales. Cuando subieron al micro y se sentaron, ella dijo:

—Increíble. Viajé con él en este mismo asiento. Yo nunca te hablé de él.

—No —respondió él.

—Nos conocimos siendo muy jóvenes —dijo ella. Él estudiaba medicina. Se recibió y nos casamos. Era alto y delgado. Nuestro hijo se parece a él.

El micro se detuvo. Bajaron y entraron en un restorán.

—Increíble —dijo ella—. Aquí estuve con él y en esta misma mesa.

Comieron en silencio y subieron al micro. Se sentaron.

—Él —dijo ella— era un buen cirujano. Una noche lo llamaron del sanatorio. Llovía. Tuvo un accidente fatal en el camino. Esto ocurrió hace cinco años. El niño tenía apenas dos meses.

Llegaron a Mar del Plata y fueron a un hotel cerca de la playa. Al abrir la puerta de la habitación, ella dijo:

—Increíble —y repitió—. Increíble. Aquí estuve con él. Aquí pasamos la luna de miel.

Pusieron los bolsos sobre una mesa y se sentaron en la cama. Él le acarició los cabellos y cuando iba a besarla vio detrás de las cortinas a un hombre alto y delgado que los miraba. Recordó haberlo visto en la terminal de Retiro, en el micro, en el restorán donde almorzaron y al llegar a Mar del Plata.

—Vámonos —dijo él.

Salieron del hotel. Tomaron el mismo micro de vuelta. Se sentaron en el mismo asiento y regresaron a Buenos Aires. Él la acompañó hasta la casa. Ella abrió la puerta. Él sintió los pasos de ella y los pasos de él cuando iban subiendo las escaleras.

AUTORES

Ricardo **Galli Granada**

PÁGINA 6

(Formosa, Argentina, 1965) Es doctor en Informática y profesor de Sistemas Operativos de la Universitat de les Illes Balears. Pertenece a la Free Software Foundation y es por tanto un gran activista del software libre. En 2005 lanzó Menéame.net, un sistema para promocionar noticias, utilizando a los lectores como filtro. Reside en Palma de Mallorca desde 1992.

Giovanni **Guareschi**

PÁGINA 24

(Parma, Italia, 1908 – Ravenna, Italia, 1968) Humorista, escritor y periodista. Durante la Segunda Guerra Mundial realizó una serie de críticas al gobierno de Mussolini. En 1943 fue enrolado en el ejército y terminó siendo prisionero de los alemanes en Polonia y luego en Alemania, junto a otros soldados italianos. Todas sus experiencias las describió en su *Diario Clandestino*.

José **Cervera**

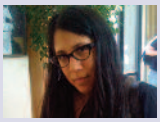
PÁGINA 32

(Getafe, España, 1964) Biólogo y periodista. En agosto de 1999 fundó Baquía.com, un website dedicado a la Nueva Economía. Más tarde montó la primera página web del diario *20 minutos*, con la primera licencia copyleft en un medio informativo comercial. Ha publicado en revistas como *Quo*, *Muy Interesante*, *Dinero* y *Escritura Pública*; también en los diarios *ABC*, *El Mundo*, *El País* o *Diario del AltoAragón*.

Alexis **Racionero**

PÁGINA 58

(Barcelona, Cataluña, 1971) Profesor de cine (Escac), documentalista, viajero e historiador. Realizó su tesis doctoral sobre la contracultura americana y el cine de Hollywood de los años setenta. Ha publicado diversos libros. En el 2005 rodó el documental *Rubber Soul, el viaje hippie a la India* (Casa Asia, Documania) y en la actualidad está a punto de estrenar *Railway to Heaven, un tránsito de Pekín al Tíbet.*



Gabriela **Wiener**

PÁGINA 70

(Lima, Perú, 1975) Escritora, cronista y periodista, afincada en Barcelona. Trabajó en el diario *El Comercio*. Fue miembro del consejo de redacción de la desaparecida revista *Lateral*. Colabora con una larga serie de medios, como *Etiqueta Negra*, *El País* o *La Vanguardia*. Es autora de dos libros de crónicas, y de la plaqueta de poesía *Cosas que deja la gente cuando se va*.

Pilar **Quintana**

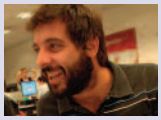
PÁGINA 86

(Cali, Colombia, 1972) Trabajó como libretista de televisión y creativa en una agencia de publicidad hasta que decidió dejarlo todo para irse de viaje. Luego de escribir su primera novela, *Cosquilla en la lengua,* se radicó en una región apartada y selvática del Pacífico colombiano, donde vive desde entonces. En 2007 publicó *Coleccionistas de polvos raros*.

Edmundo **Paz Soldán**

PÁGINA 98

(Cochabamba, Bolivia, 1967) Es columnista de temas de cultura y política en el diario *La Tercera* (Chile). También ha escrito para medios como *El País*, *The New York Times*, *Time* y *Etiqueta Negra*. En 1997 obtuvo un doctorado en Lenguas y Literatura Hispana por la Universidad de Berkeley. En la actualidad es docente de la Universidad Cornell. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas.



José **Playo**

PÁGINA 110

(Córdoba, Argentina, 1974) Escritor, docente universitario de las materias de Guion y Literatura y Cine. En 2003 creó la revista *Peinate que viene gente*, que luego pasó a formato digital. Ha publicado cuatro libros de relatos y colabora en diarios y revistas con notas de opinión. Participó en antologías literarias y ha llevado a la web numerosos proyectos de gestión cultural.

Pablo **Perantuono**

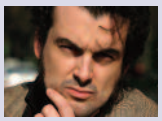
PÁGINA 122

(Buenos Aires, Argentina, 1971) Escribe en las revistas *Brando*, *Rolling Stone*, *Noticias*, *Newsweek*, *Gatopardo* y *Don Juan*. Trabaja en la sección Sociedad del diario *Clarín*.

Leonardo **Ferri**

PÁGINA 146

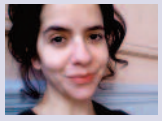
(Buenos Aires, Argentina, 1981) Escribe en la sección Cultura del diario *Página 12*, y en la edición local de *Rolling Stone*. Publicó también para *Newsweek*, *Hecho en Buenos Aires* y *Mavirock*.



Nacho **Vigalondo**

PÁGINA 160

(Cantabria, España, 1977) Es director, actor, guionista, bailarín y cantante. Su corto *7:35 de la mañana* fue nominado a los Óscar en 2004 en la categoría de mejor cortometraje. En 2008 estrenó su primer largo, *Los Cronocrímenes.*



Ana **Prieto**

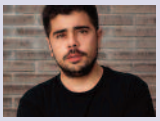
PÁGINA 172

(Mendoza, Argentina, 1975) Colabora en revista *Ñ* del diario *Clarín*, en el suplemento de Cultura de diario *Los Andes* y en *Conexión Brando*. En 2010 ganó el premio al Periodismo en Salud por una crónica sobre la gripe H1N1.

Javier **Villafañe**

PÁGINA 194

(Buenos Aires, Argentina 1909-1996) Poeta, escritor y titiritero. Con su carreta "La Andariega" viajó por Argentina y varios países de América, realizando funciones de títeres. Fue autor de *Los sueños del sapo*, *Circulen, caballeros, circulen*, *El hombre que quería adivinarle la edad al diablo*. Falleció en Buenos Aires a los ochenta y seis años.



Edu **Bayer**

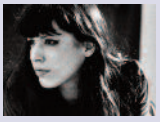
PÁGINA 6

(Barcelona, Cataluña, 1982) Estudió Ingeniería Química en la UAB, hasta que descubrió la fotografía.Trabaja como fotógrafo de prensa para los diarios *El País* (desde 2006) y *Público* (desde 2008); además de colaborar en *Le Monde*, *Independent* y *Economist.* Ha desarrollado proyectos de fotografía documental en zonas de conflicto.

Carlos **Junowicz**

PÁGINA 24

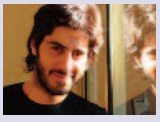
(Buenos Aires, Argentina, 1977) Ha trabajado en cine, en realización escenográfica y como docente. Expuso dibujos y pinturas en Buenos Aires, Quito y Guayaquil. Actualmente se dedica a ilustrar cuentos e ideas y a mezclar cosas para ver qué sucede después.



María **Corte**

PÁGINA 32

(Barcelona, Cataluña, 1983) Ha publicado en revistas como *Psychologies*, *Apartamento Magazine*, *Diari de Tarragona* y ha realizado trabajos para el Institut d'Educació i de Cultura del Ajuntament de Barcelona. También ha trabajado como ilustradora en el último CD de la discográfica SONES, del proyecto Minimúsica.



Juan Matías **Loiseau**

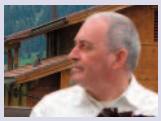
PÁGINA 46

(Buenos Aires, Argentina, 1974) Conocido como "Tute". Estudió Diseño Gráfico, Humorismo y Cine. Publicó durante ocho años un cuadro diario de humor en el diario *La Nación*. Desde 2008 realiza la tira diaria Batu en el mismo matutino y también publica en la revista dominical LNR. Sus dibujos se han publicado en diarios de Estados Unidos, Panamá, México, Colombia, Nicaragua, Ecuador, Honduras, Puerto Rico, y Francia. Ha editado también libros de poemas.

Ángel **de Pedro**

PÁGINA 70

(Zaragoza, España, 1952) Pintor e ilustrador. Ha colaborado en numerosas revistas españolas y europeas. Premiado por la Society of Newspaper Design, por el European Design Annual, Excelencia en la Bologna Children Book Fair y seleccionado en la Bienal de Ilustración de Bratislava. Ha realizado seis exposiciones individuales y numerosas colectivas.



Kardo **Kosta**

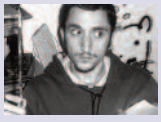
PÁGINA 86

(Morón, Argentina, 1952) Hijo de inmigrantes catalanes, estudió Arquitectura en la provincia de San Juan. Realizó distintos trabajos de carácter gráfico en Chile, Paraguay, Suiza, España, Italia, Letonia, India y México. Actualmente reside en Suiza en donde desarrolla su profesión en el campo de la ilustración, la pintura, la xilografía, y de Land Art, como artista independiente.

Hernán **Cañellas**

PÁGINA 98

(Buenos Aires, Argentina, 1966) Integra el colectivo de trabajo "Historietas Reales". Es colaborador del diario *Clarín*, la revista *La mujer de mi vida* y la revista *Gooo*. También ha publicado en la revista *Fierro* en 1986, en la revista *Noticias* y en el diario *Perfil.* Actualmente trabaja para *National Geographic.* En 2008 fue seleccionado para exponer en la feria del libro infantil de Bologna.



Lucas **Aguirre**

PÁGINA 110

(Córdoba, Argentina, 1979) Estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente se desempeña como artista independiente. Ha publicado obras en libros de arte como *Beyond Illustration*, *Castle Magazine* (Alemania), *Painter*, *Ballistic Publishing* (Australia), *Eyecandy for Strangers*, BrandStudio.

Juan **Sáenz Valiente**

TAPA Y PÁGINA 134

(Buenos Aires, Argentina, 1981) Es historietista, ilustrador y animador. En 2004 publicó en Francia *Sarna*, historieta con guion de Carlos Trillo. Colaboró en la realización del libro *Arte y técnica de la animación,* junto con su padre, el conocido realizador de animación Rodolfo Sáenz Valiente. Es uno de los fundadores y redactores del "Manifiesto de Banda Dibujada". Desde 2009, realiza *Impreso en Argentina*, serie de trece capítulos transmitida por el canal Encuentro.

Martín **Tognola**

PÁGINA 146

(Buenos Aires, Argentina, 1972) Trabajó para *Clarín*, *Noticias*, *Playboy* y el diario *Olé*. Colaboró durante más de quince años con el *Periódico de Catalunya* y con *La Vanguardia*, *Público*, *Rockdelux*, *Madriz*, *Mujer21*, *Woman*, *Kult*, *Vanguardia Dossier*, *Gallery*, *The Creator Studio*, *Mia.* Actualmente colabora en la revista *Time Out Barcelona* y *Ñ*.

Lucas **Nine**

PÁGINA 172

(Buenos Aires, Argentina, 1975) Dibujante, ilustrador, historietista y animador. Sus trabajos se publicaron en Argentina, Brasil, México, España, Holanda y Francia. Sus libros *Dingo Romero* y *El Circo Criollo* han sido publicados en España, Francia y Argentina.

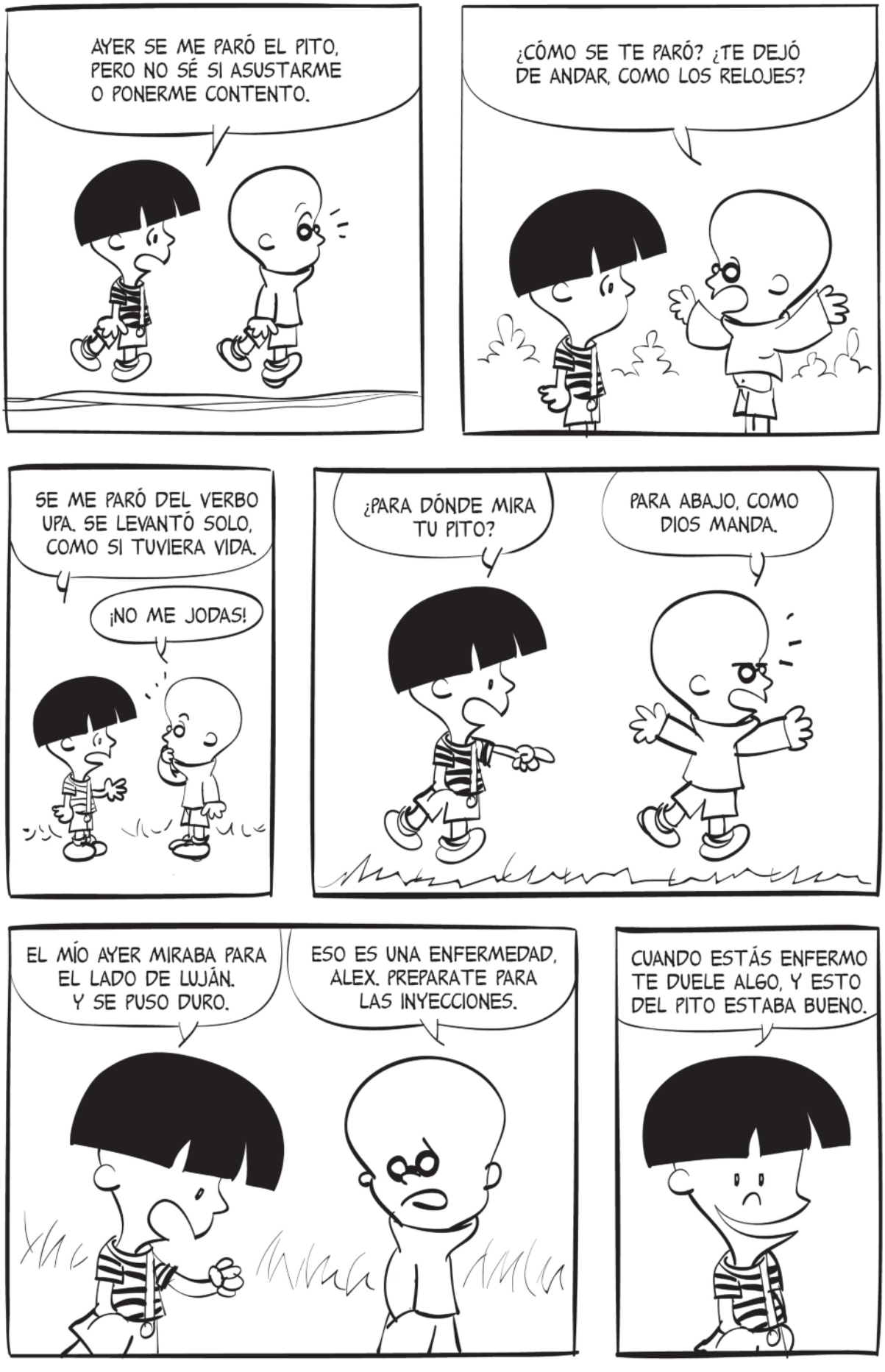
María **Wernicke**

PÁGINA 194

(Olivos, Argentina, 1958) Ilustró numerosos libros para editoriales de Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos, España y México. Hizo carteles para UNICEF y el Ministerio de Salud. En 2006, Ediciones Calibroscopio editó su primer trabajo como autora: *Uno y otro*, que fue reconocido como mejor libro-álbum por la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina (ALIJA).

ALEX Y LUCAS

GUION HERNÁN CASCIARI / DIBUJOS BERNARDO ERLICH



¡CÓMO VA A ESTAR BUENO! NO SEAS MASOQUISTA.
EL CORAZÓN ME LATÍA PUM PUM PUM, COMO CUANDO TE SACÁS LA SORTIJA EN LA CALESITA.
¿Y VOS DÓNDE ESTABAS?
MI VIEJA ME ESTABA BAÑANDO, Y CON EL AGUA SE LE TRASPARENTABAN LAS TETAS
UY DIOS, ¿A VOS TAMBIÉN TE HACE ESO TU VIEJA? QUÉ PUTAS SON LAS MADRES.
¿VISTE? SE HACEN LAS LIBERADAS.
MI MAMÁ ME DABA BESOS EN LA BOCA HASTA LOS TRES AÑOS, UN DÍA LE DIJE BASTA.
LA MÍA SE CAMBIABA SIN CERRAR LA PUERTA, SE QUEDABA EN BOLAS, COMO SI YO FUERA DE PLÁSTICO.

PARA PEOR TU VIEJA TIENE UNAS TETAS PRECIOSAS.
POR ESO AYER NO PODÍA DEJAR DE MIRARLE LOS PEZONES. ME ACORDABA DE HACE UNOS AÑOS, CUANDO SE LOS CHUPABA TRES VECES AL DIA...
¡QUÉ TIEMPOS, ALEX! YO ESTABA TODO EL DÍA EN EL COCHECITO, SIN COLEGIO, SIN RESPONSABILIDADES. Y AHÍ ESTABA LA TETA ESPERANDO, PUNTIAGUDA, LLENA DE LECHE. ¿QUE MÁS SE PUEDE PEDIR EN ESTA VIDA?
DE ESO ME ACORDABA YO AYER... Y POR AHÍ, ¡ZÁCATE!, EL PITO SE ME PUSO COMO WALT DISNEY.
¿GRACIOSO?
¡DURO!
¿Y VOS DECÍS QUE TIENEN RELACIÓN LAS TETAS DE TU VIEJA CON TU PITO DURO?
SÍ, PORQUE CUANTO MÁS PENSABA EN MI VIEJA, MÁS DURO SE ME PONÍA. Y SI PENSABA EN OTRA COSA, A LA MIERDA EL HECHIZO.

ESTA NOCHE LO INTENTO CON MI VIEJA, CUANDO ME BAÑE. SI SE ME PARA, A LA MIERDA LA TEORÍA DE QUE BAÑARSE ES FEO.
ES UNA ADICCIÓN, LUCAS. VAS A SER EL NENE MÁS LIMPIO DEL BARRIO
AHORA ENTIENDO POR QUÉ LOS GRANDES NO LLORAN ANTES DE IR A BAÑARSE.
LOS GRANDES SE HACEN LOS TONTOS, PERO EN ALGUNAS COSAS ESTÁN MÁS ADELANTADOS.
CASCIARI-ERLICH 2011
LÁSTIMA QUE SEAN TAN FACHOS, ¿NO?
SÍ, ES UNA PENA.
A CHARLES M. SCHULZ, QUE NOS ENSEÑÓ TANTO –

PRÓXIMO **NÚMERO**

La próxima edición de la revista Orsai será la número cuatro, y también la última del año. Estará en la calle el 10 de octubre de 2011 y (con la mano en el corazón) todavía no sabemos si será la última Orsai, o si después seguiremos haciendo otras. Mientras tomamos estas decisiones, que serán difundidas en el blog, ustedes ya pueden enviarnos una foto con su ejemplar número tres en la mano y sumarse a la nueva convocatoria para autores, fotógrafos e ilustradores. Todos los detalles, como siempre, se podrán leer en el blog, *orsai.bitacoras.com*.

El libro de Altuna. Junto a la salida de este número tres nos convertimos oficialmente en editorial y publicamos nuestro primer libro: los *Cuadernos Secretos*, de Horacio Altuna. Muchos de ustedes ya compraron uno junto con la revista. Los que no, pueden adquirirlo en venta directa desde la página *orsai.es*.

DEL STAFF

En este número, además de los autores, fotógrafos e ilustradores invitados, participaron algunos integrantes del staff. No lo indicamos en la página 204 porque son de la casa. Pero los nombramos de todas formas para que no se sientan mal. **Bernardo Erlich** entregó a última hora la historieta de *Lucas y Álex*. **Matías Tolsà** dibujó las cinco versiones de *La memoria de las casas*. **Adrià Cuatrecases** escribió la tercera parte del viaje de Albert Casals por el mundo. **Hernán Casciari** se puso media pila y escribió un texto largo. **Chiri Basilis** se quedó sin compañero de charla y tuvo que monologar las sobremesas. Mientras que **Ermengol Tolsà** ilustró todas las entradas con bellísimas esculturas hechas a partir de kayaks. Las obras pueden solicitarse para exposición (o incluso venta) en el mail *orsaiarte@gmail.com*.

PIZZERÍA & REDACCIÓN

Comequechu invita a los lectores a visitar a la redacción de Orsai, con anexo pizzería. Los que quieran venir pueden anotarse en el correo orsai.redaccion@gmail.com o llamar al 93 867 2921. Si le mandás un mail a Comequechu, que el asunto diga VISITA y que el texto sea breve: cuándo vendrás, cuántos son y a qué hora llegan. Siempre habrá pizzas, empanadas y otras delicias made in Comequechu, Xavi o David. También habrá a la venta ejemplares de Orsai número 1. Sant Celoni está a 40 minutos de Barcelona. Hay trenes cada 20 minutos que salen desde Sants o Paseo de Gracia. Para volverse, hay trenes hasta las once de la noche, y autobuses hasta las cinco de la madrugada (a uno por hora). La pizzería y la redacción están en Sant Martí 32-36, en pleno centro. Desde la estación de tren son cuatro cuadras a pie, que pueden hacerse al trote o al galope.

Postdata. Queda terminantemente prohibido: 1) Recortar las letras de esta revista para componer mensajes anónimos de amenaza. 2) Enrollar esta revista para pegarle a los hijos, sean estos naturales o adoptados. 3) Usar las hojas de esta revista en los baños de los campings donde no haya papel higiénico a mano. 4) Canjear esta revista por drogas. 5) Leer esta revista en los transportes públicos para que los demás piensen "ay, qué moderno es ese muchacho". 6) Memorizar los contenidos de esta revista como método de seducción. 7) Buscar erratas en esta revista con ánimo crítico. Fin de las prohibiciones. La revista ORSAI, NADIE EN EL MEDIO es un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 10.000 ejemplares del número 3 (correspondiente a julio, agosto y septiembre de 2011) en Arts Gràfiques Bobalà, de calle Sant Salvador 8 de Lleida, Cataluña, España; en la imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, Argentina; y en la imprenta MasterLitho, Llorente de Tibás s/n, San José, Costa Rica, en el mes de junio de 2011. El ISSN es el 2014-0150. El Depósito Legal es el L-1382-2010. La marca ORSAI, NADIE EN EL MEDIO está registrada.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

EDITOR RESPONSABLE
Hernán Casciari

JEFE DE REDACCIÓN
Chiri Basilis

DISEÑO
María Monjardín

ARTE
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Bernardo Erlich

GESTIONES
Cristina Badia

CORRECCIÓN
Florencia Iglesias

DIGITAL
Pepe Perdomo
David Martínez
Luis Sacristán
Guillermo Harosteguy

AUDIOVISUAL
Víctor Correal
Adrià Cuatrecases
Andrés Locatelli

CONSEJOS
Horacio Altuna
Jaume Espinàs
Gonzalo Garcés
Pedro Mairal
Karina Salguero
Xtian Rodríguez
Diego Salazar
Rodrigo Solís

ALIMENTACIÓN
Comequechu
David Mira
Xavi López

Sant Martí, 32 (08470) Sant Celoni
Barcelona (+34) 93 749 3514

Orsai
TERRA DEL MALBEC

OJO CON EMIGRAR, PORQUE DENTRO DE DIEZ AÑOS...
?
BANCOS LADRONES DEVUELVAN NUESTROS DÓLARES
DEVOLUCIÓN DE LOS AHORROS
¡QUE SE VAYAN TODOS!
NO AL CORRALITO
CLANG CLANG
CLANG CLANG